ARMANDO CUEVAS
ESPÉCIMEN
8
Existen líneas rojas
que jamás deberían cruza
Lectulandia

Situado en el estado de Montana, en un lugar inaccesible oculto entre montañas, se encuentra Safetyhouse, un edificio abandonado durante años y transformado en laboratorios clandestinos.

Tras perder contacto con el personal científico, y después de varios intentos infructuosos, la poderosa corporación que financia las investigaciones enviará a un equipo especializado de mercenarios para averiguar lo sucedido. Y no tardarán en hacerlo.

Ni en comprender los aterradores secretos que se esconden entre los muros de Safetyhouse. Secretos que convertirán la misión de «evaluación y rescate» en una desesperada lucha por la vida. La suya, y tal vez la del resto de la humanidad.

Armando Cuevas Calderon

Especimen 8

ePub r1.0

Titivillus 29.11.2025

Título original: *Especimen 8*
Armando Cuevas Calderon, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Lo que hoy ha empezado como novela de ciencia ficción, mañana será terminado como reportaje.

Arthur C. Clarke

Prólogo

Montañas Köh-e Mazär.
Sureste de Afganistán.
Año 2018.

Al amparo de la noche, una columna de vehículos militares se desplazaba por la llanura desértica a baja velocidad. Un *humvee* abría la marcha. Lo seguían tres camiones pesados, otros dos *humvees* y un semiblindado de ocho ruedas, un *Stryker*, que cubría la retaguardia. Cerca del camino de tierra por el que circulaban, a su izquierda, zigzagueaba una formación rocosa aislada y de poca altura que, a vista de pájaro, recordaba el inmenso cuerpo de un dinosaurio dormido.

El convoy se ralentizó aún más al tener que vadear un pequeño río en cuyos márgenes crecían arbustos raquíticos, revitalizados después de que el impenitente sol se ocultara para dejar paso al frescor y la humedad de la noche.

Un grupo de hienas rayadas, que patrullaba su zona de caza, observaron desde la distancia el paso de los vehículos. Inmóviles, olfateando el aire en busca de amenazas, esperaron a que la líder, una hembra grande y feroz a la que le faltaba una oreja, diera la orden de ponerse de nuevo en marcha. Y eso hicieron en cuanto ella se movió; obedientes, machos, hembras y cachorros, respetando la estricta jerarquía que establecía su eficaz orden social.

Los animales saben lo que es importante. Y los salvajes, mucho más. El rastro de una presa. El momento de aparearse. La

protección de la prole. La cautela… Ser precavidos es fundamental. Les va la vida en ello. Por eso los animales que bregan libres han aprendido a desconfiar de los humanos, y a alejarse de ellos en cuanto los ven. También los del desolado desierto, por supuesto. Lobos, zorros, chacales, perros salvajes y, cómo no, las astutas hienas. Todos conocen esa premisa básica: desaparecer de la vista del hombre, y volver solo cuando el olor a carne pútrida les excita la pituitaria.

Unaoreja, vieja e inteligente, hizo caso a su instinto y a su memoria. Primero cobró distancia con el convoy. Luego decidió seguirlo. Lo había vivido otras veces sin llegar a comprender, en ocasiones, qué sucedía. Ese traqueteo incómodo que producen los disparos y las luces cegadoras que acompañaban al ensordecedor sonido de las explosiones eran un misterio para ella. Su mundo era otro. Sus luchas y sus guerras, también. Gruñidos, dientes, garras y cuernos. Ese era todo el arsenal que conocía. Y no era poco. Armas sencillas pero letales que cobraban víctimas sin producir apenas ruido. Una dentellada, un zarpazo, una cornada en un mal sitio y listo. La naturaleza es simple en su brutalidad. Una cabrona que informa de lo importante a aquellos que entienden sus códigos ancestrales. Pero el hombre es nuevo en la tierra. Un recién llegado que sigue sus propias reglas. De ahí el recelo y la confusión que produce en los animales. Sin embargo hay algo que conocen bien de él, sobre todo los depredadores: los gritos de dolor, los lamentos ahogados que preceden a la muerte y, por tanto, a la comida. A un buen festín. La carne humana, hubiera pensado *Unaoreja* de tener raciocinio, no sabe tan mal cuando se consigue gratis.

Justo antes de salvar el perfil rocoso que cubría su flanco izquierdo, el capitán Miller comprobó la posición en el GPS del *humvee* y, a continuación, accionó la comunicación por radio.

—Nos acercamos al objetivo —dijo tras recorrer con la lengua sus labios resecos—. Apaguen las luces y pasen a visión nocturna. Iremos muy despacio. Mantengan la distancia de seguridad.

Consciente de la responsabilidad de ir en cabeza del convoy, el soldado que conducía echó un último vistazo al terreno que iluminaban los faros y después los apagó. Circuló unos segundos a

ciegas, hasta que logró ajustarse correctamente el visor que llevaba sujeto al casco. Entonces el paisaje se volvió de color verde y negro, y una oleada de miedo lo hizo estremecer.

No era su primera misión. A pesar de no haber cumplido aún los veinticuatro, ya era todo un veterano. En los tres años que llevaba destinado en Afganistán había sufrido dos emboscadas, participado en una docena de misiones y recibido tres heridas de diversa gravedad. La peor, un disparo a quemarropa de un AK-47 que le atravesó los dos muslos con la fortuna de no afectar a arterias ni a huesos. Tres meses en casa y de vuelta al tedio de la vida en los cuarteles. A las guardias infinitas. A las patrullas. Al eco de los disparos rompiendo la monotonía. Al combate. Al caos. A la confusión. A la sangre. A los enemigos caídos. A los compañeros caídos…

En aquel instante pensó en ellos. En sus ojos. En la mirada vacía de los muertos. En lo fácil que sucede el tránsito cuando se está en la guerra. La vida y la muerte. El todo y la nada.

—Atento, soldado —se quejó el capitán cuando el *humvee* golpeó de refilón una roca con el parachoques—. Lo último que quiero es tener un accidente.

—Lo siento, señor, no volverá a pasar —contestó el soldado, aturullado.

—En combate, no pensar te puede matar. Pensar demasiado, también.

—Lo tendré en cuenta, señor.

Miller conocía a todos sus hombres. Sus caras. Sus nombres. Sus historias… Formaba parte de su trabajo. Si sabes con quién luchas es más fácil sobrevivir. Conocerlos, pero no demasiado. De esa forma es más sencillo mantener el porte marcial en los entierros.

Con la mirada fija en el GPS, el capitán calculó la distancia que los separaba del punto rojo destellante. Dos kilómetros, se dijo, a ritmo de tortuga el trayecto se hará eterno.

Por fin, tras sortear una hondonada en el terreno, avistó su destino. Lo había estudiado con detalle, mirando planos y fotos aéreas, de ahí que reconociera al instante la modesta loma que les daría cobertura.

—Atentos, hemos llegado —dijo lacónico por la radio.

Los vehículos, precisos, fueron aparcando al abrigo de aquella elevación que, a través de los visores, se presentaba como un enorme flan de color negro. En perfecto orden, igual que en una coreografía, los *humvees*, uno de los camiones —el que llevaba cubierta de lona— y el blindado formaron un círculo defensivo. Los otros dos camiones, con cajas metálicas, aparcaron a unos veinte metros, uno al lado del otro.

—¿Por qué hacen eso? —verbalizó el soldado, confundido.

—No pregunte —contestó el capitán Miller, abriendo la puerta del vehículo para reunirse con el sargento Highway.

Del camión que formaba el círculo bajó un pelotón de soldados que, de inmediato, tomaron posiciones parapetándose detrás de los vehículos. Los ocupantes del blindado que cubría el flanco derecho continuaron dentro, aferrados a las ametralladoras de gran calibre que portaban. De los *humvees* salieron ocho hombres. Siete se quedaron bajando cajas de la parte trasera. El octavo se encaminó hacia el capitán y el sargento, que esperaban con la mirada fija en el cielo despejado.

—Señor —dijo el soldado al llegar a su lado—. Todos los hombres preparados. En unos minutos los morteros de 60 mm estarán montados y la munición distribuida. ¿Cuál es la siguiente orden?

Miller bajó la cabeza y miró a Highway. La escasa luz de la luna en cuarto menguante impedía ver a más de treinta metros, pero a esa distancia fue capaz de reconocer perfectamente el gesto contrariado de su subordinado.

—De momento, mantener la posición.

—Disculpe, señor, los hombres están nerviosos y les gustaría saber si…

Miller levantó una mano y el soldado calló.

—Estamos en misión de escolta. A no ser que existan complicaciones, no entraremos en combate.

—A la orden, señor —acabó diciendo el soldado, antes de retirarse.

—Ya, escolta —musitó el sargento, girando ligeramente la cabeza hacia los dos camiones aparcados.

Miller permaneció unos segundos en silencio, observando al

hombre alto y fornido que estaba a su lado. En comparación, él parecía un alfeñique de rostro aniñado y pelo pajizo que no aparentaba los treinta y cinco años que tenía. En eso también lo aventajaba el sargento, que cumpliría los cuarenta y seis en quince días. En físico, en edad y en experiencia en combate. Pero eso no era óbice para que el duro y veterano sargento lo respetara. Llevaba más de cinco años sirviendo a sus órdenes, y había tenido tiempo de sobra para comprobar que, aunque menudo y joven, no le faltaba buen juicio y arrestos cuando era preciso.

También a Miller le gustaba Highway. El soldado que todo oficial querría tener bajo su mando. Serio. Capaz. Valeroso y poco hablador. Alguien en quien poder confiar, en definitiva, si las cosas se ponían feas y las balas empezaban a silbar por encima de las cabezas.

—Escolta —repitió el sargento, ajustándose la correa del fusil AR-15.

Cansado de disimular, Miller resopló y se cruzó de brazos antes de hablar.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que esto me gusta tan poco como a usted? Pues ya lo sabe. Pero somos soldados, y hacemos lo que nos ordenan.

—Ya lo creo, señor. En eso no hay discusión. Hablaba por hablar —dijo Highway, con una pizca de retintín.

El capitán descruzó los brazos, sobresaltado, al escuchar abrirse las puertas de los camiones con caja metálica. Casi al tiempo, los conductores de ambos vehículos salieron de las cabinas y se quedaron apoyados en las puertas. A pesar de la distancia, pudo distinguir que llevaban chaleco antibalas, casco y fusil. De la parte trasera de uno de los camiones bajaron seis hombres más. Cinco armados y un civil, al que vio intercambiar unas palabras con el resto antes de regresar a la parte trasera del camión.

—Raro, ¿verdad? —comentó el sargento, que tampoco había perdido detalle.

—Raro —corroboró Miller.

No siempre, pero en muchas ocasiones, cuando estaban a solas, los dos hombres dejaban a un lado los galones y mantenían conversaciones distendidas.

—¿Conoce los detalles de la operación?

—Los justos. Las órdenes vienen de arriba —contestó Miller—. Ni siquiera el coronel los conoce todos. Alto secreto.

—Vaya, qué honor.

—Alguien con la suficiente influencia ha conseguido que un puñado de marines les hagan de niñeras —añadió Miller.

—Llevan seguridad privada. Y de la cara.

—Sí, demasiada seguridad.

Highway dudó. Al final se atrevió a preguntar.

—¿Por qué tanta cautela?

Miller entornó los ojos como si le molestara un sol inexistente.

—Tras esta loma hay una llanura hasta las montañas Köh-e Mazär.

—A un kilómetro, más o menos. Conozco la zona —apostilló el sargento.

—Entonces sabrá que, a resguardo de esta elevación, estamos fuera de la vista de cualquier centinela.

—¿Centinela?

—Apostados en las montañas. Según parece, al otro lado hay un campamento de terroristas.

—¡Joder! —exclamó Highway—. ¿Grande?

—Bastante. Entre ciento cincuenta y doscientos combatientes.

—¿Armas?

—AK-47, lanzagranadas RPG, morteros, ametralladoras pesadas…

Con la boca entreabierta, el sargento se volvió hacia el círculo defensivo donde sus exiguas tropas esperaban.

—¿Desde cuándo lo sabe el mando? —terminó preguntando una vez fue capaz de contener la sorpresa.

—Hace un mes que ocuparon el pueblo y mataron a los pocos habitantes que quedaban. Niños incluidos. Yo me enteré ayer.

—Un mes.

—El satélite los localizó. Enviaron un dron para confirmarlo y hacer fotos. A los pocos minutos habían desaparecido dentro de la montaña.

—Cuevas —dijo Highway, con pesar.

—Usted estuvo en Tora Bora. Ni la madre de todas las bombas

consiguió sacarlos de allí.

—¿Talibanes?

—Estado Islámico. Los talibanes lo saben, pero no se atreven a echarlos. El único acceso directo es a través de una quebrada que atraviesa la montaña. Una ratonera.

—¿Y por los flancos?

—Verían a kilómetros de distancia a cualquier enemigo que se aproximara. Además, en el supuesto de que usáramos apoyo aéreo, después habría que entrar en los túneles. ¿Entiende lo que eso significa?

—Bajas.

—Sí. Y muchas. Algo que Estados Unidos no puede permitirse. Los políticos, ya sabe, se cagan en los pantalones cuando ven aviones llenos de féretros.

—La opinión pública.

—Claro, ¿qué otra cosa les preocupa?

Los dos hombres, con la vista puesta en el desierto, compartieron por unos segundos el mismo pensamiento. Fue el sargento el que se decidió a romper el silencio que se había creado entre ellos.

—¿Cree que ha servido para algo? Todo esto. El dinero. Los soldados muertos. Los civiles muertos… La guerra.

—Los ingleses y los rusos lo intentaron antes. Esta maldita tierra es inconquistable. Occidente está en el siglo XXI y ellos en el Medievo. Nosotros seremos los siguientes en abandonar.

—¿Eso piensa?

—¿Usted no?

—Desde hace años —contestó el sargento—. Cada pueblo debe forjar su destino.

Miller terminó asintiendo con la cabeza.

—¿Qué hacemos aquí entonces? —se animó a preguntar Highway, sin muchas esperanzas de obtener respuesta—. ¿Qué pretenden esos tipos?

—Le contaré lo que sé —respondió Miller, bajando la voz a pesar de que se encontraban solos—. Esto es un ensayo. Esta gente ha llegado desde Estados Unidos para probar una nueva arma. Algo capaz de acabar con ese campamento lleno de combatientes

fuertemente armados de una manera limpia.

—Hablamos de contratistas.

—Seguramente.

—¿Y qué van a probar? ¿Un nuevo tipo de misil? Es absurdo. Aquí hemos usado todo lo que tenemos. Lo más avanzado. Nada sirve —replicó el sargento, al tiempo que le venía algo a la cabeza—. A no ser que vayamos a cruzar la línea y jugárnosla con algún agente químico.

—No lo creo —dijo Miller—. Nos habrían equipado con máscaras antigás. El protocolo hubiera sido distinto.

—No si lo que quieren es mantenerlo en secreto.

De la parte trasera del camión volvió a bajar el civil. El capitán y el sargento lo observaron mientras se aproximaba hacia ellos con un andar despreocupado.

—¿El hombre al mando?

—Pronto lo sabremos —contestó Miller, envarándose justo antes de que se parara frente a ellos.

—Bueno, bueno —comenzó diciendo el civil, acompañando sus palabras con una gestualidad casi adolescente—. Supongo que usted es el capitán Miller. ¿Me equivoco?

—No se equivoca —contestó, brusco—. Él es el sargento Highway.

—Ah, bien. Encantado. Yo soy Lee.

Ambos se quedaron sorprendidos con el jovenzuelo de rasgos asiáticos que los miraba divertido. Tenía constitución media, flequillo levantado con brillantina y rostro agradable. Vestía pantalones vaqueros, deportivas blancas y camisa a cuadros. También se fijaron en que llevaba en la mano una tableta encendida. Tanto la miraron, que Lee se percató.

—Un aparato increíble —dijo agitándola como si fuese un abanico—. Un potente ordenador al tiempo que un preciso comunicador vía satélite.

—Entiendo —apostilló Miller.

—¿Qué entiende? —replicó Lee.

—Que su jefe está a muchos kilómetros de distancia de aquí.

—¿Por qué lo dice? ¿No cree que un joven chino pueda ser el mandamás de toda esta operación?

—Para nada —contestó Miller, desdeñoso—. Le hablo de seguridad. El que puede, permanece alejado del «fregao».

Lee mantuvo el rictus serio un instante, después lo cambió por una sonrisa que terminó en carcajada.

—¡Ja, ja, ja! Buen observador. Y agudo.

—Esto es una operación militar —intervino el sargento, un punto ofendido.

El gesto serio volvió al rostro de Lee con absoluta naturalidad, como le pasaría a alguien con trastorno bipolar extremo.

—En eso se equivoca, sargento…

—Highway.

—Highway —repitió sin disimular un leve arqueo de labios—. Ustedes están aquí para hacer lo que yo les diga.

—¿Un civil?

—¿Por qué no? Explíqueselo usted, capitán.

Miller clavó la mirada en el suelo antes de hablar.

—Tiene razón —terminó admitiendo con pesar—. Nosotros debemos intervenir solo en caso de fuerza mayor. Las órdenes las da él.

—¿En serio? —se indignó Highway.

—Completamente —contestó Lee—. Ni siquiera tendría que estar hablando con ustedes. Lo hago porque soy así de majo. Y porque me gustaría recordarles que ustedes, y sus hombres, deben mantenerse bien alejados de mis camiones.

—¿De qué va esto, capitán?

—Déjelo, Highway.

—¡Mierda!

Lee, mostrando una sonrisa blanquísima, miró a los hombres alternativamente y echó a andar. Caminó un par de pasos, se paró en seco y luego se giró.

—Capitán —dijo metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón—. Diga a sus hombres que se relajen. Los veo muy tensos, igual que el 7º de Caballería a la espera del ataque de los indios cortacabelleras en Little Bighorn.

—Nunca se sabe —contestó Miller.

—Es el procedimiento estándar en zona de guerra —añadió el sargento, masticando las palabras.

—Olvídenlo. Ustedes no están aquí para combatir sino para limpiar.

Highway se revolvió, visiblemente hostil.

—¿De qué habla?

—Del futuro —contestó Lee, abriendo los brazos—. Y ahora vayan con sus hombres. Les avisaré cuando los necesite.

Los dos militares obedecieron a regañadientes mientras Lee regresaba al camión del que había salido. Dentro, la única luz que había provenía de los monitores que cubrían toda una pared. Sentados frente a ellos había dos jóvenes vestidos de negro, sudadera, pantalón y zapatillas; una mujer y un hombre que no dejaban de pulsar teclas y ajustar botones en la infinidad de mandos esparcidos sobre la repisa corrida.

Un tercer ocupante estaba sentado al fondo, junto a una pequeña mesa, tomando un café. Mediana edad, pelo escaso, gafas de concha y gesto grave. Vestía pantalón vaquero, camisa sahariana, botas de media caña y, al cinto, una enorme pistola plateada con las cachas de marfil.

—¿Algún problema? —interpeló a Lee nada más verlo entrar.

—Ninguno —contestó este, al tiempo que se acercaba a una de las pantallas de 32"—. Los militares son un chollo. Si controlas la cabeza, controlas todo el cuerpo.

—¿Queda mucho?

—En eso estoy, ultimando detalles —respondió Lee, apoyando una mano en el hombro de la joven que no dejaba de teclear comandos—. ¿Lo tenemos?

—Acabamos de soltar la baliza. La señal estará activada en veinte segundos —respondió ella.

—Genial. Veo que la cámara del dron está operativa. ¿Qué sabemos del resto?

—Funcionando —dijo el joven, señalando seis pantallas consecutivas de 24".

—Bien, bien, bien. Esto marcha.

—¿Eso quiere decir que tenemos luz verde? —dudó el hombre sentado al fondo.

Lee levantó una mano con el dedo índice apuntando al techo, y se mantuvo así hasta que se escuchó una especie de zumbido a

través de los altavoces.

—Todo listo. Cuando usted quiera, puede dar la orden —dijo entonces, invitando al hombre a que se acercara.

Este siguió sus indicaciones y se sentó en un cómodo asiento entre los dos jóvenes técnicos, con una visión perfecta de todas las pantallas.

—Le recomiendo la vista general —dijo Lee señalando la pantalla más grande, donde se veía una imagen cenital, a cierta altura y en tonos verdes, de un pequeño pueblo de casas de adobe con personas yendo de un lado para otro.

—Miraré donde quiera —replicó el hombre.

—Claro, claro.

—Si la prueba falla, se acabó. Lo saben, ¿verdad?

—No fallará —aseguró Lee, sin dejar de sonreír—. Será como un juego de niños.

—La muerte nunca es un juego de niños.

—Es una forma de hablar —se apresuró a matizar Lee, quitándole importancia a su comentario con un gesto de la mano—. Antes de que se dé cuenta, todo habrá terminado.

—Ya veremos —musitó el hombre, acomodándose la pistola.

Lee no era ningún experto en armas pero sabía distinguir perfectamente quién estaba acostumbrado a ellas, y ese tipo, al que hacía pocas horas que había conocido, no lo estaba en absoluto. Su ropa, su pose y su pistolón eran pura fachada. En realidad, el constante sudor de su frente, el temblor de sus manos y la insistente preocupación por aparentar dureza, lo delataban: se trataba de un hombre de despachos, no de un agente de campo. Un intermediario, un observador. Ese capitán tenía razón, pensó recordando sus palabras exactas: «El que puede, permanece alejado del *fregao*».

Afganistán no era el Caribe, y esa operación no estaba exenta de peligros. Los que en realidad mandaban se encontraban lejos. Ahora solo quedaba contentarlos.

—¿Tengo su autorización para comenzar? —preguntó al observador.

—Adelante.

—Bien, chicos —dijo entonces Lee, dirigiéndose a los dos técnicos—. Que empiece la fiesta.

Sesenta y tres minutos más tarde, Lee se acercó al lugar donde el capitán Miller y el sargento esperaban y, sin mediar palabra, se subió a la parte trasera del *humvee* en el que estaban apoyados. Parecía exultante.

—Ha llegado su hora. Nos vamos —dijo con la puerta entreabierta.

—¿Adónde? —preguntó Miller, reticente.

—Al otro lado de las montañas. Al campamento terrorista. Tengo que echar un vistazo y asegurarme de que la operación finalice tal y como estaba prevista.

—¿Está loco?

—A veces me lo dicen —contestó burlón—. Ya no hay peligro, se lo aseguro. Démonos prisa, se acerca una tormenta.

El sargento Highway miró al cielo repleto de estrellas.

—Imposible.

—Habla por lo que ha vivido, y lo respeto —replicó Lee—. Pero su veteranía en estas tierras perdidas de Dios no se puede comparar con la tecnología que manejamos. Antes del amanecer esta zona será barrida por vientos de más de cien kilómetros por hora que eliminarán nuestras huellas. El día y la hora fueron elegidos meticulosamente. ¿Qué creían?

—¿Qué quiere de nosotros? ¿De mis hombres? —preguntó Miller, sin animarse a subir al *humvee*.

—Dos cosas. La primera, su testimonio. Se ha registrado la operación, pero el relato de un militar con su experiencia y su hoja de servicios nos vendrá de perlas.

—¿Y la segunda?

Lee le giñó un ojo antes de contestar.

—Ya se lo dije antes. Ustedes limpian.

De buena gana el sargento Highway hubiera dado una patada a la puerta del *humvee* para que esta aplastara el cráneo de ese mequetrefe arrogante y maleducado, pero se contuvo. En su lugar, apretó los puños y escupió al suelo antes de dirigirse al capitán.

—Entonces, ¿ordeno poner en marcha el convoy?

Miller chascó la lengua y maldijo por dentro antes de responder.

—Hágalo, sargento.

Los camiones con caja metálica no se movieron. Tampoco los

hombres armados que iban con ellos.

—Los recogeremos a la vuelta, cuando hayamos terminado —dijo Lee—. Y ordene a sus hombres que enciendan los faros, ya no queda nadie que pueda vernos.

Y eso hizo sin mucha convicción, temiendo durante todo el trayecto un ataque sorpresa de aquellos fanáticos combatientes. Sobre todo, al atravesar el estrecho desfiladero que tajaba la montaña.

Pero nada sucedió. El trayecto fue tranquilo. Ni emboscadas, ni disparos saliendo de la oscuridad, ni trampas explosivas… Solo el silencio del desierto.

Al llegar al otro lado de las montañas vieron, a lo lejos, el pueblo ocupado por los terroristas. Estaba oscuro, a excepción de un par de ventanas de las que salía luz y algunas lenguas danzarinas de fuego provenientes de pequeñas hogueras.

Miller accionó la radio. El joven conductor lo miró de reojo, se le notaba intranquilo.

—Armas preparadas y ojos abiertos —dijo, al tiempo que sacaba de la cartuchera su Beretta 92 y le quitaba el seguro.

El convoy, encabezado por el *humvee* donde iban el capitán, el sargento y Lee, llegó al perímetro exterior del pueblo y se detuvo.

Sin esperar a que el conductor apagara el motor del vehículo, Lee abrió la puerta y salió.

—Bueno, bueno, bueno. Pues ya hemos llegado —dijo entonces, con las manos en jarra.

Miller, mucho más precavido, ordenó el despliegue en abanico de sus hombres mientras mantenía el *Stryker* en el centro, con sus ametralladoras pesadas dispuestas para darles cobertura en caso de que fuese necesario.

Pero no lo fue.

A medida que los soldados se acercaban al pueblo, fueron tomando conciencia de la magnitud de lo sucedido. Al entrar distinguieron claramente el brillo de cientos de casquillos sobre la arena, los agujeros de bala en las paredes de las casas, las marcas de pequeñas explosiones producidas por granadas de mano y los bultos esparcidos por doquier. Los muertos. Decenas. Junto a sus AK-47. Con los salwar kameez —sus vestimentas típicas— hechos girones y

empapados en sangre. Algunos acribillados a balazos. Otros… desmembrados. Estupefactos, vieron piernas y brazos cercenados. Y cabezas. Algunas con su sombrero de lana, el pakol, aún puesto. Los regueros de sangre negra por la escasa luz manchaban la fina arena del suelo como arroyuelos malditos, y las salpicaduras y manchas de sangre en el adobe de las humildes viviendas completaban un escenario de pesadilla.

Miller y Highway habían participado en un sinfín de escaramuzas y en varios combates sangrientos en Irak y luego en Afganistán. También algunos de los soldados más veteranos que los acompañaban se habían visto envueltos en duros combates, pero ni unos ni otros habían contemplado jamás una matanza, una carnicería, de tal crudeza y magnitud.

Parados en el centro del pueblo, sin saber muy bien qué hacer, los soldados desplegados en círculo apuntaban con sus AR-15 en todas direcciones, como si así pudieran mitigar el horror y el miedo que sentían.

Por las cabezas del capitán y el sargento pasaban idénticos sentimientos, y eso los mantenía mudos.

Lee, sin embargo, parecía ajeno a todo lo que le rodeaba y caminaba de un lado para el otro, pasando indiferente sobre los cadáveres, mientras miraba algo en su tableta. En un momento dado, a unos metros de distancia del perímetro formado por los soldados, se agachó y recogió algo del suelo, una especie de esfera metálica con una diminuta luz verde destellante. La observó, apagó la luz pulsando una combinación de botones que había en su superficie y luego la guardó en una mochila que llevaba al hombro. Entonces regresó junto al capitán y el sargento, que lo habían seguido con la mirada sin entender nada.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —espetó Miller, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Ya lo ve. Objetivo eliminado en su totalidad. Y sin bajas. Magnífico, ¿verdad? —contestó Lee, ufano.

—¿Magnífico? —repitió el capitán, perplejo ante la naturalidad malsana con la que hablaba y se comportaba aquel hombre.

—La mayoría huyeron a las cuevas —añadió Lee, mirando en dirección a la falda de la montaña—, pero corrieron la misma

suerte.

El capitán Miller se adelantó hasta situarse cara a cara con él. Eran de la misma altura, y sus ojos quedaron a un palmo de distancia.

—No me ha contestado —le dijo sin contener la ira—. Estos hombres han librado una batalla terrible, pero contra quién.

Con disimulo, algo intimidado, Lee dio un paso atrás. Luego otro. Cobrada cierta distancia se animó a responder.

—Se lo dije antes. El futuro. Han luchado contra el futuro. Y como ve, han perdido estrepitosamente.

—Déjese de mierdas y conteste al capitán —intervino Highway agarrándolo por la pechera y zarandeándolo como a un pelele.

—¡Eh! ¡Calma! —exclamó Lee, intentando liberarse de las manos de acero del sargento—. Capitán, diga a su hombre que se tranquilice o tendrá problemas.

No hizo falta. Ante el gesto de cabeza de Miller, el sargento lo soltó y reculó. Eso bastó para que Lee se envalentonara.

—Son el pasado. ¿No lo ven? Todos ustedes. Y deberían dar gracias por ello.

—No lo entiendo —dijo Miller.

—Ni pretendo que lo haga. Hablamos de información clasificada. Ustedes están aquí para obedecerme. ¿Está claro? Tengo el mando… ¿Cómo lo llaman ustedes, los militares? Estratégico. Eso es. El mando estratégico, y también el operativo y el táctico. Poseo todos. Aquí soy el puto amo. ¿Les queda claro? Así que, ahora, a sacar la basura.

Highway bufó como un toro a punto de embestir. Miller, sin embargo, más acostumbrado a lidiar con mandos superiores —más político, en definitiva—, admitió con pesar que, en aquella macabra fiesta, les había tocado bailar con la más fea.

—¿Qué quiere que hagamos? —terminó preguntando, alejándose con sumisión de un posible consejo de guerra.

Lee, exhibiendo una amplia sonrisa, giró en redondo con los brazos abiertos antes de hablar.

—¿Qué voy a querer? Ordenar un poco todo este desastre.

Cuatro horas más tarde, al filo del amanecer, los soldados, exhaustos y cubiertos de sangre seca, subieron al camión y el

convoy abandonó el lugar.

Entre los riscos, lejos de los humanos, las hienas observaban muy atentas, babeando por el delicioso olor a carne quemada que llegaba hasta sus hocicos.

Ni siquiera la intensa tormenta de arena —que surgió de la nada y barrió la hondonada donde se asentaba el pueblo— fue capaz de apagar las llamas que consumían la pira de cadáveres amontonados.

Unaoreja y su manada, con la paciencia de roca del depredador oportunista, esperaron hasta el atardecer para darse un festín con la carne medio quemada que aún quedaba pegada a los huesos.

PRIMERA PARTE

1
¡NO ABRAN LA PUERTA!

En algún lugar al norte de Montana, EE.UU.
En la actualidad.

La doctora Vásquez accionó el termostato situado en la pared y bajó dos grados el aire acondicionado hasta dejarlo en 21º. Satisfecha al comprobar con la mano que el aire que salía de la rejilla del techo lo hacía más frío, se volvió hacia sus compañeros.

—No sé por qué siempre tengo tanto calor en esta maldita sala —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

A pesar de ser la subdirectora del proyecto, ninguna de las cuatro personas que la acompañaban respondieron. No por falta de respeto, sino porque estaban ocupadas en revisar hasta el último detalle antes de que comenzara la sesión; algo a lo que el «Gran Jefe» daba extrema importancia. Para ellos, sin embargo, ese trabajo en el que debían seguir un estricto protocolo de seguridad se había convertido en rutinario, ya que lo realizaban todos los días a primera hora de la mañana desde hacía dos años.

La doctora Vásquez, una puertorriqueña de sesenta años —tez clara, pelo recogido en un moño y carnes generosas—, fue hacia el fondo de la sala, hasta un atril de metacrilato en el que había una pantalla sujeta a un soporte, un teclado y un micrófono flexible que ella acercó hasta la altura de su boca.

—Bajen luces —dijo, y su voz salió nítida y perfecta por los altavoces diminutos pero increíblemente eficaces situados cerca del techo. Todo allí era así, eficaz y de calidad.

La sala, de forma rectangular, no era grande. Medía unos seis metros de larga por cuatro de ancha. Tres cuartas partes del espacio lo ocupaban ellos. La doctora Vásquez en su atril y los otros cuatro

sentados en mesas contiguas, frente a pantallas de ordenador enormes. Una vez eliminada la luz proveniente de los fluorescentes, esa zona, pintada de un gris neutro, quedó prácticamente a oscuras. La cuarta parte restante de la sala se encontraba separada por un cristal de seguridad, reforzado con un marco de acero que iba del techo al suelo y de pared a pared. En «La pecera», como la llamaban, había una pantalla de TV de 100" adosada a una de las paredes, una cámara junto a un micrófono, un altavoz y una sencilla silla de metal atornillada al suelo, nada más. Todas las superficies estaban pintadas de negro, y, un único foco encastrado en el techo iluminaba, con un círculo de luz teatral, la silla en ese instante vacía.

—Preparen sesión número treinta y dos —indicó la doctora Vásquez.

Sentado en la mesa situada a su derecha se encontraba el doctor Brown; en el centro, Taylor y la doctora Jones; y a su izquierda, el joven doctor Moore. Todos norteamericanos y bastante eficientes en sus respectivos campos; aunque en realidad no hiciera falta que fuesen unos lumbreras, ya que allí trabajaban como meros técnicos, sin voz ni voto, a las órdenes de la doctora Vásquez que era quien decidía qué se hacía cada día y cómo. Ella, una brillante neuropsicóloga experta en el funcionamiento del cerebro y en los diferentes procesos cognitivos como la memoria, el aprendizaje o la percepción de las cosas, solo rendía cuentas ante el «Gran Jefe», y seguía sus indicaciones al pie de la letra. En realidad, a pesar de que se creyera especial, para el doctor Yoo, Vásquez era igual que el resto de los doctores y científicos que operaban dentro de aquellas instalaciones: meros instrumentos que manejaba a su antojo. Medios para obtener un fin. Aunque, por supuesto, el inteligente y astuto doctor jamás se lo diría.

—Listos los efectos de audio —dijo el doctor Brown, pasados unos segundos.

Psiquiatra. Cuarenta y dos años, barrigón y de escaso pelo. Un infeliz que bebía los vientos por la frívola doctora Jones, una psicoterapeuta de treinta y un años que resultaba mona gracias a su larga melena rubia, sus ojos azules y un exceso de maquillaje.

—Listos los efectos de luz —dijo a continuación la doctora

Jones, para la que el apocado y poco agraciado doctor Brown no existía. Ella prefería al doctor Moore, el apuesto neurólogo que, a pesar de sus continuos ofrecimientos, aún se le resistía.

—Cámara enfocada y dispuesta para grabar —añadió inmediatamente después el doctor Moore, muy atento a la imagen de «La pecera» que aparecía en su pantalla, sin percatarse de las constantes e insinuantes miradas que le dedicaba ella.

Todo lo contrarío que Taylor, un experto informático, cincuentón y bien parecido que no quitaba ojo a la doctora Jones, carcomido por los celos, negándose a admitir que lo suyo con ella se había terminado.

Tan distraído se encontraba, que la doctora Vásquez tuvo que llamarle la atención.

—Taylor, ¿algún problema?

—Oh, no, no —se apresuró a responder este, volcándose en el teclado.

—No se preocupe, todos tenemos un mal día —añadió ella, con voz indulgente.

—Película preparada —dijo Taylor, tras unos segundos tecleando.

—Bien. Conocen el procedimiento a seguir, pero debo repetírselo antes de cada sesión.

Taylor movió la cabeza de un lado a otro y cerró los ojos en señal de fastidio. Estaba harto de la doctora Vásquez y su insufrible condescendencia, harto de ese trabajo repetitivo y, sobre todo, harto de ese detestable y cruel lugar que tanto se asemejaba a una cárcel. Hasta hacía un par de semanas lo había sobrellevado relativamente bien gracias a las noches de pasión que disfrutaba con la doctora Jones; pero, desde la ruptura unilateral, al volver a su habitación encontraba la cama vacía y eso era algo que no podía soportar.

Resoplando, cogió el vaso de café cargado y sin azúcar que tenía junto al teclado y le dio un trago largo. Estaba caliente y bien amargo, combinación que le provocó una agradable sensación de bienestar. Bienestar que duró lo que tardó en percibir, por el rabillo del ojo, cómo la doctora Jones le dedicaba una seductora sonrisa al neurólogo, sentado a su izquierda, cuando este se giraba para

mirarla.

—¡Maldita puta! —gruñó entre dientes, irracional, injusto y violento como solo lo puede llegar a ser alguien ruin y despechado.

—Procedamos a completar el protocolo de seguridad —escucharon decir a la doctora Vásquez—. Monitores a mínima intensidad. Colóquense los auriculares y las «diademas». Manténganse en su sitio y en absoluto silencio. ¿Entendido?

—Sí —respondió la doctora Jones, que aprovechó la escasa luz para seguir coqueteando con el doctor Moore mientras se insertaba unos diminutos auriculares inalámbricos en los oídos y se ajustaba una especie de aro plano, metálico, en la cabeza.

—¿Todos preparados? —preguntó la doctora Vásquez, ante el silencio del resto.

El doctor Brown y el doctor Moore respondieron de inmediato con un «sí» que se solapó. Taylor lo hizo el último, a media voz, rojo de ira.

—Perfecto —dijo entonces la doctora Vásquez, al tiempo que manipulaba su pantalla táctil.

Tras unos segundos, apareció en ella la imagen de un hombre de unos sesenta años sentado frente a una mesa llena de papeles y con unas gafas en la mano. Su tez era morena, el pelo cano y revuelto, y sus ojos, rasgados y con bolsas, estaban ensombrecidos por unas cejas increíblemente pobladas. Su rostro, surcado por arrugas, sobre todo en el entrecejo, resultaba inescrutable.

—Todo preparado, doctor Yoo —informó la doctora Vásquez después de comprobar que su cara aparecía abajo, a la izquierda, en un cuadradito—. Cuando usted quiera podemos proceder a la sesión de hoy.

Al fondo de la imagen en la que aparecía el doctor Yoo se veía una estantería metálica repleta de libros, y nada más. Pocos conocían su enorme despacho, que además tenía equipado con un laboratorio auxiliar. Era su rincón particular, donde mejor se concentraba y donde mejor trabajaba. Sin distracciones ni… peligros. Desde el «incidente» sufrido hacía dos años, también lo había convertido en su fortín, del que rara vez salía.

—Bien. Ejecuto orden de traslado —dijo el doctor Yoo, lacónico.

—Hoy continuaremos con la secuencia que usted estableció.

Sesión treinta y dos. Contenido principal: Familia y entorno —informó solícita la doctora Vásquez—. Como siempre, dejaré abierto el canal por si quiere intervenir.

—Gracias, doctora —concluyó el doctor Yoo, antes de apagar su cámara.

Con la pantalla a oscuras, viendo su cara mal iluminada en un cuadradito, la doctora se sintió ridícula. Dejó el canal de sonido abierto, como había dicho, y pasó a otra pantalla llena de texto.

Mientras esperaba, repasó el esquema de la sesión. Un guion donde se marcaban tiempos e intervenciones, y que se asemejaba a las escaletas usadas en el cine o en cualquier programa de radio o televisión.

Transcurridos diez minutos, se preocupó. Nunca habían tardado tanto en realizar el traslado. Lo estipulado eran cinco minutos. Eso también estaba perfectamente controlado.

Impacientes, los doctores Brown y Moore, y la doctora Jones, se revolvieron en sus asientos. No así Taylor, que parecía absorto en su pantalla, tecleando sin parar.

Fue la doctora Jones la que se animó a preguntar en voz baja, casi en susurros.

—¿Algún problema? Ya han pasado…

—Lo sé —la atajó la doctora Vásquez.

—¿Qué hacemos? —intervino el doctor Brown, rascándose con sus dedos gordezuelos entre su ralo cabello.

—Esperar. Seguro que pronto…

Una luz roja parpadeante en la esquina superior de la puerta de entrada a la sala, y el sonido de una sirena proveniente del pasillo, enmudeció a la doctora Vásquez. Sabía lo que aquello significaba. Se lo habían explicado, aunque nunca antes lo había vivido.

Alarma de peligro. Emergencia extrema. Eso era lo que indicaban las señales acústicas y luminosas. Pero, ¿debido a qué?

Hecha un manojo de nervios, actuó sobre su pantalla intentando comunicar con el doctor Yoo. Sus dedos temblorosos, torpes, tardaron en conseguirlo.

—¡Doctor! ¿Está ahí? —dijo casi gritando—. ¡Doctor Yoo! ¿Sabe lo que pasa?

Tras unos segundos volvió a aparecer la imagen del doctor. Esta

vez no se encontraba sentado sino de pie, con las manos apoyadas en la mesa y a un palmo de la cámara de su ordenador. Su cara, siempre impertérrita, estaba desencajada.

—Se ha producido una brecha de seguridad. Alguien ha entrado en el sistema —informó mientras se pasaba un pañuelo por la cara para quitarse el sudor.

—¿En el sistema? ¿Nos han *hackeado*? —preguntó la doctora Vásquez, confundida—.Yo pensaba que eso era imposible.

—No salgan de la sala —dijo el doctor Yoo, elevando el tono de voz.

—¿Por qué?

—¡No salgan! —repitió, fuera de sí—. Y no abran la puerta a nadie bajo ningún concepto.

De nuevo, sin previo aviso, el doctor apagó la cámara y dejó la conexión en espera. Mientras eso sucedía, los doctores Brown y Moore, y la doctora Jones —que habían escuchado la conversación a medias—, se encontraban de pie, frente al atril donde la doctora Vásquez trataba de digerir lo sucedido.

—¿Un hackeo? ¿Cómo? —preguntó la doctora Jones, ante el mutismo de sus compañeros.

—No sé —respondió la doctora Vásquez.

—Robo de información. Seguro —apostilló el doctor Moore, casi divertido.

—No lo creo —se atrevió a contradecirle el doctor Brown—. No existe conexión a Internet. Además, según me contó Taylor la información más sensible se guarda en los servidores, en un disco duro muy singular al que solo es posible acceder desde el interior del edificio.

La doctora Jones estaba tan cerca que el doctor Brown era capaz de percibir su crema facial y el olor del champú con el que se había lavado el pelo. Azorado, y agradecido porque la escasa luz ocultara su rubor, iba a continuar cuando la doctora Vásquez lo cortó.

—El doctor Yoo me ha advertido que no salgamos de la sala ni abramos la puerta a nadie.

Lo dijo sin inflexiones en la voz, como si verbalizara sus pensamientos. Sus nefastos pensamientos.

—¡Dios mío! —exclamó la doctora Jones—. ¿Estamos en

peligro? ¿Cree que puede…?

No terminó la frase porque la doctora Vásquez, sin miramientos, la apartó para poder ver detrás de ella.

—¿Qué hace? —preguntó levantando una mano temblorosa.

Los doctores Brown y Moore, y la doctora Jones, se volvieron al tiempo para mirar lo que señalaba, y vieron a Taylor sentado en su sitio, tecleando en el ordenador como un poseso.

La doctora Jones, más resuelta, dio un paso hacia él.

—Taylor, ¿se puede saber qué haces?

Él no respondió, ni se movió. Permaneció de espaldas a ellos, tecleando sin parar y con la cara clavada en la pantalla.

Al acercarse más vio lo que hacía, y se quedó boquiabierta. Tras recuperarse, informó al resto.

—Me parece que… Creo que ha… entrado en el sistema de… seguridad —logró enlazar.

—¿Cómo? —preguntó la doctora Vásquez, incrédula.

—El *hacker*. Es él —concluyó el doctor Moore.

—Ya os lo dije, es la única manera. Un hackeo desde dentro —añadió el doctor Brown, feliz porque su pronóstico fuese acertado, sin atender a la gravedad del hecho.

No como la doctora Jones que, al ver en la pantalla cómo Taylor estaba desactivando el bloqueo de puertas del edificio, intentó impedírselo sujetando sus manos.

Pero no pudo.

De un violento empujón la lanzó contra una mesa y continuó tecleando.

—¡Detenedlo! —gritó entonces ella, al tiempo que caía al suelo llevándose consigo todo lo que había sobre la mesa, incluida la pantalla del ordenador, que reventó al chocar contra el suelo soltando chispazos.

Los doctores Brown y Moore, paralizados, no sabían qué hacer. La doctora Vásquez dejó su atril y fue directa hacia Taylor. A medio camino se detuvo en seco.

—No la lleva —dijo aterrorizada—. La diadema. No la lleva.

—¡Joder, es verdad! —acertó a decir el doctor Brown, saliendo de la conmoción.

—Hay que pararlo —propuso el doctor Moore, yendo directo

hacia Taylor como un rayo, consciente por fin de la extrema gravedad de la situación.

Entretanto, la doctora Jones se había levantado del suelo y, los tres —ya que el doctor Brown continuaba inmóvil como una figura de cera— se echaron encima de Taylor e intentaron alejarlo del teclado.

Forcejearon con él pero su fuerza parecía sobrehumana, y no había manera de conseguir que dejara de teclear. Su rostro, impávido, sin expresión alguna, recordaba a una máscara. A un ser inanimado. A un muñeco.

En el suelo, cerca de los pies de Taylor, la doctora Jones vio la diadema de metal y soltó el brazo de Taylor para cogerla. Ya la tenía en la mano cuando sonaron unos terribles golpes.

¡Pon, pon! ¡Pon, pon!

Horrorizados, los tres miraron cómo retumbaba la robusta puerta de metal. También el doctor Brown, que se encontraba más cerca de ella, reculó de inmediato.

—¡No abran la puerta! —dijo entonces la doctora Vásquez, con un grito ahogado por el esfuerzo y el terror.

¡Pon, pon! ¡Pon, pon!

—Ni loco —dijo el doctor Brown, buscando refugio detrás de una estantería.

Pero ya era demasiado tarde.

Impotentes, vieron cómo Taylor pulsaba la tecla *Enter* y, en el gráfico que aparecía en su pantalla, todas las puertas de la segunda planta controladas por el sistema único de seguridad se desbloqueaban al tiempo.

—¡Dios mío! —consiguió articular la doctora Vásquez al escuchar un clic metálico y, después, ver descorrerse la puerta.

Los demás se quedaron mudos, congelados, escuchando el sonido de gritos y carreras que venían del pasillo, entregados al terrible destino del que no podrían escapar.

2
EL ENCARGO

Distrito de Manhattan.
Nueva York. EE.UU.
Diez días más tarde.

La alarma de un teléfono móvil sonó a las siete y media de la mañana, pero no despertó a nadie, ya que el hombre que permanecía tumbado en la cama hacía rato que contemplaba el techo de la habitación de su lujoso apartamento de Park Avenue.

Aunque llevaba años en el «negocio», los nuevos encargos le seguían inquietando; y más, cuando se presentaban con tanta urgencia. Nervioso, saltó de la cama, se quitó lo único que llevaba puesto, los calzoncillos, y fue directo al cuarto de baño.

Lo primero que hizo fue orinar, luego se metió en la ducha. Ni siquiera se enjabonó, lo haría después, cuando volviera de correr. Lo que necesitaba era estar bien despejado, y por eso dejó que cayera sobre su nuca una buena cantidad de agua fría.

No era un hombre alto ni musculado, pero tenía un físico *fibrado* y un peso perfecto para desempeñar trabajos que requerían largos y agotadores esfuerzos. No era un velocista, sino un corredor de fondo.

Vivía solo en aquel amplio apartamento por el que pagó una fortuna, aunque no siempre fue así. Cuando lo compró, lo hizo para impresionar a una modelo de veintidós años que quitaba el hipo. La aventura duró menos de un año. Hasta que ella supo a lo que se dedicaba y lo cambió por alguien con más estabilidad laboral… y más dinero, una rica heredera belga que se encaprichó de ella durante un desfile de alta costura. Aquella relación le dejó un montón de deudas y un costurón en su orgullo masculino. Pero se recuperó. Pasó página, se olvidó de soñar con una vida

convencional y continuó haciendo lo que sabía. El apartamento lo conservó, por las vistas y la magnífica situación. También por el garaje. Era todo un lujo volver a casa, las noches que salía, y poder aparcar su monstruosa camioneta Ford F150 Raptor sin problemas.

Tenía más propiedades. Varias lavanderías que regentaba con un socio y que le servían como tapadera para blanquear sus ganancias, y un almacén alquilado a las afueras de la ciudad. Un lugar apartado y discreto, que pagaba en efectivo, donde guardaba el «equipo» y usaba como cuartel general. En su apartamento, pocas armas. Un cuchillo Ka-Bar original de la Segunda Guerra Mundial que compró en una feria de armas antes de alistarse en los marines, y un pequeño revólver Smith & Wesson con licencia que siempre guardaba, por si las moscas, en el cajón de la mesilla. Una cosa era mantenerse en lo posible dentro de la legalidad, y otra muy distinta dejarse cazar como un conejo.

No se afeitó. Se atusó el pelo, cortado al uno, y nada más. A pesar de que era un hombre atractivo, pocas veces prestaba atención al espejo. Sus cuarenta y seis años no asomaban todavía a su rostro en forma de canas o arrugas, pero sus vivencias sí que habían dejado múltiples huellas. Cicatrices en su cara y en su cuerpo. Cada una con una historia que jamás olvidaría. Como la que le partía la barbilla en dos desde el labio inferior hasta el comienzo de la garganta. Un surco blanco, profundo, que le daba carácter sin afearlo demasiado. Un recuerdo que se trajo de la selva colombiana. Un tajo limpio de machete. Antiguo, de cuando empezaba por su cuenta.

Antes de vestirse se asomó a la ventana para comprobar la temperatura. Después eligió, de su nutrido armario, unos pantalones cortos, zapatillas, camiseta y una sudadera. Lo habitual cuando salía a correr las mañanas de primavera. Del aparador de la entrada cogió la documentación y las llaves. Nada de móviles, y menos si iba a tener un encuentro con su contacto.

Ya había amanecido cuando salió a la calle. Empezó a correr despacio, y fue cobrando velocidad según avanzaba por la calle 79. Al entrar en Central Park aceleró, sintiéndose a gusto. Pasó a toda velocidad por al lado de la estación meteorológica, el Bervedere Castle y el Shakespeare Garden. Continuó corriendo por caminos de

tierra hasta que enfiló el paseo West Dr., que desembocaba en Ladies Pavilion, una elegante estructura de hierro fundido cerca de The Lake, que no era el lago más grande de Central Park, pero sí el más bonito, al menos para su contacto.

Al llegar a la altura del pabellón ralentizó la marcha y buscó con la mirada hasta distinguir a un hombre sentado en un banco. Llevaba una chaqueta ligera y un sombrero, y se entretenía dando de comer a las palomas trocitos de pan que sacaba de una bolsa de papel. Al trote se acercó, hizo unos cuantos estiramientos y luego se sentó junto a él.

—Bonita mañana —dijo el hombre del sombrero, sin girarse para mirarlo.

—¿A qué tanta prisa? —preguntó el corredor, directo.

—Me encanta este lugar. Es mi rincón favorito de Central Park. De todo Manhattan.

—Lo sé. Me lo dices cada vez que nos vemos.

—La mayoría de la gente prefiere el lago Reservoir. Sobre todo los que están obsesionados con el deporte, como tú —añadió desdeñoso—. Os pasáis horas dándole vueltas y vueltas mirando al suelo.

El corredor echó la cabeza para atrás y cerró los ojos. El hombre del sombrero continuó.

—Y luego está el Ladies Pavilion. ¿Sabías que en los años setenta estaba en ruinas? Un grupo de personas recaudaron fondos para arreglarlo. Entre ellos, yo.

—Qué detalle. Siempre has sido un sentimental.

—Y no hablemos de ese afloramiento de rocas que baña el lago. El Henshead está realmente hermoso a esta hora de la mañana. ¿Sabías que…?

—Sam. Me conozco esas historias de memoria —lo interrumpió el corredor—. Me dijiste que el encargo era urgente. ¿Podemos ir al grano?

El hombre del sombrero, Sam, volteó las pocas migas de pan que le quedaban dentro de la bolsa, la arrugó y se la metió en un bolsillo de la chaqueta. Del otro bolsillo sacó un pequeño sobre que dejó sobre su muslo derecho.

—Travis, cuando tengas mi edad apreciarás estas pequeñas

cosas.

—No eres tan viejo.

—Rozo los setenta. Ya nada funciona como debería.

Travis lo miró un instante. Setenta años no son muchos para alguien que se cuida, pero Sam no es el caso, pensó. Se fijó en su enorme barriga, que amenazaba con hacer saltar los botones de la camisa. Y en su papada, doble, donde desaparecía la barbilla. Había cambiado, no cabía duda.

—Tendrías que adelgazar —dijo finalmente, dirigiendo su mirada hacia el sobre apoyado en su muslo.

—Tendría que hacer tantas cosas… —replicó Sam, sacando una pitillera dorada del bolsillo interior de su chaqueta.

Travis lo conocía desde hacía más de veinte años. La primera vez que lo vio, él era un marine desencantado y Sam un excapitán que trabajaba para *Blackwater*, la más importante empresa militar privada estadounidense de mercenarios. Por aquella época, Sam recorría bares y clubs en zonas de conflicto en busca de nuevos talentos, y no le costó mucho convencerlo. Mejor paga y menos mandos capullos a los que obedecer. Travis lo hizo bien durante los años que trabajó en *Blackwater*. Tanto, que enseguida destacó entre sus compañeros. Ascendió y ganó dinero. Pero también aquello se le quedó pequeño. Al final, reunió a un equipo y decidió probar suerte por su cuenta. Soldado de fortuna. Mercenario dispuesto a realizar trabajos de todo tipo. Acciones tácticas de alto riesgo. Intervenciones en la sombra en otros países. Sobre todo, liberación de rehenes. En eso, él y su grupo de élite se habían convertido en los mejores del negocio.

Sam nunca dejó *Blackwater* —rebautizado como *Academi* en 2009—, y aprovechaba sus contactos para proporcionar a Travis los encargos más delicados —y por tanto mejor pagados— a cambio de una suculenta comisión. Contratistas y subcontratistas. Negocios dentro de los negocios.

Con parsimonia, Sam encendió su cigarro y le dio una calada. El humo permaneció en el aire, aún húmedo de la mañana, más tiempo del normal. Antes de que se disipara del todo se decidió a hablar.

—El asunto es en Montana. —Hizo una corta pausa para

comprobar la reacción de Travis y prosiguió—. En algún lugar entre las montañas hay un laboratorio de investigación. Desde hace más de una semana no saben nada de los científicos. Necesitan que alguien vaya hasta allí y averigüe qué ha pasado.

—Montana —comenzó diciendo Travis, entornando los ojos—. Hace años que no trabajo en casa. ¿Qué más?

—Quieren recuperar algunas de sus propiedades y evacuar al personal en caso de que sea posible. Por ese orden.

—¿Propiedades?

—Información. Datos sobre sus investigaciones, discos duros… Ya sabes…

—¿A qué se dedica ese laboratorio?

—No me lo han dicho.

—¿Quién es el cliente?

—Los que ponen el dinero. Gente poderosa. Anónima. El contacto ha sido a través de un intermediario de confianza.

—Doy por hecho que esas investigaciones no son legales.

—Evidente.

—¿Qué hay del dinero?

—Están dispuestos a pagar lo que pidamos.

—¡Caray! Deben desear mucho esas «propiedades».

—La urgencia es máxima.

—Ya.

—Podrías sacar una buena tajada. Incluso retirarte si eres listo. Ya no eres un jovencito, y hay negocios menos arriesgados donde podrías invertir sin jugarte el culo.

—Te veo animado —dijo Travis, exhibiendo una sonrisa.

—Yo también estoy pensando en dejarlo. Largarme a la casita que tengo en Puerto Rico y pasar los pocos años que me queden de vida comiendo, fumando y tocándome los cojones.

—¿Tanto esperas sacar de comisión?

—Para esta gente el dinero no es problema. Si somos listos, podríamos llevarnos dos millones cada uno. Ya lo he hablado con ellos.

—Un momento —se envaró Travis—. ¿Y mi equipo?

—Dos millones cada uno. Ya te he dicho.

—¡Ostia puta!

—Sí, ostia puta.

Travis se llevó las manos a la nuca, entrelazó los dedos y se recostó contra el respaldo del banco. A mayor paga, mayor riesgo, esa era una norma básica de primero de mercenario.

—¿Dónde está el truco?

Sam dio otra larga calada a su cigarro antes de encogerse de hombros.

—Ya han intentado recuperar sus propiedades, ¿verdad? —adivinó Travis.

—Dos veces.

—Entiendo.

—Te diré lo que me han contado —comenzó Sam, poniendo la mano izquierda encima del sobre—. Esos laboratorios se rigen por un sistema de seguridad muy estricto. Dentro no hay Internet. Nadie del personal puede tener móviles ni ordenadores propios. Además, aunque alguien lograra introducir un aparato de comunicación, el edificio dispone de un inhibidor de frecuencias muy eficaz que evita cualquier interacción con el exterior. Ni líneas móviles, ni teléfonos vía satélite, ni radios de onda corta… Nada.

—Vaya —suspiró Travis.

—Los científicos y el resto del personal que trabajan allí han firmado un documento de confidencialidad millonario que, además de mantenerles la boca cerrada de por vida, los obliga a permanecer dentro del edificio durante el tiempo que dure su contrato. El jefe de los laboratorios es el único que puede salir del edificio. Él está al mando, y se comunica al menos una vez a la semana con sus patrocinadores para darles novedades.

—Hasta que dejó de hacerlo.

—Exacto. El edificio estaba vigilado y controlado por guardias de seguridad. Profesionales eficientes y bien pagados. En total, nueve.

—¿Nueve? ¿Fueron ellos los que entraron al edificio?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Tras una semana sin noticias del jefe de los laboratorios, mis clientes enviaron a tres guardias para saber qué sucedía.

—¿Y?

—No volvieron a salir —terminó contestando Sam, tras una pausa dramática—. El segundo grupo de tres hombres lo enviaron cuarenta y ocho horas después.

—Tampoco salieron —aventuró Travis.

—Correcto. Seis guardias bien armados y entrenados, desaparecidos. Raro, ¿no te parece?

—De cojones.

—Los tres guardias que quedan permanecen en el exterior del edificio, custodiándolo. Los patrocinadores prefieren que la tercera vez lo intente alguien con más experiencia.

—*Ufff*, el asunto huele mal —dijo Travis cruzándose de brazos; adoptando, involuntariamente, una actitud defensiva—. ¿Qué piensas?

—Dímelo tú, eres el profesional.

—Bueno, hablamos de unos laboratorios clandestinos que quizá estuvieran desarrollando algún tipo de arma biológica o gas tóxico. Una fuga podría explicarlo todo.

Sam negó con la cabeza antes de hablar.

—No lo creo. El segundo grupo de guardias que entró lo hizo con trajes y caretas protectoras.

—¿Seguro?

—¿Por qué iban a mentirme en algo así?

—No sé. ¿Tal vez porque son unos putos delincuentes sin escrúpulos?

—Sin duda lo son, pero la cuestión debe de ser otra —dijo Sam, abriendo los brazos.

—Ahora entiendo que esos tipos paguen tanto. Ellos saben algo que nosotros no.

—¿Qué esperabas, un paseo por el bosque por dos millones de pavos?

Travis descruzó los brazos y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Estuvo así un rato, hasta que Sam lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Dudas?

—Preferiría que me hubieras dicho que dentro del edificio hay dos docenas de terroristas armados hasta los dientes. Al menos sabría a qué atenerme.

—También yo lo preferiría. Pero así es este trabajo a veces. Si aceptas, tú y tu equipo iréis a ciegas. Hay mucha pasta en juego, y mucho riesgo. Eso es algo que no tengo que explicarte.

—¡Mierda! —verbalizó Travis.

—¿Qué dices? ¿Lo tomas o lo dejas? —lo instigó Sam.

—Me gustaría tener más información.

—No la hay. Ni tiempo. Si no te encargas tú, tendré que buscar a otro —concluyó Sam, haciendo amago de guardarse el sobre en el bolsillo de la chaqueta.

—Espera —se apresuró a decir Travis sujetándole por la muñeca, fabulando con el retiro y lo mucho que podría hacer con ese dinero.

—Sé cómo eres —dijo Sam, bajando el tono de voz—. Si te comprometes a realizar el trabajo irás hasta el final. Por eso eres tan bueno en esto, porque nunca te rindes mientras exista alguna posibilidad de lograr el objetivo que te has marcado. Está en tu naturaleza. Eres un soldado, uno de los mejores que he conocido, y nunca dejarás de serlo.

—¿A qué viene esta charla paternalista? ¿Me das jabón o me estás tirando los tejos? —preguntó Travis, burlón.

Sam se ajustó el sombrero, y clavó la mirada en los reflejos dorados que despedía el lago antes de hablar.

—Tienes razón. Este encargo huele a problemas a kilómetros de distancia. Tú lo sabes y yo lo sé. Debía proponértelo, es mi trabajo, pero no estoy seguro de que quiera que lo aceptes.

—¿De qué hablas ahora? Más de una vez me has enviado al puto infierno y no has tenido ningún reparo. ¿Qué me quieres decir, que ahora temes por mi vida?

Por un momento, Sam estuvo a punto de contestarle que sí. Que a pesar de haberle hecho encargos realmente comprometidos a lo largo de su relación profesional —de enviarle incluso al infierno como él decía—, nada podía compararse con aquella extraña misión. De pronto, quizá por la debilidad de sentirse viejo, valoraba la amistad y el código entre camaradas más que nunca, y le costaba enviar a un destino tan incierto a alguien que realmente apreciaba. Eso estuvo a punto de explicarle. Pero no lo hizo. En su negocio no había cabida para sentimentalismos. Dinero y balas. No había más. No podía haber más.

—Solo quiero saber que estás seguro de dónde te metes —terminó diciendo, sacudiéndose los últimos retazos de conciencia que aún aleteaban en su cabeza.

—Siempre lo sé, no te quepa duda —replicó Travis.

—Bien. ¿Entonces?

—Háblame del cliente. Seguro que sabes algo que te callas. ¿Has trabajado más veces para él? ¿Yo he trabajado para él?

—Varias veces —confesó Sam, tras meditar unos segundos.

—¿Quién es?

—Ya te he dicho. Una asociación de gente poderosa.

—Venga, no me tomes por gilipollas.

—No puedo contarte mucho más, sería peligroso para ti y para mí. Basta con que sepas que se trata de devotos norteamericanos dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de proteger de amenazas el país que aman.

—¿Ultranacionalistas fanáticos?

—En el fondo, le hacen el trabajo sucio al gobierno.

—Noto en tu voz un cierto tono de simpatía.

—No los juzgo. Tienen sus ideales.

Travis permaneció en silencio mientras le venían a la cabeza las imágenes de cientos de camaradas, y también de enemigos, pudriéndose en los campos de batalla por defender los ideales de otros. Cuando logró que las visiones se desvanecieran, ya había tomado una decisión.

—Acepto el encargo.

Sam chascó la lengua, agarró el sobre con dos dedos y se lo ofreció. Travis iba a cogerlo cuando se lo retiró.

—Hay algo más.

—No me toques los huevos.

—El adelanto será de cien mil por cabeza.

—¿Nada más?

—El resto cuando finalicéis el trabajo… con éxito.

—Cabrones.

—Son desconfiados. Quieren asegurarse de que hagáis todo lo posible por conseguir lo que quieren. La prioridad es la información, ya te lo dije, los científicos son secundarios.

—¿Algo más que deba saber?

—Ellos se encargan del traslado. A las 15:00, en La Guardia, habrá un *jet* privado esperándoos para llevaros a Montana. Una vez allí os acercará al destino un helicóptero. El resto del trayecto hasta los laboratorios lo haréis en camión.

—Qué lujo.

—En el sobre hay un *pendrive* con el resto de la información que debes conocer.

—Procedimiento *standar* —dijo Travis, levantándose del banco y metiéndose en el bolsillo de la sudadera el sobre que, por fin, le entregaba.

No había más que hablar.

Se disponía a marcharse cuando Sam lo llamó.

—Travis.

—¿Qué? —preguntó él, volviéndose a medias.

—Ten cuidado.

Travis no contestó, movió el cuello de un lado a otro haciendo crujir sus vértebras cervicales, y echó a correr.

Sam lo siguió con la mirada mientras se alejaba. Luego fijó la vista en una pareja que, sobre las rocas del *Henshead*, se besaban a contraluz de un sol a media altura. Los observó un buen rato. Hasta que se marcharon. Entonces sacó un teléfono móvil de prepago, marcó un número y esperó. No mucho. Al segundo tono atendieron.

—¿Sí? —preguntó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Mi hombre ha aceptado.

—Perfecto —y colgó.

Sam suspiró, manoseó el teléfono unos segundos y marcó otro número. Esta vez tuvo que esperar más a que le respondieran.

A casi cuatro mil kilómetros de distancia, en el centro de Berlín, en la nueva sede del Servicio Federal de Inteligencia, el BND —una mole futurista que ocupaba más de 260.000 metros cuadrados—, en el despacho de un alto mando, sonó un teléfono móvil.

Luther Wolf, un dandi de mediana edad, apuesto e impecablemente vestido, responsable en apariencia del Área de Operaciones y Enlaces con el Extranjero, miró la pantalla.

«Número desconocido», leyó.

Cualquiera en su lugar hubiera rechazado la llamada en

previsión de que fuera de tipo comercial, pero su teléfono personal no las admitía. Además, en su mundo, las llamadas con números ocultos eran habituales y, normalmente, las más interesantes.

—*Ja?* —preguntó

—Sr. Wolf. Soy yo, Sam.

Durante unos segundos, el alto funcionario hizo memoria.

—El americano —dijo finalmente en perfecto inglés, una vez recordó quién era su interlocutor.

—El mismo. Tengo algo que puede interesarles —añadió Sam, dotando a su voz de toda la solemnidad que pudo.

—¿De qué se trata?

—De *Safetyhouse*.

Luther, de pronto, se tensó.

—Le escucho —terminó diciendo, dispuesto a prestar máxima atención.

3
NADIE MÁS

Montana. EE.UU.
Cerca de la frontera con Canadá.

Caía una llovizna ligera cuando Abel Santos regresaba de su turno de guardia de casi diez horas. Empezaba a las ocho de la mañana y terminaba a las seis de la tarde, aunque ese horario iba cambiando según la época del año para adaptarse a la luz natural. En la oscuridad, a la distancia en que él vigilaba, no existían prismáticos de visión nocturna ni teleobjetivos suficientemente precisos como para poder captar nada con detalle, lo cual era fundamental.

Cabalgaba despacio montado en un caballo de color chocolate con crines y cola rubias, un Rocky Mountain, un animal noble, tranquilo y resistente, perfecto para recorrer largas distancias por terrenos duros y escarpados. Detrás, atada por una cuerda a su silla, caminaba una mula torda cargada con una tienda de campaña, comida, bebida, mantas y utensilios para cocinar y montar un fuego. También con su equipo: un micrófono direccional de alta sensibilidad, un trípode, cámaras, teleobjetivos de largo alcance y su *hide* o escondite, una pequeña caseta de lona desmontable para las ocasiones en las que no encontraba un buen lugar donde ocultarse y vigilar. En definitiva, el material imprescindible de cualquier ornitólogo profesional que desarrollara su trabajo en solitario y perdido entre las montañas. O, al menos, esa era la imagen que pretendía conseguir. La tapadera, sencilla y creíble, se apoyaba en un título falso de biólogo especializado en fauna, en concreto, en aves, y en unos permisos perfectamente solicitados y legalmente concedidos para un ciudadano de la Unión Europea. En

su caso, un español.

Pese a las molestias que se habían tomado para encubrir sus verdaderas intenciones, Abel nunca había tenido problemas con las autoridades locales, y, en los ocho meses que llevaba allí, jamás había necesitado presentar ningún papel ni dar explicaciones a nadie. Así de solitario y apartado era el lugar donde debía desarrollar su trabajo.

Bajando la última pendiente, antes de llegar al valle donde tenía su cabaña, la lluvia se intensificó obligándole a apretar el paso. No todos los días regresaba de las montañas. El trayecto de vuelta no era demasiado largo pero sí incómodo, y, a veces, si el tiempo se preveía bueno, hacía noche en la cumbre y empalmaba dos días de vigilancia seguidos para ahorrarse la caminata.

Cuando el elegante Rocky Mountain dejó de pisar rocas y sintió bajo sus cascos la blanda y húmeda hierba, cabeceó y relinchó. Abel también estaba contento de que terminara la jornada, y ya se imaginaba sentado delante de la chimenea con una taza de té en la mano. Pero aún le quedaba faena antes de eso. Al trote y empapado, atravesó la gran pradera y fue directo al establo que había adosado en la pared norte de la cabaña. Desensilló al caballo, le quitó el bocado y las riendas, y luego descargó los bultos de la mula. A continuación, cepilló con esmero a los animales y les dio de beber y comer. Una vez hecho esto, se ocupó de él. Entró en la cabaña, se quitó la ropa mojada y se puso algo cómodo. Por un momento se apoyó en la ventana sur y contempló el sol poniéndose en el horizonte, asomando aún entre dos cumbres lejanas y dorando las tranquilas aguas del río que discurría a pocos metros de la cabaña. Luego encendió la chimenea y se dirigió a la alacena. No había demasiado donde elegir, la mayoría de la comida que tenía eran latas y carne seca. Se decidió por unas lonchas de cecina de vaca y tres hermosos huevos de pato que había encontrado el día anterior. También cogió un par de patatas para freír y una cerveza templada con la que acompañaría la cena. Una vez al mes se acercaba al pueblo para aprovisionarse. Era entonces, los primeros días, cuando podía disponer de alimentos frescos. Carne, verduras y fruta. Una semana como máximo, el resto del mes la cosa empeoraba. En ocasiones, si tenía tiempo, ganas y suerte, lograba

pescar en el río alguna trucha que luego comía a la brasa con auténtico deleite. Echaba de menos el vino. Un buen vino español, o francés o italiano. Pero en el pueblo al que iba a comprar no tenían nada de eso. La América profunda era así: austera y fervorosamente nacionalista.

La cabaña, enteramente construida con troncos, aunque tenía más de cien años, se conservaba en perfecto estado. Pertenecía a un anciano del pueblo, y antes que a él a su padre, quien la había heredado de su abuelo. Los tres, tramperos. Los animales también eran de su propiedad, y se los habían alquilado junto con la cabaña a través de la inmobiliaria del pueblo. La tecnología llega hasta donde existen los negocios, y la gestión se había realizado por Internet antes de que Abel aterrizara en Montana.

Era noche cerrada cuando terminó de cenar. El interior de la cabaña estaba caliente y, gracias a los faroles de queroseno que aportaban una luz amarillenta, la sensación de calidez con sabor a hogar era absoluta. Muebles había los justos. Un par de estanterías donde ponía las provisiones, un armario sin puertas para la ropa, una cama contra la pared, una mesa con dos sillas en el centro y un sillón frente a la chimenea. Bajo el suelo, al levantar una trampilla, existía un hueco bastante generoso donde los antiguos dueños guardaban las pieles de los animales que cazaban, y que Abel aprovechaba para tener su equipo de vigilancia… y algunas «cosas» más.

Tras recoger los cacharros de la cena y lavarlos, descolgó el rifle de encima de la chimenea y salió a comprobar cómo estaban los animales. Tener armas en aquella zona salvaje era normal, incluso para un pacífico ornitólogo, ya que no resultaba raro que depredadores, como coyotes o lobos, se acercaran por la noche a la cabaña con la intención de entrar en el establo. También había osos, enormes *grizzlies* capaces de derribar puertas y matar de un zarpazo a un caballo. O a él. Por esa razón, además del rifle, siempre dormía con un revólver de gran calibre bajo la almohada.

El invierno ya había pasado —el duro y gélido invierno de Montana—, y la primavera había traído días templados y soleados cuando no llovía, y noches frescas aunque soportables si uno no salía en camiseta a la intemperie. De ahí que cogiera su chaqueta de

lana antes de abrir la puerta. Fuera la oscuridad era absoluta. El cielo, que se había despejado después del aguacero, lucía como un lienzo oscuro lleno de puntos luminosos. Un espectáculo de una belleza arrebatadora.

A sus cuarenta años, Abel era un hombre de constitución atlética, piel morena y estatura media. Llevaba el pelo algo largo y revuelto, y en su rostro de mandíbulas marcadas destacaban sus profundos ojos negros y una nariz aguileña demasiado grande.

Con destreza, montó el arma introduciendo una bala en la recámara y se encaminó hacia el establo. Antes de levantar el pestillo aguzó el oído, intentando detectar las pisadas silentes de algún carnívoro al acecho. No escuchó nada y abrió. Dentro del establo la temperatura era agradable, gracias a que tras una de las paredes se encontraba la chimenea. Encendió un candil que colgaba de la entrada y echó un vistazo. Los equinos, al igual que otros animales susceptibles de ser cazados por un depredador, suelen dormir de pie, por lo general no más de tres horas, y siempre prestos para echar a correr a la más mínima amenaza.

La mula, más inteligente gracias a su herencia de burro, fue la primera en detectar al hombre y reconocerlo. Rebuznó tenuemente, a modo de saludo, y volvió a recostarse contra la pared para seguir durmiendo. El Rocky Mountain, siempre dispuesto a caminar, dio unos pasos, pateó el suelo y adelantó la cabeza hacia Abel ofreciéndola para que le colocara el bocado y las riendas.

—Tranquilo, amigo —le susurró Abel, acariciando su testuz—. Por hoy ya has trabajado bastante.

Le gustaban esos animales. Le gustaban casi todos los animales. Admiraba su sinceridad primigenia, y esa manera de vivir el presente, reseteando cada vez que despertaban, quedándose con lo imprescindible en sus sencillos cerebros, y tirando de instinto para amar, para alimentarse, para sobrevivir…

—Los animales sois de fiar. No engañáis. Vais de cara —dijo mientras pensaba en la relación con su exmujer, con su escasa familia, con sus compañeros de trabajo… Con las personas en general—. La naturaleza es simple. Brutal y simple. La gente es complicada. Estúpidamente complicada.

El Rocky Mountain cabeceó de gustó al sentir los dedos del

hombre entre sus crines, y levantó el hocico para lamer su cara.

—Quieto, mimoso —dijo Abel, divertido.

Tras comprobar que todo estaba bien y que no les faltaba agua, volvió a salir y aseguró bien el pestillo. Antes de regresar a la cabaña dio un paseo hasta la orilla del río. Se quedó allí un buen rato, sintiendo la fría brisa en su cara, y aspirando con gusto el aire puro que inundaba sus pulmones igual que si fuera un robot recargando las baterías. Eso se sentía a menudo, un robot que desarrollaba una tarea monótona y aburrida.

Una lechuza ululó en la lejanía, y un sapo gordo como una pelota de tenis saltó al agua asustado. Brutal y simple, así era la naturaleza. Matar o morir. Correr o morir. Saltar o morir.

Había salido en zapatillas. Cuando sintió que se le quedaban fríos los pies, regresó a la cabaña. Aún no eran las nueve de la noche. Leería un par de horas —el único entretenimiento que tenía— sentado delante de la chimenea, y se tomaría una buena taza de su amado té *rooibos*. Un té que conoció gracias a un *inmortalista* que trabajaba como enlace en el Ministerio de Defensa de España, y que no dejaba de hablarle de las extraordinarias propiedades antioxidantes que tenía, y de lo eficaz que era a la hora de combatir los daños causados en el organismo por los radicales libres. Una infusión en realidad, y no un té, de origen sudafricano, que él tomaba no para vivir para siempre, como pensaba conseguir aquel estúpido chupatintas, sino por su intenso sabor a frutos secos con toque de miel y notas terrosas.

Tanto pensó en el dulzón *rooibos*, que no pudo resistirse a preparar una buena tetera. Luego, con una taza en una mano y un libro en la otra, se sentó en el sillón dispuesto a pasar las próximas horas hasta que llegara el momento de hacer la llamada.

Dio un trago corto, con cuidado de no quemarse, y miró la portada del libro que estaba leyendo: *El enigma del navegante*. Iba por la mitad y le estaba resultando muy entretenido. Le gustaban las historias de aventuras, con viajes incluidos y misterios, y aquella novela tenía todo eso. Se animó a tomar otro sorbo de *rooibos*, luego dejó la taza sobre una caja de madera y se puso a leer.

El tiempo se le pasó volando, y cuando quiso darse cuenta había

leído doscientas páginas y tomado tres tazas de la infusión sudafricana. Al mirar su reloj se sorprendió todavía más. Eran las doce de la noche, la hora acordada para contactar con Centinela.

Antes lo hacía cada semana. Llamaba con su teléfono vía satélite —cuya batería cargaba con una pequeña placa solar— para dar novedades al funcionario que le atendía al otro lado de la línea; alguien intermedio que formaba parte del grupo, y que se limitaba a transcribir lo que él le contaba para luego entregar el informe, perfectamente redactado, al director. Pero los últimos diez días, debido a la anomalía que había detectado, se había visto obligado a realizar esa llamada a diario.

Suspiró, dejó el libro sobre la caja de madera, junto a la taza vacía, y se levantó. Estiró un poco las piernas, cogió el teléfono vía satélite que guardaba dentro de una mochila y marcó un número. Número que si, por casualidad, alguien se tomaba la molestia de comprobar, vería que correspondía a la Universidad de Friburgo, en Alemania, dedicada a la enseñanza de Ciencias Humanas, Ciencias Sociales y Ciencias Naturales; una artimaña técnica nada sencilla que solo un gobierno podría conseguir.

Como siempre, el competente funcionario descolgó al otro lado de la línea antes del tercer tono.

—¿Dígame?

—Soy yo, Santos —respondió Abel.

Pausa. Ruido de papeles.

—Le escucho —dijo el funcionario, finalmente.

—Situación idéntica a los últimos días. En el nido siguen los tres huevos. Nada sobre los otros seis ni los padres.

El funcionario terminó de copiar sus palabras en papel antes de hablar.

—¿Algo más?

—No. Me voy a dormir —contestó Abel, cortante.

—Espere. El director quiere hablar con usted.

—¿El director?

—Sí.

—¿En serio? ¿Para qué? —preguntó extrañado, ya que rara vez el mandamás se ponía al teléfono.

No hubo contestación por parte del funcionario. Abel se

preocupó.

Hubo otra pausa. Ruidos indeterminados y, por fin, una voz fuerte y segura que le hablaba desde el otro lado del océano Atlántico, desde un despacho del Servicio Federal de Inteligencia, el BND concretamente, de la división especial llamada Centinela.

—Tengo algo que pedirle —empezó Luther Wolf, sin preámbulos—. Necesitamos que vaya al nido y lo inspeccione.

—¿Cómo dice? —preguntó Abel, desconcertado.

—Es de extrema importancia que lo haga sin perder un segundo. Sabemos con certeza que se dirige hacia la zona del nido una tormenta.

—¿Puede repetirlo?

—Hemos consultado con otros colegas y están de acuerdo. Puede que los polluelos estén en peligro. Debe intervenir de inmediato.

—¿Quieren que inspeccione el nido? —repitió Abel, incrédulo.

—Exacto.

Se sentía ridículo empleando aquel lenguaje en clave, simulando que hablaban de aves. Conocía los sofisticados programas espías de los que disponía EE.UU. Programas como el MYSTIC, usado por la NSA, capaz de controlar y grabar el 100% de las llamadas telefónicas realizadas en un país tan grande como Norteamérica; pero también sabía que solo se revisaban las comunicaciones en las que se utilizaban una o varias de las 366 palabras de alerta como «bomba», «explosivo», «socorro», «bandas», «nuclear», «atentado», «crimen»… Y otras muchas relacionadas con el Islam; o cuando existían fundadas sospechas de que EE.UU. estaba amenazado. Sin embargo, sus llamadas, procurando evitar las palabras prohibidas y siendo cautos con lo que decían, pasarían desapercibidas. Pero no pensaba lo mismo el minucioso y precavido director Luther Wolf, al que tanto le preocupaba que, debido a un descuido en la seguridad de las comunicaciones, pudiera ser descubierta su relativamente nueva división de espionaje.

—¿Dentro del… nido? ¿Yo? —insistió Abel, que no terminaba de asimilar lo que le pedían.

—No hay nadie más.

—Pero… —titubeó Abel, atónito.

—Sabe cómo hacerlo. Esperamos su llamada —concluyó Luther, frío como un carámbano, antes de colgar.

Abel Santos se quedó mirando el teléfono con ganas de estamparlo contra la pared. Se contuvo. Se sirvió otra taza de infusión *rooibos* y se sentó en una silla, frente a la mesa, donde se dedicó a pensar sobre su futuro inmediato.

Estuvo así más de treinta minutos, pasándose las manos por las mejillas a medio afeitar, conjugando el miedo que le provocaba la misión que le habían encomendado.

Contaba con que esa circunstancia pudiera darse, con que algún día tuviera que intervenir. Pero no así, sin el apoyo de gente mucho más preparada que él. Era verdad que sabía cómo hacerlo, lo habían entrenado ante esa eventualidad, pero ni en sus más nefastas pesadillas pensó que podría suceder.

Sin embargo allí estaba, más solo que la una y con la obligación de sumergirse en las entrañas de aquel misterioso lugar llamado *Safetyhouse*.

4
CADAVERINA

«Debe intervenir de inmediato», «…sin perder un segundo», le había ordenado el director Luther Wolf, y sus palabras le resonaban en la cabeza como mazazos. Ese estirado alemán, inteligente como pocos y más astuto que un zorro, nunca hablaba por hablar. Si le había pedido algo así, tendría sus buenas razones.

Decidido a cumplir con sus obligaciones, dejando en una esquina el saco lleno de temores, se levantó de la silla y se dispuso a prepararse para la misión. Se vistió, eligiendo unas buenas botas, pantalones vaqueros, camisa a cuadros de franela y su gruesa chaqueta de lana. También se ajustó un cinturón lleno de balas del que colgaba un cuchillo tipo *Bowie* y una cartuchera donde introdujo el revólver. Luego, abrió la trampilla del suelo y fue subiendo bultos que colocó sobre la mesa. Cuando terminó, revisó el contenido con detalle para no olvidarse de nada.

—Veamos —se dijo, comenzando a enumerar—. Palanqueta, amoladora, discos de corte, baterías, soplete, cortafríos, cizalla, maza, linternas y candil de luz *autorecargable*. Perfecto, está todo.

A continuación, cogió una mochila e introdujo en ella un par de botellas de agua, cecina, queso y tres manzanas. También una caja de cartuchos del calibre 45 especial y una cámara de fotos digital capaz de captar imágenes perfectas en semioscuridad.

Pruebas, pensó mientras repasaba por enésima vez todo el equipo, quieren pruebas y yo se las daré. Si salgo de esta, claro.

Dejó los bultos en la puerta del establo. Ensilló el Rocky Mountain y aparejó a la mula para poder cargarla. No quería perder nada por el camino, y menos cuando el largo y duro trayecto debía hacerlo de noche; de ahí que se tomara su tiempo para atar bien firme los bultos a la mula, incluyendo también un bidón de

veinticinco litros de agua para los animales. Cuando estuvo satisfecho volvió a la cabaña, cogió el rifle y apagó la chimenea y los candiles.

Ya montado en el caballo echó un último vistazo al que había sido su hogar durante tantos meses, con el extraño presentimiento de que no regresaría.

Conocía el camino porque había ido un par de veces, aunque nunca de noche. Afortunadamente, una luna de cazadores alfombraba el paisaje con su tenue luz, desvelando, a medias, los obstáculos más grandes. Para evitar los pequeños, como espinosos matorrales, rocas puntiagudas o hendiduras en el terreno, llevaba un potente frontal con el que iluminaba unos metros por delante de él.

Parte del recorrido era común al que hacía a diario hasta el alto desde el que se divisaba *Safetyhouse*. Pero no iba allí. El edificio se encontraba situado entre dos elevaciones rocosas, sobre una falsa meseta, a resguardo de miradas indiscretas a no ser que se supiera dónde colocarse. Para acceder a él solo existía un camino de tierra, una trinchera natural que alguien, en su día, se encargó de ensanchar y aplanar para que pudiera ser transitable, al menos en todoterrenos. Llegar hasta allí usando la ruta directa hubiera sido fácil, pero no era ese el plan. Usar la puerta delantera, en el caso de que consiguiera reducir a los guardias y forzar la entrada, estaba totalmente descartado. La idea era introducirse en los laboratorios sin que lo vieran, a escondidas y por la puerta trasera. Para ello necesitaba recorrer más del doble de la distancia que hacía cada día para llegar a la atalaya desde donde vigilaba. Más de treinta kilómetros por terreno áspero, duro y, en ocasiones, escarpado.

Seis horas, se dijo echando cálculos, quizá siete.

La primera parte del camino, la común, la que más conocía, la hizo en dos horas y media. Se tomó un descanso para dar de beber a los animales en un barreño, y se puso de nuevo en marcha. Quería llegar antes de que amaneciera, y debía darse prisa. Apretó el paso a su cabalgadura y bordeó la falda de la colina —tras la que se situaban los laboratorios— en tiempo record: dos horas y diez minutos. Dedujo, por lo que había recorrido y lo que le quedaba, que lograría llegar a la entrada trasera en menos de dos horas si

mantenía el ritmo y nada lo detenía. Un poco justo si esperaba que la oscuridad lo ocultara de algún ojo indiscreto y ocasional.

—¡A la mierda! —gruñó—. No pienso despeñarme antes de llegar.

Y tenía razón. Parte del trayecto que le quedaba discurría por un estrecho camino excavado en la montaña, un camino situado a más de cuarenta metros de altura cuyo firme, cubierto de rocas erosionadas por el agua y el hielo que se formaba en invierno, era tremendamente resbaladizo.

Antes de afrontar aquella peligrosa ruta debía pasar cerca de un denso bosque de montaña donde sabía que merodeaban los pumas al acecho de presas. Invisibles entre las ramas de los árboles, a aquellos magníficos cazadores no les costaría demasiado saltar sobre él cuando pasara por debajo y destrozarle el cuello de un mordisco antes de que cayera del caballo.

Como no quería ser devorado por uno de esos felinos, desenfundó el revólver, lo amartilló y apoyó la mano armada sobre la montura. Si lo atacaban, al menos tendría alguna oportunidad.

No sucedió nada. Rebasó el bosque sin incidentes y enfiló el estrecho y elevado camino. Mientras lo recorría, lento, con la luz del frontal alumbrando a un metro de las patas delanteras del caballo, le dio por pensar en su pasado. Un vistazo atrás, fugaz, inconsciente, con el que resumió veintidós años de su vida. Comenzó viéndose con dieciocho años, en la puerta de la Facultad de Medicina de Sevilla, y terminó con la imagen de él tirado en el suelo, con el casco agujereado por la metralla y su sangre manchando la caliente arena del desierto. La mente humana, siempre enigmática, le mostró en *flashbacks* el viaje vital que lo había llevado hasta donde estaba, omitiendo los últimos años, los más cercanos, los que todavía no había comenzado a olvidar. A querer olvidar.

Acompañado por su pasado, recorrió los tres kilómetros largos que bordeaban la montaña. Al llegar a la explanada donde desembocaba, y ver en el horizonte cómo el negro cielo comenzaba a aclararse, regresó al presente y se concentró en la misión. Miró el reloj y se sorprendió al comprobar que habían pasado más de seis horas desde que dejara la cabaña. El cansancio de la dura cabalgata

le asaltó de pronto, y sintió las piernas tumefactas y la espalda dolorida. Ya queda poco, se dijo, espoleando con delicadeza al Rocky Mountain, que dio un brinco y comenzó a trotar como si acabara de salir del establo. La mula, atada a una cuerda, más reservada y sensata, les siguió el ritmo después de soltar un rebuzno de desagrado.

La pradera, del tamaño de un campo de fútbol, estaba cubierta de pasto bajo y flores silvestres, y la rodeaban bosques densos de coníferas en todo su perímetro menos en la parte que se apoyaba en la falda de la montaña, por donde había llegado Abel.

Poco a poco el cielo fue anunciando el amanecer, desvelando más detalles del paisaje y despertando con su luz a las aves que dormían en las ramas. Un águila calva sobrevoló la pradera a baja altura hasta una atalaya situada en un saliente de la montaña, justo encima de donde miraba Abel.

Allí, tapada con una reja metálica y un montón de tablones, se encontraba la entrada a una antigua mina abandonada. Un vestigio de otra época, de cuando los hombres perdían la cabeza por el oro y horadaban la roca enfebrecidos en busca del deseado metal amarillo. Según los registros que Abel había estudiado, se abrió en 1858 y permaneció activa veinte años, hasta que las vetas encontradas quedaron totalmente agotadas.

Casi ciento cincuenta años de abandono y herrumbre, sin mantenimiento ni revisiones, no eran las condiciones ideales para dar un paso por sus galerías. A su favor tenía que, a los diferentes niveles no se llegaba por montacargas —que hubieran estado inservibles—, sino a través de sucesivas rampas. En su contra, además del estado ruinoso, que era un maldito laberinto.

Excepto las autoridades, y algún cazador veterano que se animaba a aventurarse por esa vertiente de la montaña tan apartada e inaccesible, casi nadie más de la zona conocía la mina. Por lo tanto, podría trabajar con cierta tranquilidad mientras forzaba la entrada.

Una vez llegó al acceso cerrado, desmontó y descargó la mula de bultos. También le quitó los aparejos, y luego se ocupó del caballo, librándole de la silla y del bocado. Pocos en su lugar hubieran hecho semejante cosa, optando mejor por dejar a los animales bien

atados a algún árbol o roca para disponer de ellos cuando los necesitara. La mayoría habría actuado así, pero no Abel, que en lugar de pensar en él lo hizo en los animales, sabiendo que si los ataba serían incapaces de salir corriendo ante el ataque de algún depredador, o morirían de hambre o sed si él no regresaba. Confiaba en ellos, en que, aunque los liberara, lo estarían esperando en aquella pradera durante un tiempo prudencial.

—Unas horas —dijo mientras acariciaba entre los ojos a los animales—. Unas horas me esperaréis, ¿verdad? Si tardo mucho más, mal asunto.

Después de llenar el barreño de agua hasta el borde para que los animales bebieran, agarró los bultos y los dejó junto a la entrada de la mina.

La luz del amanecer, rojiza en el punto donde el sol aparecía y violeta profundo en el resto del cielo, ya era suficiente para ver sin necesidad de usar el frontal. Lo apagó y se puso a inspeccionar la reja que impedía el acceso. Desde luego no tenía ciento cincuenta años, aunque tampoco era nueva a tenor del óxido que la cubría por completo. Estaba hecha a medida por un buen herrero, y encajaba a la perfección en el hueco de la pared. Los barrotes eran gruesos, y robustos los goznes que la fijaban al quicial de roca viva. Un pasador deslizante se ocupaba de mantenerla cerrada, y un enorme candado se aseguraba de que nadie pudiera descorrerlo. Excepto alguien que tuviera las herramientas adecuadas, por supuesto.

Abel sabía perfectamente lo que tenía que hacer, y había traído lo necesario. De uno de los bultos sacó la amoladora y le colocó un disco de corte para metal. Con cuidado, aplicó el filo al aro de acero del candado y lo cortó por el lado móvil para que no se separara del todo del cuerpo. Lo quitó, descorrió el cerrojo y tiró de la puerta. Le costó moverla, ya que la herrumbre acumulada por los años había atascado las bisagras. Una vez la tuvo abierta pudo llegar a la pared de tablones, tan viejos como la reja. Viejos pero aún funcionales debido a la buena madera de roble con la que estaban hechos. Se quedó un momento mirando el rótulo pintado en la parte superior. Las letras, de un rojo desvaído, aún eran legibles.

Prohibido pasar.
Peligro de derrumbe.

Abel sonrío con ironía y agarró una palanqueta. Eligió una junta entre dos tablones centrales e introdujo la punta plana y curva de uno de los extremos de la barra de hierro de ochenta centímetros de larga. No le resultó fácil desclavar el madero. Tuvo que emplearse a fondo y aplicar la palanca en varios puntos hasta que, al final, lo consiguió y la gruesa plancha de madera cayó al suelo. Probó a entrar por el hueco. No pudo. Necesitó desclavar otro madero para hacerlo. Jadeando, se tomó un respiro. Luego, con una potente linterna en la mano, se asomó al interior de la mina. El haz chocó primero con el techo y, a continuación, recorrió las paredes apuntaladas con troncos de madera ennegrecida. No llegó a iluminar del todo la galería que tenía delante, cuyo fondo era negro como la pez.

En aquel momento, a Abel le hubiera gustado ser un hombre creyente para poder rezar y pedir el favor de algún dios benévolo. Pero no lo era, y debía introducirse en aquel infierno encomendándose a lo único que le quedaba: la incierta suerte. Sin pensarlo más guardó las herramientas, se echó el sacó al hombro y entró en la mina —sin olvidarse antes de cerrar la verja desde dentro, procurando que el candado pareciera intacto y colocando los tablones de tal manera que, desde fuera, simularan continuar clavados—. Una vez en el interior la luz anaranjada y bellísima del amanecer desapareció, y se quedó a solas rodeado de oscuridad. La linterna no le parecía suficiente, y también encendió el frontal. Tenía un plano de la mina, y lo había repasado en la cabaña intentando memorizar el camino, aunque le fue imposible. Demasiado complicado. Por esa razón lo llevaba desplegado en su mano izquierda, y lo consultaba constantemente mientras avanzaba por la galería.

Estaba intranquilo. Asustado. Aquel olor a humedad y a metal herrumbroso, y los constantes crujidos de las vigas medio podridas, habrían helado la sangre a cualquiera.

No había recorrido más que una parte de la galería, procurando

no tropezar con las vías que asomaban en el suelo, y ya sus piernas se negaban a continuar. Hubiera salido corriendo de haber podido. Pero continuó. No animado por el valor, sino por la responsabilidad.

Una vez llegó al final de la galería se encontró con tres opciones a seguir, tres huecos en la pared que llevaban a zonas distintas de la montaña. Tomó el de la derecha, y enseguida notó que el suelo se inclinaba hacia abajo. Sin pozo de ventilación el oxígeno era escaso, y el aire estaba cargado de partículas de todo tipo, de ahí que descendiera la pendiente en curva procurando no levantar demasiado polvo y acabar asfixiado. Por el ángulo y la distancia recorrida calculó que habría un desnivel de diez metros. En la galería inferior encontró más de lo mismo: raíles en el suelo, paredes apuntaladas con maderos ennegrecidos por años de humo proveniente de candiles de petróleo, y alguna que otra marca tallada en la roca por los mineros. Iniciales, fechas, dibujos obscenos… A mitad de camino, en un lateral de la galería, se abría un gran hueco en la pared de roca. Una veta de oro. O lo que quedaba de ella: nada más que el vacío. Siguió caminando hasta llegar al final, donde se encontró, de nuevo, con tres posibilidades. Consultó el mapa y eligió la de la izquierda. Nuevamente una rampa. En esta ocasión a izquierda y derecha se abrían galerías en las que, a su vez, se abrían otras. Una maraña de túneles que llevaban a otros túneles. La mayoría bajaban, algunos subían. Un galimatías que jamás habría descifrado sin el mapa. Por el camino vio picos rotos, palas, cascos abollados de minero con las primeras lámparas de carburo en el frontal… Y ropa. Pantalones, chaquetas… incluso botas de cuero. Todo roído, polvoriento, podrido. En algunos recodos descubrió pequeñas habitaciones en las que había mesas, sillas de madera y camastros donde los hombres comerían y descansarían durante sus interminables jornadas de trabajo. Quizá durante días. Un mundo subterráneo inverosímil y tremendamente claustrofóbico.

Jadeando por el esfuerzo de caminar cargando con la mochila, las herramientas y el rifle, se imaginó a aquellos pobres desgraciados picando la dura roca con las manos, quemándose la vista con los candiles y tragando un polvo que les destrozaría los

pulmones.

Tras hora y media recorriendo infinidad de galerías, y bajando y subiendo rampas, llegó a un espacio más amplio en el que se encontraban media docena de vagonetas. Algunas volcadas. Otras no. Pero todas cubiertas de herrumbre. Según el mapa se hallaba en la zona de almacenamiento principal de la mina, de donde partía un único túnel más ancho y largo que serpenteaba dentro de la montaña hasta llegar a lo que en su día fue la veta principal de oro. El sanctasanctórum de la mina.

—Ya queda poco —se dijo enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Le picaban los ojos y sentía mareos por la falta de oxígeno. Decidió descansar y comer algo. No tenía hambre, pero no había tomado bocado desde hacía casi diez horas y necesitaba almacenar energía en previsión de lo que pudiera venir. También bebió casi medio litro de agua de una vez, y después se puso de nuevo en marcha dispuesto a afrontar la última etapa.

Revitalizado, recorrió aquel túnel lleno de curvas y contracurvas hasta que llegó a un cerramiento semejante al que había en el exterior: rejas y tablones de madera.

Con decisión, repitió el trabajo. Cortó el candado, este más antiguo y herrumbroso, abrió la reja y luego desclavó los tablones con la palanqueta. A pesar del mal estado del hierro y la madera, Abel terminó agotado.

Antes de continuar, consultó el mapa para corroborar que al otro lado de la abertura hubiera un corto túnel que llevaba a otra puerta, esta mucho más nueva y segura.

Y así fue exactamente.

Al enfocar con la linterna, una puerta de metal bruñido refulgió al fondo del túnel.

Forzar esta última entrada no sería tan sencillo. Tendría que emplearse a conciencia y ser cuidadoso para no hacer demasiado ruido, ya que tras ella se encontraría en el nivel más bajo de los laboratorios, una enorme cavidad excavada durante años para extraer de la roca hasta el último gramo de oro de una gran veta, y que había sido aprovechada en su día por el enloquecido constructor de *Safetyhouse* —al igual que el resto de la mina—, en

un alarde de practicidad, inteligencia y chifladura.

Ya frente a la puerta de metal se tomó su tiempo para estudiarla, intentando desvelar su punto débil. Miró el marco que la unía a la roca, el tipo de remaches y tornillos, el grosor de la chapa… Allí no había candado que cortar, sino una cerradura de seguridad bastante nueva. El resto de la puerta no lo era tanto, parecía la original colocada hacía más de setenta años, pero de magnífica calidad.

Probó con el juego de ganzúas *made in* agente secreto que llevaba, sin éxito. Tendría que ser por la fuerza. La golpeó y le sonó a hueco, y la plancha no le pareció tan gruesa. Probablemente un milímetro. Luego habría un vacío y otra plancha de acero. Sería complicado aunque no imposible. Cuestión de paciencia y maña. Se bebió otro medio litro de agua, se quitó la chaqueta de lana y se puso a trabajar con la sierra.

Lo primero que hizo fue un corte longitudinal cerca de la cerradura, de un metro más o menos. A continuación, partiendo del inicio y el final del primer corte, realizó otros dos transversales hasta las bisagras, con lo que consiguió una puerta dentro de la puerta. Podría haber hecho otro corte longitudinal para completar el agujero, pero le fue más sencillo y rápido doblar el trozo de chapa liberada ayudándose con la palanqueta y unos gruesos guantes de cuero. Como imaginaba, en el interior había tubos cuadrados que fortalecían la estructura de la puerta. Cortó dos y se dispuso a realizar, en la chapa interior, la misma operación que había realizado en la exterior, pero en esta ocasión se añadía un gran inconveniente: las chispas. Si mientras cortaba había alguien al otro lado de la puerta, todo habría acabado. Su misión se basaba en el sigilo. En no ser descubierto. En recabar información sin que nadie se enterara. Si se encontraba con algún vigilante o científico, no le quedaría otra que poner pies en polvorosa. El enfrentamiento estaba descartado. Las armas las había llevado en previsión de toparse con algún animal salvaje por el camino, y como última opción.

Cruzó los dedos y aplicó la amoladora, con un nuevo disco de corte, a la plancha de acero. Precavido, cortaba y paraba, acercando la oreja para escuchar, hasta que hubo terminado los tres cortes. Entonces se quedó en silencio unos minutos y, cuando estuvo

seguro de que nadie reaccionaba al otro lado de la puerta, dobló la chapa dejando libre la entrada.

Al asomarse, con el corazón en la garganta, le sorprendió ver luz; tenue, muy escasa, pero suficiente para distinguir el interior de aquella inmensa gruta artificial. Inmensa y siniestra.

Antes de introducirse definitivamente por la abertura recogió las herramientas y las guardó en el saco. Se quitó la mochila y cogió de ella la cámara de fotos digital. El resto lo dejó. Tampoco llevaría el rifle, demasiado aparatoso y amenazador. Si se topaba con un guardia no quería que le agujereara el culo nada más verlo. El cuchillo lo conservó, y la pistola. Una cosa era ser prudente y otra estúpido. Si no tenía más remedio, mejor matar que morir.

Un viento frío lo hizo tiritar. Cogió su chaqueta de lana y se la puso. También percibió un olor fétido que salía de la gruta. Fétido y familiar.

—Cadaverina, el hedor de la muerte —se dijo, torciendo el gesto por el asco y la aprensión.

Una vez al otro lado de la puerta aguzó el oído y miró en todas direcciones. La corriente de aire, producida al comunicar la gruta con la mina, comenzó a balancear levemente las lámparas del techo, lo que provocó un baile de sombras inquietantes.

De pronto, cuando apenas había avanzado unos pocos metros, creyó percibir movimiento a su izquierda. Luego a su derecha. Movimiento y el inconfundible sonido de pisadas.

Rápidas. Muy rápidas.

5
ESCALOFRÍOS

Mientras eso sucedía en la gruta, Travis y su equipo, montados en un camión, se dirigían hacia *Safetyhouse*.

Después de un vuelo en *jet* privado de seis horas desde Nueva York hasta Montana, habían sido trasladados en helicóptero a un pequeño aeródromo donde les estaba esperando un transporte terrestre, un camión de tamaño medio, tracción total y pocos kilómetros. Sin conductor, ellos se encargarían de llegar hasta el edificio donde se encontraban los laboratorios. Antes de que amaneciera ya habían recorrido unos treinta kilómetros por carreteras malas pero asfaltadas, y ahora les quedaban otros veinte por caminos de tierra, bacheados y estrechos.

Travis miró el GPS del camión después de salvar una pendiente resbaladiza que obligó al conductor a usar la reductora y a concentrarse en la conducción.

—Ya queda poco —dijo Travis, innecesario, por hablar de algo.

El conductor, Hans, un hombre de unos treinta años, rostro aniñado, gafas con cristales redondos y pelo rubio, asintió con la cabeza sin abrir la boca. Bajito para ser nórdico —con su metro setenta se quedaba a diez centímetros de la media de los hombres de su país—, y muy delgado, el poderío físico no era su principal virtud. Sus cualidades eran otras. Además de ser capaz de conducir a nivel de un piloto de carreras cualquier vehículo de dos, cuatro o dieciséis ruedas, Hans era un tirador excepcional. Había aprendido de su abuelo, un francotirador que cazaba oficiales nazis durante la Segunda Guerra Mundial, y cuando tuvo oportunidad y edad ingresó en el *Forsvarets Spesialkommando*, el Comando Especial de las Fuerzas Armadas de Noruega, una unidad de élite destinada a operaciones especiales. Allí le fue bien, pero se aburría. Había

crecido con las historias de guerra que le contaba su abuelo, con sus logros, y necesitaba vivir esas emociones. Por eso, cuando supo que había otra manera de ganarse la vida gracias a sus talentos, decidió hacerse mercenario. Primero trabajando para empresas de seguridad que operaban en Escandinavia. Luego internacionalizándose, vendiendo sus servicios al mejor postor por todo el mundo, haciendo incluso trabajos por su cuenta bastante cuestionables. Hasta que un día fue reclutado por Travis, con el que llevaba cerca de cuatro años.

Historias distintas, y en el fondo parecidas, guardaban los otros tres miembros del equipo que viajaban en la parte trasera del camión. Dos hombres y una mujer.

—¿Sabéis a qué me recuerda esto? —dijo de pronto Dylan, mientras masticaba chicle con la boca abierta—. Al puto trabajo que realizamos en México hace un par de años. ¿Qué me decís?

Dylan acababa de cumplir los veintisiete, y sus habilidades se encontraban más cerca de un teclado de ordenador que del gatillo de un arma. Estatura media, moreno, complexión atlética, atractivo… Siempre llevaba el pelo con media melena arreglada, y barba de tres días. También le gustaba la ropa cara pero informal. Pantalones chinos, polos, tres cuartos… Ropa de marca y colores bien combinados. Nacido en una familia de seis hermanos de clase media, ya de niño empezó a destacar en el colegio por sus dotes innatas con un ordenador. Estudió con becas, y terminó la carrera de Ingeniero Informático en el MIT. Enseguida fue contratado por una gran multinacional para su división de *ciberseguridad*. Pero él era ambicioso y, aunque ganaba buen sueldo, quería más. Apenas llevaba un año trabajando cuando desvió dos millones de dólares de los fondos de la empresa a una cuenta a su nombre en las islas Caimán. El desfalco estuvo a punto de salirle bien. Fue detenido en el aeropuerto y condenado a diez años de cárcel. Se libró de esta gracias a un acuerdo con el gobierno. La NSA se había interesado por sus talentos, y le propuso un trato. Rejas o espionaje. Y claro, él aceptó.

Pronto se cansó de analizar datos en un sótano, realizando escuchas o interviniendo cuentas o teléfonos de gente que no conocía, sentado todo el día en una oficina sin ventanas por un

sueldo que apenas le daba para pagar los gustos caros a los que se había acostumbrado. Decidió entonces mostrarse apático, mediocre, mal compañero e indisciplinado. Una artimaña para que lo largaran sin responsabilidades. Al final lo consiguió, se cansaron de él y, antes de cumplir los dos años, la Agencia de Seguridad Nacional le dio la carta de despido. Ya libre, abrió una pequeña tienda de material informático en Nueva York, donde, además de arreglar ordenadores y vender consumibles, realizaba trabajos «especiales» para una selecta clientela. Clientela que fue llegando a través de la Web Oscura, y que pagaba bien y en efectivo. Un día conoció a Travis y, desde entonces, cada vez que reclamaba sus servicios él se los concedía por una buena tajada, por supuesto, pero siempre feliz de entrar en acción. Bueno, eso era lo que a Dylan le gustaba, la acción lejos de la pantalla del ordenador, aunque pocas veces la tenía.

—¿Eh? ¿Recuerdas el asunto de México, grandullón? —insistió Dylan.

Al que llamaba «grandullón» era Valtra, un afroamericano de metro noventa y ocho, y ciento veinte kilos de puro músculo. Fuerte y rápido, a pesar de su tamaño, no tenía rival en la lucha cuerpo a cuerpo, y manejaba todo tipo de armas, incluidas las afiladas. A su físico imponente lo acompañaba, a la perfección, una cabeza bien rasurada y un rostro fiero de mandíbula cuadrada con ceño fruncido y ojillos pequeños de mirada intensa. De carácter sereno y poco hablador, le molestaban los charlatanes como Dylan. Había sido marine, como Travis, alcanzando el grado de sargento, hasta que lo echaron del ejército por enviar al hospital a un oficial racista —que se había reído de su oscurísimo color de piel—, y a los cuatro policías militares que intentaron detenerlo. Tras dieciocho meses en la cárcel, con cuarenta y dos años, salió a la calle, a un mundo que le era ajeno, y donde sus habilidades no servían para nada. Soportó trabajos de todo tipo para poder comer: lavacoches, camarero, repartidor de *pizzas*, mozo de almacén… Incluso estuvo un tiempo paseando perros en el *Upper East Side*, el barrio más exclusivo de Nueva York. Así casi un año, hasta que su agente de la condicional lo dejó en paz y pudo encontrar ocupaciones más acordes con su físico y sus… capacidades. Fue portero de discoteca y

guardaespaldas, y participó en peleas clandestinas hasta que su fama disuadió a cualquier rival de enfrentarse a él. Al final terminó de gorila, escarmentando a los que debían dinero o molestaban a un hampón de poca monta de Brooklyn. En aquella época conoció al que sería su nuevo jefe. Fue una noche. Travis había estado en su almacén y regresaba a su apartamento en Manhattan en coche. Al parar en un semáforo, cerca del polígono industrial, vio una escena en un callejón que le llamó la atención: un tipo grande rodeado por seis hombres que lo amenazaban con bates y barras de hierro. Era un gigante, pero aún así no tendría ninguna oportunidad.

Valtra había ido allí para echar a un tipo que vendía droga sin autorización de su patrón. Un asunto fácil que se complicó porque el camello era sobrino de otro gánster rival, y lo esperaba con cinco matones.

Travis se quedó mirando desde el coche. Nunca le gustaron las peleas desiguales ni los abusones. Dudaba si intervenir, ya con la mano puesta en la manija de la puerta, cuando un giro en los acontecimientos lo dejó paralizado. En cuestión de segundos el gigante, con una precisión, una velocidad y una contundencia que jamás había visto, acabó con los seis atacantes. Los machacó literalmente, casi sin sudar.

Siempre abierto a nuevos talentos, esa noche, Travis, le propuso que se uniera a su equipo, y Valtra aceptó de inmediato.

—¿Y tú? —preguntó Dylan dirigiéndose a la mujer, ante el mutismo de su compañero de asiento—. ¿Te acuerdas del trabajo de México?

—Claro. Cómo olvidarlo —terminó contestando ella, al tiempo que cerraba los ojos y asentía con la cabeza.

Olga era todo lo contrario a la imagen arquetípica que suele tenerse de una mujer dedicada al oficio de las armas. Era alta, con buena estructura ósea y musculada, pero vestida no se le notaba, y podía pasar perfectamente por modelo de pasarela. Le gustaba llevar su pelo rojizo y ondulado recogido en una coleta corta, y una sutil sombra morada que intensificaba la mirada felina de sus ojos verdes. Máscara no se aplicaba, ya que sus largas y densas pestañas no la necesitaban. Tampoco sus gruesos labios —que escondían a duras penas una sonrisa perfecta—, precisaban de artificios, ya que

poseían un brillo y un color azafranado natural. Además de ser una belleza, Olga tenía estilo y un encanto muy femenino que enloquecía tanto a hombres como a mujeres. Cualidad que ella, siempre abierta a la sexualidad, sabía aprovechar.

Había nacido en Rusia, y emigrado con sus padres a EE.UU. cuando tenía cinco años. Hablaba perfectamente el inglés, como no podía ser de otra manera después de treinta años viviendo en Norteamérica, pero aún conservaba un cierto acento que la hacía todavía más atractiva. A los diez años se quedó huérfana. Su padre, con pocas oportunidades de trabajo, terminó seducido por el sindicato del crimen ruso, y un día él y su madre fueron acribillados a balazos por una banda rival cuando regresaban a casa. Se hizo cargo de ella un tío lejano, también relacionado con la mafia rusa, que la trató a patadas mientras fue una niña, y que intentó violarla en cuanto cumplió los catorce años. Intentó, ya que aquella noche en la que el desgraciado entró en su cuarto, Olga lo estaba esperando con un cuchillo de cocina debajo de la almohada. Cinco puñaladas, certeras y profundas, estuvieron a punto de matarlo. La primera le cortó las cuerdas vocales, dejándole mudo; la segunda le chafó un ojo, dejándole tuerto; las dos siguientes le destrozaron los intestinos, obligándole a tener que cagar el resto de su vida en una bolsa; y la última, y más precisa, le rebanó los testículos y el pene condenándole a una sexualidad puramente espiritual.

Nunca se arrepintió de lo que había hecho. Ni un solo día de los setecientos treinta que estuvo en el correccional. Después, cuando salió con dieciséis, solicitó la emancipación y se buscó la vida por su cuenta. Podría haber hecho lo que quisiera. Dedicarse a la moda, ganar un concurso de belleza o encontrar un marido rico que la tratara como a una reina. Pero ella eligió el ejército y, a los dieciocho años, se alistó en la Armada. Le gustaban los barcos de guerra, el mar y viajar por el mundo. Y consiguió todo eso. Y le fue bien. Sobre todo cuando aprobó el acceso a los *Navy Seal*. Una mujer con su físico, aparentemente delicada, en una unidad de élite, codeándose con los hombres más duros y preparados de la marina… Fue chocante, y debió emplearse a fondo para que la tomaran en serio. Al final se ganó su respeto, y solo se acercaba —más de lo estrictamente necesario—, quien ella quería.

Travis la conoció en una operación secreta, en el 2012, y nunca la olvidó. No por su belleza —ya que poco se veía de noche bajo el intenso fuego cruzado—, sino porque les salvó la vida a él y a su pelotón durante el intento fallido de introducir en Libia un destacamento de marines con el objeto de volar un aeródromo militar. Tropas libias fuertemente armadas, afines a Gadafi, los sorprendieron, y tuvieron que volver con el rabo entre las piernas por donde habían venido. Las barcazas de desembarco los seguían esperando, pero no lo hubieran conseguido si Olga, que había permanecido en la orilla, al mando de un grupo de *Navy Seal*, se hubiera vuelto a la fragata como le ordenaron. Ella se quedó para asegurarse, y la cobertura de sus dos ametralladoras M60 montadas entre las dunas de la playa fue definitiva. A Travis le fascinó su valor, iniciativa e inigualables dotes en el combate. Años después, cuando formó su equipo de mercenarios, contactó con ella y le propuso un puesto de responsabilidad. Sería su lugarteniente, su segundo al mando, su persona de confianza. Necesitaba a alguien así a su lado, suave por fuera y dura como una roca por dentro. Una bala de cañón envuelta en seda, que te acaricia antes de reventarte en pedazos.

A pesar de la tentadora oferta —con cifras de dinero mareantes—, Olga la rechazó en un primer momento, ya que se encontraba bien en los *Navy Seal*, y la relación que mantenía con un capitán de navío iba viento en popa, nunca mejor dicho.

Cosa que cambió dos meses después cuando su apuesto capitán la dejó, de la noche a la mañana, por la insulsa pero rica hija de un almirante. Eso la descentró y, durante unos entrenamientos, yendo con un par de copas de más, el arma se le disparó accidentalmente. No hirió a nadie, pero para un cuerpo tan exigente como los *Navy Seal* supuso un antes y un después. Estuvo un mes en el calabozo, tres suspendida de empleo y sueldo y, finalmente, rebajada a «soldado raso».

Fue demasiado para ella. El fracaso amoroso, la sanción, la deshonra en el ejército… Pero se sobrepuso y, antes de que las hombreras de su chaqueta se acostumbraran a la falta de galones, se enrolló con una enfermera y aceptó la oferta de Travis.

Y ahí seguía, tres años después, a punto de acometer la enésima misión a su lado.

—Poca información. Mucho riesgo. Un lugar apartado… —enumeró Dylan—. Más calor en México pero la misma mierda que aquí. Sin embargo estuvo bien. Lo pasamos de puta madre rescatando a ese ricachón. *¡Ra-ta-ta-ta-tá!* —añadió simulando que disparaba con su arma—. Se cagaron por las patas abajo cuando nos vieron aparecer. ¿Verdad?

—*¡Eh!*, aparta eso de mi cara —lo recriminó Valtra, al tiempo que desviaba con la mano la dirección del cañón del fusil hacia el techo del camión.

—Recuerdo el trabajo. Aunque no recuerdo verte a ti allí. ¿Sería por el humo de los disparos? —dijo entonces Olga, cargada de ironía.

—Llegué un poco tarde, joder —se justificó Dylan—. Travis me mantuvo vigilando el exterior de la casa después de que *hackeara* los móviles de los secuestradores para que no pudieran hacer llamadas. ¿Lo has olvidado?

—No. Realizaste un trabajo impecable.

—¿Lo dices en serio?

—Del todo. Sin ti no lo hubiésemos logrado —resolvió Olga, borrando todo rastro de su anterior mofa.

—Vale, vale —terminó diciendo Dylan, con los ojos chispeantes de alegría.

En el fondo, a Olga, ese informático con ínfulas de guerrero le producía ternura. También al rocoso de Valtra a pesar de no demostrárselo en absoluto; al contrario, siempre andaba a la gresca con él, recriminándole su verborrea descontrolada, sus bromas y sus constantes referencias a películas de las que jamás había oído hablar. Dylan era lo que era, un eterno adolescente con cualidades de genio para los teclados, y un novato en cuestión de armas. Aplicado y tenaz, como lo definió Travis después de entrenarlo, no tenía la experiencia suficiente para afrontar situaciones de combate real; y eso no se conseguía de la noche a la mañana. De ahí que, normalmente, aunque no era ningún tuercebotas y disparaba relativamente bien, lo mantuviera alejado de la acción encargándose de lo suyo. No obstante, en aquella misión donde las

posibilidades de contacto con el exterior, una vez entraran en el edificio, serían nulas, lo necesitaban a su lado.

—El tema es raro. ¿No os parece? —preguntó de pronto Dylan, animado por la anterior conversación.

—Bastante —corroboró Olga.

—Raro, raro —repitió Valtra, con la vista puesta en el suelo del camión.

Cada misión tenía sus exigencias. Ninguna era igual a otra. Todas tenían sus matices. En lo que sí se parecían, era en el tipo de personas que se precisaban para llevarlas a cabo. Hans, Dylan, Valtra, Olga, y el propio Travis, eran muy diferentes, aunque exactos en dos cosas: poseían una buena dosis de agallas, y sufrían esa relativa inconsciencia que poseen todos aquellos que arriesgan su vida en el trabajo. Actuar primero y pensar después. En situaciones comprometidas no se dispone de demasiado tiempo para la reflexión. Ni tampoco a la hora de sopesar un encargo millonario. Si tú no lo coges, lo hará otro. Primero aceptar, luego reflexionar. Y eso es lo que hacían ahora —tras el largo trayecto hasta Montana, tan cerca de su objetivo—, barajar los pros y los contras. Quizá por costumbre, tal vez por compartir, sin duda por conjugar ese miedo que jamás admitirían tener.

—Un gas letal, un ataque terrorista… Ya lo hablamos. No se me ocurre otra cosa —continuó Dylan—. ¿A vosotros?

—Un laboratorio clandestino descubre algo importante, un logro científico muy valioso, y la competencia decide robárselo —teorizó Olga.

—Y para encubrir el saqueo eliminan a todos los que encuentran allí —añadió Dylan—. Me gusta. Yo apostaría por el propio gobierno.

—No te digo que no.

—De ser así, vamos a encontrar aquello más vacío que mi frigorífico.

—Ojalá. Cobraríamos por no hacer nada.

—Pues a mí me gustaría disparar esta preciosidad —dijo Dylan, acariciando su fusil de asalto G36 de cañón corto.

—No digas tonterías.

—Calla —le recriminó el siempre parco en palabras Valtra.

—Bueno, bueno. Como queráis —admitió Dylan, levantando las manos en señal de rendición—. Pero me da a mí que va a ser difícil que salgamos de esta sin pegar un tiro.

En la cabina del camión, Travis también le daba vueltas al asunto. A medida que se acercaban, más nervioso e inseguro se encontraba. Sabía que había elegido a los mejores, y disponía de armas y equipo de primera, pero un runrún constante sonaba en su cabeza, un zumbido que disparaba infinidad de testigos de alarma. Mala señal, se dijo, conociendo como conocía ese sexto sentido que tantas veces lo había prevenido de peligros. Sin embargo, no había vuelta atrás. Debía afrontar el encargo y maquillar los recelos para que nadie se los notara.

—Atento, estamos llegando —dijo señalando el GPS del camión.

Hans comprobó la ruta y moderó la velocidad para adaptarla a un terreno cada vez más escabroso.

Al entrar en un camino estrecho abierto entre rocas, se toparon con un control. Una caseta diminuta y una barrera móvil donde aguardaba un hombre armado.

—Fin de trayecto —anunció Hans, deteniendo el vehículo ante la señal de alto que le indicaba el guardia—. Se me ha pasado el tiempo volando.

Y tenía razón, no era una frase hecha.

Después de hablar con Sam, Travis reunió a su equipo para exponerles el asunto en el almacén que tenía a las afueras de Nueva York. Él decidía si aceptaba o no un trabajo sin obligar a nadie a acompañarlo. Tenía su grupo de máxima confianza, su favorito, pero su lista era muy amplia, y si alguno renunciaba siempre podía llamar a otro.

No fue el caso. A pesar de discutir un rato sobre los puntos oscuros que veían en la operación, los dos millones de dólares que se embolsarían cada uno terminaron por eliminar hasta las más razonables reticencias, y los cuatro que había seleccionado para la misión aceptaron.

Luego, gracias a que en el almacén disponían de todo: armas, equipo táctico, ropa de repuesto…, incluso máscaras antigás, en menos de una hora ya estaban de camino al aeropuerto.

No siempre era así. A menudo, cuando viajaban a países

extranjeros para realizar un encargo, Sudamérica, Asia, Oriente Próximo, Europa del Este…, y la paga y la logística eran tan modestas que los obligaba a usar vuelos comerciales, no tenían más remedio que conseguir lo necesario en el país de destino, normalmente material de tercera y poco fiable. En esta ocasión estaban contentos, ya que no les faltaría de nada y dispondrían de un equipo de primera y sus juguetes favoritos: sus armas.

El centinela indicó con la mano que bajaran la ventanilla del camión. Hans obedeció.

—¿Tienen el pase? —preguntó con brusquedad, sin apartar el dedo del gatillo de su fusil automático.

—Claro, nunca nos presentamos a una fiesta sin invitación —dijo Travis con desenfado, al tiempo que le mostraba la pantalla de su teléfono móvil donde aparecía el dibujo de una serpiente alrededor de una mujer desnuda. Una especie de sello o sigilo que hacía de contraseña.

El guardia, que vestía ropa táctica, chaleco antibalas y casco, todo de buena calidad y de color negro, cogió el teléfono que Travis le ofrecía a través de la ventanilla, observó un instante la imagen del sigilo y luego se lo devolvió.

—Sigan el camino. Avisaré a mis compañeros.

—Con usted solo quedan tres, ¿verdad? —preguntó Travis.

El guardia entornó los ojos, lo miró como si le perdonara la vida y levantó la barrera sin contestarle.

—Palabras justas y mala leche —dijo Hans acelerando.

—¿Viste su arma? Una Zastava M76 de fabricación serbia. Ese detalle, unido a su acento… —razonó Travis.

—Excombatientes de la guerra de los Balcanes —completó Hans.

—Lo más probable. Cuando uno se acostumbra a un arma es difícil que cambie —concluyó Travis, con cierto pesar.

—¿Qué piensas, jefe?

—Nada.

Dijo «nada», pero claro que pensaba. Pensaba que esos tipos bien armados, si eran los profesionales curtidos en combate que intuía y no los guardias de tres al cuarto que había imaginado, muy mal debían de estar las cosas dentro de aquellos laboratorios para que seis de ellos hubieran desaparecido sin decir ni «mu».

El camión recorrió unos trescientos metros por aquel angosto paso artificial hasta llegar a una explanada de tierra y hierba que desembocaba, a su izquierda, en un acantilado. Pero eso no fue lo que más llamó la atención de Travis y Hans, lo que realmente los dejó impactados fue el edificio situado a la derecha. Se trataba de una estructura totalmente cuadrada, construida en hormigón armado, de unos diez metros de altura. No tenía ningún tipo de revestimiento, y las ventanas tapiadas y muy estrechas se asemejaban a las troneras de las fortalezas medievales. Solo se veía una puerta grande, de acero.

—Desde luego, no es la idea que tenía de unos laboratorios —apuntó Hans.

—Ni por asomo —corroboró Travis, muy atento al vehículo todoterreno aparcado frente a la entrada del que salieron dos hombres.

Hans detuvo el camión a unos metros de distancia.

Dylan, inquieto, abrió la puerta trasera.

—¿Adónde vas? —le recriminó Olga.

—No puedo esperar más —contestó antes de saltar del camión—. Tengo el culo cuadrado.

Al quedarse solos, Valtra se inclinó hacia Olga.

—¿Dará problemas? —preguntó muy serio.

—Espero que no —respondió ella, después de pensarlo unos segundos.

Travis y Hans también se habían decidido a bajar de la cabina del camión. Uno de los guardias armados habló algo con su compañero y luego se encaminó hacia ellos.

Dylan llegó antes.

—Menudo mamotreto. Eh, jefe —dijo señalando el edificio—. Parece Fort Knox.

—Sí —admitió Travis, muy serio.

—¿Quién construiría algo así en el culo del mundo? —se preguntó Hans—. No parece nuevo.

—No entiendo mucho de mantenimiento de edificios, pero yo diría que a este no lo han tocado en muchos años —opinó Dylan—. Está hecho una mierda.

—Atentos —advirtió Travis, ante la llegada del guardia.

El hombre, de mediana edad y aspecto rudo como el que les había franqueado la barrera, saludó con un gesto de cabeza antes de hablar.

—Puntuales. Me alegro, ya teníamos ganas de irnos —dijo con mejor inglés que su compañero pero idéntico acento.

—¿Irse?

—En cuanto entren nos largamos.

—¿No les gusta la paga? ¿O es el clima? —preguntó Dylan con sarcasmo.

El guardia mostró una sonrisa esquinada y se ajustó el casco.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó finalmente.

—Cinco —contestó Travis.

Sonrisaesquinada ladeó la cabeza y emitió un sonido con la boca en señal de desaprobación.

—¿Algún problema?

—Ninguno —se apresuró a contestar—. Vengan. No hay tiempo que perder.

—Vale, pero antes debemos sacar el equipo.

Olga y Valtra ya habían bajado del camión cuando Hans, Travis y Dylan se dirigían a la zona de carga.

—Pertrechaos. Vamos a entrar —anunció Travis.

—¿Así, sin echar un vistazo antes? —preguntó Olga, girando la cabeza en todas direcciones.

—Aquí hay poco que ver —contestó Dylan—. Un acantilado a un lado y montañas al otro.

—Hans se quedará fuera —añadió Travis, categórico, volviéndose hacia el francotirador después de comprobar que el guardia no podría oírlo—. Cuando entremos, busca un lugar elevado desde el que se vea la puerta y vigila desde allí. No quiero sorpresas.

—Claro, jefe. ¿Y qué hago si veo algo raro? Sin comunicaciones…

—Observa y evalúa. Tienes experiencia. Si nos la van a jugar, lo harán cuando salgamos.

—¿Eso piensas, jefe? —preguntó Dylan.

—Mejor prevenir —contestó Olga.

—Así es —corroboró Travis, antes de centrarse de nuevo en

Hans—. Si no hemos salido al anochecer, llama a Sam. Él sabrá qué hacer. Luego, sube al camión y lárgate cagando leches.

—¿Seguro que quieres que haga eso, jefe?

—Seguro. Y ahora, a lo nuestro.

De la zona de carga del camión bajaron varias bolsas grandes, macutos y mochilas, las dejaron en el suelo y fueron sacando armas y equipo. Todos se pusieron chalecos antibalas y se aprovisionaron de cargadores. Luego cogieron una mochila cada uno donde iban más cargadores y un par de botellas de agua. Travis siempre decía que, en la guerra, mueren más soldados por la sed que por las balas. Finalmente, comprobaron sus armas y esperaron a que Dylan terminara. Él, además del equipo táctico, llevaba lo que llamaba «sus cachivaches», el *pack* completo del perfecto *hacker*, con el que era capaz de conseguir cualquier cosa relacionada con la informática y las comunicaciones. Eso, y algún «extra» de más que le había pedido Travis.

Una vez terminaron, Hans se subió a la cabina del camión con su rifle de precisión M40A5 calibre 7,62 × 51 OTAN, mientras que Olga, Valtra, Dylan y Travis se encaminaban hacia el guardia.

—¿Están todos? —dudó este, cuando llegaron a su lado.

—Él se queda —contestó Travis, señalando el camión.

—Un tipo afortunado.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Olga.

—Por nada. Vamos, les abriré la puerta.

Los cuatro echaron a andar detrás del guardia. Ya había amanecido, y el sol se mostraba bajo pero entero en el horizonte. Su luz rasante barría el paisaje, haciendo que sus sombras alargadas los precedieran varios metros.

Al detenerse frente a la enorme puerta de acero que daba entrada al edificio, Travis se volvió para mirar al guardia que se había quedado apoyado en el capó del todoterreno. *Sonrisaesquinada* se percató de ello.

—Estuvimos juntos en la guerra —dijo este al tiempo que sacaba una tarjeta metálica del bolsillo de su pantalón—. Valiente como nadie he conocido, y ahora se tiraría por el acantilado antes de acercarse al edificio.

—¿Qué guerra? —preguntó Travis.

—¿Importa?

—En absoluto.

—Todas son iguales —continuó *Sonrisaesquinada,* con amargura—. Padres enterrando a hijos. Hijos enterrando a padres. Un mal negocio para los pobres.

Al terminar de hablar, los miró uno a uno y se detuvo en Dylan.

—Trae soldados —dijo dirigiéndose a Travis—. Veteranos. Todos menos él.

—¡Eh! ¡Este tío de qué va! —saltó el informático, indignado.

—Tu mirada, chico. Al que ha matado se le nota en la mirada.

—No me llame chico —saltó Dylan, terciando el arma.

Valtra se apresuró a apoyar una mano de hierro en el hombro del informático.

—Tranquilo, amigo —le susurró al oído, hasta que se apaciguó.

Sonrisaesquinada levantó la comisura derecha de la boca y luego se volvió hacia la puerta. En el marco había un cajetín metálico sin llave. Lo abrió y apareció un teclado numérico. Tecleó y se dirigió a Travis.

—Recuerde la combinación: 4-7-1-7-7-6, la necesitarán para abrir la puerta interior.

—Será fácil, es la fecha de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos.

—¿En serio? —dijo *Sonrisaesquinada* con indiferencia.

—¿Puerta interior? —preguntó Dylan.

—Existe una esclusa destinada a evitar la contaminación. Aunque no lo parezca, aquí dentro hay unos laboratorios.

—Lo sabemos —intervino Travis.

—¿Qué más saben?

—Diez días sin noticias de los científicos. Seis de sus hombres desaparecidos dentro del edificio… Lo básico.

Sonrisaesquinada le dedicó una mirada difícil de interpretar y luego le mostró la tarjeta metálica.

—Después de introducir el código deben meter esta tarjeta en la ranura —le explicó, acuciado por una repentina urgencia—. Una vez en la esclusa, para abrir la otra puerta, deben cerrar antes esta. Recuerde: las dos puertas no pueden estar abiertas al mismo

tiempo.

—Le noto nervioso —observó Travis.

—Este lugar me da escalofríos. Esperaremos a verles entrar. Luego nos iremos.

Dylan, aún caliente por lo sucedido, dio un paso para colocarse frente a *Sonrisaesquinada*.

—¡Qué valientes! ¿No vais a esperar ni siquiera cinco minutos por si encontramos a vuestros compañeros? —preguntó desafiante.

—Nuestros compañeros están muertos —contestó *Sonrisaesquinada* sin entrar en la provocación—. Como todos los científicos.

Olga, que se había mantenido callada y expectante, se decidió a intervenir.

—¿Por qué piensa eso?

—Este lugar… Es una maldita tumba.

—¡*Uy*, qué miedo! —saltó Dylan, zumbón.

Sonrisaesquinada obvió de nuevo al informático y se dirigió a Travis.

—Usted manda. Coja a su equipo y márchense de aquí mientras puedan.

—¿Es el mejor consejo que puede darme?

—El único que puedo darle —concluyó *Sonrisaesquinada*, entregándole la tarjeta metálica antes de darse la vuelta y alejarse.

El grupo lo siguió con la mirada hasta el todoterreno, donde lo esperaba su compañero. Subieron los dos al vehículo y se quedaron mirándoles a través del parabrisas.

—¿Qué opinas, jefe? —preguntó Olga al notarlo indeciso, manoseando la tarjeta metálica.

—Yo opino que son unos putos cobardes —se adelantó a contestar Dylan—. No se deja tirado a un compañero.

—El chico tiene razón —le apoyó Valtra.

Travis se dirigió a Olga.

—No creo que sean unos cobardes.

—¿Entonces? ¿Crees que ocultan algo? —preguntó esta.

Con gesto meditabundo, Travis se acarició la cicatriz de la barbilla antes de responder.

—Quién sabe. Puede que sí.

Dylan, inquieto, se revolvió en el sitio y golpeó la culata de su fusil.

—Vamos, jefe, abre esa puerta de una maldita vez. Me muero de ganas por saber qué hay al otro lado.

Travis le mantuvo unos segundos la mirada a Olga, su lugarteniente, la persona en la que más confiaba dentro del grupo y, cuando no reconoció censura en sus ojos, hizo caso a Dylan e introdujo la tarjeta en la ranura.

Escucharon un clic metálico y la pesada puerta de acero comenzó a abrirse, deslizándose hacia un lado. Del interior no salió ruido alguno, ni olor. El primero en asomarse fue Travis. Unos fluorescentes situados en el techo comenzaron a encenderse, y vio una habitación alargada, de unos cuatro por tres metros, toda pintada de blanco, con armarios y bancos metálicos. Un lugar aséptico semejante a la antesala de un quirófano. Entonces recordó algo.

—Poneos las máscaras de protección y entremos.

Y eso hicieron, diligentes.

Una vez en la esclusa, Travis se acercó al teclado y procedió a cerrar la puerta. Antes de que esto sucediera, y la chapa de acero macizo los aislara definitivamente del exterior, escucharon cómo el todoterreno arrancaba y salía a toda prisa haciendo que patinaran las ruedas en la hierba aún húmeda por el rocío del amanecer.

Sobre la segunda puerta había un rótulo.

Precaución
Está a punto de entrar en un espacio con presión diferencial.
La puerta no se abrirá hasta que se haya cerrado la anterior.

—En los laboratorios se usa el mismo sistema que en las salas blancas de los hospitales —explicó Dylan en modo didáctico—. La sobrepresión del interior se encarga de que, cuando se abran las puertas, no entren corrientes de aire de una zona sucia a otra limpia.

—Genial. Vamos allá —dijo Travis.

Tecleó el código de apertura en la segunda puerta y, antes de introducir la tarjeta metálica, el veterano marine se volvió a medias hacia sus compañeros.

—¿Preparados? —preguntó.

Todos asintieron con la cabeza. Mudos, con el índice cerca del gatillo de sus armas y el aliento contenido, listos para enfrentarse a lo desconocido.

Otro clic metálico y la puerta comenzó a abrirse.

6
DEMASIADO SILENCIO

—En cuanto podamos salir, Olga y yo buscaremos cobertura por la derecha y vosotros dos por la izquierda —ordenó Travis—. ¿Entendido?

Un sí unánime, extraño, pronunciado a través de las máscaras antigás, se escuchó dentro de la esclusa. Luego, todos comprobaron sus armas por enésima vez y se prepararon para la acción.

Sabían que ese era el momento más delicado. Incluso el inexperto Dylan conocía el término «moverse al descubierto». Si los estaban esperando, bien parapetados y armados, poco podrían hacer. Por esa razón, en cuanto la segunda puerta comenzó a abrirse, Travis lanzó un par de botes de humo. Un humo denso y blanquecino que les daría un mínimo de cobertura ante una lluvia de balas.

—¡Rápido, rápido! —anunció después de salir acompañado por Olga, en busca de cualquier sitio donde guarecerse.

Valtra y Dylan los siguieron, corriendo en zigzag, *semiagachados* para presentar menos superficie al enemigo.

Salvados los primeros metros sin escuchar ningún disparo, entraron en la densa bruma cada pareja por su lado. Travis y Olga, después de recorrer unos diez metros, se toparon con una gruesa columna cuadrada de unos ochenta centímetros detrás de la cual se ocultaron. Por la izquierda, Valtra y Dylan no tuvieron tanta suerte, pasaron cerca de una columna sin verla y debieron recorrer el doble de distancia antes de dar con algo lo suficientemente grande como para ocultarlos.

—¿Qué cojones es esto? —se quejó Dylan.

—No sé, parecen cajas de madera —contestó Valtra junto a él, en cuclillas.

—Huelen a mierda.

El afroamericano se asomó por un lado de la caja, intentando ver algo. Primero la cabeza, luego acompañado por el cañón de su potente escopeta de asalto automática AA-12, un monstruo del calibre 12 alimentado por un cargador de tambor con capacidad para treinta y dos cartuchos.

—¿Qué? —le preguntó Dylan, con los nervios del novato agarrados al estómago.

—No se ve nada. Tendremos que esperar a que el humo desaparezca —susurró Valtra también inquieto, pero en su caso debido a un exceso de experiencia.

El peligro seguía allí, acechando. Lo peor había pasado, la carrera al descubierto, pero aún quedaba asegurar el lugar.

Unos metros más atrás, Travis y Olga, compartiendo a duras penas un espacio mínimo detrás de la columna, tuvieron una conversación semejante.

Esperar. Esa fue la conclusión, e implorar para que el aterrador ruido de disparos no apareciera.

Y no apareció.

Los minutos pasaron como si se tratara de horas, hasta que el humo se disipó lo suficiente. Travis entonces echó un vistazo rápido y pudo ver, casi por completo, la sala donde estaban. Era un *hall* amplio, de doble altura, con las paredes de hormigón visto y ningún elemento decorativo. Desde su posición retrasada también distinguió a sus compañeros parapetados detrás de un montón de cajas de madera; grandes, del tamaño de un hombre; algunas estaban abiertas, con las tapas tiradas en el suelo; otras permanecían cerradas, con las cinchas metálicas intactas.

Olga se animó a mirar por el otro lado de la columna y lo que vio la tranquilizó. Aquel lugar, casi vacío, no mostraba muchos sitios donde poder ocultarse y preparar una emboscada. Solo había columnas, el montón de cajas de madera y paredes vacías con puertas. Al fondo una metálica, probablemente de un ascensor.

—Sígueme —dijo de pronto Travis, y echó a correr en dirección a Valtra y Dylan.

Olga lo hizo sin quitar ojo a las columnas, temiendo ver aparecer el cañón de un arma detrás de cada una de ellas. No fue

así, y los dos se reunieron con sus compañeros sin incidentes.

Valtra y Dylan esperaban sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas en las cajas de madera. Olga y Travis los imitaron.

—Jefe, primera etapa salvada —dijo Dylan, feliz como un niño.

—Ya veremos —contestó Travis—. Analiza el aire.

—Enseguida —contestó el informático, quitándose la mochila y sacando de ella un pequeño aparato del tamaño de un paquete de cigarros, uno de los «extras» que le había pedido Travis que llevara.

Lo encendió y, al cabo de unos minutos, aparecieron valores en la pantalla. Valores que él iba leyendo como si fuesen los ingredientes de una receta de comida.

—78,08% de nitrógeno, 20,95% de oxígeno, 0,93% de argón, 0,035% de dióxido de carbono, 0,0018% de neón, 0,0002% de metano…

—¿Alguna alerta? —le cortó Travis.

—Ninguna. Todo correcto. Este aire es tan puro como el que se respira en la Antártida.

—¿Estás seguro?

—Este medidor es de lo mejor del mercado. Si existiera cualquier gas nocivo nos lo diría.

—¿También avisaría de un agente biológico letal? —preguntó Olga.

—Eso es más complicado. Debería estar presente en el aire en un volumen suficiente como para ser detectado.

—Seguiremos con las máscaras puestas —concluyó Travis.

—¡Joder! —se quejó Valtra.

Olga y Dylan también resoplaron.

—A mí tampoco me gusta llevarla —dijo Travis—, pero debemos asegurarnos de que este lugar está limpio.

—Claro, jefe. No hay problema —se plegó Valtra finalmente.

El humo continuó disipándose y ya solo quedaban de él retazos blanquecinos que ascendían hasta el techo absorbidos por los potentes aspersores del aire acondicionado.

Travis sacó un teléfono móvil del bolsillo lateral del pantalón y miró la pantalla.

—Sin cobertura —anunció con naturalidad—. Comprueba el resto de las comunicaciones.

—De inmediato —dijo Dylan, mientras cogía de la mochila su ordenador portátil.

Olga echó un vistazo con más detalle a los alrededores. Incluido el techo.

—Veo un par de cámaras —dijo al terminar—. Y mirad cómo están algunas de las puertas.

Travis se asomó por encima de las cajas para comprobar lo que Olga decía.

—Parece que alguien las forzó a golpe de martillo.

—O de pico —apuntó la rusa—. Y las manchas del suelo son de sangre. Sangre seca.

—Tienes razón. Las hay por todos lados —corroboró Travis—. Mal asunto.

—¿Y qué opináis de estas cajas? A excepción de ellas, el *hall* está completamente vacío —añadió Valtra.

—El remitente es The Kroger Co. —observó la rusa.

Travis puso cara de no saber. Valtra también.

—Comida —dijo Dylan, sin dejar de teclear ni levantar la vista de la pantalla de su portátil.

—Exacto —corroboró Olga—. The Kroger Co. es la cadena de supermercados más importante de EE.UU.

—Los que les suministran alimentos —concluyó Valtra.

—Sin duda. Tienen de todo y sirven a cualquier punto del país en cuestión de horas.

—Ahora entiendo este maldito olor a podrido —se quejó Dylan.

—Debieron recibir este envío hace días. Con buena parte de comida perecedera. Comenzaron a sacar los productos pero se quedaron a medias —dedujo Travis—. ¿Cómo va eso? —preguntó a Dylan.

—Terminado.

—¿Y?

—Este lugar es la tumba de las comunicaciones. Ni móviles, ni radios, ni teléfonos vía satélite… Nada. Como ya sabíamos, imposible contactar con el exterior desde cualquier medio conocido.

—¿Un inhibidor de frecuencias?

—Y de los buenos.

—¿Podrías anularlo?

—La duda ofende, jefe. Pero antes deberíamos encontrarlo.

—¿Se puede rastrear?

—No. Uno de esta potencia será del tamaño de una maleta. Aún así, veo complicado que demos con él. Podría estar en cualquier sitio.

Aunque lo imaginaba, Travis asumió la información con pesar. Dejó escapar un largo suspiro, que empañó el visor de su mascarilla, y a continuación buscó algo en el teléfono móvil.

Mientras lo hacía, los demás se mantuvieron callados, expectantes, como si hubiera pasado un ángel. Hasta que Dylan verbalizó algo que todos estaban pensando.

—No se escucha ni el vuelo de una mosca. ¿Es normal?

—Según sabemos, entre técnicos de laboratorio y científicos, en este edificio trabajan más de treinta personas —comenzó diciendo Olga—. Teniendo en cuenta que el *hall* es un lugar de paso, la sangre, y que han dejado pudrirse aquí la comida…

—No me gusta. Demasiado silencio —concretó Valtra, siempre práctico y certero.

—Sí. No pinta bien —añadió Travis, fija la mirada en la pantalla de su móvil.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Olga—. ¿Continuar con el plan marcado?

—Ya sabéis, el cliente quiere que evaluemos la situación y, en caso negativo, recuperemos sus propiedades más valiosas.

—Las investigaciones —puntualizó Olga.

—Correcto. Por lo visto, toda la información se almacena en un disco duro situado en la sala de servidores.

—Lógico —dijo Dylan con desdén—. ¿Dónde está esa sala?

—Según el plano que me suministraron, en la segunda planta —contestó Travis, enseñándoles la pantalla de su teléfono.

Olga la miró con detenimiento.

—Un plano muy escueto —dijo finalmente—. Solo muestra la ruta desde aquí a esa sala.

—Sí, está claro que no quieren que andemos husmeando por ahí.

—También parece evidente que los científicos les importan una mierda —dijo Dylan.

Travis volvió a levantarse para mirar por encima de las cajas.

—El ascensor está al fondo. La puerta que hay a su derecha son las escaleras —informó después de agacharse de nuevo junto a sus compañeros—. Ambas opciones son válidas para llegar a la segunda planta.

—Ya, pero… ¿Queremos hacer eso? —preguntó Olga, retórica—. Ir directos, sin asegurar las plantas que dejamos detrás, sería…

—Arriesgado —completó Travis.

—Una locura —concretó la rusa.

—Estoy de acuerdo —intervino Valtra.

Dylan miró a sus compañeros sin saber muy bien qué opinar.

—¿Entonces? —preguntó finalmente el informático.

—A la mierda el cliente —contestó Travis—. Realizaremos el trabajo, pero a nuestra manera.

Valtra asintió con la cabeza. Olga fue más expresiva.

—Así se habla, jefe. Nuestros culos, lo primero.

—Os diré lo que haremos —comenzó Travis—. Seguiremos el protocolo y aseguraremos cada planta antes de subir a la siguiente. Empezaremos por esta. Olga y yo nos ocuparemos de las puertas de la derecha y vosotros de las de la izquierda. Este lugar es grande, no podemos entretenernos mucho. Con un vistazo rápido será suficiente. En treinta minutos, hayamos terminado o no, nos encontraremos de nuevo aquí para dar novedades.

—¿Qué hacemos si nos topamos con algún científico? —quiso saber Valtra.

—Que os acompañe. Lo interrogaremos en el *hall*. Seguro que tiene mucho que contar.

—¿Y si se trata de alguna… amenaza? —preguntó Dylan, casi divertido.

—Valtra te dirá qué hacer en cada momento —contestó Travis, rotundo, sin inflexiones en la voz—. Si él se mueve, tú te mueves. Si él se para, tú te paras. Si el mea, tú meas. ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

—Así me gusta. Sincronicemos los relojes.

Una vez lo hicieron, Dylan se animó a comentar algo que llevaba rato queriendo decir.

—Todo esto. La misión. Este edificio clandestino. La entrada. La esclusa. Los científicos ausentes. La sangre. Las puertas rotas. El

silencio. Nosotros… ¿No os recuerda a aquel momento en el que un comando especial debe entrar en los laboratorios subterráneos que tiene *Umbrella* bajo *Raccoon City*?

—¿Cómo? —preguntó Travis, confundido.

—Umbrela… La Colmena… Milla Jovovich… —enumeró Dylan, extrañado.

—¿De qué hablas ahora? —saltó Valtra, indignado.

—La peli. *Resident Evil.* La primera de la serie. Cuando…

—Dylan —lo atajó Travis, poniendo una mano paternal sobre su hombro—. ¿Me escuchas?

—Alto y claro, jefe.

—No quiero cagadas. Céntrate.

—Por supuesto. Solo quería decir que…

—Céntrate —lo calló de nuevo, antes de volverse hacia Olga y hacerle un gesto con la mano para que lo siguiera—. Vamos.

Rápidos como un rayo, salieron de detrás de las cajas y fueron directos hacia la primera puerta de su derecha. Se apoyaron en el quicio, cada uno en un lado, observando los múltiples agujeros y destrozos realizados en la cerradura, y luego Travis abrió la puerta para poder entrar. Había un pasillo. Vacío. Comenzaron a andar. Él delante, apuntando con la carabina M4. Olga detrás, con el mismo fusil y el mismo extra, un lanzagranadas M203 acoplado bajo el cañón capaz de disparar proyectiles explosivos de 40 mm. Una potencia de fuego devastadora si ambas armas se combinaban.

Enseguida se percataron de que allí había sucedido algo. Algo muy grave. El suelo estaba lleno de cristales rotos, astillas de madera… y más sangre seca. Mucha más.

—Atenta —susurró Travis, con el dedo cerca del gatillo.

Lo dijo por decir, ya que sabía perfectamente que su lugarteniente no necesitaba que nadie le avisara de lo comprometida que era la situación.

A medida que avanzaban, tensos como la cuerda de una guitarra, se fijaron mejor en los regueros de sangre y pisadas sanguinolentas que había por el suelo. También vieron marcas dispersas hechas con las manos en las paredes y en las puertas. En definitiva, los rastros que dejan los heridos mientras huyen.

El pasillo, de unos dos metros de ancho, permitía que caminaran

uno al lado del otro. Hombro con hombro. Era largo, y a ambos lados había puertas. Todas medio abiertas, con las cerraduras destrozadas. Diez en total, contó Olga.

—Esto va a ser complicado de narices.

—¿Empezamos? —preguntó Travis, parado ante la primera puerta.

—Cuando quieras —contestó la rusa echándose el fusil a la cara, dispuesta a soltar una ráfaga ante la mínima amenaza.

Con cautela, Travis empujó la puerta unos centímetros y echó un vistazo al interior. La luz estaba encendida y pudo distinguir ropa tirada por el suelo, una cama estrecha, una mesa, una silla y un pequeño armario. Todo revuelto y destrozado, como si hubiera pasado un tornado.

Mientras Travis entraba en la habitación Olga se quedó fuera, vigilando.

No tardó en salir, allí no había lugar donde se pudiera ocultar nadie.

Con extrema precaución continuaron avanzando por el pasillo, alternándose: una vez inspeccionaba Travis y Olga vigilaba, y la siguiente lo hacían al revés.

Las cuatro puertas siguientes, unas enfrente de otras, también eran habitaciones. También vacías e igualmente destrozadas.

La sexta puerta era un baño. Grande. Con varios urinarios individuales y duchas. El diseño, austero al máximo, parecía de los años cincuenta. Pero esto no llamó la atención de Olga. Lo que la dejó perpleja fue la cantidad de sangre que allí había. La losa de los sanitarios, las paredes y el suelo de baldosines blancos parecían haberse convertido en el lienzo donde un artista del infierno había decidido mostrar su talento.

Travis esperaba fuera. Olga le hizo un gesto con la mano para que se asomara.

—¡Joder! —exclamó casi inaudible.

—Sí. ¡Joder! —secundó ella, en un tono igualmente bajo.

Las primeras palabras que pronunciaban ambos. Eran profesionales y sabían perfectamente que debían ser extremadamente silenciosos para no revelar su posición; sin embargo, ante aquel macabro espectáculo no pudieron contenerse.

No encontraron a nadie en el baño. Ni vivo ni muerto. Tampoco agujeros de bala en las paredes ni casquillos por el suelo, lo que hubiera dado una pista de lo que allí había sucedido.

—Sigamos —dijo Travis, reculando hasta salir de nuevo al pasillo.

Las dos siguientes puertas llevaban a habitaciones llenas de estanterías. Almacenes donde, en algún momento, debieron de estar bien colocados y ordenados los artículos de limpieza e higiene, pero que ahora presentaban un aspecto lamentable, con cajas rotas y su contenido esparcido por el suelo. No había sangre. Ni nadie dentro.

Quedaban dos puertas. Las dos estaban rotas. Le tocaba a Travis. Se decidió por la de la derecha, la que tenía manchas de sangre.

La empujó con el pie hasta que se abrió lo suficiente para introducir el cañón de su M4. Enseguida reconoció que se trataba de un comedor. Vio una cocina con un mostrador en un lado, frigoríficos y máquinas expendedoras de café en el otro, y varias mesas con sillas en el centro. Como el resto de las estancias que habían inspeccionado, tampoco tenía ventanas, y las paredes eran igualmente de hormigón visto. Pero a diferencia de esas otras, allí se había pretendido conseguir un ambiente más agradable. En las paredes había posters de paisajes con imágenes de distintos rincones del mundo: las pirámides de Egipto, la Torre Eiffel, el Gran Cañón del Colorado, una vista aérea del río Amazonas… También la iluminación estaba más cuidada, prescindiendo de los fríos tubos fluorescentes y apostando por unas lámparas que colgaban del techo proporcionando una luz cálida y acogedora.

La sala era grande, suficiente para que comieran cómodamente y con espacio entre treinta y cuarenta personas. No vio demasiado caos en comparación con el que habían encontrado en las habitaciones, ni manchas de sangre ni señales de disparos tampoco. Una mesa volcada y varias sillas caídas, nada más. Sin embargo, le pareció arriesgado inspeccionar el comedor él solo, ya que a simple vista identificó varios lugares y rincones oscuros donde alguien podría esconderse. Con un gesto indicó a Olga que lo acompañara, y esta, echando un último vistazo al pasillo, entró detrás de él.

Concentrados, separados unos metros para no presentar un blanco conjunto, recorrieron la sala. Prestaron especial atención en

registrar detrás del mostrador de la cocina, y en mirar entre las máquinas expendedoras y en el interior de los grandes frigoríficos, donde había comida en buen estado. Tampoco olvidaron revisar un par de muebles bajos con puertas, donde encontraron vajilla, cubertería, jarras, servilletas de papel…

Satisfechos con la seguridad, se centraron en los detalles.

—¿Has visto esto? —se animó a preguntar Travis, en susurros, señalando alternativamente lo que había sobre dos mesas contiguas.

Olga asintió. También ella se había fijado en las jarras de agua, los vasos medio llenos y los platos con comida podrida: tres en una mesa y cuatro en la otra. Como si las siete personas hubieran salido disparadas dejando la comida a medias.

—¿Qué ha pasado aquí? —musitó Olga.

Travis levantó la vista hacia el techo como buscando inspiración divina.

—Sigamos —terminó diciendo.

Apurándose pero sin bajar la guardia, regresaron al pasillo y se dirigieron hacia la última puerta.

—Siete minutos —dijo Olga, después de consultar el reloj.

—Un vistazo rápido y regresamos al *hall*. ¿Ok?

Esta vez Olga prefirió no hablar, limitándose a asentir.

Nada más ver la puerta se dieron cuenta de que lo que habría detrás sería muy diferente a lo que se habían encontrado hasta el momento. Por lo pronto no era de madera sino de metal, y en el rótulo que había pintado en la parte superior ponía:

LABORATORIO
C

La superficie de metal estaba intacta, y la cerradura no parecía forzada. Olga accionó el picaporte y la puerta se abrió sin problemas. Al mirar al otro lado, con suma precaución, vio una pequeña habitación con otra puerta al fondo.

—Otra esclusa —anunció antes de desaparecer en su interior.

Ya no tenía tanto sentido seguir vigilando el pasillo, y Travis la siguió. La sala de paredes blancas y lisas, aséptica, estaba

completamente vacía. Sobre la puerta, un rótulo que ya conocían.

> Precaución
> Está a punto de entrar en un espacio con presión diferencial.
> La puerta no se abrirá hasta que se haya cerrado la anterior.

Olga esperó hasta que Travis, en postura de tiro, le diera la señal. Un leve gesto con la cabeza bastó. Accionó el picaporte de la segunda puerta con lentitud y, en cuando percibió que el pestillo se había liberado, abrió de golpe y se apartó. Se escuchó un sutil zumbido producido al equilibrarse las presiones, y después nada.

Travis entró rápido, apuntando en todas direcciones. Olga lo siguió de inmediato, cubriendo su flanco izquierdo con el fusil encarado, atenta a cualquier movimiento sospechoso.

Dieron un par de pasos y se detuvieron.

Pantallas en el techo, estancas, con fluorescentes que aportaban una luz muy blanca, iluminaban con generosidad la enorme sala donde estaba el laboratorio C. Había docenas de cubículos separados por mamparos de cristal que correspondían a puestos de trabajo independientes. En todos había una mesa con una silla de oficina y, sobre la mesa, una o dos pantallas de ordenador, cuadernos abiertos, archivadores… En algunas mesas también vieron microscopios, probetas, rejillas llenas de tubos de ensayo, placas de Petri… y otros muchos utensilios y aparatos de laboratorio que no conocían.

Por lo demás, ni un alma. Silencio absoluto.

Algunas sillas caídas, ordenadores encendidos y papeles, bolígrafos, probetas y tubos de ensayo rotos y tirados por el suelo indicaban un cierto caos producido, sin duda, por la huida desordenada y tumultuosa de gente muy asustada.

Desde su posición, cerca de la puerta, no distinguieron sangre ni señales de disparos, lo cual, llegados a este punto, los tranquilizó bien poco.

—¿Qué hacemos? —preguntó Olga.

Travis miró su reloj. Quedaban dos minutos para la hora señalada.

—Regresamos al *hall* —terminó diciendo, con cierto fastidio.

Ya que estaba allí le hubiera gustado terminar de inspeccionar el laboratorio. Entrar y salir por esas malditas puertas le ponía enfermo. Sin embargo, no tenía más remedio que seguir sus propias órdenes. A Valtra y Dylan les había dicho treinta minutos, y no pensaba retrasarse. Además, estaba deseando saber cómo les había ido a ellos, aunque imaginaba que se habrían encontrado con un panorama muy parecido al suyo.

Y no se equivocaba.

La primera puerta por la que habían entrado Valtra y Dylan les había llevado a un pasillo idéntico al que habían recorrido Travis y Olga. El método de registro también había sido semejante, solo que en su caso Dylan siempre se quedaba fuera y era Valtra el que entraba en las habitaciones. El informático se quejó, e intentó que el afroamericano le concediera más responsabilidad, pero este fue inflexible. No se fiaba. Tensión no es igual a nervios. La tensión te mantiene alerta, dispuesto a reaccionar con destreza y en décimas de segundo. Los nervios provocan acciones rápidas pero imprecisas. Un riesgo cuando se tiene un arma en las manos. Si además te invade el miedo, como el que notó en Dylan cuando vieron rastros de sangre seca por todas partes, el desastre estaba asegurado.

Y de esta manera, Valtra asumiendo responsabilidades y Dylan manteniéndose en segunda línea, llegaron hasta la última puerta situada a la derecha del largo pasillo. Esta era de acero, y el óxido que asomaba en varias zonas, sumado a la suciedad acumulada, daban testimonio de su antigüedad. En mitad de la puerta, a la altura de los ojos, había un cartel descascarillado de chapa con un rayo apuntando hacia abajo y las palabras «Grupo electrógeno» a su lado. Letras negras sobre fondo amarillo.

Valtra acercó la oreja y escuchó un ronroneo continuo, el característico sonido que haría el potente generador eléctrico necesario para abastecer de electricidad un edificio como aquel.

Consultó su reloj de muñeca al tiempo que apoyaba la mano izquierda en el picaporte. Aún faltaban cinco minutos para cumplir el plazo de media hora que se habían marcado. Decidió que tenían tiempo de sobra para inspeccionar el cuarto y abrió la puerta. Le costó. La vieja cerradura crujió y se quejó antes de ceder. De

inmediato el murmullo del motor, que antes era leve, subió su intensidad hasta convertirse en ruido molesto. El interior estaba a oscuras y olía a gasoil.

Dylan se asomó por detrás de la ancha espalda de Valtra y tragó saliva.

Durante el registro de las anteriores habitaciones, impactado por la sangre y el desorden con el que se encontraron, el siempre locuaz informático había permanecido casi mudo, obedeciendo sin rechistar las indicaciones que le daba su compañero; no obstante, en esta ocasión, el miedo le oprimió las tripas hasta obligarle a hablar.

—Está negro como boca de lobo —se atrevió a decir.

—Busca el interruptor en la pared —le ordenó Valtra, autoritario, antes de encender la linterna adosada a la parte baja del cañón de su arma.

El haz de luz chocó contra el suelo. Con lentitud lo fue dirigiendo hacia el interior, siempre con el dedo índice acariciando el gatillo. La habitación, de unos cuarenta metros cuadrados, tenía las paredes y el suelo de hormigón ennegrecido. En el centro vio la descomunal máquina. El motor de combustión interna debía medir unos cinco metros de largo por dos de alto. Era de color rojo y estaba lleno de palancas, relojes indicadores e interruptores. Valtra no era un entendido en grupos electrógenos, pero no había que ser ningún experto para darse cuenta enseguida de que aquel mamotreto era tan viejo como el edificio.

Dylan tanteó con la mano en la pared buscando el interruptor. No dio con él. A medida que veía a Valtra avanzar a contraluz, más nervioso se sentía. Al final desistió y encendió la linterna que también llevaba acoplada al cañón de su moderno fusil G36.

Ya se volvía para enfocar la pared, en busca del dichoso interruptor, cuando creyó percibir movimiento al fondo de la sala, detrás de unos bidones apilados. Valtra iba por delante, inspeccionando otra zona. Dylan le chistó para llamar su atención pero apenas le salió aire de los pulmones. Lo intentó de nuevo.

Nada.

Con la boca seca, dio unos pasos hacia los bidones. El círculo de luz proyectaba siniestras sombras en las paredes y el techo que,

sumadas al insoportable olor a combustible y al demoledor ruido, componían un entorno hostil y amenazante.

Valtra, al notar por el rabillo del ojo el resplandor producido por la linterna de su compañero, se giró.

—¿Qué pasa con la luz? —le preguntó elevando la voz por encima del ruido, al tiempo que iluminaba una lámpara herrumbrosa que colgaba del techo.

Dylan no se enteró de lo que su compañero le decía. Paralizado por el miedo, no podía apartar la mirada de aquellos bidones.

—La luz —insistió Valtra—. Enciende la luz.

Él seguía como una estatua de sal.

Valtra lo iluminó y vio su rostro desencajado. De inmediato, le escuchó decir algo.

—Detrás de los bidones. Movimiento —logró articular por fin.

—¿Qué? —preguntó Valtra, sin entender debido al ruido.

—Movimiento —repitió más fuerte—. He visto algo.

—¿Cómo?

—Detrás de los bidones.

Esta vez, Valtra, escuchó la palabra «bidones» y miró en su dirección. También dirigió el cañón de su escopeta automática y, por tanto, el haz de luz de la linterna. Angulado como estaba, iluminó los bidones desde un lateral y reconoció un bulto. Con la precaución que da la experiencia, caminó hacia el generador tapando la boca de la linterna con la mano para no ser localizado.

Entretanto, Dylan continuaba quieto, tanteando el gatillo de su arma sin saber muy bien qué hacer.

Al llegar al generador, Valtra se parapetó. Luego, muy despacio, lo rodeó en busca de una posición segura desde donde poder enfocar lo que se escondía al otro lado del montón de bidones. En otras circunstancias, con un compañero más veterano, la acción hubiera sido coordinada. Dylan también habría apagado la luz de su linterna para no revelar su posición, y hubiera esperado a que Valtra moviera ficha. Pero el informático era un lego en combate, por esa razón continuaba presentando un blanco fácil allí plantado como un pasmarote.

Ante esa circunstancia nada podía hacer Valtra, más que actuar deprisa. Decidido, quitó la mano que tapaba la linterna y el haz de

luz desveló aquello que se mantenía agazapado detrás de los bidones. Lo vio un segundo, después el bulto se incorporó y echó a correr desapareciendo entre las sombras. A punto estuvo de disparar su potente arma, pero se contuvo.

Dylan desde su posición también lo vio, y se asustó tanto que la primera ráfaga que disparó fue involuntaria. Su dedo índice se contrajo sin que mediara orden del cerebro. La segunda ráfaga, sin embargo, fue consciente, en abanico, hasta agotar el cargador.

Olga y Travis apenas llevaban unos segundos en el *hall* cuando escucharon el inconfundible traqueteo de un arma automática. Una ráfaga corta y otra larga. Tan larga, que les dio la oportunidad de reconocer de dónde venían los disparos.

—¡Valtra! ¡Dylan! —exclamó Olga, señalando al otro lado de la puerta por la que, minutos antes, habían entrado sus compañeros.

7
JAULAS Y DISPAROS

Un rato antes, coincidiendo con la llegada de Travis y su equipo a *Safetyhouse*, justo cuando ellos se encontraban en la esclusa principal del edificio, Abel se decidía a inspeccionar lo que había al otro lado de la puerta que acababa de forzar. No lo hizo de inmediato, primero tuvo que convencerse de que aquellos movimientos que creía haber visto los había creado su imaginación ayudada por el miedo. Ya más calmado, fue capaz de centrarse en lo que tenía delante.

La gruta era enorme. Unos cien metros de largo por cincuenta de ancho. El techo era abovedado, de unos veinte metros de altura en su parte central, y de roca viva al igual que las paredes. Una cueva artificial en toda regla. El suelo se notaba que había sido alisado toscamente para que resultara más funcional. No vio vigas ni apuntalamientos que mantuvieran aquel vacío estable, lo cual decía mucho del conocimiento de los ingenieros y de la pericia de los mineros a la hora de crear esa magnífica cúpula dentro de la tierra al tiempo que extraían el oro.

Pero eso no fue lo que más le sorprendió. Lo que le dejó perplejo fue la estructura de metal que había situada en el centro de la gruta. Un cubo de unos quince metros por cada lado y cinco de alto. Un armazón semejante a las jaulas usadas antiguamente por los domadores en el circo. Se acercó con precaución, mirando en todas direcciones, y comprobó que los barrotes estaban hechos de grueso acero, y que la estructura se encontraba fijada al suelo de roca mediante hormigón.

—¿Qué cojones es esto? —se dijo mientras miraba su interior vacío y tosía por el pestilente olor que le irritaba la garganta.

En uno de los laterales reconoció una puerta cerrada con un

candado. Al observar con más detalle vio que en el suelo de la jaula había zonas oscuras. Manchas casi negras.

Lo dejó correr y continuó inspeccionando, dando gracias porque, aparentemente, no hubiera guardias.

Miró hacia arriba y vio unas lámparas que colgaban del techo. Muy básicas. Campanas de chapa con bombillas de sodio, de ahí la luz amarillenta y la dificultad para reconocer los colores.

En un extremo de la gruta, contra una pared, había infinidad de cajas de madera. Suministros probablemente. Unas abiertas y otras aún cerradas, con el precinto intacto. Se acercó y consultó las etiquetas. Confirmó lo que suponía: la mayoría venían de distintos lugares de Estados Unidos, de empresas dedicadas a la fabricación de material de laboratorio. Algunas de más lejos, de Europa, Corea del Sur, China o Rusia. Se fijó en que el tamaño era regular: dos metros y medio de largo por uno de ancho y por uno de alto, lo que le llevó a una conclusión rápida que verbalizó a media voz.

—Tiene que haber un montacargas hasta la entrada, seguro. Pero, ¿dónde?

Con las pulsaciones a cien continuó revisando el lugar, cada vez más saturado por el nauseabundo y espeso hedor que flotaba en el ambiente.

Al otro lado de la jaula, en el suelo, tropezó con algo. Comprobó que era un agujero pequeño. Había más. Uno cada cuatro pasos en una doble hilera. Al principio no entendió su finalidad, hasta que vio, tiradas en el suelo, una serie de secciones de reja con elementos móviles para ser ensambladas.

—Una pasarela —dedujo rápidamente—. Un túnel de seguridad que comunica la puerta de la jaula con…

Siguió con la vista el reguero de agujeros hasta una pared en la que se abría un hueco del tamaño de una puerta de garaje. Se acercó con cautela, asaltado por un terror primigenio a la oscuridad. Allí la fetidez era mucho más intensa. Y reconocible.

—Cadaverina, sin duda —confirmó tapándose la nariz y la boca con la mano—. Animales muertos o carne putrefacta.

Le habría extrañado más si no hubiera llegado a una rápida deducción: que en aquel lugar se guardaba el ganado que tantas veces había visto llegar en camiones durante sus largas jornadas de

vigilancia. Vivos, para ser sacrificados según fuera necesaria su carne. Si algo había pasado allí, y los responsables de su cuidado habían dejado de realizar sus tareas, los pobres animales habrían muerto de hambre y sed, y sus cuerpos se estarían pudriendo mientras los devoraban miles de gusanos. La imagen le resultó repulsiva, y descartó adentrarse para comprobar su teoría.

En su lugar, prosiguió la búsqueda del montacargas. Por fin, en un extremo, lo encontró. Era nuevo, y la estructura de subida se adentraba en el techo. El problema era el teclado que había a un lado de la puerta. Para usarlo necesitaba una clave. La cosa se complicaba.

Dispuesto a no rendirse, recorrió todo el perímetro de la cueva. Junto a una veintena de bidones de gasoil descubrió una escalera excavada en la roca. Los peldaños eran estrechos y ascendían en curva como los de un castillo.

Antes de subir hizo fotos de la gruta. Muchas. El *flash* de la cámara, con su luz de mayor calidad, desveló detalles que antes no había visto. Revisando las imágenes que había tomado se dio cuenta de que las manchas del suelo del interior de la jaula no eran negras sino rojas, y que había más por otras partes del suelo, sobre todo en el estrecho trayecto que delimitaba la pasarela de seguridad que comunicaba la jaula con el agujero de la pared.

—Sangre —pronunció casi en susurros.

Para ese siniestro elemento no encontró explicación lógica, y antes de ponerse más nervioso decidió obviarlo y seguir avanzando en sus pesquisas.

Comenzó a ascender por la escalera. Al tercer peldaño escuchó un ruido a su espalda. Indeterminado. Podrían ser pisadas. O alguien hablando. Se quedó paralizado, con la mano apoyada en la culata del revólver. Ese olor hediondo, la sangre en el suelo, la jaula, la siniestra gruta… Todos los elementos se agolparon en su cabeza para componer un escenario escalofriante. Trató de tranquilizarse, aguzando el oído.

Nada. Silencio. Se lo habría imaginado de nuevo.

O podría tratarse de crujidos de las vigas de madera provenientes de la mina. Madera vieja, sin tratar, dilatándose y contrayéndose debido a los cambios de temperatura.

Continuó el ascenso por aquella escalera de caracol, a oscuras, tanteando en las paredes de roca, empapado en sudor. Por fin sus manos tocaron algo liso. Una puerta. Buscó el pomo. Lo encontró. Lo accionó. Estaba cerrada.

—¡Mierda! ¡Mierda! —se lamentó, iracundo, por no haber previsto esa eventualidad.

Evaluó la situación.

La puerta era metálica pero bastante sencilla. Con la palanqueta sería suficiente. Tendría que volver a buscarla.

Sin pensárselo dos veces, bajó corriendo las escaleras y atravesó la gruta en dirección a la entrada que había forzado, donde había dejado las herramientas.

Estaba solo —o eso quería pensar—, pero tenía la sensación de ser observado. Sin dejar de mirar a su espalda rebuscó en el saco, agarró la palanqueta y echó a correr hacia la escalera. Subió los peldaños de dos en dos. De tres en tres. Al llegar arriba tenía las pulsaciones a mil, y una presión espantosa en las sienes.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué de pronto sentía tanto pavor?

Tomó aire y se dispuso a reventar la cerradura. Apoyó la punta plana de la palanqueta de pata de cabra en la juntura y aplicó toda la fuerza que pudo. La barra de hierro se le resbalaba entre las manos sudadas. Jadeaba por el esfuerzo. De pronto, tras varios intentos, se produjo un crujido y el pestillo de cierre saltó, abriéndose la puerta.

Ninguna luz entró por la rendija. Solo oscuridad y el golpeteo rítmico de un motor. Dejó la barra en el suelo, sacó una pequeña linterna del bolsillo y se asomó. El haz redondo iluminó una sala austera y sucia que olía a gasoil. En el centro vio la causa de aquel ruido tan molesto: un generador. Grande, muy grande, y viejo. Lo viejo dura, lo nuevo no, se dijo mientras entraba.

Al volverse se dio cuenta de que al otro lado de la puerta había una estantería adosada llena de pequeñas piezas de motor y botes. Estantería que se unía a otras que había a ambos lados de una manera perfecta cuando la puerta se cerraba. Vaya, una entrada secreta, se dijo.

Con cautela, se dispuso a inspeccionar el cuarto. Había cajas de madera rotas, y varios bidones de gasoil iguales a los que había

visto en la gruta. Golpeó uno de ellos y sonó a vacío. Lo estaban todos. Se dirigió al generador y comprobó que el nivel se encontraba muy bajo, casi en la reserva. Alguien no ha hecho su trabajo, pensó. Junto al generador había una mesa y una silla sencillas, antiguas. En la pared, de un gancho, colgaba un raído chaquetón de trabajo de color azul. O al menos ese habría sido su color original antes de que los años y el aceite lo volvieran parduzco. Sobre la mesa vio un cuaderno. Lo abrió y comprobó que se usaba para llevar el mantenimiento. Cada seis meses alguien revisaba la vetusta máquina. La última anotación tenía fecha de hacía cuatro meses.

Tuvo una idea. Descolgó el chaquetón y se lo probó. Le venía bien, y era suficientemente largo para ocultar su pistolera. También cogió un par de guantes de cuero mugrosos y los metió en el bolsillo. Los dejó que asomaran para así componer la imagen perfecta de lo que quería parecer: el encargado del mantenimiento. Tenía que improvisar, y esa era una buena opción si se encontraba con alguien. Sobre todo si se trataba de un científico. Ellos siempre están inmersos en su mundo de conocimientos elevados, donde todos los operarios son iguales.

Satisfecho con su idea de camuflaje, ahora debía seguir con el registro del edificio. Aún no tenía nada, y necesitaba encontrar alguna prueba determinante sobre lo que allí se hacía. Miró su reloj y vio que era muy temprano todavía. Puede que esa fuera la razón de que no se hubiese topado con nadie. Los científicos, al menos los que él había conocido en su vida, además de desinteresados con respecto a lo mundano, también eran dormilones. Con suerte no se cruzaría con nadie por los pasillos, y podría echar un vistazo sin ser descubierto.

Quizá con mucha suerte.

Si la incursión iba mal, estaría solo. El plan en ese caso era sencillo: apechugar con la culpa y hacerse pasar por un vulgar ladrón. Con un buen abogado pasaría poco tiempo a la sombra. Entre seis y doce meses; que, sumados a los que ya llevaba alejado de Sevilla, de su barrio de Triana, de los atardeceres que doraban la Giralda y del suave murmullo de su amado Guadalquivir, serían una auténtica tortura. Eso en el mejor de los casos. En el peor, si lo

descubría un guardia de gatillo fácil, igual terminaba con el cuerpo lleno de plomo.

Vio otra puerta. Si los planos que tenía del antiguo edificio eran correctos, comunicaría con la planta baja. Acongojado con las opciones entre cárcel o muerte, se dirigió hacia ella.

A un par de metros de distancia escuchó trastear en la cerradura. Alguien iba a entrar. Apagó la linterna y salió corriendo como un rayo buscando donde esconderse. No tenía tiempo para dudar, y se decidió por la montaña de bidones vacíos. Acurrucado detrás de ellos, percibió la tímida luz que asomaba por la rendija entreabierta de la puerta. Una luz suave, mínima. Luego escuchó voces y, a continuación, vio el potente haz de una linterna dirigido hacia el suelo.

No tardó mucho en comprobar que eran dos hombres, uno de ellos enorme. Pero lo peor fue cuando vio que ambos iban armados. El más grande entró primero y comenzó a recorrer el cuarto muy despacio, dirigiendo la luz de la linterna hacia todos lados. El otro, mientras, se quedó junto a la puerta.

¿Quiénes eran esos tipos? ¿Guardias? ¿Lo buscaban a él? Había tenido mucho cuidado en localizar las cámaras de vigilancia, y no había visto ninguna. ¿Cómo sabían que estaba allí?

Esas preguntas debería hacérselas más tarde, ahora necesitaba encontrar una salida. Y rápido.

Un segundo haz luminoso horadó la oscuridad, el que provenía de la linterna del hombre más pequeño. Los escuchaba hablar, muy bajito, sin llegar a entender lo que decían. Abel barajó las posibilidades que tenía, y eran bien pocas. Si se quedaba donde estaba, tarde o temprano lo encontrarían. Salir por la puerta abierta estaba descartado, solo le quedaba volver por donde había venido. Su vista se había acostumbrado a la falta de luz y podría moverse con velocidad. Si se mantenía en las zonas oscuras tendría una posibilidad de alcanzar la puerta camuflada. Debía intentarlo.

Los dos hombres volvieron a hablar. Distinguió las palabras «bidones» y «movimiento». ¡Mierda!, se dijo entre dientes. Una de las linternas se apagó. Mejor, se dijo. Esperó unos segundos en cuclillas y después se reposicionó. Ya se incorporaba, listo para esprintar, cuando la linterna que se había apagado volvió a

encenderse, iluminándolo desde un lateral.

Lo habían descubierto.

Sin opciones, decidió deshacerse de pruebas. No llevaba nada que lo identificara, por tanto, metió el mapa de la mina y la cámara de fotos digital dentro de uno de los guantes de cuero y lo escondió todo entre dos bidones; luego, tomó aire y se levantó dispuesto a entregarse.

No llegó a incorporarse del todo. Una lluvia de balas cayó a su alrededor agujereando los bidones y arrancando trozos de hormigón de las paredes.

Volvamos al plan inicial, se dijo en décimas de segundo, echando a correr en dirección a la puerta simulada mientras la linterna se le caía de la manos.

No llegó muy lejos. Una nueva ráfaga, larga y continuada, le convenció de que su aventura había terminado.

SEGUNDA PARTE

8
BOCA CERRADA

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —se desgañitó Valtra innecesariamente, ya que Dylan había dejado de apretar el gatillo porque se había quedado sin balas.

Quien sabe de armas dice que es mejor el temple que la puntería. Que no es lo mismo apuntar a una diana, o a cualquier objetivo inanimado, que a un enemigo de carne y hueso que pueda responder a nuestros disparos. Y eso fue lo que sucedió en aquel cuarto. Dylan se precipitó. Le pudieron los nervios y terminó errando todos sus disparos. Para suerte de Abel, por supuesto, que ante la potencia de fuego que desató el informático terminó por detener su carrera, quedándose paralizado bajo un reguero de agujeros en la pared, sin llegar a creerse que ni una de esas balas lo hubiera siquiera rozado.

Y así lo descubrió Valtra al enfocarlo con la linterna, palpándose el cuerpo en busca de sangre.

—¡Levanta los brazos! —le ordenó tajante, mientras lo mantenía en el centro del círculo de luz de su linterna.

Abel obedeció.

Al hacerlo, el chaquetón azul de operario se abrió y dejó al descubierto su revólver. Valtra se tensó.

—Si intentas sacar el arma, yo no fallaré.

—Vale. Tranquilo. No pensaba hacerlo —se apresuró a decir Abel.

—Desármalo —ordenó Valtra a su compañero.

Antes de hacerlo, Dylan dejó caer al suelo su cargador vacío e introdujo uno nuevo.

Entretanto, Olga y Travis habían recorrido el pasillo a la carrera, mirando en cada habitación, hasta llegar a la puerta entreabierta

donde ponía «Grupo electrógeno». Para entonces, Dylan ya salía. Y detrás Valtra, encañonando a un desconocido que mantenía las manos en alto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Travis, en guardia.

—¿Estáis bien? —añadió Olga más sensible, pero levantando igualmente su arma para minimizar riesgos.

—¿Quién es este tipo? —se interesó Travis, clavando su mirada en los ojos oscuros, y en cierta medida arrogantes, del desconocido.

—Lo encontramos ahí dentro —contestó Valtra, señalando con la cabeza el cuarto del generador—. Estaba escondido. A oscuras. El muchacho le vació el cargador cuando intentaba huir, pero no le acertó ni un tiro —concluyó el afroamericano, incapaz de contener una sutil sonrisa.

—No me llames muchacho —se quejó Dylan—. Fue culpa del retroceso. Yo apuntaba a…

—Déjate de hostias —lo atajó Travis—. ¿Llevaba máscara?

—No —contestó Valtra.

—¿Ha dicho algo?

—Que es técnico de mantenimiento.

—¿Y?

—Miente —rugió el afroamericano, al tiempo que le clavaba el cañón de su AA-12 en los riñones. Abel hizo una mueca de dolor, pero no pronunció ningún quejido—. Enséñales sus juguetes.

Dylan levantó la mano izquierda para mostrar el cinturón del que colgaba el cuchillo y el revólver de Abel.

—Vaya. Curiosas herramientas para un mecánico, un Bowie de treinta centímetros y un Colt de cañón largo —dijo Travis, sorprendido.

Abel mantuvo la boca cerrada.

—Un operario vaquero. ¿Eso eres tú?

Ni un gesto. Abel continuó callado, amedrentado por aquel grupo armado hasta los dientes y cubiertos con máscaras antigás. ¿Por qué las usaban? ¿Quiénes eran?

—Lo hemos registrado a fondo. No llevaba documentación —informó Valtra.

—Raro. Muy raro —dijo Travis.

Olga se acercó, sacó el revólver de la cartuchera, comprobó el

tambor y después olió el cañón.

—Está cargado pero no ha sido disparado desde hace tiempo —determinó, devolviendo el arma a su funda.

Travis miró en derredor, evaluando la situación.

—Vayámonos de aquí —terminó diciendo—. Nosotros escuchamos los disparos desde el otro pasillo. Si hay más con él también los habrán oído, y no me gustaría que nos encontraran aquí.

—¿Más conmigo? —saltó Abel, repentinamente interesado por la observación de Travis.

Tras un cruce de miradas retadoras, Travis obvió contestarle.

—Vamos. Lo interrogaremos en el *hall.*

Mientras recorrían el pasillo, Abel pudo ver varias puertas destrozadas, habitaciones revueltas y sangre. Sangre seca por todas partes.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Lo habéis hecho vosotros, cabrones? —los interpeló parado junto a un charco de sangre, incapaz de contenerse.

Valtra iba detrás y, sin miramientos, le dio un culatazo en el hombro para que continuara andando.

Antes de salir al *hall,* Olga se asomó con cautela. No vio a nadie ni escuchó nada.

—Adelante —dijo, al tiempo que dirigía el cañón de su M4 hacia múltiples objetivos imaginarios.

Travis y Dylan la siguieron. Al llegar a las cajas de madera se parapetaron detrás de ellas. Valtra llegó el último, llevando a empujones a Abel.

Expectantes y en absoluto silencio, sin dejar de comprobar todas las puertas, esperaron.

Abel, que había quedado impactado con lo que había visto, insistió rompiendo el silencio.

—¿Habéis sido vosotros?

—¿De qué hablas? —dijo Dylan, encarándose con él.

—No hablo contigo. Preguntaba al que está al mando —replicó Abel, mirando directamente a Travis—. En ese pasillo ha habido una carnicería. ¿Qué ha pasado?

—Qué coincidencia. Eso mismo iba a preguntarte a ti —contestó

Travis, socarrón—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? Y no me digas que el técnico de mantenimiento porque te pegaré un tiro en la rodilla. O mejor aún, dejaré que mi amigo se divierta un rato contigo —concluyó, señalando a Valtra.

El afroamericano mostró una sonrisa blanquísima que resaltaba aún más en medio de su oscuro rostro. Luego, desenfundó un enorme machete que llevaba al cinto.

Al apoyar la afilada hoja en el cuello de Abel, los oscuros ojos del gigante que se veían a través del visor de la máscara se tornaron tan intensos y amenazadores como un hierro al rojo.

—¡Contesta! —lo increpó Travis.

Tremendamente asustado, Abel enmudeció. Él no era un agente de campo al uso, acostumbrado a la acción y las situaciones límite; ni había sido entrenado para aguantar interrogatorios. Él era un mero observador, y aquello se le escapaba de las manos. Aún no sabía qué representaba aquel variopinto grupo en *Safetyhouse*, ni cuáles eran sus intenciones. No tenían nada que ver con los guardias a los que estaba acostumbrado a ver, y se alejaban años luz del perfil de agentes del gobierno. Aunque empezaba a sospechar que podrían ser «la tormenta que se dirigía al nido», como dijo en clave su jefe, de lo único que sí estaba seguro era que querían saber igual que él. Quizá por esa razón continuaba con vida.

Los secretos, los interrogantes, despiertan la curiosidad de las personas. Desde tiempos remotos, ya los primeros antepasados nuestros caminaban por la Tierra haciéndose preguntas. Queriendo saber.

Seguir con la farsa de que era el técnico de mantenimiento no tenía sentido. Ya no se trataba de engañar a unos científicos pardillos, sino a tipos duros y experimentados a los que no les gustaba que les tomaran el pelo. Tampoco era el momento de sincerarse. Si hablaba, y desvelaba quién era y qué hacía allí, se arriesgaba a que no fueran las respuestas correctas. Si se trataba de un «equipo de limpieza» habría firmado su sentencia de muerte. Si callaba y mantenía el secreto tendría más posibilidades. Ganar tiempo. Ver de qué iban. Encontrar una oportunidad de salir con vida de aquel atolladero. Ese era su objetivo inmediato.

Por esa razón Abel apretó los labios, se encogió de hombros y no dijo ni una palabra.

—¿No vas a hablar? —insistió Travis.

Silencio.

—¿Me lo cargo? —preguntó Valtra, al tiempo que el afiladísimo filo de su machete comenzaba a rasgar la piel de su cuello.

Dylan volvió la cara para no mirar.

Olga dio un paso hacia Travis, colocándose a su lado. Él la interpretó. La conocía bien. Sabía que ella jamás cuestionaría sus órdenes delante de los otros miembros del equipo —las desavenencias siempre las resolvían en privado—, pero también sabía cuándo no estaba de acuerdo con algo.

—¿Qué dices, jefe? —insistió Valtra.

Una gota de sangre asomó por la herida, comenzó a engordar y terminó resbalando por el cuello de Abel hasta mancharle la camisa.

Olga se envaró y resopló.

Travis mantuvo la tensión unos segundos más. Su intención no era matarlo, sino ver hasta dónde aguantaba. Saber de qué pasta estaba hecho.

Frustrado, levantó una mano.

—Déjalo —ordenó—. Lo interrogaremos más tarde.

Valtra, a cámara lenta, con cierto gesto de decepción, despegó el machete del cuello de Abel y lo guardó en la funda que llevaba al cinto.

—Ya hemos perdido mucho tiempo —apuntó Olga, aliviada—. Ni siquiera hemos terminado de revisar la planta baja. Aún nos queda el laboratorio C.

—Y el resto de las plantas —añadió Dylan.

—Así es. Hay trabajo que hacer. Átalo. ¿Traes bridas? —remató Travis, dirigiéndose a Valtra.

—Siempre —contestó él, dando un par de golpecitos al bolsillo lateral de su pantalón táctico.

—Lo llevaremos con nosotros. Quiero tenerlo cerca.

—De acuerdo.

Dylan, que daba gracias por no ver cómo le rebanaban el pescuezo a ese tipo, se recompuso dispuesto a ayudar a embridarle las manos.

—¿Puedo quitarme esto? —pidió Abel, agarrando con la punta de los dedos las solapas del chaquetón azul de operario—. Huele como la cocina de un bar de tercera.

—De acuerdo. Pero no intentes nada o el grandullón te lo hará pasar mal —recomendó Dylan, volviendo poco a poco a ser el que era.

—Claro. Tranquilo.

Entretanto, Travis y Olga ya se habían puesto en marcha. Dylan los siguió, y por último Abel con el cañón de la escopeta automática de Valtra pegado a su espalda.

Después de acceder al pasillo de la derecha lo recorrieron sin detenerse, haciendo crujir con sus botas los trozos de cristal caídos en el suelo. Abel tuvo ocasión de comprobar el desastre, semejante al que había visto en el otro pasillo. Sin perder tiempo, llegaron al laboratorio C y atravesaron la esclusa.

Dylan soltó un silbido de admiración ante el enorme laboratorio.

—Menudo *tinglao* tienen aquí montado.

—Hay ordenadores. Mira a ver si consigues algo —le indicó Travis—. El resto, despleguémonos. No quiero que quede nada sin revisar.

Cada uno por su lado comprobaron los cubículos de trabajo iluminando con sus linternas los rincones más oscuros, mirando bajo las mesas, dentro de los armarios y detrás de los muebles. También en las grandes neveras de puertas metálicas, y hasta en los cubos de basura, que eran de tamaño considerable.

Abel acompañaba a Valtra, que registraba mientras lo vigilaba como un perro guardián. Y de esta manera, con la mirada del gigante clavada en su cogote, atravesaron el centro del laboratorio. Había ejercido como médico cirujano, pero no necesitaba ser un científico de élite para reconocer el equipo especializado que veía por todas partes: incubadoras de CO_2, agitadores, centrifugadoras, termocicladores, incubadoras, purificadores de proteínas por cromatografía, secuenciadores o micropipetas con control de volumen digital.

Aprovechando los contados segundos en los que Valtra dejó de vigilarlo, Abel pudo asomarse al ocular de un microscopio electrónico en el que había un cultivo preparado e identificar

células animales, algunas muertas, otras en proceso de división; y echar un vistazo rápido a los cuadernos de anotaciones que había sobre las mesas. Esa información —sumada al carísimo e inconfundible material— le llevó a la rápida conclusión de que en aquel laboratorio se realizaban investigaciones avanzadas, y sin duda clandestinas, de genética molecular. ¿De qué tipo? No lo sabía. Si hubiera tenido su cámara para fotografiar el laboratorio y el contenido de los cuadernos, alguien más experto que él lo podría determinar. Pero no era el caso. Su cámara estaba en el cuarto del generador, y él en una situación extremadamente comprometida.

Meditaba sobre ello sin percatarse de que, aunque había esquivado a Valtra para realizar sus pesquisas particulares, Olga, a cierta distancia, mientras inspeccionaba la zona derecha del laboratorio, no dejaba de tenerlo en su punto de mira.

Tras un tiempo indeterminado, que Abel calculó de veinte minutos, Travis dio el registro por terminado y ordenó regresar a la salida. Dylan tardó unos minutos más en dejar de teclear y levantarse del ordenador. Parecía contrariado.

Cuando los tuvo reunidos, Travis se decidió a hablar.

—¿Tenemos algo? —preguntó genérico.

—Aparte de que parece que el personal se ha desintegrado mientras trabajaba, nada destacable —respondió Valtra, socarrón.

—¿Olga?

—No he visto restos de sangre, aunque se percibe que hubo precipitación para abandonar el laboratorio.

—Bastante precipitación —concluyó Travis, tajante—. Dylan, ¿has encontrado algo en el sistema?

—Por lo que he podido comprobar, existe una Intranet compartimentada. Muy restringida. Al menos de tres canales. El acceso a los servidores se realiza en un solo sentido, con un volcado automático de datos cada doce horas. Compuertas que se abren y se cierran al instante. Imposible entrar, ya que la orden se ejecuta manualmente. Nunca había visto una puñetera seguridad como esta. No es práctica, pero es extremadamente eficaz.

—¿Cuándo se realizó el último volcado?

—Hace diez días.

—Coincide. ¿Qué me dices de las comunicaciones?

—Lo he buscado. Ni rastro del inhibidor de señal. Debe funcionar al margen del sistema. Una medida más de la enfermiza obsesión por la seguridad de quien diseñara este lugar.

Travis, decepcionado, se rascó la cicatriz de la barbilla antes de continuar con los detalles.

—¿Has comprobado el aire?

—No.

—Hazlo.

Tras unos minutos, el informático comenzó a dar las lecturas que le proporcionaba el analizador.

—78,53% de nitrógeno, 21,02% de oxígeno, 0,97% de argón, 0,042% de dióxido de carbono…

—¿Alguna alerta? —lo atajó Travis.

—Ninguna —contestó Dylan—. Aquí el aire es tan puro como en el *hall*. Incluso más, debido a la presión diferencial añadida.

—Bien. Salgamos —determinó Travis, conduciendo a su equipo fuera del laboratorio.

Durante el trayecto de vuelta al *hall*, Abel se felicitó por haber decidido mantener la boca cerrada. Gracias a ello aún respiraba, había podido ver lo que se cocía en el laboratorio C y determinar algo bastante importante: que aquellos cuatro enmascarados no eran un «grupo de limpieza». Habrían sido más expeditivos, les hubiera importado una mierda lo que pudiera haber pasado allí y tendrían más información. Por cómo reaccionaron al encontrarlo, y esas máscaras antigás, se notaba que iban a ciegas; por tanto, venían preparados para cualquier eventualidad. O los mandamases que los habían contratado no sabían a ciencia cierta lo sucedido en *Safetyhouse*, o no se lo habían querido contar. El caso era que ese grupo especializado y bien armado, si la intuición no le fallaba, era de evaluación y rescate. La última opción cuando se produce un desastre. Los que corren hacia un peligro indeterminado cuando el resto de la gente huye despavorida.

En el edificio había sucedido algo muy grave, y ese grupo estaba allí para averiguarlo. Él también, aunque por motivaciones muy distintas.

En el *hall*, Travis valoró la situación y dio las nuevas directrices.

—La planta baja está limpia. Ahora seguiremos por la primera. Olga y yo usaremos el ascensor. Vosotros subiréis por las escaleras. No quiero que nada se nos escape. ¿De acuerdo?

—¿Qué hacemos con él? —se animó a preguntar Valtra, señalando con el cañón de su arma a Abel.

—Seguiréis haciéndole de niñera. Si intenta algo no dudéis en disparar.

—¿Y con esto? —añadió el afroamericano, tocando su máscara antigás con desagrado.

—Hemos perdido mucho tiempo —se lamentó Olga—. Nos ralentizan y restan visibilidad.

—Tiene razón —dijo Dylan—. Deberíamos quitárnoslas de una vez. Miradle a él, no lleva nada y está perfecto.

Abel ladeó la cabeza, abrió mucho los ojos y exhibió una sonrisa de oreja a oreja.

A Olga le hizo gracia la pose del prisionero, y rio abiertamente dentro de la máscara segura de que nadie la vería.

—No sabemos cuánto lleva aquí. Además, puede que en el resto de las plantas… —comenzó a decir Travis cuando Abel lo interrumpió.

—¿Teméis a un gas venenoso?

Repentinamente envalentonado al verlos tan confundidos, se decidió a hablar. La estrategia del silencio le había funcionado, pero tarde o temprano le apretarían tanto las clavijas que tendría que cantar. Debía adelantarse. Crear más dudas y continuar manteniendo el enigma en torno a él.

—¿Un virus letal en el aire que pudiera haber matado a todos los residentes del edificio? —continuó diciendo Abel en tono relajado y marcadamente irónico—. ¿O esperabais encontrar a un montón de tipos armados dispuestos a robar los resultados de las investigaciones que se llevaban a cabo en este maldito lugar? Os noto perdidos. Se ve que vuestros jefes no han sido muy comunicativos con vosotros.

—¡Cállate! —bramó Valtra, propinándole un nuevo culatazo en el hombro.

Abel se encogió de dolor. Se recuperó, volvió a enderezarse y siguió hablando.

—No hay muertos. Destrozos, sangre, gente que se esfumó dejando la comida y sus tareas a medias… Eso es lo que cualquiera con ojos en la cara vería.

Valtra levantaba su arma dispuesto a propinarle otro culatazo, esta vez en la cabeza, cuando Travis intercedió.

—Deja que continúe.

Y Abel lo hizo.

—El laboratorio es de genética con un nivel básico de seguridad. No creo que trabajaran con agentes infecciosos o virus que pudieran transmitirse por al aire. Eso hubiera requerido un nivel 3 ó 4 de bioseguridad.

Travis se acercó hasta quedar frente a él.

—¿Quién eres?

—Un pringado como vosotros.

—¿Quién te envía?

—Eso es irrelevante. Lo importante es que vosotros y yo estamos ahora en el mismo barco, y en la misma tormenta.

—Los tiene cuadrados el tío —comentó Dylan, después de soltar una carcajada—. El caso es que igual tiene razón.

Olga se acercó.

—¿De qué tormenta hablas? ¿Sabes algo? —le preguntó con voz suave y relajada.

—No, pero sospecho que será de las gordas.

—¿Qué buscabas en el laboratorio? —continuó la rusa.

Abel torció el gesto sin entender.

—Te pillé ojeando cuadernos de notas y mirando por uno de los microscopios. Se te veía muy interesado.

—¿Qué? ¿Cuándo? —saltó Valtra, tocado en su orgullo.

Travis levantó la mano y el gigante reculó.

Olga insistió.

—Vamos, tú lo has dicho, estamos en el mismo barco.

—Ya. Pero vosotros estáis en cubierta tomando el sol y yo viajo en la bodega —replicó Abel, levantando las manos embridadas.

—Yo apuesto a que forma parte de un segundo equipo —aventuró Valtra.

—O trabaja para la competencia. Espionaje industrial —opinó Dylan.

—Podría ser —admitió Travis, tras una breve reflexión—. Ambas opciones tienen sentido.

Un clima de desconfianza apareció de pronto, y la tensión se acumuló amenazando con estallar. Olga decidió intervenir.

—Hablas bien inglés, pero tienes un acento curioso. ¿De dónde eres? —le preguntó, cambiando de tema radicalmente.

—Sevilla. España.

—¡Claro, por eso me sonaba! ¡Andaluz! —exclamó divertida—. Estuve dos años destinada en Morón de la Frontera, y nunca se me olvidará ese hablar tan peculiar.

—Tuviste suerte, podrían haberte enviado a la nueva base militar que EE.UU. tiene en Islandia.

—Te veo informado.

—Leo mucho.

—Ya.

—¿Por qué no os quitáis esas mierdas? Hablarle a una máscara es realmente incómodo. ¿No veis que sigo fresco como una lechuga?

Olga se giró hacia Travis, y este asintió con la cabeza antes de hablar.

—Máscaras fuera.

—¡Genial! —saltó Dylan, arrancándosela de un tirón.

Le siguió Valtra y después Travis, con reservas, respirando como si le cobraran un millón de dólares por bocanada. La última en quitarse la máscara fue Olga. Lo hizo con cuidado de no engancharsela en la coleta, despacio e involuntariamente sensual.

—¡Caray! —exclamó Abel, al descubrir su hermoso rostro.

—No te emociones, amigo —dijo Dylan, atusándose la melena—. Parece un ángel pero puede ser un demonio.

Abel se recreó en la mirada verde de la rusa como si estuviera viendo un puñado de esmeraldas.

—La dualidad es una interesante cualidad en el ser humano —acabó diciendo—. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Olga chascó la lengua y entornó los ojos.

Travis tomó la palabra.

—Ángel o demonio. Bueno o malo. Sincero o mentiroso. Vivo… o muerto. ¿Qué prefieres? —enumeró, retador, mientras levantaba su fusil de asalto y le apuntaba al pecho.

Abel carraspeó.

Se había relajado demasiado, y estaba tentando a la suerte. Parecía evidente que no eran meros asesinos sin escrúpulos contratados para echar tierra sobre *Safetyhouse*, pero tampoco se ajustaban al perfil de Hermanas de la Caridad. Si tensaba en exceso la cuerda de la paciencia, podría terminar con uno o varios agujeros de bala adornando su cuerpo.

—Di. ¿Qué prefieres? —insistió Travis, con el cañón de su M4 cada vez más cerca del corazón—. Me estoy cansando de ti, de tu puto acento y de tus putas respuestas a medias. O me dices de una vez quién eres y qué haces aquí o voy a…

Un pitido molesto seguido de estática, proveniente de algún lugar del *hall*, lo calló en seco.

Olga señaló el diminuto altavoz, situado en una esquina del techo, del que provenía el ruido.

El acople acústico continuó unos segundos. El grupo se puso en guardia con las armas a punto. De pronto, una voz reverberó en el *hall*.

«¿Hay alguien ahí?».
«¿Alguien me escucha?».

Era una voz de hombre en tono monótono y desganado, como si llevara años repitiendo lo mismo.

«¿Hay alguien ahí?».
«¿Alguien me escucha?».

—¡Qué cojones…! —exclamó Travis.

—Espera —lo atajó Olga—. El micrófono sigue abierto.

«Primera planta. Sala de control. Ala oeste. Vengan, por favor. No puedo más. No puedo más».

La molesta estática prosiguió a sus palabras. Luego la conexión se cortó y el silencio volvió a apoderarse del *hall*.

No por mucho tiempo.

—Huele a trampa —dijo Valtra, siempre receloso.

—Si así fuera, ese tipo es muy buen actor —observó Dylan—. Yo diría que está en las últimas.

—Opino lo mismo —dijo Olga.

—Podrían ser los amigos de este —reiteró Valtra.

—¡Y dale! —se quejó Abel—. Ya os he dicho que estoy solo.

—Tendremos que ir —decidió Travis, sin mucha convicción—. Para eso hemos venido.

—Esa sala de control no sale en los planos, ¿verdad? —preguntó Olga.

—No —contestó Travis con pesar, y antes de seguir hablando meditó el tiempo necesario para que el deber se impusiera a la cautela—. Sea como sea, daremos con ella y con el tipo que ha hablado. Cuando lo encontremos, tendremos las respuestas que buscamos. Seguro.

—O una lluvia de balas —comentó Valtra, cenizo.

—Para eso nos pagan, amigo. Para eso mismo.

9
ALA OESTE

Ya se ponían en marcha, en dirección al ascensor y a las escaleras, cuando Abel habló.

—Perdonad. ¿Habéis dicho que no tenéis los planos completos de *Safetyhouse*?

—¿Qué es *Safetyhouse*? —preguntó Travis, airado.

—Joder, estáis más perdidos de lo que pensaba. *Safetyhouse* es este edificio, su nombre original.

—¿Original?

—El nombre que le dio el hombre que lo construyó.

—¿Tú los tienes? —le preguntó Olga—. Los planos. ¿Sabes dónde está exactamente esa sala de control?

—Primera planta, ala oeste. Ya lo habéis oído —contestó Abel.

—Este españolito nos está tocando mucho los cojones —saltó Valtra.

—Tú lo has dicho —secundó Travis, escupiendo salivazos.

—Perdón, no era mi intención —se disculpó Abel—. Me refería a que…

Olga se acercó a él.

—Mejor, cállate.

—Vale —dijo Abel, mostrándose sumiso.

Sumiso y satisfecho, ya que ahora tenía la certeza de que aquel grupo de mercenarios desconocía el edificio. Cuando decidieron seguir por la primera planta, después de registrar la planta baja, lo sospechó. ¿Por qué no registraban antes el sótano? Ahora lo sabía: para ellos la puerta secreta que llevaba al sótano y la mina no existían, y eso representaba una ventaja tremendamente importante. Si lograba huir y llegar a la sala del generador, jamás lo encontrarían.

—Cambio de planes —dijo Travis, sacando a Abel de sus dulces cavilaciones—. Vosotros subiréis en ascensor. Olga y yo lo haremos por las escaleras. Y nos ocuparemos de él.

—Si es por lo que pasó en el laboratorio… —comenzó diciendo Valtra, apesadumbrado—. No volveré a quitarle el ojo de encima.

—No es por eso —lo tranquilizó Travis—. Quiero que te centres en la seguridad del grupo.

—Me centraré —dijo Valtra, orgulloso.

—El ascensor llegará antes que nosotros. Asegura la zona y cuida de Dylan.

—¡Vaya! —se quejó el informático.

—Cuida de él —insistió Travis—. Quiero que volvamos todos a casa. ¿Me has oído?

—Fuerte y claro, jefe —contestó Valtra.

—Bien. Pues… en marcha.

El afroamericano echó a andar decidido. Dylan, molesto, iba pegado a su espalda. Detrás, en fila india, los siguieron Abel, Travis y Olga.

Cerca del ascensor, la rusa reparó en algo en lo que no se habían fijado antes: dos regueros de gotas rojas en el suelo que se dirigían hacia las puertas de los pasillos.

Se agachó y tocó una. La sangre estaba seca como el resto que habían visto.

—¿Qué? —preguntó Travis.

—Gotas pequeñas y separadas.

—¿Heridos leves?

—Puede —dijo la rusa—. O sin capacidad para sangrar demasiado.

—Muertos andantes —verbalizó Dylan, dejando escapar el aire entre sus labios fruncidos.

—Esos no existen, gilipollas, salvo en las películas que tú ves —le espetó Valtra.

—A no ser que alguien los mueva —añadió Travis.

—Exacto —corroboró Olga.

—¿Pero por qué? ¿Y a dónde los llevarían?

Nadie supo responder a la pregunta que se hacía Travis. Todos callaron, incluido Abel, aunque en el fondo, para la segunda

pregunta, quizá él sí tuviera una respuesta.

—El plan continúa —resolvió Travis, al verlos paralizados—. Nosotros a lo nuestro.

Valtra se detuvo frente al ascensor. Con el cañón de su arma pulsó el botón de llamada manchado de sangre. La puerta se abrió de inmediato. El interior estaba vacío pero también mostraba restos de sangre por las paredes y el suelo.

—Adentro —le indicó a Dylan, que se mostraba reticente.

Finalmente entró. Valtra, ya a su lado, pulsó el botón de la primera planta.

—Mucho cuidado arriba —les advirtió Travis, antes de que la puerta se cerrara del todo.

Abel se preguntó si ese sería el mismo ascensor que bajaba al sótano. El montacargas. De ser así, podrían darse cuenta de que existía una planta por debajo. En eso pensaba, en que su plan de huida pendía de un hilo, cuando escuchó la voz de Travis.

—Tú delante —le urgió, señalando las escaleras con el cañón de su arma.

Abel obedeció sin rechistar.

Los peldaños eran estrechos, incómodos. Su construcción era tosca, funcional. El revestimiento de las paredes tampoco estaba cuidado: cemento apenas alisado, con una mano de pintura blanca que los años habían vuelto de color amarillo. Unos apliques tipo barco situados en cada descansillo, con bombillas de filamento de poca potencia, aportaban una luz escasa y deprimente.

Abel subía despacio, parándose en cada rellano, consciente del riesgo que corría yendo el primero.

—Más rápido —lo espoleó Travis.

El ascensor se detuvo en la primera planta. La puerta se abrió. Como habían acordado mientras subían, Valtra se giró como un rayo hacia la derecha y Dylan hacia la izquierda, con las armas encaradas dispuestas a disparar.

No hizo falta.

El pasillo al que salieron estaba desierto. Delante de ellos había una pared y, a ambos lados, puertas. Todas abiertas. Algunas destrozadas. Y sangre seca por todas partes. Con cautela se reunieron y se dirigieron hacia la puerta donde ponía: «Escaleras».

La abrieron y esperaron. No tardaron en ver aparecer a Abel. Luego, a los otros dos.

—¡Mierda! —exclamó Travis, al contemplar el mismo caos con el que se habían encontrado en la planta baja.

—¿Por dónde? —preguntó Valtra.

Olga buscó por las paredes, pero no vio ningún letrero. Consultó la brújula de su reloj, se orientó e indicó a su espalda.

—Por allí está el oeste.

Travis dudó al ver que el lugar que señalaba su lugarteniente era un pasillo secundario, estrecho y poco iluminado, que se alejaba hasta no verse el fondo.

Abel se había aprendido de memoria los planos originales del edificio, y recordaba que aquel pasillo llevaba, efectivamente, al ala oeste, hacia un entramado de cuartos auxiliares y almacenes infinitos comunicados entre sí por más pasillos estrechos y revirados.

—Nos dividiremos de nuevo —decidió Travis, tras pensarlo mucho—. Vosotros os quedaréis aquí, con el prisionero, vigilando nuestras espaldas.

—Podríamos ir echando un vistazo por ahí —propuso Dylan, señalando con el dedo en direcciones indeterminadas—. Lo digo por ganar tiempo.

Valtra, aunque no despegó los labios, también prefería moverse a quedarse quieto.

—No —dijo Travis, rotundo—. Os quiero aquí.

—Vale. ¿Cuánto debemos esperar? —preguntó el informático.

Travis dudó de nuevo. Olga resolvió.

—Dadnos quince minutos.

—¿Quince minutos? —saltó Abel, con retintín.

—¿Qué pasa? —dijo Travis.

—Nada. Que esa zona es demasiado grande para revisarla en tan poco tiempo.

—¿La conoces?

—He visto planos. Antiguos. No creo que haya cambiado mucho.

—Te repito —intervino Olga—. ¿Sabes dónde está la sala de control?

—He dicho planos antiguos. No tengo ni idea del uso que hayan

dado después a cada estancia. Lo único que sé es que es un puñetero laberinto.

Travis lo miró muy de cerca. Abel se fijó en cómo la cicatriz de su barbilla se arrugaba cuando su rostro se tensaba.

—¿Te estás ofreciendo para hacernos de guía?

—Podría ayudar, sí —terminó contestando Abel.

—No quieres perderte nada, ¿verdad? —dijo Olga.

—Ya que estoy aquí…

—No me parece buena idea. Mejor déjalo con nosotros, jefe —propuso Valtra.

Olga cruzó una mirada con Travis y este entendió.

—Nos lo llevamos. Si no volvemos en media hora, salid del edificio, recoged a Hans y os largáis.

—Pero jefe… —se quejó Valtra.

—Sabes cómo va esto —lo atajó Travis—. No me hagas recordártelo.

El gigante agachó la cabeza.

—Si el español regresa solo, os lo cargáis. ¿De acuerdo?

—Será un placer.

—En marcha —zanjó Travis, empujando a Abel.

—Vale, vale, ya voy —se quejó este, al tiempo que caminaba delante en dirección al oscuro pasillo.

No se arrepentía de haberse ofrecido a acompañarlos. Visto lo visto, no le parecía que en aquel edificio hubiera lugares más seguros que otros, y puestos a elegir prefería la compañía de los jefes que de los subordinados, ya que las negociaciones con ellos siempre suelen ser más sencillas. Además, la rusa tenía razón. Si iban a rescatar a uno de los científicos, el único que hasta el momento había dado señales de vida, sería una ocasión magnífica para saber qué había pasado allí. Información. Al fin y al cabo se había metido en la boca del lobo para obtener información, y haría cuanto estuviera en su mano para conseguirla. Hasta cierto grado, claro. Su vida estaría por encima. O eso esperaba.

Al llegar a mitad del pasillo los fluorescentes del techo desaparecieron, siendo sustituidos por lámparas antiguas con bombillas fundidas. La luz era escasa. Travis y Olga encendieron las linternas adosadas a sus armas.

—Una reforma a medias —comentó Abel, sin dejar de andar.

—¿Cómo dices? —gruñó Travis.

—El edificio es enorme, supongo que acondicionaron una parte y el resto lo dejaron como estaba. Si usaron un cuarto del área sin reformar, sus razones tendrían —añadió, señalando la puerta cerrada que había al fondo del pasillo.

—¿Qué quieres decir?

—Aún no lo sé. Pronto lo descubriremos —concluyó, apoyando la mano en el pomo de la vetusta puerta—. ¿Abro?

—Adelante.

Al otro lado había un largo corredor donde combatían la oscuridad unos raquíticos apliques adosados en las paredes, que aportaban la misma cantidad de luz que una vela, y del mismo color triste y amarillento. Aunque se veía perfectamente para caminar, Travis y Olga mantuvieron sus linternas encendidas.

—Atentos —advirtió Travis, cuando la puerta se cerró a sus espaldas debido a un muelle.

Tras recorrer el pasillo llegaron a un distribuidor de forma rectangular de unos diez metros cuadrados, de donde partían corredores en todas direcciones. Las paredes y el techo estaban sin enyesar, con los ladrillos vistos como el pasillo, y el suelo era de losetas toscas, sin pulir, de un gris oscuro. La temperatura de repente había bajado, como cuando uno entra en una cueva.

—¿Por dónde seguimos? —preguntó Olga.

Abel barajó posibilidades en su cabeza y al final se decidió por una, señalando con las manos embridadas hacia su izquierda.

—¿Seguro? —receló Travis.

—Si no recuerdo mal, los cuartos más grandes están siguiendo ese pasillo. Yo empezaría por ahí.

El exmarine bufó. Aquel lugar oscuro lleno de recovecos, que olía a humedad y a algo más extraño que no era capaz de identificar, no le gustaba en absoluto.

—¿Por qué cojones situarían la sala de control en esta parte abandonada del edificio? —terminó quejándose.

—Sala de control —repitió Olga—. ¿Control de qué?

La repentina reflexión de la rusa pilló a los dos hombres por sorpresa, que compartieron miradas y malos presentimientos

durante unos segundos

—Vamos. Terminemos con esto de una vez —resolvió Travis, echando a andar en cabeza.

El pasillo que eligieron era algo más ancho que el primero que habían seguido, pero igual de tétrico. Vieron puertas a ambos lados. En realidad rejas herrumbrosas que daban a cuartos vacíos.

—Almacenes —comentó Abel, sucinto—. Esta zona estaba destinada a despensa.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Olga, sin muchas esperanzas de que le contestara.

Como así fue.

—Al fondo hay una estancia grande —informó, obviando la pregunta—. La más grande de esta área. Se concibió como polvorín. Yo apostaría a que es allí donde se encuentra la sala de control.

—Ya veremos —dijo Travis, acelerando el paso.

Por el techo discurrían tubos de canalización de servicios: agua, electricidad, telecomunicaciones…

Olga se fijó en ellos y los enfocó con la linterna.

—Mira.

—Instalaciones nuevas. Buena señal —apuntó Travis.

Por el camino se cruzaron con pasillos que se abrían a ambos lados, más estrechos, más oscuros. Los evitaron y continuaron rectos, siguiendo las canalizaciones y a Abel.

El pasillo desembocaba en una gran puerta metálica. A su izquierda había una pared, y a su derecha un pasillo totalmente a oscuras.

Sobre la puerta había un rótulo en el que ponía:

S.C.

Y en la pared de la derecha otro que decía:

E 1-6 →

La pintura blanca y reciente con la que estaban realizados los rótulos destacaba mucho sobre el acero envejecido y los vetustos ladrillos.

—Bueno, creo que hemos llegado —dijo Abel parado en la puerta, relativamente satisfecho.

—¿Qué opinas? —preguntó Travis, dirigiéndose a una meditabunda Olga.

—«S.C.», «Sala de Control», parece claro. Lo que no comprendo es este otro letrero de la pared en el que dice «E», «uno al seis», y luego una flecha. Me recuerda a los carteles que hay en los hoteles, en cada planta, para indicar la dirección de las habitaciones.

Travis miró su reloj.

—No tenemos tiempo de averiguar de qué se trata —terminó diciendo—. Ya han pasado diez minutos.

—Tienes razón. Llamemos —dijo Olga, golpeando la robusta puerta de acero.

No una vez, ni dos. Lo hizo hasta seis veces seguidas. Y fuerte, con la culata de su arma, para que quien estuviera dentro no tuviera más remedio que escucharla.

Lo que parecía no suceder.

Dejaron transcurrir un minuto con los oídos bien pegados a la puerta, y volvieron a llamar.

Esta vez fue Travis el que probó, usando la culata metálica de su pistola. Los golpes fueron menos fuertes, pero el choque de metal contra metal producía sonidos más agudos y penetrantes.

Al tercer golpe se detuvo, y se pusieron a escuchar. Creyeron percibir ruidos al otro lado de la puerta. Travis y Olga levantaron sus armas al ver cómo una pequeña portezuela situada en mitad de la puerta, a la altura de los ojos, comenzaba a abrirse.

La rusa enfocó con su linterna y vieron un ojo que, de inmediato, se cerró deslumbrado.

—Abra. Venimos a ayudarle —dijo Travis en tono tranquilizador, pero sin bajar la guardia.

La portezuela se descorrió un poco más y, esta vez, asomaron dos ojos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Los envía la compañía? —preguntó una voz de hombre trémula y asustada.

—Sí —contestó el exmarine, por simplificar, aunque no tenía ni idea de a qué compañía se refería.

—¿Cuántos son? ¿Vienen armados?

Travis, esta vez, levantó su M4 con lanzagranadas a la altura de la portezuela.

Los ojillos miraron el arma y luego escudriñaron más allá.

—¿Solo son tres?

—Hay dos hombres más esperando junto al ascensor —dijo Travis.

—No son suficientes.

—¿Suficientes para qué? —preguntó Olga.

—No son suficientes —repitió la voz, lastimera, al otro lado de la puerta.

10
MIEDO

Travis se asomó a la portezuela. Más de cerca pudo distinguir bien los ojos oscuros y rasgados del interlocutor. También el profundo agotamiento que transmitían. Pero eso no pesó a la hora de hablarle.

—Tenemos trabajo que hacer. Si no abre inmediatamente nos largaremos. Usted decide.

—Es… es… peligroso —titubeó la voz.

Abel se hizo un sitio entre los dos mercenarios para poder intervenir.

—¿Es usted científico?

—Sí.

—¿Está solo ahí dentro?

—Sí.

—¿Cuántos científicos trabajaban en el momento del incidente?

Travis y Olga se miraron como preguntándose: «¿De qué incidente habla?».

El exmarine agarró del brazo a Abel para quitarlo de en medio. Olga lo detuvo.

—Déjalo. Parece que sabe lo que hace —le susurró al oído, y Travis lo soltó.

—Treinta y dos —contestó la voz, finalmente.

—¿Sabe dónde está el doctor Yoo?

—Supongo que en su despacho. Es inexpugnable. Y no le falta de nada —dijo la voz en tono crítico.

—¿Sabe algo de los guardias? ¿Los ha visto?

—Aquí no ha venido nadie —gruñó la voz.

—Entraron seis, en grupos de tres. ¿Seguro que no los ha visto?

—¡Le he dicho que no! —replicó la voz, con furia.

—Bueno, tranquilo. Ya está a salvo. Puede abrir. La situación está controlada.

Los ojillos del científico se abrieron de golpe.

—¿En serio? ¿Todo ha terminado?

—Por supuesto. Ahora, puede venir con nosotros o esperar hasta que llegue el equipo de rehabilitación. Hay que poner orden. No tardarán. Una semana. Quizá dos —añadió Abel al tiempo que guiñaba un ojo a Travis y a Olga, que lo observaban estupefactos.

—¿Quedarme aquí? ¿Esperando? ¿Está loco? Llevo diez días encerrado en este puto cuchitril con la calefacción estropeada. Comiendo lo único que me dio tiempo a coger de la cocina: galletas saladas y zumo de arándanos.

—La situación está controlada —repitió Abel, para tranquilizarlo.

—He dormido en el suelo, y cagado y meado en una esquina. Desde que me encerré aquí, he encendido el micrófono cada hora para pedir ayuda —explicó quejumbroso—. Ya había perdido la esperanza de que vinieran a rescatarme.

—Pues ya lo ve, aquí estamos —intervino Travis, apartando a Abel, decidido a agilizar el trámite—. Y ahora abra. No tenemos todo el día.

La voz no dijo nada y cerró la portezuela. Olga dedicó una mirada censuradora al exmarine, que se encogió de hombros. A continuación, escucharon el sonido inconfundible de un cerrojo al descorrerse. Primero uno. Luego otro, y la pesada puerta metálica comenzó a abrirse.

La luz proveniente del interior salió, dibujando un triángulo blanco en el suelo del pasillo. La acompañó un hedor a excrementos y orines, y, por último, la tímida silueta de un hombre de estatura media y pelo negro con flequillo. Sus ojos, enrojecidos e hinchados, no podían ocultar los pliegues epicánticos que determinaban su ascendencia asiática.

Vestía pantalones vaqueros y camisa oscura bajo una bata a la que se abrazaba, buscando su calor. Una bata que en algún momento debió lucir un blanco impoluto, pero que ahora se encontraba completamente llena de manchas.

Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la semioscuridad que

reinaba en el pasillo. Cuando lo hizo, reculó.

—¿Qué significa esto? —preguntó sin dejar de abrazarse a sí mismo.

Travis, raudo, empujó la puerta y colocó el pie para que no pudiera cerrarla.

—¿Quiénes son?

—Ya se lo hemos dicho. Venimos a rescatarle —reiteró Olga, dulcificando su voz cuanto pudo.

—¿Y él? ¿Por qué va atado?

—Diferencia de criterios —contestó Abel.

—Me han mentido.

—Un poquito.

—No tienen ni idea de lo que ha pasado aquí, ¿verdad?

—Esperábamos que nos lo contaras tú —dijo Travis, intimidante, tuteándolo.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamó el hombre mirando en todas direcciones, atemorizado—. No podemos estar aquí fuera, es peligroso.

—¿Peligroso por qué? —preguntó Olga—. Queremos ayudarte, pero debes colaborar.

Aprovechando un descuido, el hombre empujó a la rusa y a Abel y echó a correr en dirección al pasillo por el que habían venido. Travis, muy atento, lo atrapó antes de que diera diez pasos, y lo redujo retorciéndole el brazo en la espalda. El hombre se revolvió. Travis aplicó más presión y lo paralizó.

—No queremos hacerte daño, pero debes tranquilizarte —le recomendó Olga, con ternura.

—No lo entienden.

—¿Qué tenemos que entender?

—Hay que salir de aquí de inmediato.

—Lo haremos, pero antes debemos rescatar al resto de los científicos.

—¿Al resto? No creo que quede nadie con vida a excepción del doctor Yoo.

—¿Dónde está?

—Ya se lo dije, en su despacho —contestó el hombre, señalando el techo con un dedo tembloroso.

—Planta segunda.

—Correcto. Pero no pienso ir. ¡Quiero marcharme ya! ¡Ya! —gritó histérico.

Travis aplicó un poco más de presión a su llave y el hombre, tras un gesto de dolor, se rindió.

Olga consultó su reloj.

—Tenemos que volver. Buscaremos un lugar más cómodo para seguir hablando.

—¿Cómodo? —dijo el científico con ironía.

Travis lo empujó hacia el pasillo.

Esta vez, Abel, caminó detrás acompañado por Olga.

No había mucho que decir, o sí, pero no era el momento. Las dudas rondaban las cabezas de ambos mientras el miedo los mantenía extremadamente alertas. Lo desconocido provoca el peor de los terrores, y así seguiría siendo hasta que desvelaran el misterio que encerraba aquel edificio.

Al llegar al distribuidor rectangular escucharon un ruido a sus espaldas. Una especie de golpes rápidos, como si se entrechocaran dos palos, seguidos por un agudo silbido. Olga se volvió y enfocó con su linterna. Apoyó el dedo en el gatillo y esperó. Travis también apuntó su arma con su mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba al científico.

El silencio volvió.

Y el miedo.

El científico, aterrado, babeaba sin poder hablar.

—Sigamos —decidió Travis, acelerando el paso.

Abel se pegó a Olga. Ese sonido le recordó al que había escuchado en el sótano, aunque más agudo. Le entró el pánico. Atado y desarmado era el más vulnerable del grupo, el que se quedaría atrás en caso de huida desesperada. Desarmado y último. La presa ideal. En eso pensaba, con el corazón a mil, cuando Olga se inclinó para hablarle, casi en susurros, al tiempo que le apoyaba una mano en el hombro.

—Estuviste bien antes, jugando con el científico.

—No fue nada —contestó Abel—. Inventaba. Le dije lo que quería oír.

—No te rías de mí. Conocías el nombre de ese doctor Yoo.

¿Quién es? ¿El director de investigaciones?

Abel calló.

—Verás. Cuando nos reunamos con el resto lo aclararemos todo —continuó la rusa, en un tono de voz bastante alejado de lo que podría considerarse amable—. Quién eres. Qué haces aquí. Por qué conoces tantos detalles… Hasta ahora hemos sido muy suaves contigo. Sobre todo yo. Pero se acabaron los juegos. En este lugar están pasando cosas muy raras y no estoy dispuesta a seguir jugándome el pellejo, ni el de mis compañeros, hasta que tú y ese científico nos contéis lo que sabéis.

Otro ruido reverberó contra las paredes. Un sonido semejante al canto de un pájaro afónico. Largo, extraño, escalofriante.

El grupo se detuvo en seco. La tensión se iba acumulando. El miedo también.

El científico mascullaba palabras en otro idioma, como si rezara, mientras que Travis y Olga apuntaban sus armas contra un enemigo invisible.

Cubriendo todos los ángulos posibles, caminando de espaldas, continuaron avanzando por el pasillo.

Travis consultó su reloj. Pasaban dos minutos de la hora acordada.

—Vamos, ya queda poco —terminó diciendo, intentando transmitir una calma que él mismo iba perdiendo.

Cuatro armas serán mejor que dos, pensó el exmarine, sobre todo si una es un «cañón» manejado por un gigante. Eso, si no se han marchado ya.

Valtra era muy estricto con las órdenes que le daba Travis, pero en esa ocasión decidió darles cinco minutos de margen.

Cuando se quedaron solos, él y Dylan buscaron un lugar desde donde poder vigilar y, al mismo tiempo, estar a cubierto. Se decidieron por un cuarto pequeño que parecía un despacho, donde había una mesa con un ordenador y muchas estanterías llenas de archivadores. Y allí seguían: Valtra apoyado en el quicio de la puerta, sin quitar ojo al ascensor, al pasillo de la izquierda y a la puerta que daba acceso al ala oeste; y Dylan sentado frente al ordenador, intentando lo imposible después de haber curioseado

por el despacho y comprobado que el aire continuaba siendo bueno.

—Nada. Este ordenador es tan inútil como una máquina de escribir de los años noventa —se quejó el informático—. Tiene cargado un programa de gestión donde solo hay albaranes y facturas. Sin acceso a los servidores.

—Déjalo ya —le propuso Valtra.

—Me jode. Nunca me había encontrado con un sistema de seguridad tan simple y eficaz a la vez. Desconexión, esa es la clave.

Bufó, golpeó el teclado de malos modos y luego se recostó en la silla con los brazos cruzados, mirando el fusil que había dejado sobre la mesa y el cinturón con la cartuchera y el cuchillo que le habían quitado a Abel.

Se aburría. No era un soldado. Nunca lo había sido; y ese estado de permanente alerta que ocupa la mente de quien se dedica al negocio de las armas, él no lo tenía.

—Ha pasado la hora —dijo tras consultar su reloj—. ¿Qué hacemos?

—Esperar —contestó Valtra.

—¿Cuánto?

—Ya te lo diré.

—No es que quiera largarme de aquí. Solo digo que…

—Tiene que haberles pasado algo —verbalizó el afroamericano, preocupado.

—*Nah*. Se habrán entretenido. Este edificio es enorme.

—Y siniestro.

—Eso también. Ahora entiendo el montón de pasta que vamos a cobrar cuando completemos la misión.

—Tú lo has dicho, cuando la completemos. Si no, nos iremos con las manos vacías.

—Tenemos el anticipo.

—Calderilla.

Dylan reflexionó.

—Tienes razón. Dos millones de pavos suenan mucho mejor que cien mil. ¿Tú que vas a hacer con la pasta?

—Cuando la tengamos —replicó Valtra, cauto.

—Yo pienso comprarme un buen coche. Pero no uno de esos *superdeportivos* bajitos en los que hay que entrar y salir a rastras.

Quiero uno grande, con clase. Un *Bentley* azul marino. Esa sería una buena opción. Luego, reservaría una habitación en el mejor hotel de Nueva York y pasaría el día eligiendo chicas de la página Mimosas. Profesionales que trabajan en el amor porque les da la gana, sin chulos. No te equivoques, estoy totalmente en contra de la explotación sexual de la mujer —puntualizó, levantando el dedo índice—. Una por la mañana y otra por la noche —concluyó, cerrando los ojos y adelantando los labios como si recibiera un beso.

—¿Crees que podrás con tanta acción? —se mofó Valtra.

—Claro que sí. Champán y chicas. Y un coche de lujo en el garaje. Eso es lo primero que haría. ¿Y tú?

Valtra se dio cuenta de que, en realidad, no había hecho ningún plan para cuando cobrara. Era un montón de dinero, más del que hubiera imaginado tener jamás, y, sin embargo, aún no tenía pensado qué hacer con él.

—Eh. Cuenta. ¿Qué harás? —insistió Dylan, al tiempo que se levantaba de la silla y se acercaba a él—. Algo tendrás en mente. Un capricho caro que quieras darte. O un fiestón con amigos. Solo se vive una vez, camarada.

Valtra se pasó la mano por su cabeza rapada, sin decidir qué contestar. Llevaba tantos años viviendo solo, en su apartamento de Brooklyn, sin amigos ni familia, que había olvidado lo que era compartir. Gimnasio y entrenamiento. Ese era su mundo.

Dylan lo sabía. Por esa razón se arrepintió de habérselo recordado e intentó ponerle remedio.

—Te propongo un plan. Te dejaré montar en mi *Bentley* con tapicería de cuero blanco, y pasar unos días en mi habitación de hotel. Mano a mano con las chicas y el champán. ¿Qué te parece la idea?

Valtra resopló y se volvió para mirarlo.

—¿Contigo? Ni loco —dijo muy serio, intentando parecer convincente para que no se le notara que, en realidad, se sentía halagado por el ofrecimiento.

—Venga. Una semana. Seguro que fuera del trabajo no eres tan muermo.

Aquel mequetrefe que lo sacaba de quicio no era el mejor

compañero de armas, desde luego, pero su espontaneidad y su punto de inmadurez resultaban tremendamente atractivos, sobre todo para un tipo tan quemado y maltratado por la vida como Valtra.

—El Yin y el Yang. Tú y yo. Piénsalo. Lo pasaríamos bien —continuó Dylan.

El Yin y el Yang, repitió mentalmente Valtra, tiene razón. No podemos ser más distintos. Agua y aceite.

—No hablas en serio —terminó diciendo, resistiéndose a reconocer que le seducía la idea.

—Claro que sí. Te enseñaré a divertirte, ya lo verás. Vas de cabronazo. De tipo duro. Siempre metiéndote conmigo. Pero en el fondo sé que tienes buen corazón. Buen corazón y unas espaldas como un armario ropero —añadió Dylan, soltando una carcajada.

—*Shhhh* —se apresuró a chistar Valtra.

—Perdón, perdón —se disculpó Dylan, bajando el tono de voz y dándole unos golpecitos amistosos en el hombro—. No he podido evitar imaginarme a los dos en bañador paseando por una playa del Caribe. El punto y la «I». La botella de Coca Cola de dos litros y el chupito de ron. No me digas que no haríamos buena pareja. Se nos rifarían las chicas.

Volvió a reír, y Valtra a chistar, aunque esta vez conteniendo a duras penas la sonrisa que Dylan le había conseguido sacar.

Y en esas estaban los dos, fantaseando, haciendo planes de futuro, cuando escucharon un ruido en el pasillo. De inmediato, Valtra se giró hacia la puerta que comunicaba con el ala oeste. La vio abrirse. Apoyado en el quicio de la puerta de aquel despacho, con la potente automática apuntando, presentando el menor blanco posible, contuvo el aliento hasta que reconoció a Travis.

Dylan también se asomó, y ambos vieron acercarse a sus compañeros seguidos por el español y un tipo vestido con una bata mugrienta.

—No vienen de vacío —comentó el informático—. Y mira sus caras.

Valtra no contestó. Borrado todo aspecto lúdico de sus pensamientos, volvía a ser el que era: eficaz, parco y profesional.

Lo que vio no le gustó nada. Venían a la carrera, sudorosos, con

los rostros desencajados… No pintaba bien.

—¿Qué hacéis todavía aquí? —les increpó Travis al llegar frente a ellos, aunque en el fondo se alegraba de verlos allí—. Según mi reloj pasan siete minutos de la hora acordada.

Valtra no se esperaba ese reproche. Avergonzado bajó la mirada.

—Yo… En fin… —balbuceó, sin encontrar las palabras que justificaran haber incumplido una orden directa.

Dylan intervino, resuelto, enseñando su reloj de pulsera.

—La culpa es mía. Nos fiamos de mi reloj y se ha parado.

—Siempre dices que tu *TAG Heuer* es infalible —le recordó Travis.

—Pues ya ves. Cosas que pasan.

Valtra lo miró, y Dylan le guiñó un ojo cuando el exmarine no le observaba.

—Vale. Olvidémonos de eso —concluyó Travis, sin dejar de jadear—. Ahora hay cosas más importantes que tratar.

—¿A qué se refiere, jefe? —preguntó Valtra.

—Encontramos la sala de control, y a este científico dentro. Según él, el resto del personal está muerto. Aunque no suelta prenda de lo que les ha sucedido.

Valtra arrugó el entrecejo sin llegar a comprender qué había cambiado. Eso era algo que, después de ver los destrozos en la planta baja y la abundante sangre, todos tenían en mente: una masacre.

Olga percibió su desconcierto e intervino para ponerlo en situación.

—Escuchamos algo. Ruidos extraños. Como si alguien nos siguiera. Nos acechara. Debo confesarlo, ese lugar, el ala oeste, te hiela la sangre.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Valtra, funcional.

—Asegurar el ala oeste —contestó Travis—. Si hay enemigos allí, no quiero que salgan.

—¿Habla de trampas?

—Sí.

—Bien. Me pongo a ello.

—Te echo una mano —se ofreció Dylan.

Valtra por costumbre iba a rechazar su ayuda, pero se lo pensó

mejor y aceptó.

—De acuerdo. Yo trabajo y tú vigilas.

—Como quieras, colega. ¿Y vosotros qué haréis mientras tanto? —preguntó con su habitual desparpajo, a años luz del estricto tono marcial.

Travis se volvió para mirar al otro lado del pasillo, y luego se dirigió al científico.

—¿Qué hay al final?

—¿Cómo? —preguntó este, saliendo de una especie de trance.

—Al final del pasillo. ¿Qué hay?

—El laboratorio B.

—¿Tiene esclusa?

—Claro, como todos.

—¿Hay algún lugar más seguro?

—Me acaban de sacar del único lugar seguro que había —se quejó el científico.

Valtra y Dylan se miraron, calibrando el preocupante cariz que estaba tomando la misión.

Ante un Travis aparentemente bloqueado, Olga resolvió.

—Iremos al laboratorio B. Os esperaremos allí. Daos prisa. Y tened mucho cuidado.

—Será visto y no visto —aseguró Valtra.

—¿Tenéis lo necesario? —preguntó Travis, más centrado.

—Claro. Nunca salgo sin mis juguetitos —contestó el afroamericano, descolgándose la mochila y dándole golpecitos cariñosos.

—Entonces, al lío —dijo Travis, empujando al científico en dirección al laboratorio.

Olga, preocupada, tenía algo más que decir a sus compañeros.

—La luz es escasa en el ala oeste. Hay muchos recovecos. No dejéis el pasillo principal, podríais perderos si os alejáis demasiado de la entrada. En ningún caso paséis del primer distribuidor.

—No me da miedo la oscuridad. Y menos si voy acompañado del grandullón —dijo Dylan, con desenfado.

—No es momento para bromas —lo censuró Olga, muy seria—. Tened mucho cuidado.

—Perdón, jefa, lo tendremos. Por cierto, ¿te encargas de esto?

La rusa se quedó mirando la cartuchera de Abel colgando de su mano.

—Necesito movilidad absoluta. Ya sabes… —añadió Dylan, realizando una coreografía absurda con su rifle de asalto.

Olga perpleja lo dejó hacer, agarró la cartuchera, indicó con un gesto de cabeza a Abel que echara a andar, y ambos siguieron a Travis y al científico camino del laboratorio B.

Al quedarse de nuevo solos, Valtra fulminó a Dylan con la mirada. Él no se dio por aludido y le planteó una duda.

—¿Trampas? ¿Vas a poner trampas para atrapar a alguien?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Ya lo verás. Te va a gustar.

Sin decir más, el afroamericano se dirigió a la puerta que daba acceso al ala oeste, apoyó la mano en el picaporte y, con decisión, abrió.

La luz del pasillo era mínima, como les había advertido Olga, y la temperatura mucho más baja. Valtra echó a andar con Dylan pegado a su espalda como una lapa.

—Oídos atentos, ojos abiertos y dedo fuera del gatillo —recitó el afroamericano—. ¿Has entendido?

—Sí —se limitó a contestar Dylan, al que repentinamente se le habían quitado las ganas de bromear.

—Avanzaremos un poco más.

—Vale.

Justo al llegar al distribuidor del que les había hablado Olga, Valtra se detuvo.

—Visto. No hay muchas opciones. Los cruces de camino son lo único útil para las trampas —dijo mirando alternativamente a cada uno de los pasillos que desembocaban en el distribuidor. En total cuatro—. Cubriré todas las salidas y, por último, remataré con el pasillo principal. De aquí no saldrá nadie sin que salten fuegos artificiales.

Dylan asintió con la cabeza sin entender. Ni pretendía. Aquel lugar tenía al optimista informático sumido en negros presagios.

Valtra se descolgó la mochila, la dejó en el suelo y se puso a rebuscar dentro de ella. Dylan vigilaba.

De pronto, un ruido lejano llegó hasta sus oídos. Procedía de un lugar indeterminado y se asemejaba al golpeteo rítmico de maderas.

O al castañeteo de… dientes.

Dylan se envaró, se le aceleró el pulso y se puso a sudar.

Valtra también se preocupó por una repentina angustia que oprimía su pecho. Un sentimiento que compartía con su compañero y que pocas veces había experimentado en su vida.

El miedo.

11
MAZMORRAS

Como hacen los valientes, tras el momento de debilidad, Valtra se sobrepuso al miedo e intentó racionalizar.

—Esta zona es una puñetera cloaca —dijo mientras sacaba objetos de la mochila y los dejaba con cuidado en el suelo—. El ruido. Será alguna rata.

Dylan lo pensó y decidió que su compañero tenía razón. Una explicación lógica siempre es bienvenida cuando el pánico te comienza a invadir.

—Seguro —afirmó—. Aquí debe haberlas a docenas, y como gatos de grandes. Y ahora, ¿me vas a contar qué diablos estás haciendo?

—Minas Claymore —contestó Valtra, señalando con la linterna de su arma los cuatro objetos rectangulares, de unos veinte por doce centímetros, alineados en el suelo.

Dylan se fijó en las frases inscritas en las minas: «Frente hacia el enemigo».

—Entiendo que esa es la parte peligrosa.

—Ambas lo son, pero ese lado es por el que la onda expansiva es más poderosa cuando explota el C4, y por donde salen disparadas, a más de 1200 m/s, las setecientas bolas de acero de 3,5 milímetros cargadas en su interior.

—Minas Claymore —repitió Dylan—. Me suenan del cine. Creo que usa una de estas Stallone, en la quinta y última película de la saga Rambo.

—Fue en la cuarta —rectificó Valtra, con cierta vergüenza, después de pensarlo.

—Ah. Veo que otras películas no, pero las de Rambo te las conoces todas.

—Casualidad —replicó Valtra.

—Ya. Seguro. ¿Cómo las vas a colocar?

—Las fijaré a la pared con esto —explicó, mostrándole un objeto con forma de taladro—. Una pistola de clavos eléctrica. Es capaz de atravesar el hormigón. El ladrillo será como mantequilla.

—A la pared, entiendo. En cada uno de los pasillos.

—Así es —contestó Valtra, cogiendo una de las minas y dirigiéndose al pasillo que quedaba más a su izquierda—. Lo haré con un par de abrazaderas, así. Luego, llevaré el cable detonador a la pared de enfrente y fijaré la argolla a la altura de las rodillas. Si alguien pasa y tira del cable… *¡PUM!* Será historia.

Dylan sabía que Valtra disfrutaba hablando de sus conocimientos sobre armas y combate, y decidió seguirle la corriente.

—Interesante. Y efectiva, supongo.

—Estas minas pueden activarse también por control remoto, por sensores infrarrojos, acústicos o por presión. Para este entorno urbano lo mejor es el cable.

—Ya. ¿Y no lo verán? Quiero decir…

Valtra no le dio tiempo a aclararse.

—Romperé las bombillas.

—Muy astuto —dijo Dylan rascándose la coronilla, un poco cansado de minas.

—Bueno. No tenemos todo el día. Vigila mientras trabajo —concluyó Valtra, al tiempo que accionaba la pistola de clavos para fijar una de las abrazaderas a la pared. El ruido fue seco e intenso, como el que haría un martillo al chocar contra una placa de metal.

Hubo más. Cada Claymore requería de cuatro clavos. Y luego estaba la delicada tarea de llevar el cable detonador hasta la otra pared, fijarlo allí y armar la mina para que quedara lista para explosionar. En total, unos cinco minutos.

No había colocado Valtra aún la segunda mina, y ya estaba Dylan profundamente aburrido de esperar a su lado, vigilando la nada. Decidió dar una vuelta por el distribuidor, echando un vistazo a cada uno de los cuatro pasillos que llegaban hasta él. Comenzó por el primero de la izquierda. Al llegar al último, vio algo al fondo que llamó su atención. Una luz blanca, más intensa, que contrastaba

con la exigua y amarillenta que iluminaba aquellos corredores.

—¿Dónde dijeron que habían encontrado al científico?

—En la sala de control —contestó Valtra, de rodillas junto a la pared, antes de que su pistola de clavos percutiera de nuevo.

—Ya. Pero, ¿dónde estaba? ¿En qué pasillo?

—No hablaron de eso.

—Juraría que fue en este. Veo una luz al final. Dejarían la puerta abierta.

Valtra giró la cabeza con desgana y vio a Dylan parado en el pasillo situado más a su derecha.

—¿Y?

—Estaba pensando… Hasta ahora, ninguno de los ordenadores que he revisado servía para nada. Puede que si en esa sala de control hay uno, como imagino, tenga conexión permanente a la intranet, y por tanto…

—¿De qué hablas?

—¡Joder! Sería cojonudo. ¿No lo comprendes?

—Pues no.

—Si logro acceder a los servidores y descargar la información que hemos venido a buscar, sería un puntazo.

Valtra arrugó el entrecejo. Comenzaba a entender. Dylan se lo terminó de aclarar.

—Nos ahorraríamos subir a la segunda planta y podríamos largarnos antes de este maldito lugar. No sé tú, pero yo lo estoy deseando.

—¿Y crees que…?

—Podría. Por qué no. Por probar…

—No es buena idea —terminó decidiendo Valtra.

—Sí lo es. Aquí no hay más que ratas. Tú lo dijiste.

—De eso no podemos estar seguros.

—Claro que sí. Venga, estaré al final de este pasillo. Si te necesito silbaré —dijo Dylan, con guasa.

—Olga nos advirtió que no pasáramos de este distribuidor.

—También nos ordenó Travis que nos largáramos si no habían vuelto a los treinta minutos, y les ha venido de perlas que desobedeciéramos. Iniciativa, amigo, esa es la clave del éxito. Si no consigo nada, no tienen por qué enterarse. Si logró acceder a la

base de datos y descargo toda la información que hemos venido a buscar, no podrán reprocharnos una mierda.

El discurso de Dylan dejó a Valtra cavilando.

—Vale —dijo finalmente, convencido—. Cuando termine de colocar las minas, iremos.

—Me adelantaré a echar un vistazo.

—No. Te he dicho que…

Dylan no le dejó acabar la frase y echó a caminar por el pasillo. Valtra hizo amago de incorporarse, pero tenía una mina a medio colocar y desistió.

Silbando entre dientes, feliz por haberse salido con la suya, Dylan recorrió el pasillo hasta llegar a la puerta entreabierta. Se detuvo y leyó el rótulo pintado encima:

S.C.

—Sala de control. Estaba seguro de que era aquí —se dijo para sí.

También se fijó en el segundo rótulo. El que había pintado a su derecha, en la pared:

E 1-6 →

—¿Qué cojones significará esto? —se preguntó antes de entrar definitivamente en la habitación.

Durante ese tiempo, Travis y Olga llevaron a Abel y al científico hasta el laboratorio B y realizaron un registro rápido. Vieron desorden, y esa misma sensación de huida precipitada que percibieron en el comedor y el laboratorio C, pero no encontraron a nadie, ni vivo ni muerto; tampoco restos de sangre, lo cual, dadas las circunstancias, no les tranquilizó en absoluto. Luego, decididos a aclarar la situación, eligieron un despacho de paredes de cristal, sentaron al científico en una silla, a Abel en otra, y se enzarzaron en un interrogatorio que, hasta el momento, no había llevado a

ninguna parte.

Travis, de pie frente a ellos, comenzaba a desesperarse.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Qué cojones ha pasado aquí? —le gruñó por enésima vez al científico.

—Ya se lo he explicado —contestó este, en tono lastimero—. Mi contrato me impide compartir información con el exterior.

—¿Contrato? ¿Temes una multa cuando tu vida está en peligro?

—La gente para la que trabajo no se anda con chiquitas, debería saberlo.

—¿Por qué?

—¿No les pagan los mismos que a mí?

—En eso tiene razón el doctor… —comenzó a decir Abel, antes de hacer una parada para mirar el nombre de la placa que había en su bata—… Chang Wook.

—Te equivocas —replicó Travis—. Nuestro contrato no incluye cláusulas de confidencialidad. Vamos por libre.

—El que paga manda, amigo, aunque esté al final de una cadena de contratas y subcontratas —replicó Abel—. El doctor Chang Wook parece tener más miedo a lo que va a encontrarse fuera si se va de la lengua, que a lo que hay dentro. Eso está claro.

El científico asintió, agradecido.

—Puede llamarme Lee —terminó diciendo—. Es menos formal.

—Claro, Lee. No hay problema.

Travis bufó de rabia, y Olga decidió intervenir.

—Tú tampoco sueltas prenda —espetó, dirigiéndose a Abel—. ¿También por algún contrato?

—Sí y no. Digamos que lo mío tiene que ver más con… el deber y la lealtad —terminó contestando, después de haberse tomado su tiempo.

—Grandes palabras. ¿Eres espía?

—No me atrevería a tanto. Digamos que soy un cumplidor… funcionario.

—¿Qué buscabas aquí?

—Echar un vistazo. Solo eso.

—¿Cómo entraste en el edificio?

—Por la puerta, en un descuido de los guardias.

—Muy gracioso.

—¿Para quién trabajas?

—Eso es irrelevante para vosotros. Lo vuestro es evaluar el nivel de amenaza y recuperar las propiedades de quien costea todo este tinglado. ¿No es verdad?

—Oye, listillo —saltó Travis como un resorte, encarándose con él—. Aquí las preguntas las hacemos nosotros.

—Entonces, ¿por qué no hacéis las correctas?

Travis avanzaba hacia Abel, furibundo, cuando Olga se interpuso.

—Un momento, puede que tenga razón.

—¿A qué te refieres? —dudó el exmarine.

—Los detalles de lo que ha pasado con los científicos ya lo aclarará el doctor… Lee con sus jefes —rectificó Olga—. A nosotros nos interesa más saber qué tipo de peligro corremos aquí.

—¿Ve? Ella lo ha entendido —intervino Abel, antes de volver la mirada hacia el científico—. Dinos, ¿se ha producido una fuga de algún gas tóxico o virus mortal con el que trabajarais aquí?

Lee negó con la cabeza.

—Como imaginaba. ¿Y algún asalto por hombres armados? ¿Terroristas? ¿Agentes enemigos?

Volvió a negar con la cabeza.

—Ya. Pero aún así estamos en peligro, ¿no es eso? —intervino Olga.

—Sí —terminó admitiendo Lee, apesadumbrado.

—¿Por qué? —lo increpó Travis, agarrándole por la pechera con una mano.

—Lo siento. Lo siento —repitió el científico entre gimoteos—. No puedo decírselo. Solo les pido que salgamos del edificio ya. Es un milagro que aún sigamos vivos.

—Ni lo sueñes —dijo Travis, inflexible—. Vinimos a hacer un trabajo y lo terminaremos.

—Los entiendo —intervino Abel—. Son profesionales, y seguro que tienen una reputación que cuidar, aunque quizá deberían replantearse sus objetivos y hacerle caso.

—¡Tú te callas!

—Vale, solo era una sugerencia —resolvió Abel, encogiéndose de hombros.

Travis, desesperado, se encaminó hacia la puerta e hizo un gesto con la cabeza para que Olga lo siguiera. Fuera del despacho se acercó a su lugarteniente y le habló en voz baja.

—No me gusta. Demasiados interrogantes.

—Estaban cuando aceptamos el encargo —le recordó Olga.

—No podemos irnos.

—Lo sé.

—No hay gas tóxico ni hombres armados, pero el silencio de ese jodido científico es peor que ambas amenazas juntas.

—Sin duda.

—Propongo cambiar precaución por rapidez, e ir directos a los servidores.

—¿Y qué hacemos con ese tal doctor Yoo? El científico dijo que podría estar vivo en su despacho de la segunda planta.

—Lo recogeremos si es factible. Si no, que se vaya al infierno.

—Debe de ser el director de todo esto.

—Con más razón. Seguro que él ha tenido mucho que ver con este puto desastre.

—¿Entonces? —preguntó Olga, buscando un resumen concreto de las próximas acciones.

—Cuando regresen Valtra y Dylan, subiremos a la segunda planta y recuperaremos la información que nos han pedido. No volveremos a separarnos. Luego, saldremos del edificio cagando leches.

—¿Y el español?

—No sé. Podría ser una amenaza.

—Sabe más de lo que cuenta, es evidente, pero no creo que esté metido en el asunto.

—Bien. De momento seguirá con nosotros. Más tarde, ya veremos.

—Es listo —apuntó Olga.

—Demasiado.

—En este negocio no hay tontos.

—Me gustaría pensar que así es —contestó Travis, dejando asomar una sonrisa minúscula.

Olga también relajó el gesto mientras consultaba su reloj.

—Están tardando.

—Valtra sabe lo que hace.

—Ese lugar…

Travis entendió sin que Olga terminara la frase, y asintió con la cabeza al tiempo que apretaba los labios y fruncía la cicatriz de su barbilla.

Dylan dudó al percibir el olor nauseabundo que salía de la sala de control. Al final se sobrepuso y entró.

La habitación mediría unos veinte metros cuadrados. El techo era de hormigón y las paredes de ladrillos vistos, como los pasillos. La luz era fuerte, y provenía de un plafón fluorescente adosado en mitad del techo. En un lado del cuarto había un camastro con las sábanas revueltas y sucias, y un pequeño mueble accesorio lleno de archivadores. Por el suelo había botellas vacías de plástico y envoltorios de celofán. De frente vio un sillón y una mesa bastante larga en la que había un teclado, una CPU y seis pantallas de 32" apagadas.

—Bueno, a ver si hay suerte —musitó, mientras se acercaba al sillón.

Antes de llegar se fijó en el montón de excrementos, algunos secos y otros frescos, que había medio tapados con papeles en el rincón de la derecha, junto a la mesa. También en las manchas de orina de la pared, y en el charco amarillento acumulado en el suelo.

—¡Joder! Ahora entiendo esta pestilencia.

Haciendo de tripas corazón dejó su arma sobre la mesa, se sentó en el sillón y comenzó a teclear. De inmediato, las pantallas en *stand by* se encendieron.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —se preguntó, pasando la mirada por cada una de ellas.

Las imágenes que mostraban parecían ser la misma. Una pared de ladrillo y una puerta abierta, de metal, en medio. En la esquina inferior de cada pantalla vio que ponía Cámara 1, y eso le dio una pista. Trasteando, consiguió encontrar las teclas que cambiaban a Cámara 2. En esta ocasión lo que apareció en las pantallas fue el interior de una especie de mazmorra, vacía y oscura. En las seis una imagen idéntica, en color verde, proveniente de alguna cámara con visión nocturna. Dudaba si serían la misma cuando pequeños

detalles, como manchas en las paredes o desconchones, le llevaron a la conclusión de que se trataba de cuartos distintos.

—¿Qué cojones es esto? —se dijo, mientras tecleaba tratando de encontrar más cámaras.

Al final dio con una más, la Cámara 3. En este caso la imagen, también de color verde, solo aparecía en la pantalla de la izquierda, y mostraba un enfoque cenital de un pasillo en el que se veían seis puertas de metal, abiertas y contiguas.

Confundido, regresó a la vista que ofrecían las Cámaras 1 y las revisó con detalle hasta que vio los rótulos pintados sobre cada una de las puertas: E1, E2, E3, E4, E5 y E6.

Al entender la relación entre esos rótulos y el que había en la pared, junto a la sala de control donde estaba, se preguntó qué podrían ser esa especie de calabozos. Barajó un montón de hipótesis, la mayoría disparatadas y fantasiosas, hasta que, finalmente, sin llegar a ninguna conclusión sensata, se centró en lo que realmente buscaba: un acceso a los servidores.

Se empleó a fondo para encontrar el hilo mágico que enlazaba ese terminal con la zona sagrada: la unidad informática donde se almacenaban los datos.

Con rapidez y maestría fue recorriendo todos los caminos cibernéticos, y mirando detrás de cada archivo, carpeta y byte de información en su busca. Pero no dio con hilo. Y si él no lo encontraba, era porque no existía.

—¡Desconexión! —exclamó mientras dejaba caer la cabeza hacia delante, abatido.

Entonces se percató de un detalle: el silencio.

Hacía rato que no escuchaba los golpes secos, espaciados pero continuos, de la pistola de clavos de Valtra. ¿Habría terminado?

Harto de aguantar aquel hedor vomitivo, y de no haber conseguido nada con el ordenador, decidió regresar con su compañero.

Ya se levantaba del sillón cuando escuchó algo a su espalda. Un ruido rasposo semejante a una respiración. Sin tiempo para coger su arma, ni darse la vuelta, notó cómo lo sujetaban por los hombros. Fuerte. Tan fuerte que le obligó a sentarse de nuevo.

El grito que dio resonó en toda el ala oeste. A continuación, se

escuchó la risa desatada de Valtra.

—*¡Ja, ja, ja!* Lo siento, no pretendía asustarte.

—¿Asustarme? Casi me cago en los pantalones. ¿No puedes acercarte como las personas normales?

Valtra mantuvo la sonrisa instalada en su rostro unos segundos más, hasta que la cambió por un gesto de asco.

—¡Joder, aquí huele como una letrina!

—Literal. Mira el rincón.

Con reticencias, Valtra se asomó.

—Hay que estar muy desesperado para vivir entre excrementos —comentó Dylan.

—Puto cobarde —dijo Valtra, desdeñoso.

—Cobarde… o informado.

—Vale. Es posible. Aún así… Joder, caga en una caja, mea en botellas y las dejas en el pasillo. ¿Has encontrado algo? —preguntó, cambiando al asunto que le interesaba.

—Tampoco hay acceso desde aquí.

—¿Y qué me dices del bloqueador de señal?

—El inhibidor no lo he buscado —contestó Dylan, llevándose una mano a la boca.

Valtra resopló y se puso a registrar el cuarto. Terminó rápido. No había mucho donde mirar.

—Nada que se le parezca —terminó diciendo—. Nos vamos.

—Espera. Hay una cosa que me gustaría enseñarte. Observa las pantallas.

Valtra apoyó ambas manos en la mesa e inclinó la cabeza para verlas mejor. Dylan fue cambiando de cámaras para mostrarle las distintas imágenes.

—¿Qué estoy viendo? —acabó diciendo Valtra, decepcionado.

—No estoy seguro. Parecen celdas.

—¿Y?

—Piénsalo. Si alguien decidió instalar una sala de control solo para controlarlas, deben ser importantes.

Valtra se rascó la cabeza, pensativo.

—Todo es muy raro en este jodido lugar. Larguémonos. Nos esperan.

—¿No te gustaría echar un vistazo? —lo tentó Dylan.

—¿A qué?

—A las celdas.

—¿Por qué?

—Te lo dije antes: iniciativa.

—Estoy hasta los cojones de tus iniciativas.

—Vamos. Están cerca. En el pasillo de al lado. Quién sabe, puede que descubramos algo importante.

—¿Cómo qué?

—Ni idea. No lo sabremos si no nos asomamos.

—¿Dices que están aquí cerca?

—Claro. Mira los rótulos sobre las celdas: E1, E2, E3… —le fue señalando con el dedo en cada una de las pantallas.

Valtra recordó el rótulo de la pared de fuera.

—Entiendo. Pero, ¿para qué ir? Parecen vacías.

—Razón de más. No veo peligro.

—No sé.

—Venga —lo animó Dylan, levantándose del sillón, colgándose su fusil al hombro y encaminándose hacia la puerta—. Será un minuto. Tengo curiosidad. ¿Tú no?

—Espera —dijo Valtra, dubitativo.

Cuando quiso darse cuenta, el informático ya había salido del cuarto.

—¡Mierda! —exclamó entonces, y lo siguió.

Al salir de la sala de control, Dylan ya le había tomado unos metros de ventaja. Lo vio de espaldas, introduciéndose por el pasillo que se abría a la derecha. Allí la luz era mínima, y provenía de un aplique con una bombilla raquítica que solamente alumbraba los primeros metros. Para continuar necesitaron encender sus linternas.

Antes de llegar a la primera celda ya caminaban juntos. Cautelosos. Atentos a cualquier ruido o movimiento extraño.

—Mira —dijo Dylan, señalando la puerta—. Nuevecita. Con cerradura automática.

—Y de acero grueso —apuntó Valtra.

El haz de su linterna enfocó el interior totalmente vacío, con un agujero en el centro del mugriento suelo.

—Me recuerda a una mazmorra medieval.

—Totalmente —corroboró Dylan.

Lo que no habían podido transmitir las cámaras, y que ahora apreciaban, era el singular aroma que se respiraba allí.

—¿A qué huele? —se animó a preguntar Dylan.

Valtra rebuscó en su memoria hasta que llegó a una época en que, siendo un niño, vio por primera vez animales salvajes.

—Huele a zoológico.

—¡Eso es! —exclamó Dylan—. Igualito que las jaulas de los leones, los osos o los monos.

—No tiene sentido. ¿Por qué iban a tener aquí…?

El mismo sonido rítmico, semejante al entrechocar de palos de madera, se escuchó en el pasillo y enmudeció a Valtra.

Ta, ta, tá. Ta, ta, tá. Ta, ta, tá.

En esta ocasión el ruido venía de más cerca. De mucho más cerca. Lo tenían encima.

Raudo, se giró con el arma preparada. El haz de luz de la linterna dibujó un círculo blanco en la pared de ladrillos del fondo del pasillo, desvelando otro corredor que continuaba a la izquierda.

—¿Ratas? —dudó Dylan.

El extraño ruido volvió a sonar.

Ta, ta, tá. Ta, ta, tá. Ta, ta, tá.

—Retrocedamos —dijo Valtra convencido de que aquello no podía ser producido por un roedor, por muy grande que este fuera.

—No veo nada —comentó Dylan, aguzando la vista.

—Nos vamos —le ordenó el afroamericano, tajante.

Reculando, sin dejar de apuntar sus armas hacia el lugar de donde procedían los ruidos, regresaron a la galería principal.

Dylan caminaba primero. Valtra detrás, sin perder ojo, andando de espaldas, lo que provocó que se retrasara. Al llegar a la altura de la sala de control, el informático le había sacado ocho metros de distancia.

El ruido cesó.

Junto a la puerta abierta, Dylan decidió esperar a Valtra al amparo de la tranquilizadora luz que salía del cuarto. Entonces escuchó de nuevo el peculiar tableteo.

Ta, ta, tá. Ta, ta, tá. Ta, ta, tá.

Esta vez a su espalda, y seguido de un ronquido largo y húmedo.

Aterrado se volvió y, a contraluz, vio la silueta de algo que le

heló la sangre.

12
A TUMBA ABIERTA

Dylan gritó.

—¡Quieto! ¡No se mueva o disparo!

El fusil le temblaba en las manos. La linterna de su arma parpadeó y terminó apagándose.

Solo veía su perfil, recortado contra la luz minúscula del fondo.

La figura avanzó. Era alta, más de dos metros, con enorme cabeza, piernas desproporcionadas y musculados brazos.

—¡Quieto! —repitió desgañitándose, esperando el auxilio de Valtra.

Entonces vio el contorno de unas descomunales manos agitándose en el aire, como si lo arañaran, a menos de dos metros de su cara. Tenía los dedos muy largos, y rematados en… garras.

Dylan apretó el gatillo. No pasó nada. El seguro estaba puesto. Trasteó en el fusil con movimientos torpes, atenazado por el miedo, sin poder apartar la vista del ser que tenía delante.

Por fin consiguió quitar el seguro y disparar. Una ráfaga larga salió del cañón de su fusil G36 e impactó de lleno en el ancho pecho del ser. Diez, quince disparos. Pero aquello continuó en pie, prácticamente encima de Dylan.

Disparó de nuevo, reculando, hasta vaciar el cargador. Una lluvia de balas menos concentrada y precisa que la anterior, aunque igual de letal. El ser se detuvo un instante, levemente afectado. Luego se abalanzó veloz, con ambas garras levantadas.

Dylan cerró los ojos, esperando la embestida que suponía mortal. Entonces escuchó disparos. Poderosos, realizados por la única arma que conocía capaz de hacer tanto ruido: la AA-12 de Valtra.

¡Pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum!

En ráfagas de tres o cuatro disparos, el cargador circular de la escopeta automática fue escupiendo plomo a medida que Valtra, a la carrera, se acercaba.

—¡Dylan, no te muevas! —le gritó en un paréntesis de disparos. Después continuó.

¡Pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum!

La linterna de Valtra sí funcionaba, y mientras corría en auxilio de su compañero pudo ver la desconcertante fisionomía de aquella criatura del infierno. Luego, durante una fracción de segundo, también su rostro; lo suficiente para dejarlo paralizado por el horror. Jamás en su vida había visto nada semejante. Ni en sus peores pesadillas.

Se recuperó y siguió disparando.

¡Pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum!

Certero como era, sabía que más de la mitad de las descargas debían haber hecho blanco. Aún así, agotó el cargador de treinta y dos cartuchos antes de llegar junto a Dylan.

¡Pum, pum!

El ser se tambaleaba, parecía atontado, pero en absoluto estaba abatido. Continuaba de pie, emitiendo un sonido agudo y silbante como el de una serpiente.

—¿Estás bien? —preguntó Valtra, a la vez que dejaba caer el cargador de su arma al suelo para introducir otro.

Dylan no pudo contestar. El terror lo había dejado mudo.

—Vamos. Hay que salir de aquí. Sígueme —le pidió Valtra, empujando al ser con la culata de su arma para apartarlo y echando a correr por el pasillo principal camino de la salida.

Dylan por fin reaccionó. Ordenó a sus piernas moverse y lo hicieron, iniciando la carrera. Pero ya era demasiado tarde.

El ser, recuperado, lo agarró por la espalda, lo levantó en el aire y lo lanzó hacia atrás como si fuese un muñeco de trapo. Dylan voló hasta chocar contra una pared. Su cabeza rebotó en los ladrillos y pudo sentir claramente cómo se abría igual que un melón maduro. La sangre empezó a brotar, resbalando por el cuello hasta la espalda. No se desmayó, y eso hizo que sufriera el dolor insoportable del golpe.

Se dio cuenta de que no tenía su fusil entre las manos. Lo buscó.

No veía nada. Tanteó el suelo. Allí no estaba. Podría encontrarse en cualquier sitio. A un metro o a diez. Aturdido, sacó la pistola que colgaba de su cinto.

Las manos le temblaban. Todo estaba oscuro. Se sentía desfallecer.

Valtra volvió la cabeza justo antes de llegar al distribuidor. Dylan no lo seguía. Se detuvo y enfocó con la linterna. Vio a aquella cosa de espaldas y a su compañero caído en el suelo, a sus pies.

Pensó rápido, como un soldado y no como un hombre común. Tenía que volver a ayudarlo. Eso se hace en combate, no dejar a nadie atrás. Esas eran las reglas, simples, nobles e irracionales.

Desanduvo a toda prisa el camino recorrido. Cuando tuvo una posición segura, disparó.

¡Pum, pum, pum!

Tres descargas certeras que le impactaron a la altura de la cintura. Era imposible que siguiera vivo, pero ahí estaba.

Se aproximó más.

¡Pum, pum, pum!

Esta vez dos tiros le acertaron en la parte trasera de la cabeza. El ser lanzó un alarido escalofriante y se volvió. Valtra se sobrepuso al espanto que le provocaba la visión de aquella cara de pesadilla, y continuó acercándose.

¡Pum, pum, pum!

Una nueva andanada de cartuchos del calibre doce cargados con postas hizo blanco en el tórax y el vientre de la criatura.

Esta vez ni se inmutó.

No era posible. Llevaba suficiente plomo en el cuerpo como para tumbar a un elefante.

Valtra ya estaba cerca. A menos de cinco metros. Por un instante enfocó a Dylan en el suelo, apoyado contra una pared y sujetando la pistola.

¡Bang, bang!

Disparó dos veces sin acierto, a pesar de que tenía tan cerca a aquella cosa que podía oler su pestilente aliento.

Al principio, al escuchar de nuevo los disparos de su compañero, tuvo esperanzas. Pero se le habían esfumado. Nada parecía dañar al ser que ahora levantaba una de sus aterradoras garras para asestarle

el golpe de gracia. Estaba acabado.

Valtra se detuvo y apuntó a las piernas de la criatura.

¡Pum, pum! ¡Pum, pum!

No podía fallar. Y no lo hizo. Dos tiros en cada una. La criatura trastabilló y a punto estuvo de caer, pero se recompuso y se encaró con él.

—Eso es, hijo de la gran puta, ven a por mí —dijo Valtra entre dientes, convirtiendo el miedo en rabia.

La criatura avanzó en su dirección, gruñendo, lanzando espumarajos por la boca.

La boca.

Las fauces, mejor dicho. Gigantescas, llenas de afilados e increíbles dientes cónicos.

Valtra siguió disparando a quemarropa.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum!

Una ráfaga larga que llenó de humo y olor a pólvora el pasillo.

Luego otra.

¡Pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum!

Hasta que sonó un clic que anunciaba que el segundo cargador se había agotado.

La criatura seguía en pie, menos activa, quizá herida, aunque igual de letal.

No tenía tiempo para introducir otro cargador. Descartó usar la pistola y decidió cambiar de táctica. En su vida de lucha y sangre jamás había conocido a nadie que sobreviviera a un tajo profundo en el cuello. Si el plomo no era suficiente, quizá el acero bien dirigido lo fuera.

Tiró la escopeta AA-12 al suelo y desenfundó el machete de cuarenta y cinco centímetros y kilo y medio de peso. Tan afilado que podía cortar un pelo en el aire.

—Voy a convertirte en rodajas, pedazo de cabrón —le espetó para insuflarse valor.

El ser observó curioso la coreografía que Valtra realizaba, moviéndose delante de él medio agachado, pasándose el machete de una mano a la otra con los ojos entornados.

Dylan comenzó a levantarse del suelo.

—Cuando le ataque, aprovecha para escapar —dijo Valtra.

—No. Tengo que quedarme —replicó Dylan, haciendo un esfuerzo increíble para terminar de ponerse en pie.

—Haz lo que te digo.

—Esta bestia es inmortal —se quejó Dylan, mirando su pistola con desesperación.

La linterna adosada a la escopeta AA-12 caída en el suelo proyectaba una luz rasante que apenas conseguía desvelar lo que sucedía más arriba. Para Dylan, ambos contendientes no eran más que dos sombras. Sombras grandes, mortíferas, enzarzadas en una lucha a tumba abierta.

Valtra, mejor posicionado, veía lo suficiente de su objetivo. Con eso le bastaba.

—A la de tres, echas a correr. ¿Me has entendido?

—Pero…

—¡¿Me has entendido?! —repitió Valtra, brusco, irrebatible.

—Sí —acabó diciendo Dylan, sobreponiéndose al dolor de cabeza y al vértigo que sentía.

Valtra movió el machete delante de los ojos de la bestia para llamar su atención.

—¡Una!

Cuando la tuvo se desplazó un paso a la derecha, lo suficiente para dejar un estrecho espacio por el que Dylan pudiera escapar.

—¡Dos!

La criatura miraba la brillante hoja de acero. En absoluto intimidada. Solo curiosa. Hasta que se cansó y emitió el característico tableteo.

Ta, ta, tá. Ta, ta, tá. Ta, ta, tá.

A continuación lanzó un gruñido estremecedor.

Valtra supo que había llegado el momento. No podía esperar más. La criatura iba a atacar, y él tenía que hacerlo antes.

—¡Tres! —gritó, tensando cada uno de los músculos de su cuerpo antes de lanzar el golpe mortal.

Y lo dio. Brutal. Después de flexionar su poderoso brazo derecho lo máximo posible por detrás de la cabeza.

¡Cloc!

Sonó al chocar el filo del machete en el cuello de la criatura. «*Cloc*», no «*chof*» como debería haber sido de encontrarse con piel y

carne, y tendones seccionados. Se escuchó un «*cloc*», igual que si impactara contra un tronco de dura madera.

—¡Mierda! —exclamó Valtra, al comprobar que la hoja prácticamente rebotaba en el cuello de la criatura.

Armó de nuevo el brazo y descargó otro golpe. En esta ocasión un poco más arriba, justo por debajo de la mandíbula, buscando una zona más blanda por donde llegar a la carótida.

En esta ocasión, el filo del machete logró penetrar la dura piel y abrir una herida. Mínima. Un corte apenas superficial.

—¡Joder! ¡Joder! —se quejó Valtra, desesperado, sabiendo que el siguiente en recibir sería él.

Como así fue.

La criatura lanzó un zarpazo rápido, igual que un latigazo, a su cara. Estaba preparado y lo esquivó. La lucha cuerpo a cuerpo era su fuerte. Nadie le había vencido jamás, pero aquel engendro del diablo era otra cosa. El segundo golpe fue dirigido a su pecho. Tan veloz o más que el primero, y este no pudo evitarlo. Sintió como si le impactara un coche a cien kilómetros por hora. Un coche con hierros afilados en el parachoques.

—*¡Ahhh!* —gimió el afroamericano, al notar claramente las garras de la bestia penetrando su chaleco antibalas y clavándose en su cuerpo. No demasiado. No tanto como para afectar a órganos vitales, pero sí para desgarrar carne y romper un par de costillas.

Le tocaba a él.

Asió el machete con ambas manos y, girando la cintura igual que un bateador profesional, lanzó un golpe devastador dirigido a la cabeza. Nada de sutilezas, se dijo, nada ni nadie puede aguantar un golpe de mi hoja directo a la sien.

¡Cloc!

Volvió a sonar, sin que el filo hiciera mella en la piel. Mella no, aunque sí consiguió aturdir a la bestia, que se quedó por un momento paralizada; hasta que sacudió la cabeza igual que un perro mojado, y rugió de nuevo.

¡Grrrrrrrr!

Un rugido escalofriante. Parecido al de un gran felino afónico.

A Valtra se le acababan las opciones. Dio un paso atrás, repentinamente afectado por el golpe en el pecho. Le ardía, y sentía

la sangre empapando sus pantalones. Las fuerzas le fallaban, y las piernas comenzaban a pesarle como si llevara piedras en las botas.

Si lograba asestar otro golpe en la cabeza, a la altura de la sien, y la criatura quedaba momentáneamente desorientada, igual que antes, quizá tuviera una oportunidad de escapar.

Debía intentarlo. No tenía otra.

Amagó, simulando que iba a repetir el mismo golpe y la misma trayectoria, y cambió en el último segundo. En lugar de un golpe de izquierda a derecha buscó un revés de abajo a arriba, directo a la mandíbula.

Eso pretendía el bravo Valtra. Pero falló.

La criatura interpuso su antebrazo derecho, duro como el acero, bloqueando la hoja. El siguiente movimiento llegó rapidísimo. Valtra ni siquiera vio venir la mano izquierda, ni las afiladas garras que se clavaron en su hombro arrancándole de cuajo el brazo armado.

Machete y miembro cayeron al suelo, haciendo ruidos distintos.

¡Cling, clang! ¡Plof!

Valtra, aún de pie, se llevó la mano izquierda al muñón. La sangre salía a borbotones entre sus dedos.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —se dijo, resignado a lo evidente.

Nada de eso vio Dylan, que en cuanto Valtra gritó «tres» salió corriendo tan rápido como sus piernas y su maltrecha cabeza se lo permitieron, sorteando a ambos contendientes. Sí fue testigo de lo que sucedió después, cuando a mitad del corredor se detuvo y miró hacia atrás, obligado por una mala conciencia que lo quemaba por dentro.

No le hizo falta demasiada luz para ver perfectamente cómo la criatura agarraba a Valtra por el pecho y lo levantaba en volandas. Y a este agitarse, forcejeando, igual que un pez colgado de un anzuelo. Una resistencia breve que duró hasta que la criatura lanzó un golpe con su garra derecha, directo al vientre, que lo dejó paralizado.

Dylan entonces miró la pistola que aún llevaba en su mano, y, por un instante, los escrúpulos casi le hicieron volver. Durante una fracción de segundo lo pensó, regresar y morir intentándolo si era

necesario. Pero él era un hombre sensato, que sabía cuándo había que actuar y cuándo retirarse. Alguien lógico que hace caso al «yo» que le grita al oído: ¡Corre! ¡Ponte a salvo! Él era eso, un hombre normal y corriente, no un héroe; por eso desistió, dejó de mirar y continuó corriendo hacia la salvación.

Y corrió y corrió mientras escuchaba los desgarradores gritos de Valtra. Gritos que, antes de que se acallaran, ya sabía que le acompañarían el resto de su vida.

Porque se acallaron.

Cuando la criatura se cansó de asestarle puñaladas con sus afiladas garras, y Valtra no era más que un amasijo fofo y sanguinolento que colgaba de su poderoso brazo, llegó el golpe definitivo.

Pero eso tampoco lo vio Dylan, por suerte para él.

Fue una dentellada certera. Dos mandíbulas de acero que se cerraron en torno al cuello de Valtra y, a continuación, una violenta sacudida —como hacen los cocodrilos para despedazar a sus presas— que terminó por arrancarle la cabeza.

No hubo más gritos, claro; Valtra ya no tenía cuerdas vocales útiles, ni pulmones conectados para aportar el aire necesario para activarlas. Solo su cerebro continuó funcionando. Durante unos segundos. Diez, quizá veinte. Los suficientes para que la última visión que tuviera fuese la de su cuerpo decapitado, y luego la de unos ojos amarillos que lo miraban impasibles.

Después silencio, y el oscuro camino hacia la nada.

13
MALA IDEA

Las dos puertas herméticas que daban acceso al laboratorio B aislaban completamente de gérmenes, y también de ruidos. Por esa razón nadie escuchó el tremendo tiroteo producido en el ala oeste, y, cuando Dylan apareció trastabillando y con la cabeza cubierta de sangre, todos se llevaron una sorpresa monumental.

Lo vieron acercarse a través de las paredes de cristal del despacho en el que estaban, apoyándose en las mesas, con la pistola aún en la mano.

—¡Qué cojones…! —acertó a decir Travis.

Olga salió rauda a su encuentro, y llegó justo en el momento en que se derrumbaba.

—Tranquilo —le musitó la rusa, al comprobar su lamentable estado.

Con la ayuda de Travis lo llevaron hasta el despacho y lo sentaron en un sillón de cuero de dos plazas. Por el camino había dejado un reguero de sangre; y ahora, esa misma sangre empezaba a acumularse bajo sus pies.

—¿Dónde está Valtra? —le espetó el exmarine, agachado para mirarle directamente a los ojos.

Dylan jadeaba, le costaba enfocar y tenía la boca tan seca como un desierto.

—¡Dime! ¿Qué ha pasado? ¡Vamos, joder, reacciona!

—Dale un respiro —intervino Olga, ante el insensible interrogatorio de Travis.

Lee se revolvió en la silla, inquieto, preocupado. Abel lo miró de reojo y después buscó un ángulo mejor, entre Olga y Travis, para ver al herido.

—Habría que parar esa hemorragia —se animó a sugerir, cuando

por fin vio a Dylan agarrándose la parte posterior de la cabeza con la mano izquierda, y la sangre que no dejaba de chorrear.

—A ti nadie te ha preguntado —le cortó Travis, violento, antes de volverse de nuevo hacia Dylan—. ¡Habla, joder! ¿Qué mierda ha pasado?

—Está a punto de desmayarse —observó Olga.

—Razón de más para que hable —replicó Travis.

La pistola cayó de la mano flácida de Dylan antes de que terminara recostándose en el sillón.

Travis insistió, inflexible.

—¿Qué ha sucedido?

—Nos… Nos atacaron —acabó diciendo Dylan, con un hilo de voz.

—¿Cómo? ¿Cuántos?

—Solo uno.

—¿Uno? —se extrañó Travis—. ¿Y Valtra?

—Muerto.

Travis dio un respingo.

—Con sus… manos. Lo hizo con sus… manos —continuó Dylan.

—No te entiendo.

—Lo mató con sus… manos.

—Eso no es posible. ¡Explícate!

—Lo destrozó. Era imparable.

—¿De qué hablas?

—Está aturdido —lo justificó Olga—. Deberíamos…

Travis la cortó.

—¡Responde! ¿Quién os atacó?

—No… No estoy seguro. Parecía una… bestia.

Travis resopló, desesperado. Al ver que a Dylan se le cerraban los ojos, le puso la mano en el hombro para reclamar su atención.

—Escucha. Quiero que te tranquilices y nos digas exactamente lo que ha pasado. ¿Lo entiendes? —le preguntó más sereno, conteniéndose.

Dylan no respondió. Travis volvió a preguntarle, zarandeándole levemente.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —terminó contestando Dylan.

—Bien. Es importante que seas preciso —puntualizó Travis, rebajando aún más el tono de voz, como si le hablara a un niño.

—Había poca luz. No pude verlo bien. Era uno. Más grande que una puerta. Las balas…

Llegado a este punto, Dylan se detuvo. Travis lo animó a seguir.

—¿Qué pasa con las balas?

—Le disparé. Valtra también. Muchas veces. Muchas. Fue inútil. Él continuó de pie, atacándonos —Dylan hablaba a trompicones. Impreciso. A punto de desfallecer.

Travis giró la cabeza hacia Olga, y esta le devolvió una mirada llena de interrogantes.

Abel había seguido la escena con sumo interés, y no se le pasó por alto cuando el científico saltó en su silla igual que si hubiera recibido una descarga eléctrica de mil voltios; justo al describir Dylan a su atacante: «Parecía una… bestia».

Travis, que había permanecido agachado todo el tiempo, se levantó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No tiene sentido lo que dice.

—Míralo. ¿Y Valtra? Está claro que ha sucedido algo grave —concluyó Olga.

Dylan cerró los ojos y se inclinó hacia delante; luego hacia atrás y de nuevo hacia adelante, amenazando con caerse de bruces.

El exmarine y la rusa no lo miraban, y tuvo que ser Abel el que se levantara para sujetarlo.

Travis, al percibir movimiento, lo encañonó.

—Tranquilo. Solo intentaba que no se rompiera las narices contra el suelo —dijo Abel, recolocándolo en el sillón—. Dejadme una linterna.

—¿Para qué? —preguntó Travis con desprecio.

—Quiero revisar sus pupilas. Podría tener una hemorragia en el puente troncoencefálico del cerebro —contestó Abel, al tiempo que apoyaba una mano en la frente de Dylan.

—¿Qué pasa? ¿Acaso eres médico?

—Lo fui.

—No me jodas.

—En serio.

Olga desacopló la linterna de su fusil y se la ofreció. Abel, con

las manos atadas, la agarró con dificultad.

—¿Qué haces? —se quejó Travis.

—Déjale. No perdemos nada —dijo Olga.

Abel le dedicó una irónica sonrisa al exmarine y se centró en Dylan.

—Veamos qué tenemos aquí.

Lo primero que hizo fue mirar sus pupilas. Su tamaño era medio, adecuado a la luz que había en el despacho. A continuación, enfocó la linterna directamente a los ojos. Sus pupilas reaccionaron contrayéndose, y eso le satisfizo.

—Bien. Ahora comprobemos la herida —dijo girándole la cabeza con sumo cuidado—. Caray, tienes una buena brecha. Dime. ¿Sientes zumbidos en los oídos? ¿Náuseas? ¿Visión borrosa? ¿Fatiga y somnolencia? Bueno, esto último veo que sí.

—Pleno —contestó Dylan, mientras un hilillo de baba resbalaba por la comisura de su boca.

—¿Te cuesta tragar la saliva?

—Tengo sed.

—Normal, has perdido mucha sangre. Necesitas beber —una mirada fugaz a Olga bastó para que esta entendiera.

Ya habían acabado con el agua que llevaban, pero sabía dónde había más: en una nevera al fondo del laboratorio. Trajo cinco botellas y las repartió. El único que bebió fue Dylan, a trompicones, ayudado por Abel.

—Tranquilo —le recomendó.

Lee, que observaba la escena con indiferencia, terminó por levantarse de la silla.

—¡¿Adónde vas?! —le increpó Travis.

—Llevo diez días comiendo y bebiendo bazofia. Me merezco algo mejor que esto —contestó, mostrando la botella de agua con desprecio.

—Tú no sales de aquí.

—Pero… —comenzó Lee.

Abel lo interrumpió.

—Necesitaría un botiquín para tratar la herida. Seguro que él sabe dónde hay uno.

—¿Lo sabes? —intervino Olga.

—¿Botiquín? Claro. También tenemos una sala completamente medicalizada, con quirófano y todo.

—¿Aquí?

—No. En la segunda planta.

Abel torció el gesto.

—Mejor no moverlo por ahora. Me apañaré con el botiquín. ¿Podrías traerlo?

Lee miró a Travis, interrogativo. Este dudó. Estaba nervioso. Muy nervioso. Demasiado para un hombre de su temple. Desde que había terminado de interrogar a Dylan, no dejaba de entrar y salir del despacho inspeccionando la esclusa con su arma a punto.

Aprovechando que Olga estaba en la puerta esperando la decisión de Travis, Abel empujó con disimulo, bajo el sillón de patas cortas, la pistola que se le había caído a Dylan, y en la que nadie parecía haber reparado.

—Está bien. Acompáñalo —terminó diciendo Travis, dirigiéndose a Olga.

No tardaron en regresar. Lee traía una caja de donuts y dos latas de Coca Cola. Olga una maleta metálica de tamaño medio que dejó en el suelo, junto a Abel.

—Vaya, estupendo —dijo al abrirla y ver lo bien surtida que estaba de material y medicamentos.

—¿Servirá? —preguntó Olga.

—Sí. De momento.

—¿Qué quieres decir?

Abel, sin contestar, se centró de nuevo en Dylan.

—Sigue mi dedo con la vista —le pidió, moviendo su índice de un lado a otro delante de sus ojos. Luego, le cogió las dos manos—. Aprieta fuerte. Así. ¿Notas algo?

—¿Como qué? —preguntó Dylan, somnoliento.

—Tus brazos, tus piernas… ¿Sientes que se te paralizan o tiemblan?

—No sé… Creo que no.

—Vale, eso es bueno —terminó diciendo Abel, volviéndose hacia el botiquín para coger un termómetro de infrarrojos y medirle la temperatura.

—¿Se recuperará? —preguntó Olga.

—Debería haberse desmayado. Lo ha traído hasta aquí un subidón de adrenalina. Ha recibido un golpe tremendo, y el cerebro ha rebotado dentro de su cráneo igual que un globo de agua. Podría estar inflamado. Incluso tener un derrame. Aunque no lo creo. No tiene fiebre, y, por el resto de los síntomas, yo diría que solo se trata de una conmoción. Lo adecuado sería hacerle un examen neurológico para estar seguros. Una tomografía computarizada o una resonancia magnética. En nuestras circunstancias, lo curaré y lo dejaremos descansar. Probablemente se duerma. Conviene despertarlo cada cierto tiempo para comprobar que sigue consciente. Si no fuera así, habría que…

—Déjate de charlas. Si de verdad eres médico, haz tu trabajo de una maldita vez —lo atajó Travis, que no dejaba de salir y entrar del despacho, incapaz de permanecer quieto.

—Debo administrarle anestesia local, afeitar la zona, coser la herida y luego darle un antibiótico y un fuerte analgésico para el dolor. ¿Cómo quieres que lo haga así? —replicó Abel, levantando las manos atadas con bridas.

Travis golpeó el lateral de su fusil de asalto con rabia. Sentía que estaba perdiendo el control de la situación. Tenían que actuar, y rápido, pero las cosas se complicaban por momentos.

—Dylan no está en condiciones de vigilarlos, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a Olga.

—¿Tú qué crees? —contestó esta.

—Bien. Yo iré al ala oeste a averiguar lo que ha sucedido mientras tú te quedas con ellos.

—¿Solo? Ni hablar.

—Lo sabes. No podemos olvidarnos de Valtra.

Olga iba a replicarle de nuevo, pero se calló. Claro que lo sabía. El código. Las reglas entre soldados. Las malditas reglas. Aún así, intentó negociar otra opción.

—Esperemos un poco. Quizá Valtra vuelva. O Dylan se recupere lo bastante para…

—No hay tiempo. Si está en apuros tenemos que ayudarle. Si está muerto, debemos confirmarlo y evaluar el peligro.

—No es seguro, ya has oído a Dylan.

—He oído un relato absurdo, igual que tú.

—Quizá no tan absurdo —intervino Abel—. Pregúntenle al científico.

Travis se tragó las ganas de soltarle un exabrupto. Logró contenerse, meditó y, finalmente, determinó que ese puto español tenía razón. Se habían olvidado de Lee, como si no existiera, cuando él podía ser la clave de todo. Muy a su pesar asintió y se encaró con el científico.

—Habla. ¿Qué hay en el ala oeste?

Lee, que ya iba por su tercer dónut, terminó el trago que estaba dándole a la segunda lata de Coca Cola y después se encogió de hombros.

—¿No vas a hablar?

—Saben que no puedo. Si lo hiciera…

—¡Cállate! —le cortó el exmarine, desesperado.

No aguantaba a los cobardes. Ni a los cobardes ni a los estúpidos. Y aquel tipo era ambas cosas a la vez.

—Si estamos en peligro, tú también lo estás. ¡Joder! ¿Es que no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Por eso les dije que eran pocos, y que debíamos largarnos de aquí de inmediato. Pero ustedes han preferido seguir jugando a los soldaditos. Y así nos va —acabó diciendo, antes de dar otro trago largo a su Coca Cola.

—Este tío me saca de quicio —masticó Travis, dirigiéndose a Olga.

—Claro que, si lo que quiere es mi opinión —continuó Lee, con voz serena—, le diría que reconsiderara seriamente la opción de regresar al ala oeste.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Sería una mala idea.

—Ya —rumió Travis, con ganas de saltarle la tapa de los sesos de un disparo.

—Su amigo está muerto. Nosotros hemos tenido suerte de seguir vivos. Pero la suerte puede acabarse si no abandonamos este edificio… ¡ya! —concluyó Lee, antes de que se le escapara un pequeño eructo.

—De eso nada —dijo Travis, inflexible.

Resopló y buscó el apoyo de Olga. Esta le mantuvo la mirada sin

abrir la boca, lo que en su mundo equivalía a la aceptación. A ella le hubiera gustado decirle que el científico tenía razón, pero eran lo que eran y eso ya no se podía cambiar.

—No se hable más. Continuamos con el plan —concluyó Travis, mientras revisaba su arma mecánicamente—. Si en quince minutos no he regresado, te largas. ¿Me has entendido? Y esta vez no quiero gilipolleces. Sales con Dylan y el científico, recoges a Hans y os marcháis sin mirar atrás. Con el español haces lo que quieras. Puedes llevarlo con vosotros o pegarle un tiro. Me da igual.

—Vale, me quedo más tranquilo —se oyó decir a Abel, zumbón.

Olga, que no estaba para bromas, se limitó a asentir con la cabeza a su jefe, martirizada por traicionar una de las normas más básicas del combate: la de evitar las incursiones en solitario.

—Está bien. Haré de niñera. Pero ten cuidado. No traspases los límites —terminó diciendo, con un leve temblor en los labios.

—¿Límites? No tengo límites. Veo que aún no me conoces —concluyó Travis, dejando asomar una sonrisa que intentaba conjugar el miedo que, como una rata hambrienta, comenzaba a roerle las entrañas.

No dijo más y se marchó.

Olga lo acompañó hasta la esclusa, lo vio salir y regresó al despacho. Abel se había sentado junto a Dylan. Al verla entrar levantó las manos atadas.

—Bueno, ¿puedo hacer mi trabajo o no?

Olga entornó los ojos, apretó los labios y terminó sacando una navaja del bolsillo del pantalón. La abrió con una mano y se acercó a Abel.

—Espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería —le advirtió, con la hoja apoyada en las bridas.

—Seré tan bueno como un cachorrillo.

De un tajo cortó las tiras de plástico y Abel quedó liberado.

—Bien, empecemos —dijo mientras se masajeaba las muñecas.

Olga fue hasta la gran mesa del despacho y se apoyó en una esquina sin quitar ojo al español. Este, dirigente, se lavó las manos con alcohol, se puso unos guantes de látex y luego procedió a despejar la zona alrededor de la herida con unas tijeras. Lo hizo rápido, dejando el pelo lo suficientemente corto como para que la

cuchilla de afeitar pudiera actuar con eficacia. Cuando estuvo satisfecho, inyectó anestesia local y procedió a limpiar la brecha por la que se veía el cráneo.

—Así que médico —oyó decir a Olga.

—Correcto. Médico militar. Durante más de diez años.

—¿Y cómo termina un médico militar trabajando de espía? Perdón, «de funcionario encargado de averiguar informaciones secretas» —rectificó con retintín.

—Es complicado.

—¿En serio? ¿Es complicado? Creí que esa respuesta solo se daba en las películas.

—Pues ya ves que no.

Abel continuó limpiando la herida con una gasa y solución salina. Luego, cogió aguja e hilo y se dispuso a coser.

—No lo entiendo —dijo, antes de dar el primer punto—. Tu jefe va a meterse él solito en la boca del lobo. No es lo adecuado.

—¿Qué sería lo adecuado?

—Enviarte a ti, o dejar a su compañero que se las apañara. Es lo que haría un mando normal.

—Él no es normal.

—Ya veo. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí con estos mercenarios?

—¿Te refieres a que con mi físico podría haberme dedicado a ser mujer florero?

—No exactamente. Digo que tu abanico de opciones profesionales podría haber incluido trabajos menos… arriesgados.

—Me gusta esto. Viajes, acción y buen sueldo. ¿Y a ti, te pagan bien?

—No me quejo. Sueldo fijo y pensión garantizada.

Lee, que por fin había terminado con los donuts y los refrescos de cola, se animó a participar en la charla.

—A mí me ponen cachondo las mujeres como ella. Hermosas y armadas hasta los dientes. *Ummm*.

—Mejor te callas —lo atajó Olga.

—Vale.

Abel procedió a dar el segundo punto a la herida mientras recolocaba el cuerpo para que ocultara sus próximos movimientos. Con la excusa de coger algo del botiquín, sin mirar, tanteó con los

dedos el suelo hasta que dio con la culata de la pistola.

Ya la tenía en la mano cuando escuchó a Olga. Tan rotunda que lo dejó paralizado.

—Ni lo intentes.

—¿Cómo? —acertó a preguntar Abel, soltando la mano de la pistola igual que si quemara.

—Vi cómo antes la empujabas debajo del sillón.

—¿Yo?

—Tengo ojos en el cogote.

—¿Tan bonitos como los de la cara?

—No te hagas el gracioso. Soy inmune a los halagos ridículos.

—No es un halago, es una realidad.

—¿Qué ibas a hacer con ella? —continuó Olga, al tiempo que se agachaba para recoger la pistola de debajo del sillón y guardársela en el cinturón—. ¿Matarme?

—Oh, no. Nada de matar. Solo desarmarte. Entiéndelo. Tenía que intentarlo. ¿Tú no habrías hecho lo mismo?

—Silencio. Basta de conversación y termina tu trabajo de una maldita vez —replicó Olga.

—Claro, claro. Yo a lo mío y tú a lo tuyo.

—Eso es —concluyó la rusa, volviendo a apoyarse en la mesa, pero esta vez sin dejar de apuntarlo con el fusil.

Había visto la maniobra del español para ocultar la pistola, y decidió vigilarlo sin decir nada para comprobar hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Ahora sabía que no era manso, que era bravo, y que debía tener cuidado con él. Un problema que Travis habría solucionado pegándole un tiro. Ella, sin embargo, tenía el presentimiento de que aquel enigmático personaje podría ser más útil vivo que muerto, como parecía demostrar.

Apartó por un instante los pensamientos del español y se concentró en su jefe. Echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera. Habían pasado cinco minutos. Una insignificancia la mayoría de las veces, y una eternidad cuando tu vida pende de un hilo.

En el ala oeste, cerca ya del distribuidor al que se llegaba por el corredor, Travis también miró su reloj. Se había entretenido demasiado al principio, caminando con suma cautela después de ver

la Claymore colocada en la pared a pocos metros de la puerta. No estaba armada, ni tenía puesto el cable detonador de lado a lado del pasillo, pero eso no quería decir que el resto de las posibles minas estuvieran igual.

Vio más Claymore en cada uno de los pasillos que partían del distribuidor. En otras circunstancias las habría comprobado todas. En otras circunstancias, no en esa. No tenía tiempo. Debía ser rápido. Rápido, cauto y preciso; una mezcla de cualidades recomendada en situaciones de peligro extremo, como en la que se encontraba, pero que no podía permitirse. Solo podía ser rápido. Y eso intentó.

Al fondo del corredor principal vio la luz que salía de la puerta entreabierta de la sala de control, y hacia ella se encaminó. A medio camino se topó con cartuchos vacíos en el suelo. Muchos. Varias decenas. Munición del calibre doce.

¿Qué debía hacer? ¿Llamar a gritos a Valtra y alertar de su presencia a posibles enemigos, o mantenerse en silencio? Se decidió por lo segundo y continuó andando, tenso como un cable de acero, escudriñando con su linterna los pasillos que se abrían a cada lado, preparado para recibir una andanada de plomo.

Pero eso no pasó.

Nadie le disparó, aunque hubiera preferido mil veces recibir fuego cruzado de varios tiradores que encontrarse con aquello. Fue cerca de la sala de control, y la luz que salía del interior iluminaba perfectamente la escena: casquillos del calibre 5,56mm, sin duda provenientes del rifle G36 de Dylan; sangre, un gran charco brillante en el suelo, y el machete de Valtra junto a un brazo cercenado a la altura del hombro.

—¡Mierda! —dijo entre dientes.

Se giró en todas direcciones apuntando con su arma hasta que distinguió algo en el suelo, en el pasillo de la derecha. Lo enfocó con la linterna y se quedó atónito.

Era una cabeza. Una cabeza cortada que reconoció de inmediato.

—¡Joder, Valtra! —exclamó.

Los ojos de su compañero seguían abiertos, y su boca mostraba el inconfundible rictus que deja el terror.

—¡Joder, joder! —repitió elevando la voz, lleno de rabia.

Dylan tenía razón. Los habían atacado, y quien fuera había destrozado a su compañero después de una lucha terrible. Balas, machete… Nada había servido. ¿Cómo era posible?

La fuerza a la que se enfrentaba, fuera la que fuese, lo superaba con creces. Pensó en dar media vuelta y regresar al laboratorio. Sería lo lógico. Cualquiera en su lugar lo habría hecho sin perder un segundo, pero él dudaba. Algo en su interior, más poderoso que la prudencia, le obligaba a seguir.

Alumbrando con la linterna adosada a su arma avanzó por el pasillo. De reojo vio el rótulo de la pared:

E 1-6 →

«¿Qué mierda significa esto?», se dijo iracundo.

Si hubiera sido más paciente, como le pidió Olga, podría haber escuchado el relato completo de Dylan y dispondría de más datos. Pero menospreció al inexperto informático y no atendió a los razonables consejos de su lugarteniente. Y allí estaba, solo, en medio de aquel entramado de siniestros pasillos oscuros, siguiendo un rastro de sangre en mitad de una oscuridad que olía a muerte.

Vio la primera puerta de metal. Estaba abierta. Se apoyó en el quicio y después miró dentro con el dedo en el gatillo. La luz de la linterna alumbró un espacio vacío y sucio. Una especie de celda. Había más a continuación, también con las puertas abiertas. Registró las cuatro siguientes, estaban vacías. Cuando llegaba a la sexta percibió un extraño sonido. Algo semejante a un chupeteo. Se detuvo a escuchar con más detenimiento, y le recordó al ruido que haría un maleducado sorbiendo sopas.

¡Slurp, slurp, slurp, slurp…!

Un soniquete constante, rítmico y escalofriante que sin duda salía de la sexta celda, junto a la que estaba.

De nuevo, la razón le dijo que se largara. Y eso iba a hacer, pero el demonio que llevamos en el hombro le dio otro consejo: «Acaba con los que le han hecho eso a Valtra». «Mátalos». «Mátalos a todos». Eso le recomendó, y Travis sucumbió al encanto irracional

de la venganza sin pensar en su seguridad.

Respiró hondo y cambió el selector de su arma a modo ráfaga.

—Vamos allá —se dijo antes de tragar saliva.

14
UNA PIEDAD DEL INFIERNO

Con la frecuencia cardíaca disparada, Travis se asomó a la puerta. Solo medio cuerpo para presentar un blanco menor, y el arma a punto. El ruido de succión continuaba. Fuerte, nauseabundo. En un primer momento, el haz de luz de la linterna iluminó una pared vacía. Lo movió hacia la izquierda y siguió sin ver nada. Fue al enfocar a su derecha, al rincón, cuando lo vio.

La escena era grotesca. Un ser delirante, enorme, estaba sentado en el suelo, y mantenía entre sus garras a Valtra.

A lo que quedaba de Valtra.

La piel de la bestia era oscura, mate, con una cabeza monstruosa y un hocico afilado del que salía una lengua larga y rosada con la que lamía el cuello cercenado de su compañero.

¡Slurp, slurp, slurp, slurp…!

Chupeteaba con lentitud, con deleite, con los ojos cerrados, como si estuviera en trance.

Por un instante, a Travis le vino a la cabeza la imagen religiosa que tantas veces había visto representada en estatuas y cuadros: la Virgen María con Cristo en sus brazos. La Piedad. Pero, en este caso, una piedad creada por una mente enferma, demoníaca. Una piedad forjada en las mismas calderas del infierno.

Tardó unos segundos en sobreponerse a la impresión. Cuando lo hizo, decidió descargar una ráfaga directa a la cabeza del engendro para acabar con él.

Ya tensaba el dedo índice en torno al gatillo cuando recordó las palabras de Dylan: «Le disparé. Valtra también. Muchas veces. Fue inútil. Él continuó de pie».

Eso había contado, y las decenas de casquillos y cartuchos que había visto por el suelo así lo atestiguaban. Nadie fallaba tantos

disparos, y menos Valtra. A aquella aberración no se la podía parar con balas.

Pero tenía algo mucho más potente. Sacó una granada de 40 mm de su cinturón, la introdujo en el tubo lanzagranadas acoplado bajo el cañón de su fusil M4, y apuntó al pecho de la bestia. Con eso no podría.

El desquite estaba al alcance de su dedo. Un leve apretón en el gatillo secundario y listo.

Y casi lo hizo.

Y también de cometer un error fatal.

Cegado por ese sentimiento tan intenso y narcotizante que es la venganza, Travis se había olvidado de lo más básico al tratar con explosivos: la distancia de seguridad.

Se encontraba tan cerca del objetivo —a menos de cuatro metros— que, de haber disparado la granada, él también habría muerto. Tenía que asomarse para apuntar y disparar, y esa exposición mínima a la deflagración habría bastado para recibir metralla y sufrir la onda expansiva. Reventado o acribillado por fragmentos de acero y plomo. O ambas cosas a la vez.

Gruñó impotente y maldijo para sus adentros.

O no.

Algo habría dicho entre dientes suficientemente alto como para llamar la atención de la bestia, ya que esta, que hasta el momento había mantenido los ojos cerrados, los abrió y lo miró fijamente. Una mirada amarilla, de pupilas como cabezas de alfiler. Una mirada intensa y maligna que heló la sangre en las venas del duro exmarine.

El ser dejó de lamer, y sus garras empezaron a tamborilear sobre el cuerpo yermo de Valtra.

Iba a atacar, no cabía duda.

Travis pasó al plan A. Si le soltaba una buena andanada de plomo certero a la cara, al menos, si no lo mataba, ganaría tiempo para escapar.

Y eso hizo.

¡Ratatatatá!

Cinco o seis balas impactaron de lleno en la cabeza.

¡Ratatatatá!

Dos o tres más hicieron blanco.

La bestia se quejó. Gritó. Un aullido extraño, agudo, impropio de un ser tan grande.

¡Yiiiiiiiii! ¡Yiiiiiiiii! ¡Yiiiiiiiii!

Los disparos no habían penetrado la dura piel de su cabeza, y menos su cráneo. El cerebro seguía intacto. Pero sí habían provocado daños. Una de las balas le entró en la boca, perforándole la lengua y clavándose en el paladar; otra le arrancó de cuajo una oreja; y una tercera, la más dolorosa, le acertó en el ojo izquierdo, que estalló igual que una uva entre los dedos.

¡Yiiiiiiiii! ¡Yiiiiiiiii! ¡Yiiiiiiiii!

Continuó gritando la bestia mientras agitaba los brazos lanzando puñaladas al aire con sus afiladas garras. Seguía sentada en el suelo, con los despojos del pobre Valtra aún en el regazo. Estaba herida y confundida. Travis no tendría mejor ocasión.

Corrió como jamás había hecho en su vida, escuchando sus pisadas reverberando contra las paredes. A mitad del corredor principal, antes de llegar al distribuidor, miró hacia atrás y lo vio aparecer por la esquina como una exhalación. Rapidísimo, corriendo a cuatro patas. Tan veloz que, al pisar el gran charco de sangre que había frente a la sala de control, resbaló y cayó dando volteretas hasta desaparecer por el pasillo contiguo.

Travis debía aprovechar la ventaja y seguir corriendo. Aún le quedaba un buen trecho hasta llegar a la salida. Su pecho subía y bajaba como un fuelle, forzado por unos pulmones que trabajaban al ciento diez por ciento intentando aportar la mayor cantidad de oxígeno a sus músculos. Sobre todo a los de sus piernas. Correr para salvar la vida, ese era su único objetivo.

A veinte metros de la puerta volvió a girarse. La luz de la linterna alumbró a la bestia en la distancia, erguida sobre sus patas traseras. Enorme, desafiante. Un instante. Luego se dejó caer, apoyando las manos en el suelo, y echó a correr en su dirección a una velocidad endiablada.

En décimas de segundo, Travis determinó que no lo lograría. En el supuesto de que alcanzara la salida, eso no sería impedimento para que el engendro lo siguiera más allá y lo despedazara. Las granadas de 40 mm estaban descartadas, ese pasillo estrecho

ampliaría la onda expansiva, concentrándola y dirigiéndola hasta él —como sucedía en las trincheras de la Primera Guerra Mundial cuando caía una bomba—, y lo mataría. Debía intentar otra cosa.

De pronto se le ocurrió una idea. Peregrina. Arriesgada. Con pocas posibilidades de salir bien. Pero era la única que tenía y decidió probar suerte. Cara o cruz. Vida o muerte.

Levantó el fusil y disparó. Una ráfaga larga que agotó el cargador. La bestia se detuvo, recelosa por el dolor que antes había sentido. Necesitaba unos segundos más de ventaja y los consiguió. Corrió sin perder de vista al ser, que se movía de un lado a otro sin decidirse a atacar. Ya estoy cerca, se dijo Travis calculando lo que le quedaba hasta la puerta, y se paró buscando algo en la pared, a la altura de sus rodillas, hasta que lo encontró: la mina Claymore.

Debía ser rápido y preciso, solo tendría una oportunidad. Tiró del cable detonador, lo fijó al clavo que Valtra había colocado en la pared de enfrente y luego armó el dispositivo, dejándolo preparado para estallar.

Había hecho la mitad del trabajo.

Escuchó a sus espaldas el golpeteo de le bestia cargando, el raspar de sus garras en el cemento del suelo y el incesante traqueteo de maderas que ya conocía, pero cada vez más agudo y rápido, como si de una maldita cuenta atrás se tratara.

¡Tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic…!

No quiso mirar, para qué. Levantó su arma, enfocó la puerta de salida, situada a unos seis metros, y disparó tres ráfagas dirigidas a las bisagras.

¡Ratatatatá! ¡Ratatatatá! ¡Ratatatatá!

El estruendo que el engendro provocaba, lanzado a la carrera, aumentaba por segundos. También su chillido, que terminó convertido en una especie de silbido uniforme, inquietante y maligno. Ya lo tenía prácticamente encima.

¡Ratatatatá!

Una última ráfaga, esta vez dirigida a la cerradura, y listo. No había tiempo para más. La suerte estaba echada.

Travis aceleró y echó a correr cuando ya llegaba a sus oídos el gorjeo repugnante que producía la respiración de la bestia, y casi sentía en la nuca la ira asesina que lo acompañaba. A tres metros de

la puerta tomó impulso y saltó directo a ella, girando el cuerpo en el aire para impactar con el hombro. El golpe fue duro, doloroso, pero la adrenalina que corría por su cuerpo lo anuló. La puerta saltó de sus goznes. Cuando quiso darse cuenta estaba fuera, rodando por el suelo del vestíbulo donde se encontraba el ascensor. El plan había funcionado.

De momento.

Sin tiempo para pensar, cogió con ambas manos la puerta que había caído junto a él y, tumbado sobre su espalda, se la puso encima justo en el instante en el que la bestia, cegada por la cercanía de su presa, activaba el cable detonador con el pecho.

La deflagración fue brutal, haciendo temblar las paredes. La onda de choque recorrió el pasillo en ambas direcciones y presionó a Travis contra el suelo como si pasara un camión por encima. Cientos de bolas de acero salieron disparadas a la velocidad del sonido, incrustándose en la puerta a escasos milímetros de su cuerpo, y una lengua de fuego lo envolvió por completo. La oleada de calor le abrasó las manos y el rostro, y la falta de oxígeno le obligó a boquear igual que haría un pez fuera del agua.

Luego vino el silencio, y el asfixiante y cegador polvo; y también el instante en el que Travis debía comprobar si su plan había funcionado.

Hasta el laboratorio B no llegó el ruido de los disparos, como antes había pasado, pero la explosión de la potente mina fue otra cosa muy distinta. Los casi setecientos gramos de C4 habían hecho temblar los cimientos del edificio, y el estruendo sonó con la intensidad de un trueno en mitad de la noche.

—¡Mierda! —exclamó Abel—. ¿Qué ha sido eso?

Lee giró la cabeza en todas direcciones, sin entender tampoco. Dylan continuaba fuera de combate, dormitando en el sillón. Olga fue la única que reaccionó con rapidez, al comprender lo que había pasado.

Sin dar explicaciones, y sin importarle dejar solos al español ni al científico, salió del despacho a la carrera y se dirigió a la salida. Abel dudó, pero terminó por seguirla.

—¿Qué haces? —le preguntó Olga, al verlo aparecer cuando

abría la primera puerta de la esclusa.

—En el mismo barco, ¿recuerdas? —contestó, entrando detrás de ella.

Olga entornó los ojos.

—Mantente a mi espalda —dijo autoritaria.

—¿Preocupada por mi seguridad?

—Por la línea de fuego. No quiero que estorbes.

—Ah, ya decía yo.

—No estorbes —repitió, quitando el seguro a su arma y cambiando el selector a ráfaga.

La rusa no estaba para bromas. Esa explosión solo podía significar que una de las minas de Valtra había detonado, y las razones y las consecuencias eran altamente preocupantes. Al abrirse la segunda puerta, una pared de polvo y humo le impidió ver más allá de dos metros. Echó a andar con cautela, manteniendo el dedo en el gatillo del fusil. Abel, pegado a ella, también intentaba ver a través de la densa neblina sin éxito. Avanzaron por el vestíbulo, uno junto otro, hasta llegar al ascensor; entonces percibieron movimiento. Olga apuntó su arma.

—¿Travis? —preguntó titubeante.

Un quejido. Ruido de alguien, o algo, levantándose del suelo.

El dedo curvado en el gatillo.

—¿Travis? —repitió a punto de disparar.

—Sí, joder, soy yo —oyó decir finalmente a la figura turbia que se aproximaba.

—¿Estás bien?

Travis no abrió la boca.

El humo comenzó a disiparse, y el polvo a posarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la rusa, al tiempo que miraba sorprendida la puerta destrozada y la cantidad de ladrillos y trozos de hormigón arrancados que había por el suelo.

—Dylan tenía razón —contestó Travis, sacudiendo la cabeza con la intención de eliminar el incesante pitido que resonaba en sus oídos.

Abel se asomó por detrás de la ancha espalda de Olga. Vio al exmarine cubierto por una capa de polvo, desarmado y en equilibrio inestable. Unos metros más allá, entre una neblina que

poco a poco iba desapareciendo, un agujero donde antes había estado la puerta que daba acceso al ala oeste.

—Ese puto monstruo mató a Valtra, y quiso hacer lo mismo conmigo —continuó Travis—. Las balas no sirven. Hice que se comiera de lleno la Claymore. Si eso no lo mató…

Olga se tensó, siguiendo con la mirada el dedo con el que su jefe señalaba el interior del humeante pasillo.

—¿Te encuentras bien? —insistió la rusa, al ver la cara y las manos chamuscadas de su jefe.

—Más o menos —respondió este, palpándose el cuerpo para demostrar que mantenía en su sitio todos los miembros—. Vamos. Veamos qué ha pasado con la bestia.

—¿Estás seguro?

El exmarine, aún conmocionado por la detonación, no contestó. Miró en derredor hasta que encontró su M4. Se agachó para recoger el fusil, lo golpeó para quitarle el polvo, sacó el cargador, introdujo otro y se dirigió hacia la entrada del ala oeste con la linterna encendida.

Olga se volvió hacia Abel.

—Puedes venir o quedarte aquí, esperando —le susurró al notarlo indeciso—. O largarte de una maldita vez, si es lo que pretendes. A mí me da igual.

—No me faltan ganas de salir por patas, pero me mata la curiosidad —respondió Abel después de pensarlo un segundo.

El primero que traspasó el umbral de la puerta arrancada fue Travis. Olga, medio metro por detrás, cubría su flanco derecho. El suelo estaba alfombrado de cascotes. Pasaron por encima de ellos con cuidado de no tropezar. El olor áspero y picante del explosivo plástico de la mina flotaba en el ambiente. Abel entró el último. Nadie le prestaba atención. Podría haberse dado la vuelta y huir. La ocasión era perfecta. No lo hizo. Le había dicho la verdad a Olga: sentía curiosidad por saber qué demonios había allí. Una curiosidad peligrosa. Como también lo sería intentar largarse solo y desarmado del edificio. Su destino, como ya había repetido en varias ocasiones, estaba unido al de esos mercenarios. En el mismo barco y en la misma tormenta. Esa era la situación.

La deflagración había reventado los apliques del techo, y la

única luz para guiarse provenía de la linterna de Travis, cuyo haz rebotaba en el polvo en suspensión igual que los faros de un coche en una noche con niebla. La visibilidad era poca. Siguieron avanzando con extrema cautela hasta que, el exmarine, se detuvo en seco y enfocó la pared de su derecha. Estaba ennegrecida y salpicada de agujeros. Cientos de desconchones provocados por la matriz formada por setecientas bolas de acero que contenía la mina, y que acompañaba a la lengua de fuego y la onda de choque en su labor devastadora. Ese era el lugar exacto de la explosión. Parte del techo se había derrumbado, y los escombros estaban en el suelo formando un montón de más de un metro de alto.

Conteniendo la respiración, Travis comenzó a quitar cascotes y ladrillos con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía el arma. Le costaba. Lo pensó mejor. Dejó el arma en el suelo y usó ambas manos para ir más rápido.

—¿Es prudente? —musitó Olga, a la vez que encendía su linterna para añadir más luz.

—Si la Claymore a bocajarro no lo ha matado, nada lo hará.

Indecisa, Olga tardó unos segundos en comprender que tenía razón. Se descolgó el fusil, lo apoyó en la pared y se puso a ayudarle.

La luz indirecta, rebotando en el techo destrozado del pasillo, aportaba una iluminación mínima pero suficiente para trabajar.

Abel, paralizado por el escenario apocalíptico, tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, se incorporó a la tarea de desescombro. Travis reparó en él por primera vez.

—¿Qué hace este aquí?

—Quiso venir —contestó Olga.

—¿Las bridas?

—Tenía que curar a Dylan. No creo que intente nada. Podría haber huido y no lo ha hecho.

—¿En serio? —preguntó Travis, retórico, dirigiéndose al español.

—Del todo —respondió Abel—. Ya que estoy aquí, quiero quedarme hasta el final de la película.

—Como diría Dylan, solo los protagonistas lo hacen —apostilló Olga.

Abel se quedó pensando sin encontrar una respuesta que darle. O sí, pero se trataba de un chascarrillo y no creyó que fuera el momento más oportuno para soltarlo. Además, sabía que en el cine y la literatura el personaje cómico era prescindible, y él no quería atribuirse ese papel con tan poco futuro. Por esa razón, continuó apartando ladrillos y pedazos de hormigón en absoluto silencio. Hasta que, al levantar un trozo de techo de medio metro de grande, una especie de pezuña con largas y afiladas uñas apareció debajo.

—¡Mierda! —exclamó, apartándose de un salto—. ¿Qué hostias es esto?

Travis se acercó y comenzó a desescombrar esa zona. Olga lo ayudó. Abel, medianamente recuperado del susto, también se unió. Entre los tres lograron sacar a la luz el ser que había debajo. Grande. Muy grande. Y desmadejado como una marioneta rota.

—¿Crees que está… muerto? —preguntó Olga, recelosa.

Travis, antes de contestar, cogió la cabeza de la bestia con decisión y la movió de un lado a otro.

—Yo diría que sí. No noto que respire. Si no está muerto, lo parece.

Abel seguía atónito, sin saber qué hacer o qué decir.

Travis, sin embargo, parecía tenerlo muy claro.

—Llevémoslo al laboratorio. Ese maldito científico, quiera o no, va a tener que contestar a muchas preguntas.

—Estoy de acuerdo —dijo Olga, echándose el fusil al hombro antes de agarrar al ser por una pierna—. Venga, coge la otra —le instó a Abel.

Este se tomaba su tiempo para hacerlo.

—Vamos —lo apremió la rusa.

—Es repulsivo e intimidante. ¿Seguro que está muerto?

—Pronto lo sabremos —respondió Travis, mientras agarraba al ser por debajo de las axilas—. ¡Joder, cómo pesa!

—Y cómo huele —añadió Abel.

Dylan comenzaba a salir del sopor en el que lo había sumido el golpe y los medicamentos, justo cuando la segunda puerta de la esclusa se abría; y se incorporaba del sillón, algo mareado, en el preciso instante en el que Travis, Olga y Abel aparecieron por la

puerta del despacho cargando con la bestia.

—¡La madre de Dios! ¿Qué cojones traéis? —exclamó, dando un respingo en el sillón.

—¿No lo reconoces? —preguntó Travis, jadeando por el esfuerzo de cargar con la mitad del peso él solo.

Dylan se fijó más detenidamente en el ser que dejaban en el suelo.

—¡El engendro que nos atacó! ¿Y Valtra? ¿Lo has encontrado? ¿Está… muerto? —hablaba a trompicones, muy excitado.

—El grandullón es historia —contestó Travis con pesar.

—¡Joder! ¡Joder! —estalló el informático, al tiempo que lanzaba patadas al cuerpo inerte de la bestia.

—Tranquilo, no te conviene… —intervino Abel.

Olga, más práctica, sujetó a Dylan, lo llevó de nuevo hasta el sillón y le obligó a sentarse.

Entretanto, Lee intentaba hacerse pequeñito en un rincón. Invisible, si hubiera podido. Travis le lanzó una mirada fulminante y, de un manotazo, tiró al suelo todo lo que había sobre la mesa del despacho hasta despejarla por completo.

—Pongámoslo encima. Quiero ver bien a esta aberración del infierno.

Ayudado de nuevo por Olga y Abel lo dejaron sobre la mesa, que era grande, casi de dos metros. A pesar de ello, la mitad de las piernas quedaron colgando.

—Bueno, bueno… amigo —comenzó diciendo el exmarine mientras se aproximaba a Lee con actitud intimidante.

Y no fruto de una estrategia. Estaba realmente cabreado. Tanto, que tuvo que respirar hondo para calmarse antes de continuar hablando.

—Te comprendo. Tienes tus jefes y tus obligaciones. Tu puto contrato, que debes cumplir al pie de la letra. Eso está bien. Todos, de alguna manera, lo tenemos. ¿Verdad? —No miró a nadie. Tenía los ojos fijos en el científico—. También hay reglas. Limitaciones. Códigos de silencio… Y un montón de razones más para mantener la boca cerrada. Pero también emergencias. Momentos críticos en los que debemos saltarnos toda esa mierda y colaborar. ¿Lo entiendes?

Lee asintió con la cabeza, casi imperceptible. Estaba realmente asustado por el tipo que le hablaba masticando las palabras a un palmo de su cara.

—Bien, si lo entiendes, ahora vas a explicarnos qué es esta cosa —dijo Travis, dulcificando la voz.

—Yo… No puedo. Si hablo… —empezó diciendo Lee, hasta que Travis, con un movimiento rápido, sacó el cuchillo que llevaba en el cinturón y le agarró una oreja.

—¡Ay! —se quejó el científico, intentando librarse.

No pudo.

—He perdido a uno de mis mejores hombres y estoy muy cabreado —dijo el exmarine, volviendo a dotar a su voz con la calidad del fuego—. Si no hablas te cortaré las orejas, luego la nariz, los dedos de las manos… Después irá la polla. Y continuaré cortándote a pedazos hasta que me canse. ¿Dime si esto también lo entiendes?

Ante el silencio de Lee, el filo del cuchillo penetró medio centímetro en el cartílago de la oreja.

—¡Para! ¡Para! ¡Hablaré!

—¿Estás seguro? ¿No me mientes? —preguntó Travis, cortando un poco más con el cuchillo.

—*¡Ay, ay!* ¡Lo juro! ¡Lo juro!

La sangre resbalaba por el cuello del científico. Olga y Dylan observaban, impertérritos, la escena. Abel, que ya había vivido algo semejante cuando lo amenazaron con cortarle el cuello, entendía lo que debía estar pasando ese pobre desgraciado, y respiró aliviado al ver a Travis soltarle la oreja y enfundar el cuchillo.

Lee, lastimero, buscó una silla donde sentarse. Abel cogió una gasa del botiquín, la empapó en desinfectante y se la ofreció. El científico la aceptó de buen grado y se la aplicó a la herida.

—Desembucha —lo apremió Travis, totalmente insensible.

—¿Qué queréis saber? —contestó resignado y dolorido.

—Empieza por decirnos qué es este monstruo.

—¿Monstruo? —replicó Lee con desdén—. El término monstruo se usa para definir a un ser que presenta singularidades o derivas significativas respecto a su especie. O bien, a un ser inventado y fantástico. Y él no es ninguna de esas dos cosas.

—Ya. Y puede saberse, entonces, qué cojones es.

—Una obra maestra —respondió el científico, sin titubeos.

Travis apretó la mandíbula y la cicatriz de su barbilla resaltó igual que una grieta en un río helado. Su paciencia se agotaba.

Abel se adelantó al exabrupto que iba a soltarle.

—¿Una obra maestra… del doctor Yoo?

—De él, y también mía —puntualizó Lee, orgulloso—. El resultado de su genio y de mi talento. Sin mis aportaciones, esta maravilla jamás habría existido.

Dylan, que todavía se encontraba mareado y débil, soltó una risotada nerviosa de pura indignación, y fue hacia Lee señalándolo con un dedo acusador.

—¿Maravilla dices? Pues mira cómo ha quedado tu maravilla, puto loco.

—Sí. Debo reconocerles el mérito de haberlo matado. No era fácil —admitió Lee, sereno, inmune al insulto.

—El resto de los científicos… El personal de seguridad… ¿Él acabó con todos? —intervino Olga—. ¿Él es la razón por la que permanecías escondido en aquella sala de control?

—Él, y los otros.

—¿Cómo dices?

Lee se quitó la gasa ensangrentada, la miró un instante y volvió a aplicársela a la oreja antes de responder.

—Han acabado con uno, pero aún quedan cinco especímenes más rondando por el edificio.

TERCERA PARTE

15
CLASE DE ANATOMÍA

—¡Jesús bendito! —exclamó Abel.

—Estamos jodidos —se lamentó Dylan, volviendo al sillón donde se dejó caer desolado.

Travis y Olga se miraron. Mostrar debilidad no era una opción. Ni miedo. Ambos habían sido soldados y estaban acostumbrados a los imprevistos, a las situaciones límite, y aquello debían tratarlo igual que si estuvieran en el campo de batalla solos y rodeados por un enemigo formidable. Tenían que mantener la calma y no precipitarse. Datos era lo que ahora necesitaban, y lo que debían conseguir.

Travis tomó la palabra.

—Todavía no nos has dicho qué es esta cosa —insistió—. Y no te andes por las ramas si quieres conservar tus orejas.

—No hace falta que siga amenazándome —replicó Lee, envarándose—. Ahora sé cuál es la situación. La suya y la mía. No saben nada, y no hay peligro de que hablen con la compañía. Parece evidente que si los han enviado aquí con tan poca información, su relación con ella debe de ser mínima. ¿O me equivoco?

—No —respondió Travis, lacónico.

—Eso está bien. Fuera los secretos. Salir de aquí con vida será una tarea muy complicada; y más, si no colaboramos todos —dijo Lee, levantándose de la silla y acercándose a la mesa donde se hallaba la bestia.

El repentino cambio en la actitud del científico era notable. Se le veía más relajado y tranquilo, como si la decisión de sincerarse le hubiera quitado un peso enorme de encima.

Rodeó la mesa, mirando al ser igual que si se tratara de una

escultura de Leonardo da Vinci, y se detuvo junto a su hombro derecho.

—Les hablaré de E6 —empezó diciendo con voz didáctica.

A Dylan enseguida le vinieron a la cabeza los rótulos que había visto en aquel pasillo, y encima de las puertas de las celdas.

—¿E6? —preguntó con claras sospechas de saber lo que significaba.

—Yo hubiera preferido «quimeras», que es lo que realmente son, pero el doctor Yoo insistió en llamarlos «especímenes», que significa «muestra o ejemplar». —Con decisión, levantó el brazo derecho del ser agarrándolo por la muñeca—. ¿Ven este tatuaje en su bíceps? E6. Espécimen 6. Hubo que hacérselo con láser. Con un hierro candente hubiera sido imposible.

—Quimera —repitió Abel—. Animal mitológico que lanzaba fuego por la boca, tenía cabeza de león, vientre de cabra y cola de dragón.

—Exacto —dijo Lee con entusiasmo—. Me sorprende que alguien de ustedes sea tan preciso en las definiciones.

—¿Perdona? ¿Nos estás llamando incultos? —saltó Dylan.

—Lo siento, no era mi intención ofenderles. Es difícil encontrar aficionados a la lectura entre la gente de armas.

—¿Has conocido a muchos?

—Los suficientes. Aunque esa no es la cuestión. Querían que les hablara de E6, ¿no es cierto?

—Eso es. Continúa —intervino Travis, tajando la estéril discusión—. ¿De qué mierda está hecho? ¿Por qué las balas no penetran su piel?

—Se lo explicaré todo. Pero vayamos por partes.

Lee soltó con delicadeza el brazo de la bestia hasta dejarlo de nuevo sobre la mesa, y fue hasta su cabeza. La giró para que pudieran verla bien y luego, con cierto esfuerzo, le abrió las fauces.

—No. Dejemos esto para el final —rectificó, dirigiéndose al extremo opuesto de la mesa—. Mejor empecemos por abajo.

Travis bufó. Olga apoyó una mano conciliadora en su hombro. Dylan, que al ver los enormes dientes expuestos de la bestia dio un paso atrás aterrorizado por los recuerdos, permanecía mudo. Abel, sin embargo, estaba muy interesado y se mantenía atento.

—¿Ven estas patas traseras? —empezó diciendo—. Se crearon para que fuese rápido. Con un fémur levemente curvado y una tibia y un peroné largos, acabados en una articulación que se une a los huesos del tarso. Su punto de contacto con el suelo son los dedos, no como los plantígrados que andamos apoyando toda la planta. Su cadera también es especial. El hueco donde se inserta la cabeza del fémur permite un giro amplio, y gracias a unos tendones extrafuertes, y a unos generosos glúteos, puede caminar erguido sin balancearse como un chimpancé. Corriendo bípedo alcanza los cuarenta kilómetros por hora, más rápido que el campeón mundial de velocidad, y a cuatro patas es capaz de superar los sesenta y cinco.

—Interesante. Pero tenemos prisa. Aligera —lo apremió Travis, desdeñoso, aprovechando el mutis dramático.

—Creí que querían saberlo todo —replicó el científico, sinceramente sorprendido.

—Y así es —intervino Abel—. Continúa.

El exmarine miró al español como si le perdonara la vida. Luego a Olga, buscando su apoyo.

—Tiene razón —dijo esta, con pesar por tener que llevar la contraria a su jefe—. Si hay cinco más como este, sueltos por el edificio, mejor saber a qué nos enfrentamos.

—Vale, pero que lo haga rapidito —admitió finalmente Travis.

Lee, al que se le veía cada vez más a gusto en su papel de pedagogo, se frotó las manos y prosiguió.

—El torso y los brazos no son demasiado interesantes. Como verán, son antropomorfos. Sus manos, de dedos largos y poderosos, y sus extraordinarias garras, son otra cosa, por supuesto, un auténtico prodigio. Fueron diseñadas para que pudieran accionar el picaporte de una puerta y, al mismo tiempo, destripar a una vaca de un zarpazo.

Abel se acercó y recorrió con la mano el brazo de la bestia. Desde el hombro hasta la punta de las afiladas uñas. Su envergadura era enorme, y sus músculos poderosos; no del tipo culturista, voluminosos y atrofiados, sino largos y fibrosos como los de un lanzador de jabalina o un saltador de pértiga. Los de un atleta, en definitiva. Un atleta inmenso. Le sorprendió el tacto de la

piel, parecido al cuero endurecido, y los pelos gruesos y negros que la cubrían de una forma irregular, y que apenas destacaban sobre el color grisáceo.

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó Lee, retórico, cuando Abel terminó de inspeccionar el miembro superior—. Fuerte y rápido, además de resistente gracias a unos pulmones enormes y a un corazón colosal capaz de bombear sangre a un ritmo endiablado.

—Quimera —repitió Abel—. En biología se llama quimera a un organismo con tejidos genéticamente diferentes. A un híbrido de varias especies. ¿Eso es este ser?

Lee abrió mucho los ojos y asintió estupefacto.

—Correcto. Veo que tiene conocimientos sobre el tema.

—Me gusta estar informado.

—Pues sí. E6 tiene características de diferentes animales. Un puzle hecho con otros puzles, y en donde todas las piezas encajan a la perfección. Morfología y genética combinadas al máximo nivel.

—Diferentes animales. ¿Qué animales?

—Volvamos a su cabeza —dijo Lee mientras cambiaba de lugar en la mesa—. ¿A qué animal le recuerda?

Abel entornó los ojos, meditando. El resto de los asistentes también intentó imaginar dónde habían podido ver antes semejante engendro. Dylan se decidió a probar suerte.

—Parece la de un lobo mutante.

—*Mmm*, no exactamente.

—Yo diría que se asemeja a la de un… murciélago —dijo Abel.

—Caray, es usted muy observador —admitió Lee, mostrando una amplia sonrisa—. Esta impresionante y aterradora cabeza es el resultado de la combinación de dos especies de quirópteros, comúnmente conocidos como murciélagos. El *Acerodon jubatus* o zorro volador, del que aprovechamos su largo hocico, y el *Desmodontinae* o murciélago vampiro, que nos aportó su espeluznante aspecto.

—Murciélagos, ¿por qué?

—A pequeña escala no parecen gran cosa, pero llevados a un tamaño superior consiguen tener una de las mordidas más poderosas del reino animal. Además, poseen una cualidad única: su

sistema de ecolocalización. Pueden reconocer su entorno con la interpretación del eco que producen los sonidos que emiten sus gargantas al chocar con los diferentes objetos. Localizan a sus presas en total oscuridad, las fijan en su radar y las abaten con precisión matemática.

—Ese ruido… —comenzó a decir Travis—. Ese golpeteo incesante…

—¿Lo han oído, verdad? —preguntó Lee, emocionado—. Se hace más rápido a medida que se aproximan a la presa, hasta convertirse en un sonido casi uniforme cuando se dispone a atacar. Es increíble.

—¿Increíble? —saltó Dylan, cabreado, brincando de nuevo del sillón y yendo directo hacia él.

Travis y Olga, de buena gana, también le hubieran soltado un guantazo a ese fatuo y chiflado científico, pero se contuvieron.

—Dejémosle terminar —intervino finalmente Abel, sujetando a Dylan—. Cabeza de murciélago, patas traseras de perro…

—Guepardo —rectificó Lee—. Es el animal terrestre más rápido. La morfología de sus patas traseras es única. Lástima que no pudiéramos conseguir la velocidad máxima del felino, ciento quince kilómetros por hora, pero nada se podía hacer si tenemos en cuenta que E6 y sus hermanos miden más de dos metros y rondan los doscientos kilos de peso.

—Bien, patas de guepardo. ¿Qué más? ¿Qué otros animales combinaron?

—Sus genes. Algunos de sus genes. Los que codifican las características que más nos interesaban —puntualizó Lee—. Soy biólogo especializado en zoología. Morfología y conducta animal, principalmente. El mejor del mundo en ese campo, aunque jamás se me reconoció la valía.

—Ya —lo atajó Abel—. ¿Qué otros animales?

—Bueno, de los murciélagos también aprovechamos su enorme capacidad pulmonar, tres veces superior a la de cualquier otro mamífero. Del oso hormiguero sus garras largas, cónicas y macizas, ideales para lo que queríamos. Las reforzamos, cómo no. Su capa de queratina es veinte veces más densa. Ahora son capaces de penetrar una plancha de acero de dos milímetros sin romperse.

Travis, cansado de escuchar datos que no explicaban la razón

por la que aquel ser podía sobrevivir a una lluvia de balas, se decidió a intervenir.

—Su piel —comenzó diciendo—. Apenas presenta marcas de disparos, y recibió muchos. Tampoco parece que la mina le afectara demasiado. ¿De qué está hecha?

—¿Lo mataron con una mina? —se sorprendió Lee—. Claro, ahora lo entiendo. La explosión… Tuvo que ser a muy corta distancia para que le afectara a sus órganos internos. En las pruebas con explosivos comprobamos que podían soportar una onda de choque de un kilo de explosivo plástico a cinco metros de distancia.

—¿De qué está hecha? —insistió Travis.

—La estructura histológica de su piel es igual a la de todos los vertebrados.

—¿Estructura qué?

—Sus tejidos. Epidermis, dermis e hipodermis —aclaró Abel, y aprovechó para retomar la palabra—. ¿De qué animal es? No conozco ninguno que tenga una piel capaz de detener una bala de fusil.

—Y no lo hay —admitió Lee—. Por eso tuvimos que crear la cubierta protectora usando sofisticadas mejoras genéticas. La bioarmadura debía ser dura y elástica a la vez. Gruesa en las partes vitales, y fina en las zonas de las articulaciones. Fue uno de los retos más complicados del proyecto, y el doctor Yoo tuvo que emplearse a fondo para lograrlo. El resultado es el que ven: una piel formada por tres capas, igual que la del organismo base, pero cada una de ellas cien veces más densa; con células, cuyas membranas plasmáticas aumentadas son mil veces más resistentes a la rotura que las nuestras.

—¿Organismo base? ¿A qué se refiere? —preguntó Olga.

—Di por hecho que ya lo habrían adivinado. Para crear este nuevo ser partimos de una especie que tuviera unas determinadas características: un buen cerebro, brazos con manos funcionales, tronco, extremidades posteriores…

—¿Un gorila? —aventuró Dylan.

Lee sonrió, condescendiente.

—Un ser humano —dijo Abel.

En esta ocasión, Lee abrió los brazos y asintió con la cabeza

igual que si hiciera una reverencia a un público entregado.

—Evidentemente, era la mejor opción —comenzó diciendo después—. Un macho, para aprovechar su mayor masa muscular y poder manipular sus niveles de testosterona haciéndolo más agresivo.

—¿Un hombre? ¿Nos estás diciendo que la monstruosidad que hay sobre la mesa fue antes un hombre? —preguntó Dylan, furibundo.

—En realidad no. Trabajamos con él desde el inicio de su desarrollo embrionario. Lo que ahora ven no es del todo humano, aunque comparta con nosotros el noventa y ocho por ciento de los genes. El resto fueron modificados o provienen de otros animales.

—¿El noventa y ocho por ciento? —dudó el informático.

—¿Por qué se extraña? Con los chimpancés compartimos el noventa y siete por ciento de nuestro ADN. Solo un tres por ciento de genes diferentes parecen poco, pero representan treinta y cinco millones de bases distintas, aparte de algunas otras variaciones cromosómicas —aclaró Lee, que poco a poco iba utilizando un lenguaje más técnico y menos accesible para todos menos para Abel, que seguía las explicaciones con enorme interés—. En realidad, todos los organismos vivos tienen un ADN semejante. Por ejemplo, con un gato compartimos el noventa por ciento de genes, igual que con un cerdo. Con un ratón baja hasta el ochenta y cinco, con la mosca del vinagre tenemos un sesenta y uno por ciento de coincidencias.

—¿Un sesenta y uno por ciento con una mosca? —repitió Dylan, incrédulo.

—Y un sesenta con un plátano —rubricó Lee, divertido—. Todo está relacionado: animales y vegetales. De ahí que pudiéramos lograr algo como E6. Combinar y recombinar. Coger de aquí y de allá, como un buen chef eligiendo ingredientes para crear un gran plato de alta cocina.

—Con la diferencia de que una merluza con mahonesa y moluscos al cava, o unos canelones rellenos de morros de ternera con crema de patata, zanahoria y apio fueron platos pensados para que disfrutáramos comiendo, no para que nos comieran —apuntó Abel.

—*¡Ja, ja, ja!* Muy ocurrente. Y muy cierto —convino Lee—. E6 y sus hermanos son *superdepredadores*. Superiores a cualquier carnívoro actual o pasado, incluido el *deinonychus*.

—¿El qué? —preguntó Dylan.

—El *deinonychus* —repitió Lee—. Seguro que lo conoce. Fue usado en la saga de *Jurassik Park*, solo que en las películas le cambiaron el nombre por el de *velociraptor*, un dinosaurio de la misma familia pero considerablemente más pequeño; medía medio metro de altura y pesaba unos 15 kilos. La razón, cuestiones comerciales. *Deinonychus* es mucho menos pegadizo.

—O sea, que Spielberg se pasó por el forro de las pelotas el rigor científico y le cambió el nombre a…

—Vale, no nos desviemos del asunto —lo interrumpió Abel, volviéndose hacia el científico—. Nos estás diciendo que para fabricar este animal fecundaron un óvulo de mujer con esperma de hombre y que, al embrión resultante, le fueron incorporando genes de otros animales. ¿No es así?

—No —rectificó Lee—. Reprogramamos células de piel humana para convertirlas en células madre pluripotentes inducidas, y con ellas desarrollamos un modelo de blastocisto, un embrión de seis días de vida con no más de doscientas células, con el que empezamos a trabajar.

—Lo que tú digas —replicó Abel, indignado—. Pero luego habría que implantar ese embrión modificado y con genes de otros animales en el útero de una mujer para que terminara su desarrollo, y, por último, diera a luz a este ser de pesadilla. Vamos, una puñetera monstruosidad.

—Se equivoca. No usamos mujeres.

—Imposible —dijo Abel con determinación.

—El genio creador, cuando trabaja sin restricciones éticas ni legales, deja de tener límites.

—¿Límites? ¿Para qué? ¿Me puedes explicar qué sentido tiene todo esto? —preguntó Abel, señalando a la bestia muerta sobre la mesa.

—E6 y sus hermanos fueron un encargo del que paga las facturas. El doctor y yo nos ceñimos a las exigencias de la compañía

y, gracias a unos recursos ilimitados y a poder trabajar al margen de la ley y del encorsetado comité de bioética, pudimos dar rienda suelta a nuestros conocimientos para crear el depredador más mortífero y extraordinario que jamás haya existido, y, de paso, ganar mucho dinero.

—El depredador más mortífero que haya existido, dices. Pero, ¿con qué sentido?

—¿Es que aún no lo ve? —preguntó Lee cruzando los brazos, igual que haría un profesor ante un torpe alumno—. ¿Ustedes tampoco?

—Un arma —se oyó decir a Olga, que hasta ese momento parecía desconectada de la conversación.

—¡Bingo! —exclamó Lee—. Nos pidieron un supersoldado y nosotros les entregamos esto.

—¿En serio? —dudó Abel—. ¿Esta bestia horrible… es un supersoldado?

—Piénselo —le sugirió Lee—. No necesita armas, ni munición, ni equipamiento. Es inmune a las balas y difícil de matar de cualquier otro modo. Caza en la oscuridad. Es rápido, fuerte, eficaz… No tiene piedad ni remordimientos, y jamás contradecirá una orden. Además, no sentirá nostalgia de su familia, ni se deprimirá cuando esté lejos de casa. Tampoco tendrá miedo en el campo de batalla, ni sufrirá estrés postraumático. Nadie lo echará de menos si muere, ni el Estado le tendrá que pagar una pensión de invalidez de por vida. Son todo ventajas.

—Un arma —repitió Abel, cerrando los ojos—. Ahora comprendo.

16
FOBOS Y DEIMOS

—¡Estupideces! —espetó Travis—. Algo así jamás podrá sustituir a un soldado bien entrenado.

—Le aseguro que sí —replicó Lee—. E6 y sus hermanos pueden ser más eficaces que una compañía entera de fuerzas especiales.

—No niego que sea impresionante y difícil de matar. Pero una cosa es verlo actuar aquí dentro, y otra muy distinta en un campo de batalla.

—En eso tengo que darle la razón —admitió Lee con ironía—. Sin limitaciones de puertas y paredes, en campo abierto, son infinitamente más letales.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso se han probado?

—Por supuesto.

Todos, sin excepción, se quedaron estupefactos. Lee continuó.

—La compañía, antes de seguir invirtiendo cantidades ingentes de dinero para continuar con las investigaciones, quiso ver una demostración de su valía.

—¿De qué hablas ahora? —se sorprendió Abel—. ¿Estás diciendo que han sacado a estas bestias al exterior?

—En el dos mil dieciséis, cuando tuvimos listo el primer espécimen, E1, la compañía envió a un observador para que evaluara sus… capacidades —comenzó explicando Lee—. Trajeron a las instalaciones un par de leones machos, los más grandes que encontraron, y un tigre de trescientos kilos. Después de una semana sin darles de comer, los enfrentaron con E1. Primero el tigre. Luego, los dos leones a la vez. El tigre aguantó treinta segundos. Los leones no llegaron al minuto. El observador se entusiasmó con lo que vio, y así se lo trasmitió a sus jefes. Pero estos necesitaban más. Querían comprobar cómo se desenvolvían en un combate real, contra

hombres armados, como usted apuntaba —dijo dirigiéndose a Travis—. Había mucho dinero de por medio, y muchos riesgos. Para avanzar con el proyecto nos exigieron pruebas irrefutables de la eficacia de los especímenes. Y las tuvieron un año más tarde, en Afganistán.

—¿Afganistán? —se sorprendió el exmarine.

—Sí. No me pregunte el lugar exacto, no tengo ni idea. Nos llevaron un grupo de marines. También nos acompañó el mismo observador que vino a ver cómo, E1, despedazaba a los grandes felinos. Un tipo gris, de mediana edad y gafas de concha negras. Hablaba poco y llevaba una pistola plateada. Nunca quiso decirme su nombre. Ni siquiera uno falso. La seguridad y la discreción, como ya habrán podido comprobar, son cruciales para la compañía.

—Hablabas de Afganistán —intervino Abel, antes de que Lee se fuera por otros derroteros—. ¿Qué pasó allí?

—Como les explicaba, cuando tuvimos preparados los seis especímenes informamos a la compañía para que los pusiera a prueba. Eligieron a unos terroristas del Estado Islámico que se refugiaban en un pueblo al sureste de Afganistán, cerca de un macizo montañoso. Un lugar aislado del mundo donde ciento ochenta y ocho combatientes, fuertemente armados, esperaban órdenes para atentar contra las fuerzas norteamericanas que por entonces ocupaban el país.

—¿Ciento ochenta y ocho? Qué precisión —observó Olga.

—El informe preliminar obtenido por el satélite espía hablaba de unos doscientos terroristas. Finalmente fueron algo menos. Me quedé con la cifra porque tuve que contar los cadáveres dos veces.

—¿Dices que seis de estas cosas mataron a casi doscientos combatientes fuertemente armados? —alucinó Travis.

—En menos de una hora.

—Imposible. ¿Cómo?

—Actuamos de noche. Los soltamos a unos dos kilómetros de distancia del pueblo, y ellos hicieron el trabajo. Fue una masacre. La mayoría de los combatientes se atrincheraron en las casas, pero fue inútil. Otros huyeron al desierto y fueron cazados uno a uno. Algunos lograron llegar hasta la montaña y refugiarse en cuevas excavadas. Un laberinto peligroso. Un lugar donde ningún soldado

hubiera querido entrar. Pero los especímenes lo hicieron, y no dejaron a nadie vivo. Objetivo neutralizado, en su totalidad, con cero bajas. Ya lo ve. Son el arma perfecta.

—¿Cómo los controlan? —quiso saber Abel.

—Magnífica pregunta, que requiere una prolija respuesta.

Travis se movió de un lado a otro preocupado por la amenaza que suponían esas cinco bestias, que aún quedaban sueltas por el edificio, y el tiempo que estaban perdiendo.

—La potencia sin control no vale para nada —prosiguió Lee—. Eso lo teníamos claro desde el principio. El adiestramiento era fundamental si pretendíamos crear un soldado perfecto. Un activo sin mente no nos servía. Necesitábamos un mínimo de raciocinio.

—¿Quieres decir que estos activos, como ahora los llamas, son…? —empezó a preguntar Olga.

—¿Inteligentes? Sí —se adelantó el científico—. Aunque no demasiado. Lo suficiente para que su cerebro les permita manejar con soltura el pensamiento abstracto, cosa muy necesaria para nuestros intereses.

—¿Pensamiento abstracto?

—Resolver problemas complejos, planificar acciones, evaluar el pasado, realizar hipótesis, usar el razonamiento deductivo para futuras actuaciones… En definitiva, mejorar con la experiencia para ser más eficientes en su cometido.

—¿Tienen conciencia de sí mismos? —preguntó Abel, al que se le notaba cada vez más contrariado.

—Por supuesto. La misma que tiene un chimpancé. Aunque su nivel de inteligencia es superior, y también su nivel cognitivo y de aprendizaje.

—Ya, pero un chimpancé sabe lo que es. Estas cosas son mitad humanos. ¿Cómo soportan ser, a la vez, un batiburrillo horrible de otros animales?

—Humanos al noventa y ocho por ciento. Recuerde. Ese dos por ciento de diferencia los convierte en algo totalmente distinto a nosotros. El doctor Yoo los llamó especímenes, y les puso un número. Ustedes pueden llamarlos como quieran. A ellos eso les da igual.

—¿Están seguros de que no sufren por ser lo que son? —insistió

Abel.

—Absolutamente. Al contrario. Llevo tiempo observándolos y me atrevería a decir que son los seres más felices de la Tierra. Cuando no se enfadan, claro.

—¿Cuándo se enfadan?

—Cuando nosotros queremos.

—¿Así consiguieron que acabaran con los terroristas?

—Correcto. Existen varias divisiones, encargadas de tareas específicas. Arriba —dijo señalando el techo con el dedo índice—, se llevan a cabo las labores de educación y control mental de los especímenes.

—Los convierten en fanáticos.

—O en patriotas, según se mire —le contradijo Lee, molesto con la observación—. En cualquier caso, lo que creamos son soldados tremendamente capaces. Lo que nos pidieron.

—Ya, pero todavía no nos has explicado cómo se controlan.

—Fácil —contestó el científico, desdeñoso—. Una vez preparados, los pormenores de cómo se realiza el proceso no los conozco, ya que su adiestramiento no forma parte de mi cometido, utilizamos una señal acústica para activarlos.

—¿Señal acústica? —preguntó Dylan—. ¿Como una sirena?

—En absoluto. Se trata de un sonido de alta frecuencia, por encima de los 30.000 hercios, imperceptible para el oído humano, pero no para el sistema auditivo de los especímenes.

—¿Cómo consiguen fijar el objetivo y que no se vuelvan contra quienes los manejan? —preguntó Travis, interesado en los detalles tácticos.

—El sonido es emitido por un dispositivo que se coloca en la zona en la que se quiere actuar. En Afganistán usamos un dron para soltarlo en mitad del campamento. Su radio de acción se puede graduar. Un kilómetro, dos, tres… Los especímenes, al escucharlo, atacan.

—¿Por qué?

—Se eligió que fueran machos para poder manipular sus niveles de testosterona, como ya les conté. Esta hormona está asociada a la agresividad, la competitividad y la libido, y en su caso los niveles son altísimos. En definitiva, una bomba de relojería que los

convierte en autenticas bestias que matarán a todo lo que consideren competencia o amenaza. Todo. Hombre o animal. Además, para reforzar su violencia se les recompensa con una buena dosis de serotonina durante el ataque.

—¿Serotonina? ¿Cómo lo hacen? —preguntó Abel.

El resto no entendía nada, pero prefirieron esperar a las explicaciones de Lee.

Y no les defraudó.

—Como sabrán, y si no lo saben ya se lo digo yo —empezó el científico con suficiencia—, la serotonina es una hormona producida en una zona del cerebro, el hipotálamo, y secretada desde la hipófisis, una glándula situada en la base del cráneo. La serotonina, u «hormona de la felicidad» como la llaman, está presente en todos los actos de amor: cuando nos abrazamos, nos besamos, tenemos sexo, sentimos un orgasmo… Cuando corre por nuestro cuerpo nos proporciona bienestar y somos más felices, en definitiva.

—¿Quieres decir que, cuanto más matan más satisfacción consiguen? —preguntó Olga.

—Correcto. Un chute de *gustirrinín*.

—Es perverso —comentó Abel, asqueado.

—Y tremendamente eficaz, se lo aseguro. Cuando se activa el dispositivo emisor se eleva su nivel de testosterona, y ellos corren hacia el sonido de inmediato. No para alimentarse, eso viene después, lo hacen porque saben que en el lugar de donde proviene hay presas, rivales, enemigos… Y matarlos les proporcionará un placer infinito.

—¿Testosterona? ¿Cómo? Yo no veo testículos —observó Abel, apartando el espeso pelaje de la entrepierna de la bestia—. Y su pene es diminuto.

—Esos órganos exteriores hubieran sido un punto débil en su anatomía. Buscábamos machos agresivos, no reproductores. Todos los especímenes son estériles. En cualquier animal macho la testosterona es fabricada en un 90% por las células de Leydig, presentes en los testículos, y en un 10% por las glándulas suprarenales. En su caso anulamos la primera fuente y potenciamos al 100% la segunda. Ingenioso, ¿verdad?

—Matar les provoca orgasmos imaginarios —dijo Dylan.

—Yo no lo hubiera expresado mejor.

—Entonces, cuando se activa el ultrasonido para el que han sido adiestrados atacan y cuando cesa se detienen —resumió Travis.

—Así es —contestó Lee, satisfecho porque sus explicaciones fueran bien interpretadas—. Luego, hay otro ultrasonido que les ordena regresar. Y lo harán tan mansos como ternerítos.

—Con sonidos. Esa es la manera de controlarlos —reflexionó Olga, hablando en voz alta.

—Igual que a un perro. Aunque mucho más sofisticado, como imaginan. No conozco todos los detalles sobre el proceso de adiestramiento. Como les he dicho antes, de eso se ocupaba otra división. Pero lo que sí les puedo asegurar es que funciona a la perfección. Estuve allí, en Afganistán, y el resultado no pudo ser más satisfactorio.

—Si su «compañía» pretende vender estas aberraciones a algún ejército del mundo, no creo que lo consiga —dijo Olga, tras reflexionar.

—¿Por qué lo dice?

—Implicaciones morales. Ya sabe…

—Se equivoca. A fin de cuentas son un arma —refutó Lee—. Técnicamente no son humanos. En la Segunda Guerra Mundial se usaron perros adiestrados cargados de explosivos para meterse debajo de los tanques y hacerlos estallar. O delfines para hundir barcos. Llegado el momento, si la cosa se pone fea, cualquier ejército del mundo deseará tener entre sus filas a un buen batallón de estos especímenes. Imaginen sus aplicaciones en un conflicto armado. Su eficacia, en pequeños comandos, sería tremenda. Podrían asaltar aeropuertos controlados por el enemigo, hostigar a las fuerzas de avanzada, masacrar puestos de mando, tomar polvorines, cuarteles… Y usados en gran número se convertirían en armas de destrucción masiva. Bastarían mil para asolar una ciudad de medio millón de habitantes en una sola noche. Infinitamente más eficaces que un bombardeo aéreo, y más limpio y menos comprometido que usar armamento nuclear. Además, las ciudades quedarían intactas; perfectas para ser tomadas y utilizadas después. Se diseñaron para matar y sembrar el terror. El caos, entre aquellos

que los vieran. Me empleé a conciencia en que así fuera. Sus cuerpos oscuros, grises, y sus miembros largos y con múltiples articulaciones, recuerdan a uno de los animales que más fobia provoca en las personas: la araña. Su sola mención inicia la actividad noradrenérgica, y un montón de neuronas se ponen a secretar adrenalina como locas. Nuestros cerebros están programados para temer a las arañas. Desde tiempos ancestrales. Desde que muchos de nuestros antepasados murieran por sus picaduras venenosas. Como pasa con los ofidios. Pero claro, diseñar un espécimen en forma de serpiente no hubiera sido muy práctico. Mejor así, ¿no creen?

Lee realizó una pausa dramática. Se lo estaba pasando en grande hablando de sus logros. Tanto, como un escritor vanidoso comentando su último libro delante de un montón de solícitos periodistas.

—Y qué me dicen de su cabeza —continuó el científico, dispuesto a rubricar adecuadamente su discurso—. Salvaje. Brutal… Horripilante. Me inspiré en la mitología de los antiguos griegos. En Fobos y Deimos, hijos de Ares, dios de la guerra. Los gemelos personificaban el temor y el horror, y muchos soldados pintaban sus monstruosas cabezas en sus escudos para provocar espanto en el enemigo.

Las explicaciones del científico los dejó sin palabras. Si alguien, antes de conocer a E6, les hubiera contado semejante sarta de fantasías, se hubieran reído en su cara. Pero ahora no estaban para risas. Lo tenían delante, y Travis y Dylan lo habían visto en acción y sabían lo formidables que podían ser.

Poco más había que saber.

O sí.

Para Abel aún quedaban preguntas por responder.

—Hay algo que no me cuadra —empezó diciendo, sacando a sus compañeros de lúgubres pensamientos en los que seres mutantes despedazaban humanos con la misma facilidad que un niño travieso arranca las alas a una mosca—. Antes dijiste que E1 fue el primero, y que se enfrentó a los felinos en 2017.

—Así fue.

—Luego nos explicaste que un año después se produjo el ataque

al campamento militar, cuando los especímenes eran seis.

—Exacto. ¿Qué no le cuadra?

—El tiempo transcurrido. Un año. Este animal es un individuo adulto, supongo.

—Sí. En plenitud de fuerza y desarrollo.

—No puede ser. Un año es demasiado poco para que algo tan parecido genéticamente a un humano consiga alcanzar la edad adulta.

—¿Un año? —replicó Lee, divertido—. Logramos el crecimiento completo en algo más de cuatro meses. Lo que nos llevó más tiempo fue el adiestramiento de E1. Esa fue una tarea delicada.

Abel se quedó atónito.

—¡¿Cuatro meses?!

—Es normal que se sorprenda —dijo Lee, condescendiente—. Aún hay muchos aspectos del proceso creativo que no conoce. El éxito de este proyecto se fundamenta en la correcta elección de rasgos fenotípicos compatibles y eficaces, de lo cual yo soy el único responsable, y en cinco pilares fundamentales: manipulación genética, útero artificial, desarrollo acelerado, epigenética y clonación. Disciplinas en las que el doctor Yoo es una eminencia, y en las que ha logrado avanzar hasta niveles insospechados.

—¿Epigenética? —dijo Abel, desorientado—. ¿Quiere decir que han logrado aportar rasgos adquiridos a la genética de los especímenes?

—No físicos, por supuesto. Los cambios en el fenotipo no afectan al genotipo. Aunque, en cierto modo, Lamarck tenía razón. Determinados cambios químicos, que no afectan al ADN pero sí al comportamiento, pueden pasar de un individuo a otro. Por herencia o clonación. Cambios que el doctor Yoo supo implementar de una manera única y magistral por medio de reeducación, entrenamiento e ingeniería genética en última instancia.

—Explícate.

—Imagine una instalación eléctrica. Las bombillas y los cables serían el genoma, y los interruptores de la luz el código epigenético, el encargado de encender y apagar genes para que se expresen.

—No llego a comprenderlo del todo —admitió Abel.

—Normal. Es un campo emergente de la ciencia que no todos los

científicos admiten como cierto —explicó Lee.

Travis y Olga, y Dylan, al que además se le empezaban a pasar los efectos del analgésico y volvía a sufrir un dolor de cabeza espantoso, hacía rato que habían desconectado.

—Se basa en un estudio realizado en 2015 a un buen número de hijos de supervivientes del Holocausto nazi —prosiguió el científico—. En el análisis de su ADN se descubrió un cambio en un gen vinculado con los niveles de cortisol, una hormona involucrada en la respuesta al estrés. Dicho cambio, transmitido solo a la línea masculina, otra de las razones por la que los «E» son machos, hacía a los hijos más tolerantes a la tensión, la ansiedad, la angustia, la fatiga o el agotamiento. Logros que, a base de años de sufrimiento en los campos de concentración, desarrollaron sus progenitores. Por tanto, acciones y vivencias quedan marcadas, y pueden transmitirse a los descendientes.

—Como por ejemplo, la secreción de testosterona al escuchar un determinado sonido, o de gratificante serotonina cada vez que matas.

—¿Ve como no era tan complicado de entender? —exclamó Lee, mostrando una amplia sonrisa—. Solo hubo que instruir y modificar a un espécimen, el E1, el resto son individuos clonados que conservan intactas las mejoras en su código epigenético. Un ahorro de tiempo extraordinario. En caso de necesidad, se podrían tener listos los activos necesarios en menos de tres meses. Diez, veinte, cien… Diez mil. Bastaría con un lugar espacioso y el número de úteros artificiales necesarios. Igual que una fábrica. A más pedidos, más máquinas para satisfacer la demanda.

—¡Joder, lo tienen todo pensado!

—Y resuelto. Ya se lo dije: sin restricciones, la ciencia no tiene fronteras. Si además le añadimos una buena inyección de dinero, por supuesto.

Abel se disponía a plantearle nuevas dudas, cuando Travis se adelantó.

—Cojonudo. Ya sabemos todo lo necesario sobre esta… cosa —dijo, señalando a E6 con el cañón de su arma—. También, que hay cinco más como él sueltos por el edificio. ¿No es así?

—Cinco, sí —admitió Lee, expectante ante lo siguiente que iba a

decir.

—Sabemos de lo que son capaces, cómo los crearon y para qué, pero aún no nos has contado una mierda de lo que ha pasado aquí.

El tono de voz del exmarine y su postura corporal cambiaron de repente, presagiando un creciente enfado.

—Bueno… Yo me encontraba… en la sala de control… La verdad es que no… —titubeó Lee.

—¡Algo sabrás, joder! —estalló Travis—. ¿Se escaparon los especímenes?

—No.

—¿Entonces?

—Como le decía, yo realizaba mi guardia cuando las puertas de sus celdas se abrieron y los especímenes salieron como un rayo. Lo vi por los monitores.

—¿Qué hizo entonces?

—Informar al doctor Yoo. Tuve el tiempo justo, luego se cortó la comunicación interior. Lo único que pude hacer después fue alertar por megafonía de lo sucedido.

—¿Fue un fallo eléctrico?

—No lo creo. Todo funcionaba correctamente.

—¿Desde dónde se activaban las puertas de las celdas? ¿Desde la sala de control?

—Sí.

—¿Solo desde allí se podían abrir y cerrar?

—Sí.

—¿La cagaste tú?

—Rotundamente, no.

El exmarine dio un paso hacia Lee, no tanto por intimidarlo como para verlo mejor. No era la primera vez que interrogaba a un hombre, y creía haber llegado a conocer las sutiles reacciones que se producían en un rostro cuando se mentía.

—Veamos, si no fue un fallo eléctrico ni un error humano, solo queda una cosa. Que alguien los liberara adrede.

—¿Adrede? —se sorprendió Lee.

—Si lo que dices es verdad, debió ser alguien de dentro, ya que no existe comunicación desde el exterior del edificio.

—¿Desde dentro?

Al ver al científico flaquear, Olga se acercó para intervenir.

—¿Sabes de alguien que pudiera estar descontento con la compañía o con lo que se estaba haciendo aquí?

—No, de nadie.

—¿Seguro?

El rostro de Lee se iba tensionando más y más a medida que le preguntaban. Ya no se encontraba en su zona de confort hablando de ciencia, con la que se sentía tan seguro, le hostigaban con un asunto muy diferente. Quería colaborar, ahora sí, pero no sabía cómo, y eso, a una persona tan arrogante como él, le crispaba los nervios.

—El personal fue elegido meticulosamente, e investigados a fondo sus antecedentes —continuó Lee, tras reflexionar—. Sabían a lo que venían, y aceptaron el puesto voluntariamente. Además, estaban muy bien pagados.

—Irrelevante. Siempre puede haber una oveja negra en el rebaño —afirmó Travis, rotundo—. Dinero, sabotaje o locura, esas son las opciones.

—Estoy de acuerdo —se animó a intervenir Abel.

—Dime, Dylan, ¿podría hacerse? ¿Alguien que no estuviera en la sala de control, desde otro ordenador, sería capaz de abrir esas jodidas celdas?

—Con los conocimientos necesarios, sí. Un ingeniero informático o un *hacker*. Yo podría hacerlo en cinco minutos —contestó Dylan, con la naturalidad de los sabios.

—Ahí lo tienes —exclamó Travis, encarándose con Lee—. Es posible. Ahora queda saber el motivo. Qué pudo llevar a alguien a liberar a las bestias.

—Sabiendo que matarían a todos los que aquí trabajaban —añadió Abel.

—De eso no estamos seguros —replicó Travis—. Es verdad que hemos visto sangre y no hemos encontrado a nadie vivo, pero tampoco muerto. Está claro que aquí ha sucedido algo muy raro, pero aún no sabemos el qué.

Abel arrugó el ceño y se giró hacia Lee.

—Dime, ¿cómo es el comportamiento habitual de los especímenes?

—Dóciles. Les gusta la oscuridad debido a sus genes de murciélago y suelen dormir durante todo el día, salvo la hora de comer.

—¿Crees que saldrían de sus celdas si alguien las dejara abiertas, y se aventurarían por el edificio por propia iniciativa?

—De inmediato, no. No sería lo normal. Quizá cuando tuvieran hambre…

—Pero salieron rápido, nada más abrirse las celdas, tú lo has dicho.

—Y así fue.

—¿Cómo? Los conoces bien. ¿Cuál era su actitud?

Lee pensó un momento y luego respondió tajante.

—Decididos. Motivados. Como si buscaran…

—Presas —completó Abel—. Presas que matar para obtener un buen chute de serotonina.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Travis al español.

—A que, quien hiciera esto, quien liberara a los especímenes, también debió activar el ultrasonido que eleva sus niveles de testosterona, el que los convierte en asesinos.

Travis se volvió hacia el científico.

—¿Sería posible? ¿Cómo se activan esos malditos ultrasonidos?

—Los dispositivos emisores se guardan en la planta de arriba, a buen recaudo. Veo muy complicado que alguien pudiera acceder a ellos.

—Ya. Tanto como tomar el control del edificio y abrir las puertas de las celdas —analizó Abel, con sarcasmo.

Travis golpeó la culata de su rifle, se alejó del científico y caminó por el despacho con la mirada baja.

Olga observó cómo apretaba los labios y su pecho subía y bajaba al compás de una respiración alterada. Lo conocía, y supo de inmediato que algo en la cabeza de aquel hombre, valiente y seguro de sí mismo, no iba bien.

—¿Qué opinas? —se decidió a preguntarle cuando su silencio se alargó demasiado.

Travis se detuvo y la miró. Durante el tiempo de reflexión, por su cabeza habían pasado muchas hipótesis. Y también imágenes. La última, la del cuerpo de Valtra en brazos de esa bestia.

Compromiso, deber y justicia. ¿Cómo combinar todos esos conceptos con el irracional y poderoso instinto de supervivencia?

Valtra destrozado, devorado por un ser de pesadilla que algún demente había liberado. Falta de información. O falsa. Esa puta compañía debió ponerles al tanto de lo que podían encontrarse. Ellos lo sabían. Lo sabían todo, y aún así los enviaron al matadero. Pero era un cliente, y los clientes ponen las reglas. No era la primera vez que se metían en la boca del lobo con los conocimientos justos. «El que paga manda», se repitió mentalmente, y pagaban muy bien.

Travis, antes de responder a Olga, respiró hondo y giró la cabeza de un lado a otro haciendo crujir las vértebras del cuello.

—Continuamos con los planes.

La rusa entornó los ojos hasta que el verde de sus pupilas se convirtió en un gris sombrío.

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó finalmente.

—Claro.

Cuando salían por la puerta del despacho, Olga se volvió hacia un Dylan que parecía no haberse enterado de nada.

—Ven —le dijo—, a ti también te incumbe.

—Igual que a mí —saltó Abel, haciendo ademán de acompañarlos.

—De eso nada, amigo, tú esperas aquí —lo detuvo Travis, autoritario—. Aún estoy decidiendo si eres de fiar o debo pegarte un tiro.

—Pude haberme largado y sigo con vosotros.

—Esa no es razón suficiente —concluyó el exmarine, indicando con un gesto de cabeza a sus compañeros que abandonaran el despacho.

Al quedarse solos, Lee se acercó al español.

—No sé quién es usted, pero parece inteligente.

—Espabilado más bien —matizó Abel, mientras seguía con la mirada al trío que se detenía a un par de metros de la puerta del despacho.

—Somos ratones en un laberinto sin salida y con cinco gatos dentro —se lamentó Lee—. Si es como usted dice, y alguien activó el ultrasonido, tarde o temprano nos encontrarán.

—Es posible.

—¿Posible? Estamos acabados. La explosión los ha debido poner en alerta.

—¿Sí? Y entonces, ¿por qué no están ya aquí?

Lee lo miró sin saber qué contestar.

—Sabes —continuó Abel, levantando un índice doctoral cerca de su nariz—. Tengo la sensación de que algo se nos escapa. Algo muy importante.

—Les he contado lo que sé.

—Puede que no sea suficiente.

—Bueno… Yo… —farfulló Lee, sin llegar a comprender.

—El laboratorio de la planta baja, por ejemplo. ¿Qué se hacía en él?

—Trabajo básico de preparación de muestras de tejidos y análisis histológicos. Nada del otro mundo.

—¿Y en este?

—Al laboratorio B lo llamábamos «La tierra de los crispis».

Abel arrugó el ceño y Lee se lo aclaró.

—CRISPR son las siglas de la técnica para edición genética.

—Ah, el CRISPR-Cas9.

—Correcto. Cas9 es la proteína que se usa para cortar trozos de ADN de una célula y pegarlos en otra. De esta manera se modifica el genoma de un individuo incluyendo los caracteres que le aporta el gen que se incorpora. Aquí se realizaban esos empalmes.

—¿Qué más se hacía?

—Se secuenciaba el genoma de las especies para poder seleccionar los caracteres que nos interesaba trasladar. De muchas especies.

—Un trabajo arduo. Y caro.

—Arduo, sí; caro, para nada. Hace dos décadas, secuenciar el primer genoma humano costó mil millones de dólares. Ahora se puede hacer por el precio de una resonancia magnética.

—Entiendo que aquí se elegía el material genético y se hacía el corta/pega. ¿No es así?

—Principalmente.

—¿Y el resto del proceso dónde se realizaba? Hablaste de cinco pilares fundamentales: manipulación genética, útero artificial,

desarrollo acelerado, epigenética y clonación.

—Veo que prestó mucha atención a mis explicaciones —dijo Lee, notablemente agradecido.

—Soy espabilado, ya te dije. ¿Dónde se realizaba?

—Arriba, en la planta segunda, en el laboratorio A.

—Ya, pero te olvidaste de un pilar.

Lee puso cara de extrañeza.

—El adiestramiento —le precisó Abel.

—Ah, vale, eso. Supongo que arriba también.

—¿No lo sabes?

—He subido pocas veces.

—¿En serio?

—El doctor Yoo es extremadamente cauteloso con su trabajo. Compartimentos estancos, así es como entiende que deben desarrollarse sus investigaciones para evitar filtraciones.

—O sea que, en realidad, no puedes estar totalmente seguro de conocer todos los experimentos que se llevaban a cabo.

Lee, que había empezado a sentirse cómodo de nuevo hablando de lo suyo, sufrió un bajón repentino. Fue hacia una esquina, acercó una silla y se sentó mirando a la pared.

—No —terminó admitiendo, antes de coger del suelo una lata de Coca Cola medio vacía y beber de un trago lo que quedaba.

Abel dejó que el científico rumiara su frustración en soledad y se volvió hacia el ser que reposaba sobre la mesa.

—¿Sois vosotros lo peor que hay aquí? —se preguntó entre dientes, al tiempo que reprimía las ganas de escapar corriendo de aquel delirante lugar.

17
QUIJOTE

Fuera del despacho tampoco iban demasiado bien las cosas. Travis estaba decidido a continuar con el encargo, mientras que Olga, con mucho tacto, trataba de convencerlo de que lo mejor sería abandonar. Dylan, cada vez más mareado, no se encontraba en disposición de argumentar en uno u otro sentido, y se mantenía en un segundo plano, resignado a aceptar lo que decidieran.

—¿Y tú, no dices nada? —lo increpó Olga, buscando un mínimo apoyo.

Dylan la observó con los ojos nebulosos y se encogió de hombros antes de hablar.

—Peligro hay, aunque también hay un montón de pasta que ganar.

—Los muertos no cobran.

—Sabes que esto no es una democracia —intervino Travis, encarándose con la rusa—. Yo decido.

—Lo sé.

—Terminaremos la misión.

—¿Estás seguro? —le preguntó la rusa, que no tenía todas consigo—. Hemos perdido a Valtra, y Dylan está a medio gas. Sería mejor que lo reconsiderases.

—¿Hablas de salir corriendo con el rabo entre las piernas y los bolsillos vacíos?

—Hablo de ser prudentes.

—Lo seremos. Sé que es arriesgado. Cada vez más. La situación se ha complicado, es evidente —razonó el exmarine, matizando también su tono de voz—. Se ha vuelto mucho más peligrosa de lo que pensábamos. Pero podemos hacerlo. Estoy convencido. Si nos mantenemos juntos, saldremos de esta. Y ricos.

—No estoy tan segura.

—¿Crees todo lo que nos ha contado ese puto científico? Puede que nos haya mentido. Que solo exista una de esas bestias y que el resto del personal esté escondido en la planta de arriba. Cabe la posibilidad de que sea él quien provocara este desastre, y que ahora quiera asustarnos para que no lo descubramos.

—¿Piensas que es el saboteador?

—O el ladrón.

Olga ladeó la cabeza. No le convencía la hipótesis de su jefe.

—¿Por qué no? —continuó Travis, cada vez más amigable—. Libera a esa cosa, crea confusión y, mientras tanto, roba información sobre las investigaciones para venderlas al mejor postor.

—¿Y qué hacía entonces encerrado en aquella sala? ¿Por qué sigue aquí?

—A veces las cosas no salen como esperas. Existen fallos. Contratiempos. Sobre todo cuando no se planifica bien un trabajo. Ya conoces la constante de las siete «pes» de los marines: Una preparación previa procedente previene un producto pobre y pésimo.

—¿Un ladrón inepto? No me cuadra. Me pareció sincero.

Travis iba a contradecirla, cuando Abel se presentó de pronto.

—¿Puedo opinar? —preguntó, buscando un sitio entre la rusa y el exmarine.

—¿Qué haces aquí? Nadie te ha dado vela en este entierro —le espetó Travis—. Te dije que…

—Espera —intervino Olga—. Quizá tenga algo que contarnos. ¿Verdad? Sobre este lugar. Algo que nosotros no sepamos.

Travis consideró la opción y decidió que su lugarteniente tenía razón.

—Si quieres que confiemos en ti —comenzó diciéndole—, tendrás que convencernos.

—Me parece bien. No vamos a hacernos colegas para salir de copas, pero al menos podremos trabajar juntos.

—O sea, que tú estás dispuesto a continuar —concluyó Olga.

—Hay que llegar hasta el final, no queda otra.

—¿Por qué?

—Por responsabilidad.

—A la mierda la responsabilidad —gruñó Olga.

—¿Por curiosidad?

—No me hagas reír.

—¿Por dinero?

—Nosotros, tal vez. ¿Y tú?

—De pequeño destripaba los juguetes mecánicos para saber cómo funcionaban —dijo Abel, perdiendo la mirada—. Siempre me ha fascinado desvelar los misterios. Estando tan cerca, me jodería tener que quedarme con la incógnita. Además, supondría un espaldarazo a mi modesta carrera como… «espía».

—Buena charla, aunque no me convence —dijo Olga—. Creo que eres uno de esos tipos que siempre tiene que hacer lo correcto. De los que ayuda a ancianitas a cargar con la bolsa de la compra, y lleva al refugio a perros que se encuentra abandonados en la calle.

—¿Tú no? Son una monada. Con esos ojitos que te ponen cuando…

—Hablo en serio —lo atajó la rusa.

—Yo también. Me los llevaría a casa a todos, pero no tengo sitio.

—¡Vale ya!

Abel recapacitó y borró la sonrisa de su rostro. Aquella mercenaria tenía razón, la situación no estaba para bromas.

—Empecemos de nuevo. Mi nombre es Abel Santos, y trabajo para la UE.

Tras presentarse, esperó.

Olga entendió el mutis y decidió devolver el gesto de cortesía.

—Él es Travis, él Dylan y yo Olga.

—Encantado.

—¿Unión Europea? —intervino Travis—. ¿En qué departamento?

—División —puntualizó Abel—. La central está en Berlín, Alemania, y opera a la sombra del Servicio Federal de Inteligencia, el BND.

—¿No es oficial?

—No.

—Vaya con los europeos, os creía más preocupados por los temas de género, el bioclima, la comida vegana, los principios

antimilitaristas…

—Y lo estamos. Prioridad absoluta. El problema es que mientras la vieja Europa anda sumida en su mundo ideal, otras sociedades con menos opciones, otros países, otras potencias, nos están arrasando sin que nos demos cuenta. Había que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y os habéis puesto de acuerdo? —preguntó Travis, con sorna.

—Como sabréis, antes de juntarnos, los europeos estuvimos un montón de siglos matándonos los unos a los otros. Eso forjó nuestro carácter desconfiado.

—En las escuelas norteamericanas no se estudia demasiado vuestra historia —dijo Travis, desdeñoso.

—Lo sé —replicó Abel—. El caso es que, tras tantas guerras, algo aprendimos al final. Y ahí andamos, intentando llevarnos lo mejor posible.

—Háblanos de esa división no oficial —lo instó Olga.

—Se llama Centinela, y está financiada por varios países de la Unión Europea.

—¿Varios?

—No todos son de fiar.

—Entiendo que serán Alemania, Francia, Italia…

—Y unos pocos más.

—¿España? —dudó Travis.

—También. Los siglos en que fuimos un imperio los pasamos guerreando y vigilando a los enemigos que acechaban fuera de nuestras fronteras, que estaban por medio mundo. Y ahora, como nación modesta, nos peleamos entre nosotros mismos para no perder la costumbre. Te aseguro que tenemos mucha experiencia en recelar del prójimo. Por eso necesitaban contar con nosotros.

—Españoles —musitó Travis, en tono despectivo.

—No creas todo lo que veas en las películas de Hollywood. No somos tan necios ni tan «quijotes». Ni llevamos mostacho.

—¿Quijotes? ¿Qué significa? —preguntó Olga.

—El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, el libro escrito por Miguel de Cervantes. ¿No lo conocéis?

—Me suena —dijo Travis con indiferencia.

—Cervantes, claro. Sí. Recuerdo que en el instituto se hizo una

lectura conjunta de… —empezó a decir Olga, hasta que Dylan la interrumpió.

—¿Hay alguna película sobre ese tal… Quijote?

—Varias. Antiguas. No creo que hayas visto ninguna —contestó Abel, divertido—. El caso es que ese héroe descrito por Cervantes en su libro era un tipo idealista, comprometido en la defensa de las causas que veía injustas, incluso a costa de sus propios intereses. Un caballero en toda regla, que hacía gala de valores como la cortesía, el coraje, la generosidad, la perseverancia y, por supuesto, la caballerosidad con las damas.

—Uff, qué mal suena eso último —saltó Dylan.

—¿No he dicho que era un caballero del siglo XVII?

—Pues a mí me gusta ese tal Quijote —observó Olga—. Aunque tuviera que aguantar de él alguna que otra atención desmedida, me parece que podría acostumbrarme.

—Ya lo creo —admitió Abel.

—¿Por qué dices que no sois tan «quijotes»? —recordó la rusa.

—Porque a diferencia de ese idílico héroe, a los españoles a nada que nos toquen las narices, se nos revuelven los gatos que tenemos en la barriga, nos olvidamos de valores y demás chiflas, nos cagamos en Dios y en la Virgen, y metemos mano a la espada como se decía antaño. Vamos, que tenemos muy mala leche.

Olga no pudo reprimir una sonrisa. Travis, sin embargo, evitaba empatizar con el español y analizaba cada gesto que hacía, y cada palabra que decía, con la calidad de un detector de mentiras.

—Dejémonos de hostias y volvamos a lo que nos interesa —saltó finalmente el exmarine, tajante— ¿De qué se ocupa Centinela?

—Evidente: vigilar. Eso hacemos nosotros.

—¿A países enemigos? ¿O también a aliados?

—Principalmente a los segundos. De los primeros se pueden encargar los servicios de inteligencia oficiales. Nuestra labor es mucho más delicada. Un paso en falso y se provocaría un conflicto diplomático.

—Me suena. Trabajo marginal.

—Absolutamente. Solo unos pocos altos cargos de los países que colaboran conocen nuestra existencia. Y ahora vosotros. Espero que sepáis guardar el secreto —rubricó, apoyando el dedo índice entre

los labios.

—¿Cómo supisteis de este lugar? —preguntó Travis, inmune a las bromas.

—Seguimos al doctor Yoo hasta aquí.

—¿Quién es ese maldito doctor?

—Sesenta y tres años. Soltero. Sin familia… Una eminencia en su campo, la bioingeniería. Trabajaba en Corea del Norte para Kim Jong-un y las élites del gobierno. Rejuvenecimiento, alargamiento de vida, inmunidad contra enfermedades… Tenía prestigio pero le pagaban mal. Un buen día, libre de ataduras, decidió escapar a Corea del Sur. Allí le fue muy bien con la empresa de clonación de mascotas que creó, y durante unos años ganó un montón de dinero duplicando perros y gatos para ricos a cien mil dólares la pieza. Pero su ambición era mucha, y sus gustos cada vez más caros. Buscó nuevos patrocinadores.

—¿En EE.UU.?

—Primero se ofreció a la UE. Vivir como un rey en París era su sueño. Pero se dio de cara con las restrictivas leyes sobre modificaciones genéticas que gobiernan en Europa. Demasiadas limitaciones, y él quería trabajar sin ellas.

—No creo que aquí se permita hacer lo que él hace —opinó Olga.

—Y no se permite. Norteamérica es menos prohibitiva, pero no tanto.

—¿Qué ofrecía? —preguntó Travis.

—Terapias génicas sin precedentes, armas biológicas, modificaciones en el ADN con las que conseguir mejores soldados… Ya saben… No explicaba cómo, pero sí que necesitaba libertad absoluta de actuación. Trump también lo rechazó. El doctor Yoo necesitaba cruzar demasiadas líneas rojas y, aunque parezca mentira, el estrafalario presidente se asustó.

—Trump, sí —intervino Travis—, pero siempre hay alguien dispuesto a arriesgarse si los beneficios compensan.

—Tú lo has dicho. ¿Sabes de quién os hablo?

—De unos *salvapatrias* con mucho dinero.

—Los responsables de todo esto, y para los que trabajáis, se hacen llamar «Los Patriotas» —continuó Abel.

—O sea que, cuando el científico se refiere a la compañía, en realidad son… —intervino Dylan, repentinamente interesado en la conversación.

—Un grupo formado por militares, políticos, magnates de la industria y los negocios, y hasta artistas. Todos inmensamente ricos y poderosos.

—Los Patriotas —repitió Travis—. Nunca había oído hablar de ellos.

—Normal, se mueven a otro nivel.

—Vaya —replicó Travis, molesto.

—No por arriba —se apresuró a aclarar Abel—. Sus actuaciones suelen discurrir por las cloacas más inmundas. De este modo logran cosas que nadie más puede. Son ultranacionalistas, y desean proteger EE.UU. de cualquier peligro exterior o interior. Mantener su esencia, la forma de vida americana, y creen que para lograrlo es necesario hacer mucho más que lo correcto. Ya sabéis…

—Saltarse las reglas —completó Olga.

—Las que hagan falta.

Travis abrió y cerró la mano derecha, que empezaba a hincharse por la quemadura. La cara también le ardía, y la notaba tensa. Olga percibió una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Perfecto.

Abel se quedó unos segundos observando a los mercenarios antes de decidirse a preguntar.

—¿Hubiera cambiado algo?

—¿Cómo? —dijo Travis.

—De haber sabido que trabajabais para fanáticos peligrosos, ¿habríais aceptado el encargo?

—Por supuesto —respondió el exmarine sin titubeos.

Casi a la vez, Olga y Dylan asintieron con la cabeza. Su jefe tenía razón. El cliente era lo de menos. En su mundo, la inmensa mayoría de las veces el que pagaba era un cabronazo de mierda.

—Vaya, tenéis más valor del que pensaba —admitió Abel.

—¿Por qué lo dices?

—Los tentáculos de esa gente llegan a cualquier rincón que podáis imaginar. De ahí que no tuvieran problema en organizar un

safari en Afganistán para certificar la eficacia de esas bestias.

—¿Y?

—Bueno, se supone que yo trabajo para gobiernos democráticos, gente de orden, y aún así siempre ando con la mosca detrás de la oreja —contestó Abel.

—Nosotros miramos al frente, no hacia atrás, y ahora lo que tenemos entre manos es un puñado de monstruos dispuestos a amargarnos la fiesta —resumió Travis.

—Creí que habías dicho que desconfiabas del científico —replicó Olga, en tono muy serio.

—O es muy buen actor, o dice la verdad.

—Entonces, cuando antes dijiste que…

—Quería tranquilizaros.

El rostro de piel blanca de Olga se tornó bermejo. Estaba enfurecida.

—No vuelvas a hacerlo. A mentirnos. A tratarnos como a niños. ¿Hay algo más que te contara Sam que no nos hayas dicho?

—Os lo conté todo, palabra.

—Te respeto. Eres nuestro jefe. Pero si vamos a jugarnos el culo, merecemos que seas sincero con nosotros —concluyó Olga en su papel de lugarteniente, diciéndole las cosas a la cara.

Travis aguantó el rapapolvo. Chascó la lengua y apartó la vista de la rusa. Jamás la había visto tan enfadada. Y tenía razón para estarlo. Debía disculparse y lo hizo a su manera, asintiendo con un golpe seco de cabeza. Un gesto casi imperceptible que a Olga le bastó para dar la cuestión por zanjada.

—¿Sam? —saltó Abel, después de unos segundos pensando—. ¿Unos setenta años, exceso de peso, siempre con sombrero?

Travis se envaró sin responder, aunque su rostro de asombro evidenciaba una afirmación.

—Hace años que nos pasa información sensible —continuó Abel—. Debió ser él quien dio el chivatazo a mi jefe de que veníais.

—¡Ese hijo de puta! —estalló Travis.

—No se lo tengas en cuenta. Hay que ganarse la vida.

Olga decidió intervenir. Aún quedaban preguntas por hacer, y ese español parecía conocer muchas de las respuestas.

—¿Qué más sabes de este lugar?

—En plena Guerra Fría, en 1947, se eligió Montana para que albergara el Servicio de Transporte Aéreo Militar. La persona al mando era un general de origen irlandés apellidado Brown. Un tipo eficiente y disciplinado que terminó por desarrollar una enorme paranoia. En 1950, con cincuenta y tres años, fue relevado de su puesto por «exceso de celo», un eufemismo que intentaba tapar sus problemas mentales. El caso es que lo jubilaron, y terminó invirtiendo sus ahorros en granjas de pollos en Idaho. Lo hizo tan bien, que a los pocos años había logrado amasar una inmensa fortuna. La cuestión fue que sus paranoias habían aumentado en la misma medida que su dinero, convirtiéndolo en un «prepper».

—¿Un qué? —preguntó Dylan.

—*«Prepper»*. Preparado para el apocalipsis.

—Ah, un *survivalista*.

—De los más fanáticos. Sus años al frente de la división aérea de Montana, donde tuvo que vivir momentos muy tensos con la Unión Soviética, hicieron saltar los últimos tornillos de su cabeza. Se obsesionó tanto con que el fin del mundo se aproximaba, que decidió construirse un lugar seguro donde refugiarse antes de que eso sucediera.

—Este edificio —apuntó Olga.

—Exacto. Regresó a Montana, buscó un rincón remoto de difícil acceso e invirtió todo su dinero en levantar una fortaleza. Lo llamó *Safetyhouse*, y su intención era trasladarse a vivir con su mujer y sus cuatro hijos en cuanto estuviera terminada. Pero nunca lo hizo.

—¿Por qué? ¿Se dio cuenta de que los *zombies* que asolarían la Tierra acabarían todos en Montana? —preguntó Dylan, divertido.

—Los *zombies* no, pero sí los ataques nucleares de los soviéticos.

El informático torció el gesto sin entender, y eso le provocó un pinchazo de dolor en la cabeza. Abel continuó con la explicación.

—En 1959 se emplazó en Montana la base de misiles balísticos intercontinentales más grande de EE.UU., y se llenó con decenas de Minuteman. Eso dio al traste con los planes de supervivencia del antiguo general Brown. La zona elegida para esa poderosa arma estratégica estaba cerca de *Safetyhouse* y, en caso de conflicto armado con la Unión Soviética, todo el estado de Montana podría

terminar arrasado por bombas nucleares.

—Ahora entiendo la pinta que tiene este edificio —reflexionó Dylan—. Sin ventanas en la planta baja, y minúsculas en el resto.

—Y ya habéis visto el ala oeste, hay decenas de cuartos donde almacenar alimentos, agua y munición. *Safetyhouse* es un fortín inexpugnable, diseñado para soportar pandemias o colapsos económicos que hundan gobiernos y provoquen revueltas, incluso asaltos con armas convencionales y un largo asedio.

—Pero aquel coronel nunca lo usó —recordó Olga.

—No. Como os he contado, el viejo paranoico desistió de trasladarse aquí por temor a un ataque nuclear directo. Cuando murió, arruinado, sus herederos pusieron el edificio en venta. Nadie lo quiso comprar, y *Safetyhouse* permaneció abandonado durante décadas. Hasta que, en 2010, alguien se interesó por él.

—Los Patriotas —apuntó Travis.

—Los mismos. Acababan de crear su asociación, y un lugar como este les venía de perlas para sus intereses. Además, se vendía a precio de saldo. Normal, ¿quién querría algo así? Los primeros años lo usaron como lugar secreto de reunión, después de acondicionarlo mínimamente. Cuando llegaron a un acuerdo con el doctor Yoo en 2015, les pareció el sitio ideal para que trabajara: situado en mitad de la nada, apartado de la vista de cualquiera y seguro. Muy seguro. En seis meses lo habían modernizado, y dotado con los más avanzados equipos de laboratorio para genética. Entonces fue cuando saltaron todas las alarmas en mi división. Yo no trabajaba aún para Centinela, pero, según he sabido, se puso a *Safetyhouse* bajo vigilancia, ya que se sospechaba que el ambicioso y talentoso doctor Yoo había sido contratado por esos fanáticos con el objeto de desarrollar armas prohibidas.

—¡Soldados universales, como en las pelis de Jean-Claude Van Damme! —exclamó Dylan, emocionado.

—Bueno, no tanto —contestó Abel, sin poder evitar una sonrisa—. Se pensaba que podrían realizarse experimentos con la finalidad de crear armas biológicas, virus mortales y mejoras en los soldados. Una mayor capacidad de resistencia, más fuerza, mejor visión nocturna, mayor tolerancia a la falta de sueño, al dolor, al

estrés… Durante años, Centinela tuvo este lugar en su punto de mira sin poder confirmar nada de lo que os he dicho. Pero no desistimos. Sabíamos que algo se tramaba. Nadie financia con tanto dinero, ni durante tanto tiempo, un proyecto científico si no tiene claro que va a obtener resultados. Y menos, tipos tan astutos y poderosos como Los Patriotas.

—¿Llevan desde el 2015 vigilando este lugar? —se sorprendió Olga.

—Más intensamente desde el 2018. Cuando empezamos a detectar un mayor movimiento.

—¿Qué movimiento?

—Entrada y salida de vehículos pesados. Llegada de material extra de laboratorio y, sobre todo, de animales vivos.

—¿Cómo?

—Terneros pequeños, ovejas y cabras, principalmente. Pensamos que serían para consumo del personal. Carne fresca, ya sabéis… Luego, al verificar que llegaba un camión cargado cada semana, empezamos a sospechar. Demasiada carne. Aquí pasaba algo raro.

—¿Y qué pasaba?

—Nunca lo supimos. Bueno, hasta ahora.

—¿Te refieres a los especímenes?

—¿A qué si no? Según Lee estuvieron listos en el 2018, justo cuando empezaron a traer ganado vivo. O sea, comida y adiestramiento. A esas cosas les gusta matar, no lo olvidéis.

—La gran cantidad de animales confirmaría el número de especímenes, ¿no crees? —preguntó Olga.

—Claro. Además está lo de las celdas numeradas de la E1 hasta la E6. Quedan cinco más de esos engendros, no me cabe duda. Cinco más, al menos.

—¿A qué te refieres? ¿Puede haber más?

—He hablado con Lee. Arrinconando su desmedida vanidad, me ha confesado que no está al tanto de todos los experimentos en los que podía estar metido el doctor Yoo. Y eso es un problema añadido.

—Y de los gordos —admitió la rusa, sin quitar ojo a Travis.

El exmarine decidió intervenir.

—Ahora estás especulando.

—Correcto —admitió Abel—. Pero no está de más tomar precauciones extras si vamos a seguir por aquí.

—¿Por qué no denunciasteis lo que se hacía en estos laboratorios al Gobierno Norteamericano? —preguntó Olga.

—No es tan sencillo. Sabemos que Los Patriotas se encuentran infiltrados en las más altas esferas, y no les sería difícil bloquear cualquier investigación el tiempo suficiente para librarse antes de todo el material comprometido. Sobre todo, si la denuncia proviene de alguien anónimo. No podemos desvelar la existencia de Centinela, y necesitábamos algo más que sospechas para iniciar una acción internacional con garantías de éxito.

—Por esa razón te enviaron a ti.

—No del todo. La cosa se precipitó. Mi jefe me ordenó que viniera a echar un vistazo porque temía que *Safetyhouse* fuera a ser desmantelado, y quería obtener pruebas de lo que aquí se hacía antes de que eso sucediera.

—¿Te habló de nosotros?

—No fue tan preciso. No puede serlo —Abel sonrió—. Se supone que soy ornitólogo y estoy en Montana realizando estudios de aves autóctonas, y que él llama desde una universidad de Alemania para que le dé novedades sobre mis investigaciones. Ya veis, medidas de seguridad extremas por si controlaban nuestras llamadas vía satélite. Me gustaría que nos oyerais, es todo un número. En fin, lo que interpreté es que Los Patriotas habían enviado a un equipo especializado porque algo imprevisto había sucedido en el edificio, y que existía la posibilidad de que también vinieran a borrar pruebas.

Travis meditó unos segundos.

—Unos limpiadores —dijo finalmente, preocupado.

—Exacto. El asunto es que yo me encontraba de guardia y me tocó la china. Había que actuar de inmediato, y aquí estoy.

—¿Cómo hacías las vigilancias? —se interesó Olga.

—Tengo alquilada una cabaña de cazadores a unos cuantos kilómetros de aquí. Todos los días venía a caballo, montaba mi tienda de observación de aves en un collado próximo, y a mirar por los prismáticos. Ocho meses llevaba así. Estaba a punto de llegar mi relevo.

—Mala suerte.

—¡Ya te digo!

Travis quería información, y también actuar. Sabía por experiencia que, cuanto más tiempo se permanecía dentro de un lugar desconocido más probabilidades había de terminar con una bala en el cuerpo. En ese caso, con una buena dentellada. Estaba cada vez más inquieto, pero aún le quedaba un detalle importante que no renunciaría a conocer.

—Todo eso está muy bien —comenzó a decir, airado—. Ahora dinos cómo cojones lograste entrar en el edificio.

—Y dónde despedazaban los monstruos al pobre ganado —intervino Dylan.

Travis miró furibundo al informático por pisarle la pregunta. Él ni se percató, y continuó hablando.

—Supongo que será en el mismo lugar donde se cargaron a los leones y al tigre. ¿En la planta segunda? ¿Es allí donde tienen montada esa puñetera «Cúpula del trueno» como la de la película de Mad Max?

Abel se tomó su tiempo para responder. Hasta el momento había tenido suerte. Lee no había mencionado el sótano, y los mercenarios no se percataron de la tecla que bajaba hasta él cuando tomaron el montacargas. En teoría, su plan de fuga continuaba intacto. Sin embargo, algo había cambiado desde que vio al espécimen. Lo que se hacía en esos laboratorios traspasaba con creces las más nefastas predicciones. Y todavía podía haber más. Tenía que quedarse para averiguarlo. Continuar hasta el final, como le dijo a la rusa. Y para ello necesitaba seguir con los mercenarios, ganarse su confianza.

—Con una respuesta contestaré a las dos preguntas —dijo finalmente Abel—. El sótano.

—¿Hay sótano aquí? —se sorprendió Travis, mirando al suelo.

—Se accede a él a través de una mina abandonada que atraviesa la montaña —explicó—. Investigamos a fondo la construcción de *Safetyhouse* y conseguimos los planos originales. Por eso conozco también su distribución.

—Mierda. Un sótano —repitió Travis, irritado—. ¿Y no pensabas hablarnos de él?

—Lo estoy haciendo ahora. Acababa de llegar cuando tú

—continuó explicando, dirigiéndose a Dylan—, y tu amigo muerto, me encontrasteis en la sala del generador. Accedí allí por unas escaleras.

—¿Qué viste abajo? —preguntó Olga.

—Una gruta artificial enorme con una jaula de acero. Dylan lo definió muy bien, la «Cúpula del trueno». Un jodido *ring* del terror. Escuché ruidos extraños y me pareció ver movimiento. Durante el poco tiempo que pasé allí abajo tuve la sensación de que alguien o algo me observaba. Además, el olor a putrefacción era insoportable. Ese sótano está lleno de animales muertos… o de cadáveres humanos.

—¿Los científicos? —aventuró Olga.

—Sin duda. Puede que haya estado caminando cerca de la despensa de esos monstruos, y que ellos estuvieran allí mientras yo… ¡Joder, joder!

—El científico tampoco mencionó el sótano —comentó Travis.

—No le preguntamos. Daría por hecho que lo conocíamos —dijo Olga.

—Quizá se lo callaba, como tú —dijo Travis, señalando a Abel con un dedo acusador—, para poder usarlo como vía de escape.

—Esa era mi intención —respondió Abel con naturalidad—. Pero él… No lo creo. —Y antes de que le preguntaran por qué, se explicó—. La gran caverna, que podía utilizarse para almacenamiento extra y refugio, y la salida secreta que proporciona la mina, debieron ser determinantes para que el viejo coronel se decidiera por este emplazamiento. Sin embargo, cuando entré, no aprecié signos de que las puertas que sellan la mina hubieran sido usadas en los últimos sesenta años. Además, salir y entrar usando esa ruta es muy complicado. Una vez en la mina, es necesario conocer el camino correcto entre los túneles, que son un verdadero laberinto.

—Tú lo conoces, claro —dijo Olga.

—Claro.

—¿Tienes un plano? —quiso saber Travis.

—Sí.

—¿Dónde?

Llegado a este punto, Abel decidió que ya había sido bastante

sincero y que le convenía guardarse una carta en la manga por si las moscas.

—Aquí —dijo señalando su cabeza con un dedo.

Travis soltó un resoplido y miró a Abel con intensidad.

—¿Algo más que debamos saber?

—No —respondió el español sin intimidarse.

—Bien, entonces, pongámonos en marcha —concluyó el exmarine, encaminándose hacia el despacho.

Dylan lo siguió, tambaleante.

Abel iba a hacerlo también cuando Olga lo agarró por el brazo para retenerlo.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene ese repentino cambio de actitud?

—¿Cómo? —preguntó Abel, extrañado.

—Hace unos minutos querías hacerte con un arma para poder escapar de nosotros, y ahora estás dispuesto a acompañarnos. No lo entiendo.

—Ahora la cosa es distinta. El espécimen. Ya te lo dije. Necesito saber más —respondió Abel.

—Si le hubiera contado a Travis lo de la pistola, te habría matado.

—Gracias. Te debo una.

—En serio. Anda con mucho cuidado. No sé qué pretendes, pero te estaré vigilando.

—Sabes, creo que en el fondo confías en mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque piensas que soy como el héroe cervantino.

—¿Un… quijote?

—Algo así.

—No me hagas reír.

—Reír es bueno. Segrega endorfinas, alivia el insomnio, previene los infartos, rejuvenece la piel y eleva los glúteos.

Olga apretó los labios y la mandíbula dispuesta a que su rostro no sufriera el más mínimo cambio. Y lo consiguió.

—Vamos. Aún nos queda mucho trabajo por hacer —le dijo cuando estuvo segura de que su voz podría mantener un tono acorde con su gesto serio.

18
SEGUNDA PLANTA

Al entrar en el despacho encontraron a Lee inclinado sobre el espécimen, mirando con detenimiento la cabeza.

—¿Qué haces? —le espetó Travis.

—Evaluando los daños.

—Está muerto. Con eso basta.

—Sí. Es evidente. Solo quería confirmar por qué.

—¿Por qué? Porque le estalló una mina a un palmo de sus narices.

—Me refería al motivo que le llevó a cometer el error. A no darse cuenta de que corría hacia una trampa. Y ya lo sé.

Abel se acercó a la mesa. Olga también. Dylan aprovechó para sentarse en el sillón y beber un poco de agua. Travis, inquieto, solo quería continuar con la misión.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó la rusa.

—Una bala le vació un ojo, otra le dañó la lengua y, una tercera, le afectó al pabellón auditivo. La primera le enfureció, la segunda mermó sus posibilidades de emitir sonidos, y la tercera le impidió formarse una imagen precisa del entorno. Su sistema de ecolocalización estaba seriamente afectado. Actuaba a ciegas, igual que un submarino sin sonar en mitad del océano.

—¿Y? —saltó Travis.

—Nada. Ahora sé por qué está él sobre la mesa y no usted. Tuvo mucha suerte.

Travis se revolvió. No tragaba a ese científico. Le sacaba de quicio. Sin embargo, lo que les había explicado tenía mucho valor. Les acababa de mostrar los puntos débiles de aquel ser, y eso podía representar una ventaja importante si volvían a enfrentarse a uno de ellos.

—Ojos, lengua y orejas —enumeró el exmarine, conteniéndose las ganas de mandarlo al infierno—. ¿Dónde más podemos hacerle daño?

—Su piel es más fina en las articulaciones. Parte delantera del codo, parte trasera de la rodilla… Pero la axila y la ingle serían más efectivas. También el ano.

—Cojonudo —saltó Dylan—. Le decimos que se ponga mirando a la pared, que se incline, y le metemos el cañón del fusil por el culo.

—Es lo que hay —replicó Lee.

—¿Cómo de efectivo sería un disparo en la axila o en la ingle? —preguntó Travis.

—Con un calibre 50, bastante. Con lo que llevan ustedes, una herida superficial acompañada de intenso dolor.

—¿Nada más?

—¿Qué quiere que le diga? Los creamos casi indestructibles —respondió Lee, henchido de orgullo.

De malos modos, Travis se giró hacia Olga.

—No soporto a este tío —dijo a media voz y con inquina.

—Ni nadie, supongo —añadió la rusa.

Lee, ajeno a las críticas, continuaba observando a la bestia con la meticulosidad de un forense.

—Bien. Nos vamos —decidió Travis—. Aquí ya no tenemos nada más que hacer.

Dylan miró a su jefe desde el sillón con los párpados a media asta. Abel se acercó a él.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Te duele la cabeza? ¿Sientes mareos? ¿Cómo tienes la visión?

—Mal. Sí. Sí. Mal —respondió el informático.

—De humor bien, y eso es bueno —concluyó Abel—. Te daré algo para que te sientas mejor.

—Vale.

Con premura, Abel buscó en el botiquín, cogió un par de pastillas y se las ofreció.

—Gracias —dijo Dylan, echándoselas al coleto antes de beber un buen trago de agua.

—A ti también te vendría bien algo para esas quemaduras

—sugirió Abel a Travis, mostrando un bote entre los dedos—. Esta crema te calmará el dolor.

—No me importa el dolor. Me mantiene alerta —lo rechazó él.

Abel torció el gesto y miró a Olga.

—Caray. Creía que los tipos así de duros solo existían en el cine.

—Pues ya ves que no —dijo la rusa.

Travis hizo como si la cosa no fuera con él y comprobó el cargador de su arma por enésima vez.

—En marcha.

Dylan se incorporó renqueante del sillón y Olga le entregó una pistola.

—Se te cayó.

El informático la observó casi con desprecio.

—Con la Beretta poco podré hacer.

—Toma esto también —añadió, ofreciéndole el cinturón con el revólver y el cuchillo que le habían quitado a Abel

—Un momento —dijo este—. Eso es mío. Creo que me he ganado el derecho a recuperarlo.

Olga pidió permiso a Travis con la mirada, y él se lo concedió realizando un sutil movimiento de cabeza.

—Cuidado dónde apuntas —le advirtió la rusa, mientras se lo entregaba.

—No soy un ojo de halcón, pero me manejo lo suficiente —replicó Abel, cogiendo el cinturón—. Además, esta réplica de un Colt 45 del Viejo Oeste que compré para mimetizarme con la América profunda, es una maravilla. Me lo recomendó un armero del pueblo. Dijo que era lo más potente que tenían en arma corta.

—No te servirá para nada —dijo Dylan, al pasar a su lado camino de la salida.

—También me vendió cartuchos especiales hechos por él mismo. Pólvora extra y bala con punta de tungsteno, capaz de atravesar a un oso de quinientos kilos a cincuenta metros de distancia. Al menos, eso es lo que me aseguró.

Cuando terminó de hablar, todos habían salido ya del despacho. Incluido Lee.

—Ni puto caso —dijo para sí, resignado, mientras terminaba de ajustarse bien la hebilla del cinturón.

En la esclusa se palpaba el nerviosismo. Quedaba una puerta y luego se darían de bruces con lo desconocido.

Travis abrió y salió el primero, con el arma lista para disparar. De inmediato, Olga se colocó a su lado. La explosión había reventado los fluorescentes, solo uno colgaba del techo aportando una luz parpadeante.

—¡Joder, menudo desastre! —comentó Dylan, un paso por detrás de sus superiores.

Lee caminaba después, y cerrando el grupo iba Abel.

Al llegar a la altura del montacargas Travis se detuvo y se quedó muy quieto, escuchando. El resto lo imitó.

—Subiremos por las escaleras —decidió pasados unos segundos sin que oyera nada sospechoso.

Olga asintió y esperó mientras el exmarine tomaba la delantera. Los demás lo siguieron en fila india. Tras pasar Abel, la rusa echó un último vistazo al corredor y comenzó a subir cubriendo la retaguardia.

Las escaleras, estrechas y poco iluminadas, eran iguales a las que ya habían subido desde la planta baja, con la salvedad de que estas presentaban un aspecto más limpio y cuidado. Dos tramos y llegaron a una puerta metálica. Travis se detuvo y la observó preocupado. En el pequeño rellano se agolpó el resto. Olga fue la última en verla.

—Tenía la clave de acceso —comentó el exmarine—, pero veo que no me hará falta usarla.

Lee, con los ojos fuera de las órbitas, empujó a Dylan y se acercó hasta la puerta entreabierta. Tembloroso, palpó la cerradura rota y luego pasó la mano por la superficie de metal, deteniéndose en dos enormes abolladuras paralelas que había a la altura de sus ojos.

—Qué raro. Esto no es normal. Nada normal —le oyeron decir, hablando para sí mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó Travis.

—No veo marcas de garras. Los especímenes habrían destrozado la puerta para entrar, aunque no de esta manera.

—Puede que no lo hicieran ellos —comentó Abel—. Quizá los científicos, buscando refugio, la forzaran con algún objeto contundente como un extintor.

Lee miró por el suelo, buscándolo, y de nuevo se centró en la puerta.

—Sí. Puede que hicieran eso. Puede —concluyó sin mucha convicción.

Travis, alerta como un búho en una noche de verano, empujó la puerta lo suficiente como para poder echar un vistazo rápido.

—¿Qué? —preguntó Olga, impaciente.

—Otro distribuidor parecido al de abajo.

—¿Y?

—Aquí ha habido «fregao» de cojones.

Con extrema cautela, Travis fue empujando más y más la puerta hasta que salió apuntando en todas direcciones. Cuando creyó que el pasillo era seguro, hizo un gesto con la mano para indicar al resto que lo siguieran. Esta vez Olga se adelantó y ocupó un lugar junto a él, cubriendo su flanco izquierdo.

Dylan salió después. Abel iba a hacerlo cuando vio a Lee recular hasta un recodo del rellano.

Preocupado, fue hacia él.

—Aquí no puedes quedarte —le dijo, agarrándolo del brazo.

—Tengo miedo. No quiero morir —lloriqueó el científico.

—Ni yo. También los tengo de corbata, pero te aseguro que el único lugar seguro que existe en este edificio lo encontrarás pegado a sus espaldas —añadió señalando a los tres mercenarios.

Tiritando, Lee claudicó y por fin todos salieron al pasillo.

Como había dicho Travis, aquel lugar parecía el escenario de una matanza. Había salpicaduras y manchas de sangre seca por las paredes y el techo, y en el suelo charcos coagulados. Además vieron zapatos, jirones de ropa arrancados y hasta parte de una melena rubia con el cuero cabelludo unido a ella.

Travis consultó el mapa que tenía descargado en su móvil, se orientó y echó a andar hacia su derecha.

Abel se acercó a él.

—¿Adónde vamos?

—A los servidores —contestó el exmarine, sucinto.

—¿No deberíamos antes buscar supervivientes?

—¿Supervivientes? Mira esto.

—El doctor Yoo. Lee dijo que podía estar en su despacho. Que

era una fortaleza.

—Tiene razón —le apoyó Olga—. Si continúa vivo, no podemos dejarlo allí.

—No tengo ni puta idea de dónde puede estar su despacho. El plano que tengo es limitado —respondió Travis.

—Preguntémosle a él —sugirió Abel.

Lee, que permanecía junto a Dylan como una ardilla asustada, les oyó.

—Está justo en la otra dirección —dijo señalando hacia la izquierda.

—¿Lejos? —quiso saber Travis.

—No demasiado.

El exmarine dudaba. Olga se acercó para hablarle al oído.

—¿Qué hacemos?

Travis meditó una fracción de segundo antes de responder.

—Que se pudra —repitió, y echó a andar en dirección a los servidores.

Olga se encogió de hombros, mirando al español, y siguió a su jefe. Dylan, sin fuerzas para opinar, hizo lo mismo. Al final Abel tuvo que desistir de su idea de rescate y, empujando a Lee, fue en la misma dirección que los mercenarios.

El pasillo por el que caminaban era ancho y bien iluminado, y estaba lleno de puertas. Todas destrozadas. Travis renunció a revisar los cuartos a los que daban acceso. Eran demasiados. La sangre y el caos continuaban siendo los protagonistas en el siguiente pasillo que giraba a la derecha. Y también algo que no habían visto antes: señales de disparos. Agujeros de bala en las paredes y casquillos en el suelo. Travis se agachó y cogió uno.

—Calibre 7,92 × 57 —dijo mostrándole el culote a Olga—. Pertenecen a los Zastava M76 serbios de los guardias.

—Ya veo —corroboró la rusa.

—Sigamos.

El pasillo, más estrecho que el anterior, desembocaba en una puerta de doble hoja. Al llegar encontraron en el suelo más casquillos, cargadores vacíos y una cantidad enorme de sangre y restos biológicos podridos.

—¿Esos son dientes? —preguntó Dylan, señalando lo que

parecían dos paletos y un incisivo arrancados de raíz.

—Sí —afirmó Abel—. Y eso de ahí es un ojo. Lo del rincón parece un pulgar, y al lado hay media oreja.

—¡Joder! ¡Qué mierda! —exclamó el informático.

—Los guardias intentaron hacerse fuertes aquí —dedujo Travis.

—Por los múltiples trocitos de su anatomía que hay por todas partes, creo que no les sirvió de mucho —dijo Abel.

—No era un buen lugar para defenderse —opinó Olga.

—Se encontrarían la puerta cerrada y no tuvieron otra opción. Tiene cerradura con código, no lo conocerían —observó Travis.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Abel.

—Mi plano no lo dice. Aparece un espacio grande. Tendríamos que atravesarlo para llegar a…

Abel se volvió hacia Lee.

—¿Qué hay? —le preguntó, dejando a Travis con la palabra en la boca.

El científico, sudoroso, se rascó la cabeza.

—Hace años que no subo a la planta segunda. Si no recuerdo mal, esta parte del edificio, al igual que el ala oeste de la planta primera, tampoco estaba acondicionada.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

Abel se dirigió a Travis, que miraba de nuevo su teléfono móvil.

—Tus planos deben estar equivocados.

—No lo están —replicó el exmarine—. Míralos tú mismo.

Y eso hizo. Cogió el móvil y recorrió con el dedo la ruta que había marcada, sobre unos planos básicos pero precisos, hasta los servidores.

—Tienes razón. Es por aquí. Dime —continuó, preguntando a Lee—, ¿has estado alguna vez en los servidores?

—Sí. Al principio.

—¿Cómo llegaste a ellos?

—Por la otra dirección. Atravesando el laboratorio A.

—Ya lo veis —dijo Abel, devolviéndole el teléfono a Travis—. Hay otro camino que, además, pasa por el despacho del doctor Yoo. ¿No es así?

—Correcto —confirmó Lee.

—Al acondicionar esta parte, debieron crear otro acceso. Este es el más directo, sin duda. Y es el que seguiremos —sentenció Travis al tiempo que consultaba, entre sus notas, la clave para abrir la cerradura.

—No sabemos lo que nos encontraremos al otro lado de la puerta. Al menos por el otro camino… —comenzó a decir Abel.

—Déjalo —le sugirió Olga, y él obedeció.

Travis comenzó a teclear.

Abel, resignado, dio un par de pasos hacia atrás hasta colocarse junto a Lee y, por primera vez, desenfundó su revólver.

La cerradura electrónica de la puerta emitió un clic metálico y se abrió. Por la ranura salió un aire frío con olor extraño.

—Atentos —dijo Travis, empujando la puerta con el cañón de su fusil

Él entró primero, seguido muy de cerca por Olga. La luz en el interior era escasa y necesitaron encender las linternas adosadas a sus armas. La sala a la que accedieron era cuadrada, grande, de unos veinte por veinte metros, con un techo de al menos cuatro metros de altura, y parecía totalmente vacía. La poca luz que la iluminaba provenía de unos focos adosados al techo que proyectaban haces muy concentrados sobre el suelo de hormigón. También las paredes y el techo eran de hormigón visto, sin revestimiento alguno. De lejos vieron que los focos creaban una diadema de conos de luz en el centro, en torno a algo que había en el suelo.

Con un gesto de la mano, Travis dio instrucciones para que Dylan se colocara a su izquierda y Olga a su derecha, y, así dispuestos, continuaron avanzando.

Abel y Lee se quedaron pegados a la puerta. Uno porque respetaba el buen hacer de esos mercenarios, y sabía que cerca de ellos lo único que podría hacer era estorbar; el otro porque estaba, simple y llanamente, aterrorizado.

Cuando Travis llegó al centro del círculo de luz vio dos grilletes unidos a cadenas cortas sujetas al suelo por una robusta argolla. Todo de acero lustroso.

—¿Qué mierda es este sitio? —preguntó sin esperar respuesta.

Pero la hubo.

—Mira en aquella pared de la derecha. Parece uno de esos cristales que usan en las comisarias para que el sospechoso no vea quién le observa —opinó Olga.

Travis y Dylan dirigieron sus miradas hacia la zona que la rusa iluminaba.

—Estoy contigo. Tiene toda la pinta —le apoyó Dylan.

Travis se puso a recorrer con el haz de su linterna todo el perímetro de la sala. Tanto el techo como el suelo.

—Conductos de instalación y otros aparatos que no logro identificar —dijo una vez terminó de analizar el entorno.

—Al lado hay una puerta. ¿Echamos un vistazo para ver qué hay tras esa cristalera? —propuso Olga.

—Déjame pensar —dijo Travis, convencido al cincuenta por ciento.

Abel vio al trío detenido en el centro de la sala y decidió acercarse. Reticente, Lee lo acompañó hasta medio camino.

—¿Qué es esto? —preguntó el español al ver los grilletes en el suelo.

—Ni puta idea —respondió Dylan—. Olga cree que es una sala de observación XXL. Mira allí.

El haz de la linterna de la rusa volvió a iluminar el cristal tintado y la puerta.

—¿Vamos a ver qué hay dentro? —quiso saber Abel.

—Eso estábamos decidiendo —respondió Dylan, con poco entusiasmo, mientras se ajustaba la venda de la cabeza.

Travis estaba demasiado preocupado para entrar en la conversación. Según los planos se encontraban muy cerca de los servidores. Un poco más y lo habrían logrado. Su mente soñaba con ese estado tan gratificante que se llama triunfo. Triunfo relativo, ya que, pasara lo que pasara, no lo podrían celebrar con Valtra. Su mera evocación le provocó una punzada de dolor que se propuso mitigar poniéndose en movimiento.

—Venga —ordenó lacónico.

Olga y Dylan, al verlo echar a andar, se pegaron a él. Abel dudó. Finalmente regresó a buscar a Lee.

—Aquí no te puedes quedar.

—¿Hueles eso? —preguntó el científico, igual que si estuviera en

trance.

—Huele a tormenta. Ozono. Tengo buena nariz.

—¿Sabes para qué se usa?

—¿Desinfección?

—Exacto. En los laboratorios hay máquinas que lo generan. Sirve para eliminar los microorganismos patógenos que pueda haber en el ambiente, y malos olores en general. No es bueno para el cuerpo humano, por eso usamos los generadores de ozono cuando ya no hay nadie trabajando.

—¿Qué me quieres decir?

—Que esto no es un laboratorio.

Abel recapacitó y ató cabos.

—¿Crees que este lugar es donde…?

Por el rabillo del ojo vio las luces de las linternas moverse, y cómo los tres mercenarios abrían la puerta que había junto al cristal tintado.

—Vamos —dijo con urgencia, empujando a Lee para que caminara delante de él.

Al entrar, encontró a Travis, Olga y Dylan observando la habitación con cara de pasmo. No era muy grande. Tres por tres metros a lo sumo. El techo estaba bajado con paneles de escayola pintados de negro. El suelo era sintético, también negro, y las paredes estaban forradas con aislante acústico de color gris oscuro. Solo había una mesa semicircular pegada a la pared, frente al cristal, ocupada con una pantalla de ordenador y aparatos llenos de botones de colores, teclas e interruptores deslizantes.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó Travis.

—Son controladores de sonido y vídeo —explicó Dylan, señalando la mesa—. Si no fuera porque no tiene sentido, yo diría que esto es un estudio de grabación.

—Casi, pero no exactamente —intervino Abel.

—¿Cómo?

—Mirad a través del cristal. ¿Qué veis justo en el centro?

—Poco, la verdad. Unas luces. Los grilletes… —respondió Dylan.

—Yo veo una puesta en escena —concretó Abel—. Olga acertó de pleno. Es una sala de observación para adiestramiento de especímenes. ¿Qué opinas? —remató dirigiéndose a Lee.

—Podría ser. Ya os he dicho que no me encargaba de…

—Tiene sentido —admitió Travis—. Pero ¿cómo hacían para traerlos hasta aquí?

—ASMR —contestó Lee—. Respuesta Autónoma Sensorial Meridiana. Se diseñó un ultrasonido específico para provocarles una irresistible somnolencia. Cuando estaban prácticamente dormidos, nos asegurábamos rociando sus celdas con un potente anestésico vaporizado.

—Interesante —dijo Abel.

—Ahora queda saber qué hacían con ellos aquí —intervino Olga.

—Si queréis puedo echar un vistazo rápido —sugirió Dylan, en general, aunque lo que esperaba era la autorización de su jefe

Cuando este se la dio con un leve asentimiento de cabeza, el informático tomó asiento y se puso a tocar teclas aquí y allá. El ordenador estaba encendido, igual que el resto de aparatos, y no necesitó demasiado tiempo para familiarizarse con el manejo del equipo.

Después de unos minutos, en la pantalla apareció un listado de carpetas muy largo.

—¿Veis esto? —dijo sin volverse.

—¿Qué es? —preguntó Olga.

—Accesos directos que activan programas. Rutinas de trabajo. Mirad sus nombres: Jungla, Ciudad nocturna, Bosque, Edificio, Túnel, Estación… Apostaría mi desbordante *sex-appeal* a que Abel tiene razón. Desde aquí simulaban distintos escenarios, seguramente de combate.

—¿Cómo es posible? —se interesó Travis.

—Ni pajolera idea. He encontrado una carpeta donde se guardaban las grabaciones, pero está vacía. Alguien borró todos los archivos. Puedo recuperarlos, aunque me llevará una hora más o menos.

—Ni soñarlo —sentenció Travis.

—¿Qué hago entonces? ¿Quieres que active una de las simulaciones? La duración es de unos pocos minutos.

—Estaría bien —opinó Abel.

—Si hacemos mucho ruido puede que… —comenzó a decir Olga, prudente.

—Será un momento. Si la cosa se desmanda, corto por lo sano —la tranquilizó Dylan—. ¿Le doy, jefe?

—Adelante —dijo este pegándose al cristal, picado por la curiosidad.

El resto lo imitó, con Lee a la cabeza.

Al principio, cuando Dylan cliqueó en uno de los accesos, no pasó nada. Ya elegía otro cuando comenzó a salir humo desde las esquinas de la gran sala.

Por temor a que se tratara de algún gas tóxico, Olga cerró la robusta puerta de metal.

El humo se fue diluyendo, perdiendo cuerpo, para acabar convertido en una neblina densa pero traslúcida, semejante al vapor de agua, que fue extendiéndose desde el suelo hasta alcanzar el último rincón de la sala. Entonces se apagaron los focos del techo y todo se quedó a oscuras.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Travis, inquieto.

—Esperemos —dijo Dylan.

No tuvieron que hacerlo mucho. De pronto, ante sus ojos, se materializó lo que parecía el interior de un bunker medio derruido. A continuación, por una de sus puertas, entraron dos hombres armados. Dos soldados con uniforme del ejército de tierra ruso. Travis dio un respingo y levantó el fusil para apuntarlos.

Abel le sujetó el cañón.

—Quieto. No es real.

Travis, incrédulo, observó cómo los dos soldados se separaban y registraban el supuesto bunker.

—Es un holograma. El mejor que he visto en mi vida —determinó Dylan, entusiasmado.

—¡Increíble! —exclamó Olga, alucinada por el realismo de las imágenes.

—En el cine se proyecta sobre una pantalla blanca, con lo que se obtiene una imagen de calidad en dos dimensiones —explicó el informático—. Las proyecciones holográficas deben hacerse sobre un objeto tridimensional, como agua vaporizada. Seguro que lo habéis visto alguna vez.

—Sí, pero esto…

—Es otro nivel, lo sé —atajó Dylan a Olga—. Había oído hablar

de una tecnología nueva, carísima, que usa partículas facetadas de un polímero altamente reflectante y ligero que, en cantidad suficiente, consigue reproducir imágenes 3D de una calidad cercana a la realidad. Una tecnología todavía en desarrollo. O eso suponía.

—Recursos ilimitados —comentó Abel.

—Habrá ventiladores que mantienen las partículas en suspensión —continuó Dylan, con los brazos cruzados y recostado contra la silla igual que si estuviera disfrutando de una película de acción—, y múltiples proyectores estratégicamente colocados en las paredes y el techo que reproducen las escenas.

Travis, un poco avergonzado por la reacción defensiva que había tenido antes, observaba a los soldados con ojos profesionales. ¿Qué hacían? ¿Cuál era la intención de todo aquel teatrillo?

Las respuestas no tardaron en llegar. En un momento dado, los dos soldados bordearon un muro de hormigón destrozado y apuntaban a la vez a algo que se suponía que había delante de ellos.

—Ahora se encuentran en el centro de la sala —oyeron decir a Dylan—. Creo que ya entiendo de qué va esto.

—Ese es el lugar donde estaría el espécimen —continuó Lee, repentinamente animado.

—Él los ve, ve al enemigo, pero no puede moverse porque está encadenado —concluyó Olga.

Los soldados dijeron algo en ruso, a gritos, y después comenzaron a disparar. Ráfagas largas que sonaron con un realismo escalofriante. A la vez que se producían los disparos, un arco voltaico saltó entre los dos grilletes. Un rayo de luz azulada y zigzagueante que permaneció en el aire hasta que los soldados dejaron de apretar el gatillo.

Satisfecho, Dylan detuvo la simulación.

El bunker y los soldados desaparecieron y los focos del techo volvieron a dibujar un círculo de puntos de luz en el suelo.

—O sea, que así es como lo hacen —comentó Travis.

—Adiestramiento mediante castigo —dijo Abel—. De esta manera enseñan a odiar.

—Supongo que tienen soldados de todos los ejércitos actuales: chinos, coreanos, iraquíes… Y distintas razas de posibles enemigos: asiáticos, negros, árabes —comentó Dylan.

—Etnias o culturas —lo corrigió Lee—. Se sospechaba, pero desde que se secuenció el genoma humano se pudo confirmar que solo existe la raza humana. De hecho, suele haber más similitudes genéticas entre un negro y un blanco que entre dos blancos.

—¡Lo que me faltaba por oír! —saltó Dylan—. Que don… ético, que ha ayudado a crear monstruos usando a humanos, insinúe que soy un segregacionista.

—No era esa mi intención. Quería explicar que…

—Lo hemos comprendido —le cortó Travis—. Como también, el modo en que entrenaban a esas bestias para convertirlas en más bestias todavía.

—Solo a una de ellas —replicó Lee, incapaz de mantener la boca cerrada si detectaba imprecisiones en el lenguaje científico—. Con eso es suficiente. Recuerden, esas experiencias negativas provocarán cambios químicos en determinadas zonas de su ADN que se trasmitirán a sus clones. Epigenética. Les hablé de ella.

—Castigo y estímulo positivo. Como ratas en un laberinto. Si toman el camino equivocado, descarga eléctrica; si toman la ruta correcta, premio —dijo Abel—. Veo el castigo, pero ¿dónde está el queso?

—Hemos asistido a la simulación sin espécimen —contestó Lee—. Supongo que atacaría a los soldados, lanzándoles zarpazos. El nivel de testosterona se le habría disparado, y seguidamente obtendría una buena ración de serotonina.

—Me da vueltas la cabeza —confesó Travis, volviéndose de malos modos—. Estamos perdiendo el tiempo. Nada de esto nos interesa ya. Salgamos de aquí y terminemos lo que hemos venido a hacer.

—Un momento —dijo Abel, cruzándose en su camino para impedirle que saliera de la habitación.

—¿Qué cojones te pasa a ti ahora?

—¿No lo entiendes? ¿Vosotros tampoco? —preguntó Abel, mirándolos uno a uno a la cara.

—¿Qué tenemos que entender? —se decidió a preguntar Olga.

—Que la simulación debe ir acompañada de la emisión de ese ultrasonido específico que eleva el nivel de testosterona —respondió Abel.

—Sería lo procedente —añadió Lee—. Ya lo he dicho.

—Y también has dicho que, cuando el espécimen atacara a los soldados, recibiría una buena dosis de hormonas del placer y la felicidad. ¿Correcto? —quiso confirmar Abel.

—Correcto. Elevación de niveles de testosterona para hacerlo más agresivo, castigo para enfurecerlo aún más y dirigir su odio y, para terminar, recompensa —enumeró Lee.

¿Adónde diablos quieres llegar? —preguntó Travis al español.

—A que puede que la hayamos cagado —contestó este, con cara de infinita preocupación.

Lee, de pronto, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Diablos, tiene razón! —exclamó, dejando la boca tan abierta como un rape.

—No entiendo nada —confesó Travis—. Si no nos contáis de una puñetera vez lo que pasa, voy a…

Un sonido se escuchó de pronto, enmudeciendo al exmarine. Un sonido que ya les era familiar. Un tableteo rítmico e intermitente como de entrechocar de maderas.

Ta, ta, tó. Ta, ta, tó. Ta, ta, tó.

—Hostia puta —exclamó Dylan, en susurros.

—Fuera luces —ordenó Travis, al tiempo que apagaba la linterna adosada a su fusil.

Olga lo imitó, y la habitación se quedó a oscuras.

—Olvidamos cerrar la puerta de la sala… La simulación… Al iniciarla también activamos el ultrasonido… El reclamo… —explicó Abel a trompicones—. Lo hemos conducido hasta aquí.

El tableteo sonó de nuevo, pero sutilmente distinto al final.

Ta, ta, taé. Ta, ta, taé. Ta, ta, taé.

—Los hemos —rectificó Lee—. Son dos.

Instintivamente, a pesar del miedo que sentía, el científico se pegó al cristal intentando ver algo, igual que haría un niño en un acuario poco iluminado. El resto hizo lo mismo.

—¡Mierda! —masculló Travis, sin saber muy bien qué hacer.

Entonces escucharon otro tableteo diferente.

Ta, ta, taí. Ta, ta, taí. Ta, ta, taí.

—Tres —dijo Olga, con la resignación de quien acepta una condena a muerte.

19
MORIR MATANDO

No los vieron hasta que llegaron al centro de la sala. En efecto eran tres, caminando juntos directos hacia ellos. Las luces cenitales provocaban sombras que acentuaban los horribles rasgos de sus caras, y el humo que aún flotaba en el aire terminó de componer una imagen realmente fantasmagórica.

—¿Podrán vernos? —se atrevió a preguntar Dylan, casi inaudible.

—Con los ojos no —contestó Lee, con voz temblorosa—. Pero su olfato y su oído son extraordinarios.

—Silencio entonces —reclamó Travis.

—Con eso no bastará —continuó Lee—. Pueden escuchar los latidos de nuestros corazones a través de las paredes. Ya saben que estamos aquí, y quieren cazarnos.

—Estamos jodidos —se lamentó Abel—. Ahora nuestras vidas dependen de lo resistentes que sean el cristal y la puerta.

Al escucharlo, Olga se precipitó a echar el cerrojo. Lo hizo sin miramientos, y el ruido provocó que los especímenes se revolvieran, agitaran los brazos, abrieran las fauces y emitieran un sonido estridente que inundó la habitación. Luego continuaron avanzando hacia el cristal.

Una vez pasaron por debajo de los focos y entraron en la zona de sombras, desaparecieron. Dentro de la habitación la expectación era máxima. El corazón de los cinco observadores iba a mil, y cada uno gestionaba su miedo de una manera distinta. Travis y Olga, entrenados para las situaciones límite, lo mantenían a raya mientras evaluaban las opciones que tendrían en caso de que lograran entrar. Abel y Lee se rompían la cabeza intentando encontrar una salida. Dylan, por el contrario, había descartado un enfrentamiento y

tampoco pensaba en cómo huir; su mente, más imaginativa, se esforzaba en descubrir la manera de alejar a las bestias para que ellos pudieran escapar.

Y en esas andaba el informático cuando, de súbito, tres rostros espeluznantes aparecieron pegados al cristal.

De un brinco los cinco se echaron hacia atrás. Lee llegó hasta el fondo de la habitación.

—El cristal tiene que ser reforzado —comentó Olga, como quien expresa un deseo.

—Esperemos —dijo Abel.

Las fauces abiertas, mostrando los impresionantes caninos, empañaron el cristal, y sus lenguas violáceas lamieron la superficie con glotonería.

—Estos cabrones ya se relamen pensando en nuestra carne —vaticinó Travis.

—Sangre —oyeron decir a Lee.

—¿Cómo?

—Los especímenes son hematófagos. Se alimentan de sangre —aclaró el científico.

—Carne, sangre… Qué más da. La cuestión es que estamos bien jodidos.

—Y que lo digas —corroboró Olga.

Las bestias, despacio, se retiraron del cristal, y, por unos segundos, desaparecieron de nuevo de la vista.

—¿Se habrán ido? —preguntó Abel, aferrado al revólver como si fuese el interruptor de la vida.

Dylan, muy atento, le contestó.

—No los he visto salir por la puerta.

—Ni lo harán —acabó de desilusionarles Lee—. Están sobreexcitados, y quieren su recompensa.

—Pues les va costar chuparnos la sangre. Aquí estamos seguros. Esperemos el tiempo que haga falta antes de…

Un golpe brutal en el cristal dejó mudo a Abel.

Uno de los especímenes se había lanzado contra él igual que una locomotora, provocando que este vibrara a punto de romperse. Casi seguido otro espécimen hizo lo mismo, y a continuación el tercero. Y así, alternándose, fueron embistiendo hasta que, en una de las

esquinas superiores de la cristalera, comenzó a aparecer una fisura.

—¡Esto no va a aguantar mucho más! —exclamó Travis—. Preparémonos.

Olga lo imitó, e introdujo una granada en el lanzagranadas adosado a su fusil.

—¿Qué hacéis? —preguntó Abel—. Si disparáis con eso a tan poca distancia vamos a morir todos.

—Lo sabemos —contestó Travis con la serenidad de los locos o los temerarios, que a menudo comparten cama.

—No voy a permitir que esas bestias se llenen las tripas con mi sangre —añadió Olga—. Antes prefiero reventar con ellos.

—Bien dicho —dijo Travis colocándose junto a ella, hombro con hombro frente a la cristalera.

—Morir matando, ¿esa es vuestra solución? —les espetó Abel.

—Cuando no existe otra, es la mejor —respondió el exmarine.

Un silencio trágico se instaló en la habitación. Hasta que lo rompió Dylan.

—Bueno, quizá sí exista otra solución —dijo, y todos se volvieron hacia él como si esperaran ver un milagro.

Las arremetidas continuaban, y la fisura terminó convirtiéndose en una grieta que recorrió todo el cristal.

—Desembucha, ¡joder! —lo espoleó Travis, al ver al informático abstraído.

—Las simulaciones —acertó a decir—. Activaré una. Los distraerá. Quizá así podamos escapar.

No había tiempo para pensar, y Travis decidió en una décima de segundo.

—No tenemos nada que perder. Probemos.

En realidad cualquier idea que tuviera una probabilidad de éxito mayor de cero le hubiera valido, y aquella lo tenía.

—Rápido —lo apremió.

Dylan tardó en reaccionar. Finalmente, caminó hasta la mesa y se sentó frente al ordenador. Desde allí, a un palmo de su cara, contempló aterrorizado las acometidas de las bestias, que dejaban espumarajos de saliva amarillenta en el cristal resquebrajado.

La lista de secuencias seguía en la pantalla del ordenador, y él clicó en una cualquiera sin pararse a leer. De inmediato el proceso

comenzó, apagándose los focos del techo e inundándose la sala con la neblina artificial. Las bestias dejaron de lanzarse contra la cristalera y se quedaron quietas, hasta que los proyectores se encendieron creando la ilusión de una exuberante selva; entonces se pusieron en guardia, mirando en todas direcciones, abriendo y cerrando sus afiladas garras.

—No servirá de nada —oyeron decir a Lee.

—¡Cállate! —lo increpó Travis, acercándose a la puerta.

Media docena de soldados con uniformes norcoreanos, armados con AK-47, surgieron de pronto de la vegetación. Caminaban despacio, por separado, como si buscaran algo. Al llegar al centro de la sala se detuvieron apuntando a un enemigo imaginario. Las bestias, coordinadas, los rodearon y, cuando comenzaron a disparar al lugar donde se encontraban los grilletes, una de ellas atacó lanzando un zarpazo brutal dirigido al cuello de uno de los soldados, y luego a otro.

—Ya han matado de verdad —dijo Lee, reculando más y más hasta toparse con la pared del fondo de la habitación—. La simulación solo los enfurecerá más.

En esta ocasión fue Olga la que decidió callarlo.

—¡Cierra el pico de una puta vez! —le gritó sin miramientos.

Pero no lo consiguió.

—Quieren despedazar cuerpos. Quieren sangre. Pronto comprenderán que nada es real, y entonces… —continuó el científico, hasta que un ruido lo enmudeció.

Se había golpeado la espalda contra la pared y el sonido no era el del hormigón sólido, sino más parecido al que haría una… puerta.

Desesperado, tanteó a oscuras hasta reconocer un picaporte. Lo giró y abrió.

Una luz rojiza inundó la habitación. Abel fue el primero en darse cuenta.

—¡La madre que nos parió! —exclamó al ver la puerta abierta—. ¡Somos gilipollas de cojones!

Travis y Olga se volvieron para mirar.

—Olvidamos lo más sencillo —continuó Abel, viendo al científico abandonando la habitación como alma que lleva el

diablo—. Ni siquiera nos planteamos la posibilidad de que existiera una segunda salida.

—Es verdad —se sorprendió Olga—. Dimos por hecho que…

—Dejemos las lamentaciones para más tarde y salgamos de aquí —los acució Travis.

Dylan, antes de levantarse, tuvo tiempo de ver cómo los engendros, cansados de que sus zarpazos atravesaran los cuerpos etéreos de los soldados, se detenían un instante, confundidos, para después volver a fijar su mirada en la cristalera.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! —exclamó entonces, tirando la silla para salir corriendo.

Fuera de la habitación se encontraron con un pasillo iluminado por balizas adosadas al techo que aportaban una escasa luz roja. Un pasillo largo y estrecho del que partían otros pasillos. Allí también se toparon con Lee, paralizado, sin decidirse cuál elegir.

—¿Qué hacemos? ¿Por dónde vamos? —preguntó Abel, hecho un manojo de nervios.

—Dímelo tú. ¿No conocías los planos del edificio? —le exhortó Olga.

—No con tanto detalle. Sé que algunos pasillos, como el de la derecha, rodean la planta. Pero todos los demás… podrían conducirnos a un callejón sin salida.

—Tomemos el de la derecha —determinó Travis—. Quizá nos lleve de vuelta al montacargas. Y desde allí podríamos…

—Darnos de bruces con los bichos —completó Dylan.

—Tienes razón —admitió cabizbajo—. Si desisten de romper la cristalera y vuelven a salir de la sala de entrenamiento…

El exmarine, hombre acostumbrado a tomar decisiones rápidas en situaciones complicadas, estaba sin ideas. Él entendía de estrategias. De cómo actuaban los hombres, los soldados, pero nada sabía de monstruos. De ahí que estuviera dispuesto a aceptar la primera propuesta que se hiciera. Cualquier cosa menos quedarse quietos.

Y fue Abel quién la hizo.

—El laboratorio A está en el ala este, eso lo sabemos, y a continuación está la sala se servidores. Yo iría por la izquierda y después continuaría zigzagueando entre pasillos siempre en esa

dirección. Ampliamos posibilidades de encontrarlos y, de paso, se lo pondremos más difícil si nos siguen.

Un nuevo golpe resonó en el pasillo.

Dylan se asomó a la habitación y vio a dos de las bestias estampándose repetidas veces, y al tiempo, contra la cristalera, que aguantaba a duras penas, y llegó a una conclusión terrible.

—Chicos —dijo campechano—. Me temo que se han dividido.

—¿Cómo? —preguntó Travis.

—Dos golpean el cristal. Y uno…

—Viene a por nosotros por otro camino —completó Olga.

—No se hable más. Corramos —determinó Travis, sin dudarlo, y animó con un gesto violento de la mano a que el grupo enfilara el pasillo de la izquierda a toda velocidad.

Lee iba delante, seguido de Dylan y Abel. Olga esperó a su jefe y juntos, dejando unos metros de margen, corrían los últimos.

A mitad del pasillo, Abel tomó la delantera con intención de guiarlos. Tenía buen sentido de la orientación y confiaba en que, si no se despistaba, lograría desentrañar ese laberinto de corredores y habitaciones vacías y llegar al laboratorio. Si no se despistaba ni se cruzaba en su camino con alguna de aquellas quimeras chupasangre, claro.

Llegado a un punto, dobló a la derecha y enfiló un corredor estrecho, igualmente iluminado por balizas rojas. El resto del grupo lo siguió obediente. Justo entonces escucharon a lo lejos el estruendo de unos cristales al romperse. Nadie habló. Para qué, todos sabían lo que significaba: que en nada tendrían a las bestias pisándoles los talones. Lo que sí provocó fue un aumento del ritmo. Ya no trotaban. Corrían, literalmente, entre pasillos y pasillos.

La falta de ventilación y lo claustrofóbico del lugar, con poca luz y paredes desnudas de hormigón oscurecido, los agotaba física y anímicamente. Sudorosos, con la respiración alterada por el esfuerzo y el temor a toparse con uno de esos engendros al doblar cualquier esquina, el grupo continuó corriendo detrás de un Abel cada vez más desesperanzado.

—¡Hostia puta! —exclamó al torcer por un pasillo que suponía que ya debía llevarles hasta el laboratorio y encontrarse con otro corredor idéntico al que habían cruzado.

—¿Estamos perdidos? —preguntó Dylan, al verlo detenerse y dudar.

—La dirección es la correcta —respondió Abel, aguzando la vista hacia su derecha—, pero no doy con el pasillo que nos lleve hasta… Un momento.

Cada vez más acostumbrados sus ojos a la penumbra que reinaba en aquel laberinto, creyó ver algo al fondo del pasillo. No una oscuridad absoluta, como en el resto, sino una levísima claridad.

—¿Qué pasa? —preguntó Olga.

—Allí —respondió Abel—. Creo que hay luz. Luz blanca.

La rusa entornó los ojos. El resto también.

—Es posible —dijo Dylan con entusiasmo—. Al fondo hay algo.

—Sigamos —concluyó Travis—. Sea lo que sea es mejor probar que quedarnos quietos.

Y bajo esa premisa actuaron.

A un ritmo más bajo, debido al agotamiento y a la necesidad de ser más prudentes, el exmarine se puso en cabeza y guio al resto del grupo. Cuando llevaban unas decenas de metros recorridos se hizo patente que la intuición de Abel había sido acertada. Efectivamente, al final del pasillo se veía una luz blanca que contrastaba con la deficiente iluminación roja que los rodeaba; un luminoso rectángulo de esperanza que los animó a apretar el paso en busca de la salvación.

Pero las ilusiones se desvanecen con la misma rapidez que aparecen, y eso fue lo que les pasó al llegar a la meta. Como deseaban, se trataba de un pasillo iluminado con fluorescentes blancos. Con un nivel de luz aceptable. Hasta ahí todo correcto. El problema era que el acceso estaba bloqueado por una malla metálica.

Prudente, evitando tocarla, Travis se asomó para echar un vistazo.

—Estamos en el punto medio de un largo pasillo, cómo no —anunció defraudado.

Por turnos, ya que el espacio no era mucho, miraron todos.

—La malla cubre techo, paredes y suelo. Qué raro —comentó Abel.

—Muy raro —admitió Olga.

—¿Qué significa esto? ¿Tú lo sabes? —le preguntó Abel a Lee.

—Ni idea. Ya les dije que…

—No lo repitas más veces —le espetó Travis de malos modos—. Sabemos que hace años que no subías a la segunda planta, y que de un tiempo a esta parte solo hacías de canguro de los seis monstruos. Te preguntamos qué cojones significa esta reja por si, por una de esas casualidades de la vida, supieras algo.

—Yo… No… No recuerdo que el proyecto contemplara… —empezó a decir Lee, confuso, hasta que el exmarine le cortó.

—¿No recuerdas? —preguntó sin aflojar—. ¿Como tampoco recordabas que había un sótano?

—¿Un sótano?

—Sí. Donde afilaban las garras las bestias matando terneros y ovejas. El sótano al que se accede a través de una mina abandonada. Por donde entró el español.

—Bueno, sí. Lo siento. Di por hecho que sabrían que…

—No des por hecho nada, joder. Es evidente que te habías convertido en un cero a la izquierda, pero nos la estamos jugando y tienes que colaborar. Debes hacer un esfuerzo por ayudar. ¿Lo entiendes?

—Yo… Les he contado lo que sé… Siento que…

Olga, compadecida por la humillación a la que estaba sometiendo su jefe al científico, decidió intervenir.

—Déjalo ya. Esto no nos lleva a ninguna parte y estamos perdiendo el tiempo.

Travis la miró de soslayo y se llevó la mano a la cara. El dolor de las quemaduras lo torturaban, y lo habían vuelto irascible; sin embargo, igual que los animales salvajes ocultan sus enfermedades para no mostrar debilidad ante los depredadores, el exmarine jamás admitiría lo mal que se sentía.

—Está bien —dijo, conteniendo una mueca de dolor—. ¿A alguien se le ocurre qué puede ser esto?

Abel observó con detenimiento la malla metálica, y vio que se trataba de un entrelazado de cables *electrosoldados* en forma de rombos de unos tres centímetros de lado, y de un curioso color plateado amarillento.

—¿Puede estar electrificada? —preguntó Olga.

—Probemos —contestó Abel, sacando su Bowie—. Apartaos un poco.

Una vez el grupo se colocó a una distancia prudencial, Abel lanzó el cuchillo contra la verja procurando que la hoja golpeara de plano.

No pasó nada.

Más seguro, se atrevió a tocarla con los dedos.

—Confirmado. No hay corriente.

—¿Alguna idea? —lo apremió Travis.

—Podríamos cortarla. Es bastante fina —opinó el informático, sacando de su cinturón una *multiherramienta* que tenía alicates de corte.

—Yo no lo haría —lo contradijo Abel—. Su finalidad debe de ser otra que la de impedir el paso, ya que envuelve por completo el pasillo.

—¡Envolver! ¡Eso es! —saltó Dylan, con el mismo entusiasmo con el que Arquímedes, al ocurrírsele su famoso «principio» mientras se bañaba, gritó: ¡Eureka!

—¿Qué pasa? —preguntó Travis, intranquilo por encontrarse sin una salida rápida.

—¿Sabéis a qué me recuerda? —continuó el informático, con una pregunta retórica que no tardó en responder él mismo—. A las bolsas de patatas fritas que usan en las pelis los protagonistas, donde meten sus teléfonos móviles para que los malos no los puedan localizar.

—Bolsas de aluminio —dijo Abel—. ¿Hablas de una… jaula de Faraday?

—¡Exacto! —exclamó Dylan—. ¿No te lo parece?

Abel se asomó de nuevo.

—La verdad es que tiene toda la pinta —terminó admitiendo.

—¿Qué es una jaula de Faraday? —preguntó Travis.

—Un receptáculo recubierto por materiales conductores de la electricidad, como planchas de aluminio o mallas metálicas como esta —explicó Dylan—. Funciona igual que un blindaje contra los efectos de un campo eléctrico exterior.

—Entiendo, un bloqueador de señales —dijo Travis—. Tiene

sentido.

—Sí. Una más de las medidas de seguridad para proteger los servidores de posibles hackeos exteriores —añadió Olga.

—Exacto. Lo que se encuentre dentro de una jaula de Faraday estará totalmente a salvo —determinó Dylan.

Abel, pegado a la verja, se esforzaba en ver en una y otra dirección.

—Hay un par de puertas —dijo cuando tuvo clara la situación—. Una al final del pasillo, a la derecha, y otra a la izquierda. Un poco más allá creo que la jaula se cierra. O así debería ser.

—¿Cómo? —dijo Travis, apartando al español para ver mejor.

—Juraría que la malla tiene una puerta, y está abierta —añadió Abel—. Fíjate bien.

Olga también se acercó a la malla. Dylan no se molestó, y Lee bastante tenía con rumiar el rapapolvo al que había sido sometido.

—Tienes razón —admitió la rusa—. Es difícil saber si es una puerta o una rotura, pero lo que parece claro es que desde allí hay un acceso abierto al interior.

Travis también vio esa posibilidad.

—Ok. ¿Qué propones? —le planteó a su lugarteniente.

—Antes pasamos un pasillo que corría paralelo a este. Si lo seguimos y después torcemos…

—Saldríamos justo en la cabecera de la malla —completó el exmarine—. Buena idea. Probemos.

Y sin dar opción a más comentarios, se puso en marcha.

Olga, Dylan y Lee lo siguieron sin rechistar. Abel no lo tenía tan claro. Algo no le cuadraba, y temía que estuvieran cometiendo un error fatal. Al final, desistió y se unió al grupo cuando ya enfilaba el pasillo paralelo.

Recorridos unos veinte metros se toparon con un corredor que doblaba a la derecha, desde el cual se veía el pasillo iluminado.

—De momento, la cosa marcha —dijo Travis ufano, apretando el paso.

No se toparon con ninguna malla metálica, y pudieron llegar adonde querían.

—La puerta no está abierta. Mirad la cerradura y las bisagras. Alguien la reventó de un fuerte golpe —observó Olga.

—Algo bastante común aquí —advirtió Travis—. Vamos. Los servidores tienen que estar detrás de una de esas puertas.

—No lo creo —lo contradijo Abel—. Según mis cálculos, después de ver tu plano y lo que nos ha contado Lee, yo diría que tienen que estar…

—Me importa una mierda tu opinión —le espetó el exmarine—. Si esta puta jaula la usaban para bloquear a posibles *hackers* exteriores, algo ocultarán aquí. Y las tripas me dicen que son los servidores.

—Vale, lo que tú digas —se plegó Abel.

Iracundo, soñando con encontrarse cerca de su objetivo, Travis echó a andar procurando pisar por encima de las tablas de madera que había colocadas en el centro del suelo a modo de aislante.

Olga esperó a que el resto lo siguiera y luego retuvo al español agarrándolo del brazo.

—¿Qué pasa? —le dijo en bajito, muy cerca del oído.

—Se llama intuición —contestó Abel en el mismo volumen—. Algo aquí no me gusta ni un pelo.

—El jefe está jodido. No le presiones. Sabe lo que hace —le advirtió la rusa.

—Vale. Echemos un vistazo. Total, ¿qué podemos perder? ¿La vida? —concluyó, rubricando con una sonrisa tan artificial como un filete de plástico.

La primera puerta a la que llegaron era de metal, y el marco estaba soldado a la malla metálica con el objeto de mantener la estanqueidad del circuito. Había un panel digital en un lado. Travis se dispuso a introducir el código que tenía anotado, el que correspondía a la sala de servidores, pero antes de que lo hiciera, Dylan lo detuvo.

—No hace falta. Está desbloqueada. Mira el código de color —dijo señalando la pantalla encendida en verde.

Extrañado y receloso, Travis le hizo caso y accionó el picaporte. Un leve giro y se abrió.

Olga abandonó a Abel y se apresuró a entrar junto a su jefe. La puerta era ancha y, después de empujarla, con las armas listas, pudieron acceder a la vez.

El resto esperó fuera —unos segundos que se les hicieron

eternos—, hasta que escucharon la famosa frase: «Todo despejado».

El siguiente en entrar fue Abel, seguido de Dylan. Lee se quedó en el quicio de la puerta mirando sin entender, como el resto.

—Los servidores no tiene pinta de que estén aquí —comentó Abel, con cierto tonillo de guasa—. Más bien diría que estamos en otra sala de… observación.

—Apostaría a que sí —secundó Dylan—. Menos mal que hemos llegado después de la fiesta. ¡Madre de Dios!

La habitación era rectangular, y se encontraba dividida en su mitad por un cristal que iba desde el suelo hasta el techo. En un lado, en el que el grupo se encontraba, había un atril, varias mesas y sillas, pantallas de ordenador, controladores de video y sonido semejantes a los que ya habían visto en la sala de los hologramas… Todo parcialmente destrozado y tirado por el suelo. Al otro lado del cristal solo había una sencilla silla de metal, y, frente a ella, una enorme pantalla de televisión adosada a la pared. La luz provenía de unos focos minúsculos empotrados en el techo de escayola, y era escasa, pero más que suficiente para reconocer lo que allí había tenido lugar.

—Y creíamos haber visto mucha sangre —comentó Dylan.

—Y otras cosas —añadió Abel, señalando un trozo irreconocible de carne junto a la pata de una mesa.

—Esto sí que parece la sala de interrogatorios de una comisaría —comentó Olga, obviando la barbarie que se adivinaba.

—Una comisaría del futuro —completó Dylan, reconociendo la tecnología superior de algunos de los aparatos que allí había.

—En la sala grande los entrenaban con hologramas bélicos. ¿Y aquí? ¿Cuál podría ser la función de esta otra sala? —se preguntó Abel, mirando sin muchas esperanzas a Lee.

Este no le defraudó y, tras encogerse de hombros, bajó la mirada.

—¿Más entrenamiento? —aventuró Dylan.

—No lo creo —respondió Abel—. ¿Imagináis a uno de esos monstruos sentado en esa silla mirando la pantalla mientras un grupo de psicólogos lo someten a una sesión de control mental para convertirlo en un fanático obediente? Ni de coña.

—Yo tampoco lo veo —secundó Olga.

—¿Entonces? ¿Qué demonios es esto? —preguntó Travis.

Lee se encogió de hombros un poco más, aunque la pregunta no iba dirigida a él. Ni a él ni a nadie en concreto. En realidad, el exmarine ya había desistido de entender aquel extraño lugar, y solo quería centrarse en la misión.

—Miremos qué hay en la otra habitación —concluyó.

Abel y Lee, más cerca de la puerta, salieron los primeros. Unos metros por detrás, los siguieron el resto. Travis fue el último en abandonar la habitación, y el único que creyó escuchar algo.

Lejano, mínimo, pero reconocible.

—¿Qué pasa? —le preguntó Olga, cuando se dio cuenta de que su jefe se había quedado petrificado.

Lee y Dylan también se detuvieron. Abel, sin embargo, que había cobrado unos metros de ventaja, continuó andando sin percatarse de nada.

—¿Qué pasa? —insistió la rusa, ante el mutismo de su jefe.

—Las bestias —contestó Travis, a media voz—. Están aquí.

—No escucho nada —dijo Olga, después de aguzar el oído unos segundos.

—Yo tampoco —secundó Dylan.

—Creedme, están cerca —concluyó Travis, echándose el arma a la cara para apuntar al fondo del pasillo, donde ya no había fluorescentes en el techo y la oscuridad era casi absoluta.

El grupo se mantuvo vigilante a la salida de la jaula, temiendo lo peor.

El silencio continuó, y también Abel en su solitario caminar. Al llegar a la segunda puerta comprobó que había un panel codificado; aún así, accionó el picaporte y este abrió la puerta. Empujó con cuidado. Había luz dentro. Al asomarse vio una pequeña entrada como las que tienen las habitaciones de los hoteles, y un poster en la pared de un precioso paisaje nevado en el que ponía Alaska en la parte inferior. No le dio tiempo a ver más, ya que la voz de Olga, gritando, lo dejó helado.

—¿Qué sucede? —preguntó entonces él.

—¡Corre! —le gritó de nuevo la rusa—. ¡Vienen! ¡Corre!

La distancia que los separaba era de unos quince metros, más que suficiente para que el grupo, que de inmediato echó a correr, le

sacara una ventaja considerable cuando Abel llegó a la salida de la jaula.

Nadie lo había esperado. Normal. La situación era crítica. Si esas bestias los encontraban dentro de la jaula, las oportunidades de sobrevivir se reducirían a cero. Por esa razón, con buen criterio, después de que todos oyeran claramente el escalofriante tableteo acercándose, Travis decidió intentar salvar al mayor número de personas, y ordenó correr en busca de algún sitio donde disfrutaran de alguna ventaja táctica.

Optó por continuar recto y evitar el camino que antes habían seguido, ya que allí no había nada donde resguardarse.

Abel intentó seguirlos, pero correr por encima de los tablones del suelo no era fácil. Vio cómo se adentraban en la zona no iluminada del pasillo y desaparecían. Él no podía ir más rápido. Imposible. Poco antes de llegar a la altura del pasillo perpendicular por el que habían llegado, escuchó un tableteo tan cerca que le dolieron los oídos. Frenó en seco, sabiendo de sobra lo que iba a ver aparecer.

Y no se equivocó.

Saliendo de la semioscuridad, tan grande como un armario ropero, agitando brazos y piernas igual que un arácnido, y abriendo y cerrando sus fauces como si masticara el aire, el monstruo le cortó el paso. Si muertos eran aterradores, vivos tenían la capacidad de detener el corazón de cualquier mortal. Y eso fue lo que estuvo a punto de pasarle a Abel. Por suerte, un chute de adrenalina le hizo reaccionar y rectificar la carrera, doblando a su derecha, cogiendo un corredor iluminado mínimamente por apliques de luz roja. No tardó en reconocer el ruido que escuchaba a su espalda: el que producían las escalofriantes garras de la bestia al chocar contra el suelo de hormigón mientras lo perseguía.

Entretanto, Travis y el resto del grupo llegaron al final del pasillo, de donde partían otros dos en direcciones opuestas.

—¿Qué propones? —preguntó la rusa, al ver a su jefe indeciso.

—Continuar corriendo a lo loco no tiene sentido —contestó este, encendiendo la linterna de su arma—. Estamos en una encrucijada de pasillos largos. Yo digo que los enfrentemos aquí, usando los lanzagranadas.

Olga hizo un rápido cálculo mental y le contestó.

—Hay poca luz. No los tendremos a tiro hasta que se encuentren a unos dieciocho metros. Va a estar muy justo. Probablemente nos alcance la onda expansiva.

—No digo que sea buena, digo que es la mejor opción —replicó Travis con seguridad.

—Está bien. Lo que tenga que ser, será aquí —concluyó Olga, después de consultar con la mirada a Dylan y ver que este abría los brazos en señal de resignación.

Alternativamente, Travis y Olga chequeaban los pasillos con sus linternas. Tres pasillos, dos linternas. Con los dedos índices en los guardamontes de sus armas, liberadas sus mentes de cualquier pensamiento que pudiera entorpecerles, los dos exsoldados se disponían a presentar batalla. La cosa era sencilla. Esperar y disparar. Y acertar. Eso era lo único importante.

No tuvieron que esperar mucho. Un tableteo rápido les llegó desde el pasillo que tenían enfrente. De inmediato, cuando ya apuntaban sus armas, escucharon un nuevo tableteo que venía del pasillo de la izquierda. Igual de rápido pero doble. Por ahí llegaban dos.

—¡Mierda! —exclamó el exmarine.

La minúscula luz rojiza apenas servía para distinguir en la distancia los bultos que se les aproximaban. Las luces de sus linternas tampoco los alcanzaban. Debían aguardar a que estuvieran más cerca para tener un mejor blanco, y eso significaba arriesgar. Cuanto más cerca, más probabilidades de morir reventados por la deflagración.

—Podemos continuar por la derecha —propuso Dylan—. No se oye nada por ahí.

—¿Y que nos rodeen más adelante? —replicó Travis—. Lo haremos aquí y ahora.

—Vale —admitió el informático, empuñando su pistola con nulo convencimiento.

Lee trataba de mantenerse en el centro del grupo, mudo, aterrorizado, imaginando cómo sería mejor morir: si deshecho por dentro debido a la onda de choque de aquellas granadas, o despedazado por las bestias que había ayudado a crear.

—Dos mejor que uno —decidió Travis—. Si vamos a morir, hagámoslo bien. Todos al suelo.

Dylan y Lee se tumbaron cerca de la pared, con las manos tapando sus cabezas. Travis y Olga lo hicieron delante de ellos, uno junto al otro, con los codos apoyados en el piso para sujetar mejor sus armas.

—Tú al de la izquierda. Yo al de la derecha —determinó Travis—. Caminan erguidos, lo cual es una ventaja, pero no arriesguemos con la cabeza. Mejor apuntemos al tronco.

A Olga le sudaban las manos, intentando centrar al ser en el punto de mira de su fusil. Jamás había disparado una granada de 40 mm en un interior, y eso la tenía más preocupada que el tercer espécimen que les llegaba por el pasillo central.

—Si seguimos vivos después de disparar —continuó Travis—, habrá que recargar rápido y acabar con el otro.

—Oído —respondió Olga.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

—Una, dos y… ¡tres!

Las dos granadas salieron de sus tubos prácticamente a la vez, dejando una estela luminosa mientras recorrían veloces la distancia que las separaba de sus objetivos.

Travis y Olga apenas tuvieron tiempo de cerrar los ojos y agachar la cabeza antes de que impactaran.

El doble estallido produjo un ruido brutal, y la onda expansiva viajó en décimas de segundo, empujando a los cuatro contra la pared. La oleada de calor llegó después, elevando la temperatura del pasillo hasta los sesenta grados.

Aturdidos y doloridos, Travis y Olga giraron sobre su espalda para introducir una nueva granada en el tubo, tomaron posiciones y apuntaron al pasillo central —donde suponían que se encontraría el tercer espécimen— sin preocuparse de si los otros dos seres estarían muertos. No había tiempo para eso.

—¿Qué hacemos? —preguntó Olga, con el dedo curvado sobre el gatillo del lanzagranadas—. Si disparamos y está demasiado cerca…

Travis meditó. La nube de polvo que los envolvía les impedía ver. El ser podría haber huido o hallarse a dos metros. Su

lugarteniente tenía razón. Habían salido de una pieza de milagro, y los milagros no suelen repetirse. El riesgo era excesivo.

—Ráfagas cortas —determinó finalmente—. Veamos si sigue ahí.

Aliviada, Olga cambió el selector de su fusil y esperó a que su jefe abriera fuego.

¡Ra-ta-ta-ta-tá!

¡Ra-ta-ta-ta-tá!

Disparó sin apuntar. No podía. Las luces de las linternas chocaban contra un muro de humo impenetrable.

¡Ra-ta-ta-ta-tá!

¡Ra-ta-ta-ta-tá!

Dos ráfagas más, disparadas por Olga, trataron de hacer blanco. Después llegó el silencio.

Dylan y Lee, sentados en el suelo, con la espalda contra la pared, asistían a la batalla como invitados de piedra.

¡Ra-ta-ta-ta-tá! ¡Ra-ta-ta-ta-tá!

¡Ra-ta-ta-ta-tá! ¡Ra-ta-ta-ta-tá!

Olga y Travis dispararon de nuevo, a la vez. Después aguzaron el oído.

De nuevo silencio.

Un silencio maravilloso que no duró mucho. Un chillido largo, lastimero, y luego un tableteo rápido, casi lineal, les informó de su futuro más inmediato. La bestia que les acechaba por el pasillo central seguía allí. Por el volumen de sonido debía de estar muy cerca, a menos de diez metros, y se les venía encima. Si disparaban las granadas, morirían. Si no lo hacían, también.

Olga, resignada, puso una rodilla en tierra, apartó el dedo del gatillo del fusil y lo puso en el del lanzagranadas.

—Ya lo dijiste tú. Mejor, morir matando.

No hubo más palabras. Travis asintió y la imitó, apuntando al centro del pasillo.

Ya apretaban los gatillos cuando escucharon una voz que les gritaba.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Rápido!

Una voz que venía del pasillo de su derecha.

Al volverse, vieron a lo lejos una luz danzarina chocando contra la nube de polvo, y, finalmente, a una figura surgiendo de ella que

les hacía señales con la mano para que la siguieran.

20
LA ESPERA

Dylan y Lee se levantaron aturdidos por las explosiones, sin saber muy bien qué hacer

—¡Por aquí! ¡Rápido! ¡Rápido! —repitió la figura de nuevo, moviendo el haz de su linterna como un faro en mitad de la tormenta.

Travis y Olga realizaron una última descarga hasta agotar los cargadores y se incorporaron, dispuestos a agarrarse a la mínima oportunidad de salvación que se les presentaba.

Dylan y Lee seguían paralizados. Travis los espabiló.

—¡Vamos, joder! ¿A qué esperáis?

Espoleados, por fin echaron a correr.

Guiados por la luz recorrieron la distancia que los separaba de la voz. Al llegar a su altura comprobaron que se trataba de una joven menuda, con media melena oscura, que los miraba desde unos ojos enormes.

—No hay tiempo que perder. Vamos —les dijo con urgencia, girando sobre sí misma y echando a correr.

—¿Ir? ¿Adónde? —le gritó Travis, pero no obtuvo respuesta.

Después de seguirla durante unos metros por el pasillo, doblaron a su derecha hasta que se toparon con una puerta de acero.

Olga y Travis se mantuvieron alerta, apuntando sus armas hacia la negrura que dejaban a su espalda, esperando ver aparecer, de un momento a otro, a una de esas bestias. O a las tres.

El brutal sonido de las dos explosiones, casi al unísono, viajó a través de los pasillos llegando hasta los oídos de Abel, que corría como un loco sin rumbo fijo. Sobresaltado, se metió en una pequeña habitación vacía y sin puerta para recuperar el aliento y comprobar

si lo seguían. No escuchó pisadas de garras, solo la reverberación de las deflagraciones haciendo vibrar las paredes.

—Los mercenarios —se dijo.

Intentó orientar la posición de las explosiones, y, cuando creyó tenerla, se dirigió hacia ella tomando una ruta diferente a la que había llevado. Era un riesgo, pero determinó que si seguía corriendo por ese laberinto, tarde o temprano, se toparía con algún espécimen y sería su fin. La única posibilidad que le quedaba era reunirse con ellos. Continuar juntos.

Doblaba una esquina, guiado por su sentido de la orientación, cuando escuchó disparos de ametralladora. Ráfagas cortas.

—Están vivos. Eso está bien —pensó en voz alta, ufano al concluir que la dirección que llevaba era la correcta.

Mientras corría hubo más ráfagas de ametralladora, cortas y largas. De pronto vio una nube de polvo que salía de un pasillo, y se introdujo en él. Olía a pólvora quemada y a alquitrán. Los raquíticos apliques de luz roja no eran capaces de traspasar el polvo en suspensión, y tuvo que bajar el ritmo. Caminando casi a ciegas, con el revólver en la mano, recorrió unos cuantos metros hasta que escuchó algo.

No fue el escalofriante tableteo, ni el silbido mantenido que las bestias emitían justo antes de un ataque; aquello que sonaba se asemejaba más al gorjeo de un pájaro afónico, o a la garganta llena de sangre de un… moribundo.

Y eso fue lo que se encontró.

En el suelo vio dos especímenes. Uno de ellos tenía las costillas asomando, y un enorme agujero en la cavidad torácica donde antes estaban los pulmones y el corazón. El otro tenía las extremidades posteriores arrancadas, y una tremenda herida en el bajo vientre por el que asomaba parte del paquete intestinal. El primero parecía muerto. El segundo aún se movía.

—Un par de buenos disparos —comentó para sí, mientras buscaba el mejor lugar para pasar sobre ellos sin pisar sangre ni vísceras.

Y eso hacía cuando la bestia que todavía respiraba lanzó un quejido extraño, casi humano.

Abel se paró y se volvió para mirarlo. El ser le devolvió la

mirada, y sus ojos no le parecieron fieros en absoluto; más bien todo lo contrario, de una mansedumbre enternecedora. La sangre le salía del hocico formando burbujas, y de las fauces a borbotones.

Agonizaba.

Una agonía que debía producirle unos dolores terribles.

Lenta, inofensiva, elevó una de sus garras, en un gesto semejante al que haría un desahuciado pidiendo auxilio. O compasión. Por un momento eso fue lo que vio Abel. No a un monstruo sanguinario, sino a un ser inteligente que sabía que iba a morir y deseaba dejar de sufrir. Y no pudo resistirse a ayudarlo. Con precaución acercó el revólver al espécimen, quien, al ver el arma, entrecerró los ojos y ladeó la cabeza con gesto de alivio. Abel, entonces, con la sensación de que iba a darle el tiro de gracia a un ser humano, por misericordia, apoyó el cañón del revólver en su sien.

La puerta, de robusto acero, no disponía de cerradura electrónica, y la joven se afanaba por encontrar la llave que la abría de entre varias que tenía en un llavero. Hecha un manojo de nervios no atinaba con la correcta, y el tiempo pasaba.

—¿Te ayudo? —se ofreció Dylan, aún más nervioso que ella.

El corredor era un fondo de saco, sin salida, y eso inquietaba a Travis.

—¿Qué pasa? —preguntó el exmarine, sin dejar de apuntar a la negrura rojiza del pasillo que llevaba hasta ellos.

Nadie le contestó. Lo que aprovechó Olga para decir algo que llevaba rato rumiando.

—Hemos dejado tirado al español.

—No teníamos otra. Era él o nosotros —justificó Travis.

—Ya, pero… Quizá siga vivo.

—No lo creo.

—¡Ya está! —oyeron decir a Dylan, feliz.

Casi al tiempo que la puerta metálica se abría, se escuchó en la distancia un disparo.

La bala blindada del calibre .45 perforó el cráneo del ser matándolo al instante.

—Descansa en paz, pobre bestia —musitó Abel, antes de echar a

correr por el pasillo.

Al llegar al final se vio en una encrucijada. Dudaba qué rumbo tomar cuando, con el pie, golpeó algo que sonó a metal. Se agachó y palpó hasta que encontró lo que sin duda era un casquillo. Encontró más. Muchos más. El suelo estaba cubierto.

—Así que ha sido aquí —dijo para sí—. Aquí habéis plantado batalla. Pero, ¿dónde cojones estáis ahora?

Eso se preguntaba cuando creyó escuchar voces. Voces lejanas que venían del pasillo que tenía a su derecha.

Nada más abrir la puerta, Dylan y Lee siguieron a la joven hacia el interior sin importarles en absoluto el disparo que acababa de sonar. Travis también los hubiera acompañado de buena gana, pero continuaba fuera porque Olga no parecía muy de acuerdo con ello.

—Sigue vivo. Tiene que ser él —argumentó la rusa.

—Un disparo no significa nada.

—Sonó muy cerca. Debemos ir.

—Demasiado arriesgado. Además, no es de los nuestros —objetó Travis—. Vamos dentro. Esto ha sido un puto golpe de suerte. Aprovechémoslo.

Olga soltó el aire por la nariz. El pecho le subía y le bajaba y había comenzado a sudar. Estaba nerviosa, y ella nunca lo estaba. O sí. A veces le pasaba, justo antes de tomar una decisión excesivamente temeraria.

—Ve con ellos —decidió, secándose con el dorso de la mano las gotitas de sudor que perlaban su frente—. Yo echaré un vistazo rápido y volveré enseguida.

—¡Estás loca! —replicó Travis, elevando la voz—. No permitiré que…

El exmarine enmudeció de pronto al adivinar una figura que se acercaba entre la neblina de polvo que aún quedaba en suspensión. Veloz, realizó un rápido cálculo y se echó el arma a la cara.

—Veinte metros. Suficiente —dijo, posando el dedo en el gatillo del lanzagranadas.

El arma de Olga se sumó a la de Travis, y también el haz de su linterna.

—A la de tres —anunció el exmarine—. Una, dos, y…

—¡Espera! —gritó Olga, bajando el arma y obligando a que su jefe hiciera lo mismo—. No es una de esas bestias. Es…

—El puñetero español —oyeron decir a Abel, mientras surgía de la niebla.

—¡Mierda! Hemos estado a punto de volarte en pedazos —se quejó Travis, liberando al tiempo la tensión que tenía acumulada.

Abel llegó hasta ellos, enfundó su revólver y puso las manos en jarra.

—Bueno, de nuevo juntos —dijo en tono amigable.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Olga, aún sorprendida.

—Hacéis mucho ruido, y habláis muy alto.

—No te has cruzado con ningún…

—Uno me cerró el paso cuando os seguía, pero le di esquinazo —contestó Abel, sin dejar terminar a la rusa—. Luego escuché las explosiones y seguí el rastro de humo.

—¿Acertamos?

—De lleno.

—¿Muertos? ¿Los dos? —preguntó Travis, deseoso de datos precisos.

—Del todo.

—¡Bien! —exclamó el exmarine sin poder contenerse, antes de traspasar la puerta de metal.

Después de él lo hizo Olga. Abel, sin embargo, no se movió.

—¿Qué es esto? ¿Son los servidores?

—Ni idea. Una joven nos condujo hasta aquí. Nos salvó el culo —contestó la rusa desde el umbral.

—¿Una joven?

—Otro superviviente. Vamos dentro, estaremos más seguros.

Nada más pasar Abel, la joven, que esperaba junto a la puerta, se apresuró a asegurarla echando tres robustos cerrojos interiores.

—Pasen y pónganse cómodos. Supongo que les vendrá bien tomarse un descanso —dijo después, pasando entre el grupo que la observaba con curiosidad.

La habitación a la que accedieron era muy grande, y no tenía el aspecto de una sala de servidores. Más bien recordaba a un híbrido entre despacho, dormitorio y laboratorio. Tenía forma de «L». En un

extremo había una mesa de despacho con una pantalla de ordenador, un par de sillones individuales de piel marrón y cientos de libros cubriendo las paredes. En la parte central se veía una cama con mesilla y un armario bastante grande; y, en el otro extremo, estantes y mesas de metal en los que había ordenadores, mezcladores, centrifugadoras, microscopios, neveras y demás material de laboratorio. A pesar de lo bizarra de la combinación, el conjunto trasmitía una sensación muy acogedora debido a lo pulcro y ordenado que estaba todo, y a la luz proporcionada por lámparas de pantalla estratégicamente colocadas que aportaban una iluminación cálida y relajante.

—¿Qué demonios es este lugar? —preguntó Travis, mirando sin entender.

—El refugio del doctor Yoo —contestó Lee, mucho más relajado al sentirse a salvo.

—Sus dependencias y su laboratorio privado —puntualizó la joven, de pie, cerca de la mesa del despacho, frotándose las manos en actitud tímida.

—¿Y tú quién eres?

—La doctora Fischer, Wanda Fischer.

—¿Alemana? —preguntó Abel, intentando adivinar el sutil acento con el que hablaba.

—De Hamburgo.

—Yo soy Olga, Travis, Dylan, Abel y el doctor…

—Llámame Lee.

Abel se volvió hacia él.

—¿No os conocéis?

Este negó con la cabeza antes de responder.

—El personal de la segunda planta prácticamente no tenía trato con el resto. Medidas de seguridad.

—Así era —corroboró Wanda.

—Ya. Y dime —intervino Travis, dirigiéndose a la joven—. ¿Adivinas quiénes somos?

—Supongo que los envía la compañía en misión de rescate.

—¿Sabes lo que ha pasado aquí?

—Sí.

—¿Y el doctor Yoo? ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cómo nos encontraste?

—Yo… —titubeó la joven, abrumada por la batería de preguntas de Travis y la intensidad de su mirada.

—Bueno, Wanda —intervino Olga, adoptando un tono más amable—. Por qué no nos relajamos todos un poco y nos cuentas, desde el principio, lo que ha pasado aquí. ¿Te parece?

—Claro.

—Eso, desde el principio —dijo Dylan, dejándose caer en uno de los sillones.

Lee lo imitó, sentándose a su lado. El resto permaneció de pie.

—Cuando quieras —la invitó Olga.

—Soy bioingeniera molecular, y hace un año que trabajo en el laboratorio A encargándome de los cultivos —comenzó Wanda.

—¿Sabes lo que se hacía aquí? —le preguntó Abel, directo.

—No hasta hace unos días —contestó Wanda, tajante—. Es posible que mi supervisor lo supiera, pero el resto de mis compañeros creíamos que aquí se realizaban estudios para mejoras genéticas en humanos mediante la incorporación de genes de animales.

—Estudios prohibidos —puntualizó Abel.

—Sí. Como lo fueron en su día los que se realizaban a cadáveres. La ciencia suele ir por delante de las leyes —replicó Wanda, molesta por la insinuación.

—Continúa, por favor —medio Olga.

—Me había licenciado con excelentes notas y no encontraba trabajo. Me ofrecieron venir aquí y no me lo pensé dos veces, a pesar de sospechar que no me contaban toda la verdad.

—No pretendemos juzgarte, solo llegar a comprender lo sucedido. ¿Puedes ayudarnos?

—Creo que sí.

—Bien. Te escuchamos —concluyó la rusa, casi maternal.

Wanda bajó la cabeza un instante, como si recordara, y luego los miró con sus grandes ojos oscuros.

—El doctor Yoo había pedido que le llevaran a sus dependencias el último cultivo de células madre de humanos y chimpancé, y yo se las traje. Solía hacerlo a menudo, a él le gustaba supervisar el

trabajo en su laboratorio privado.

—O sea, que estabas aquí cuando sucedió todo —predijo Olga.

—Sí. Al principio no sabía qué pasaba. Después el doctor me explicó que alguien había saboteado los sistemas informáticos, y que no debíamos salir porque corríamos peligro.

—¿Te contó por qué?

—No inmediatamente. Luego, cuando comenzó la matanza, me habló de los especímenes.

—¿Qué te dijo?

—Que eran experimentos secretos. Armas creadas por encargo para gente muy poderosa.

—Vaya, cuánta sinceridad —apostilló Abel, mordaz.

Olga lo reprimió con la mirada.

—Continúa, por favor —dijo después, dirigiéndose a Wanda—. ¿Qué más te contó?

—Que alguien desde dentro los había liberado, y que eran muy peligrosos.

Dylan se permitió un inciso irónico.

—Y tanto.

En esta ocasión fue Travis el que se encargó de reprenderlo, pero más expeditivo, dándole una patada en la pantorrilla.

Wanda se pasó la lengua por los labios y prosiguió. Se notaba que le costaba hablar.

—Por megafonía se instó a todo el personal para que abandonara el edificio; pero fue peor, ya que algunos de los especímenes los esperaban en la puerta de salida. ¡Dios, fue horrible! —exclamó, tapándose la cara con las manos.

Olga se acercó y le acarició la cabeza.

—Tranquila. Ya pasó.

—No. No ha pasado todavía —la contradijo la joven, entre sollozos.

—En eso tiene razón —saltó Dylan—. Aún estamos de mierda hasta el cuello.

Travis le dio una nueva patada y después se decidió a preguntar a la joven.

—¿Dónde está el doctor Yoo?

Wanda sorbió mocos y contestó.

—Cuando todo terminó, y los especímenes se llevaron los cuerpos de los científicos, me dijo que tenía que recuperar los archivos antes de que los robaran y se marchó.

—¿Te dijo quién podía ser el saboteador?

—No hablamos mucho más. Se fue y no he vuelto a saber de él.

Abel rodeó la mesa del despacho y se quedó mirando la pantalla del ordenador donde aparecían tres imágenes en las que se mostraban el *hall* de entrada, la sala de los hologramas y el pasillo en el que se encontraba la jaula de Faraday.

—¿Fue así como nos viste? —le preguntó, a pesar de lo evidente de la respuesta.

—Después del quinto día de estar aquí encerrada, dejé de mirar la pantalla a todas horas. Hasta hoy, que escuché un ruido muy fuerte.

—La mina que mató al primer monstruo —aclaró Travis.

Wanda prosiguió.

—Pensé que podría tratarse de alguien que venía a rescatarnos, y me quedé mirando las cámaras hasta que los vi aparecer en la sala grande.

—La sala de los hologramas —intervino Abel—. ¿Por qué entonces no saliste a nuestro encuentro?

—Iba a hacerlo. Lo prometo —contestó Wanda, con un manifiesto temblor en la barbilla—. Diez días aquí encerrada, sin saber qué podía pasarme… Rodeada por esos monstruos… Estaba enloqueciendo. Quise ir, pero el terror me lo impedía.

—Tranquila. Lo entendemos —medió Olga, más empática que sus compañeros.

—Después los localicé en el corredor vallado —prosiguió la joven, tragando saliva—. Me disponía a ir a su encuentro cuando…

—Viste cómo nosotros salíamos corriendo —completó la rusa.

—Sí. Supuse que por los especímenes. Me quedé paralizada hasta que escuché las explosiones. Muy cerca, y entonces me decidí a salir.

—Y te estamos muy agradecidos.

—Desde luego —apostilló Dylan.

—Por cierto, ¿hay más cámaras? —le preguntó Abel, impaciente por acabar con esa parte del relato y aclarar detalles que le

interesaban más.

—El doctor Yoo me dijo que sí, pero que el ataque informático debió dejar solo esas tres operativas.

—¿Viste a los guardias cuando entraron?

—Los primeros días me los pasé sin quitar ojo a las cámaras. Sí los vi. Y también al segundo grupo. Ninguno llegó tan lejos como ustedes.

—¿Qué fue de los científicos? ¿De sus cuerpos?

—Casi todos murieron en la planta baja. Los especímenes, después, los metieron en el montacargas.

—Los llevaron al sótano. Ahora está claro —intervino Travis—. ¿Y no te extrañó que unos seres de aspecto tan brutal supieran manejar un montacargas?

—Por supuesto, y así se lo manifesté al doctor Yoo. Entonces él me habló de su base genética humana, y de su entrenamiento altamente especializado.

Abel, Travis y Olga continuaban de pie, rodeando a Wanda. El español era el más bajo, y aún así le sacaba la cabeza a la joven que, de complexión menuda y vestida con pantalones anchos de tergal gris, zapatos bajos y polo blanco, parecía una adolescente sacada de un colegio de monjas.

—Llevas diez días aquí. ¿Cómo te las has apañado? —preguntó Olga.

—El doctor Yoo tiene una pequeña cocina con despensa en la zona del laboratorio. A veces se pasaba semanas sin salir de aquí, y la tenía bien abastecida de comida y bebida.

—¿Y dices que estabas a punto de enloquecer? —saltó Lee—. Mira este lugar. Parece la habitación de un hotel de lujo. Me hubiera gustado verte encarcelada en el cuchitril que estuve yo, comiendo y bebiendo bazofia.

—Yo… No sabía lo que pasaría conmigo. Si alguien vendría… Tenía miedo —intentó justificarse Wanda, justo antes de que un principio de llanto la ahogara.

—Si no te importa, mejor mantén tu puta boca cerrada. ¿Entendido? —le espetó Olga al científico, con toda la inquina que pudo proyectar en sus palabras.

Él, sin darse por aludido, se recostó en el sillón y desvió la

mirada hacia un lugar indeterminado.

Travis llevaba un buen rato sufriendo dolores terribles. Las quemaduras de la cara y las manos, después de verse sometidas a la elevada temperatura provocada por la deflagración de las dos granadas en el pasillo, no habían hecho sino empeorar. Comenzaban a salirle ampollas, y sentía la piel tan tensa y caliente que parecía que le fuese a estallar. Además, se notaba mareado y con pérdida de visión.

Con disimulo, el duro exmarine se acercó a la mesa del despacho y se apoyó para no perder el equilibrio.

—Resumiendo. Un jodido saboteador ha provocado este desastre —comenzó a decir, tragándose una intensa punzada de dolor que le recorrió el rostro provocándole una reveladora mueca. Olga se dio cuenta. También Abel. Ninguno dijo nada y lo dejaron continuar—. Un ladrón que, probablemente, siga todavía dentro.

—No cualquier saboteador ni ladrón —apostilló Dylan—, sino uno capaz de hackear el sistema para abrir las celdas de los especímenes y activar el sonido que los convierte en asesinos.

—Lo que tú digas. Pero eso no es asunto nuestro. A nosotros nos pagan para evaluar y recuperar propiedades. Y eso es lo que haremos —concluyó Travis, soportando un nuevo aguijonazo de dolor que lo hizo tambalear.

Olga se precipitó a sujetarlo.

—Estoy bien —mintió Travis, rechazando su ayuda.

—No lo estás. Siéntate.

—Tenemos prisa. Debemos ir a…

—No iremos a ninguna parte hasta que te recuperes —decidió la rusa, inflexible—. En estas condiciones solo serías un estorbo.

—Hazle caso —intervino Abel—. Esas quemaduras no tienen buena pinta.

—¡Tú! ¡Arriba! —dijo Olga, imperativa, dirigiéndose a Lee.

Este remoloneó un instante y luego se levantó.

A regañadientes Travis consintió que lo llevaran hasta el sillón, donde se desplomó igual que un fardo.

—¿Aquí hay botiquín? —preguntó la rusa a Wanda.

—No. El doctor Yoo se vanagloriaba de poseer una salud de hierro y un eficaz sistema inmune conseguidos gracias a las terapias

génicas que él mismo se había aplicado.

—¿Ni siquiera unas aspirinas?

—Nada.

—¡Mierda!

Travis, vencido por el dolor y el agotamiento, cerró los ojos y echó la cabeza para atrás.

—Se lo advertí, pero tu jefe es un cabezota de cojones —dijo Abel.

—Debimos obligarlo a curarse. Ahora ya…

—Bueno, quizá se pueda hacer algo.

Olga miró al español sin entender. Hasta que este se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un bote y una caja de pastillas que enseguida ella reconoció.

—¡Trajiste las medicinas!

—Ya ves. Previsor que es uno —dijo Abel con suficiencia—. Son quemaduras de segundo grado. Nadie aguanta tanto. Sabía que, tarde o temprano, necesitaría ayuda. La pomada hay que aplicarla con mucho cuidado. Y debe tomarse dos pastillas analgésicas, ya que una, en su estado, no sería suficiente.

—¡Genial!

—Aquí tienes. Yo no pienso hacerlo. Me rechazó una vez, ahora encárgate tú —concluyó ofreciéndole las medicinas a la rusa.

Mientras Olga curaba a Travis, Lee fue a la zona del laboratorio a curiosear, Dylan probó suerte con el ordenador y Abel se entretuvo ojeando los libros que componían la extensa biblioteca del doctor Yoo.

Sin saber muy bien qué hacer, Wanda terminó por acercarse al español. Este, al verla junto a él con la pose de quien se ha colado en la fiesta equivocada, decidió darle conversación. Conversación interesada, ya que aún le quedaban preguntas por hacerle.

—*Reprogramar humanos*, *La llave del cerebro*, *El poder de la mente*, *Terapia cognitiva extrema*… Unas lecturas muy interesantes —dijo Abel con ironía.

—Sí. Gran parte de la biblioteca trata sobre esos temas —admitió Wanda.

—Control mental. ¿Eso es lo que se hacía en la sala que está dentro del corredor vallado, como tú lo llamaste?

—No sé nada de esa sala.

—¿Nunca te preguntaste qué significaba esa malla metálica? ¿Ni ninguno de tus compañeros?

—Aquí se trabajaba con mucho secretismo, y nadie hacía preguntas por miedo a ser despedido. La paga era muy buena y cada uno iba a lo suyo.

—Se creaban monstruos que eran medio humanos. ¿Me estás diciendo que os daba igual?

—Jamás pensé que se tratara de algo así. Ni la mayoría de mis compañeros. Ya se lo conté antes —acabó diciendo, dibujando un mohín con los labios al tiempo que sus ojos se enturbiaban.

Abel se percató de que estaba apretándola demasiado y aflojó. Se volvió y continuó mirando la biblioteca.

—Veo que también hay temas sobre genética de última generación, fisiología animal comparada, mutágenos… Vamos, la lectura ideal para una tarde de domingo —comentó, mientras pasaba la mano por el lomo de los libros—. También hay un surtido de diccionarios y gramáticas de un montón de idiomas: inglés, chino, hindi, español, francés, árabe, ruso, portugués, bengalí y alemán. Si no me equivoco, los diez idiomas más hablados del mundo. Ah, y este apartado de aquí es muy curioso: «Estrategias militares», «Batallas del siglo XXI», *El soldado del futuro*… Y este aún más. No son libros, sino dosieres traducidos del chino: *Guerra de desgaste por inteligencia de enjambre*, *Guerra móvil entre dominios*, *Confrontación espacial basada en la inteligencia artificial y las operaciones de control cognitivo*. Conozco el asunto. Sé que son conceptos operativos de próxima generación para una guerra inteligente, temas que encajan a la perfección con un régimen autocrático que pretenda imponerse física y digitalmente a su población y al resto del mundo. ¿Has leído alguno? Sin televisión ni Internet, supongo que pasarías el rato de alguna manera.

—Trataba de mantener la cabeza ocupada. No quería oír ni hablar de trabajo, los idiomas me aburren y también las cuestiones informáticas. Leí varios libros de temas militares. Ahora estaba con este —contestó Wanda con cierto pudor, señalando la mesa.

Abel miró el libro que estaba junto al ordenador donde Dylan

continuaba tecleando muy concentrado, y lo cogió.

—*El arte de la guerra*.

—¿Lo conoces? ¿Lo has leído?

—Hace tiempo. Es un clásico.

—¿Sabías que Sun Tzu, el autor, fue un general y filósofo de la antigua China? —comentó Wanda, animada.

—Eso dicen.

Wanda le quitó el libro de las manos con sumo cuidado y comenzó a pasar páginas como si buscara algo.

—Resulta perturbador.

—¿El qué? —preguntó Abel.

—Que los humanos actuales sigan haciendo la guerra de igual manera que la hacían sus ancestros.

—Cambian las armas, los hombres no.

—A eso me refiero, a que la evolución en los humanos hace tiempo que se detuvo.

—Tienes razón. Estamos estancados.

Wanda continuó pasando páginas hasta que se paró en una.

—Hay una cita que no llego a comprender del todo. Dice: «Cuando eres capaz de atacar, has de aparentar incapacidad; cuando las tropas se mueven, aparentar inactividad. Si estás cerca del enemigo, has de hacerle creer que estás lejos; si estás lejos, aparentar que se está cerca».

—Habla de confundir al enemigo para que baje la guardia —explicó Abel—. Si nos cree débiles o ineptos, si nos subestima, se confiará y nos dará la oportunidad de vencerlo.

—Confundir para vencer —reflexionó Wanda—. ¿Para qué hacerlo si eres el más fuerte y el más inteligente?

—No lo sé, no soy Sun Tzu.

—Ya, claro, perdona —se disculpó Wanda, con la candidez de una niña—. Me gusta saber.

Olga mantenía la oreja pegada a la conversación mientras aplicaba la pomada con acción antibacteriana a Travis, que seguía sentado en el sillón, mudo como una pared. Cuando acabó, miró al español.

Él enseguida se percató, y le devolvió la mirada al instante para dejar claro que la vigilancia era mutua.

—Dos pastillas, ¿no es así? —le preguntó Olga, sin amilanarse.

—Cada ocho horas —respondió Abel—. Si vivimos tanto.

Wanda dio un respingo, asustada.

—No le hagas caso —se apresuró a decir Olga—. Tiene un sentido del humor un tanto… especial.

—Saldremos de aquí, ¿verdad? —preguntó Wanda, con los labios temblorosos debido a un ataque repentino de pánico.

—No te quepa duda —contestó Olga.

Travis soltó un leve quejido y se revolvió en el sillón.

—Las pastillas —dijo Abel.

La rusa sacó dos del bote y se quedó dudando.

—Hay agua en la cocina —indicó Wanda—. Un montón de botellas.

Diez minutos más tarde, una vez se hubo tragado las dos píldoras con un buen vaso de agua, Travis se sintió mejor.

—Debemos irnos —dijo entonces, haciendo amago de levantarse del sillón.

Abel, que continuaba ojeando los libros de la biblioteca acompañado por Wanda, se apresuró a impedírselo.

—No es buena idea. Debes hidratarte más y dejar que los analgésicos hagan efecto. Media hora será suficiente.

—Estoy bien —replicó el exmarine.

Olga intervino.

—Haz caso al médico —dijo, casi maternal—. Media hora más o menos ya no es importante, y te necesitamos al cien por cien.

Travis, tozudo, intentó incorporarse, pero un repentino mareo le obligó a desistir.

—Vale —admitió finalmente—. Media hora.

Cinco minutos más tarde, Lee regresó de su periplo por el laboratorio. Se le veía defraudado.

—¿Qué? ¿Has visto algo que te llamara la atención? —le preguntó Abel.

—Nada interesante en las muestras que analizaba. Y no he encontrado ni un cuaderno de notas. A no ser que…

Veloz, fue hasta la mesa del despacho y comenzó a abrir los cajones.

Dylan, que seguía volcado en el teclado, se quejó.

—¿Qué hostias haces?

Lee no contestó y continuó revolviendo en los cajones.

No demasiado tiempo. Enseguida se cansó.

—Ni una triste anotación —terminó admitiendo—. Voy a comer algo.

—No es mala idea —saltó Dylan, apartando el teclado de malos modos—. Desde que salimos de Nueva York, no he probado bocado.

—¿Ya has acabado de chequear el ordenador? —preguntó Olga.

—Hace tiempo.

—¿Y?

—Tampoco desde aquí hay acceso a los servidores. Es raro, como si las máquinas hablaran distinto lenguaje.

—Explícate.

—Lenguaje informático. No hay comunicación viable entre ningún ordenador y los servidores. Nunca había visto algo así.

—Ya. Y entonces, ¿qué cojones llevas haciendo todo este rato?

—Intentaba restaurar el resto de las cámaras.

—Una idea cojonuda —intervino Abel.

—De haberlo conseguido. Pero ha sido imposible —reconoció el informático.

—¿Falta de comunicación entre máquinas?

—No —respondió Dylan, muy serio, sin pillar la carga de guasa que llevaba la pregunta—. Las cámaras siguen ahí, diez más, conectadas, aunque no transmiten. Es como si alguien las hubiera…

—Destrozado —concluyó Olga.

—Sí. Exactamente.

—¿Y las que enfocaban las celdas de las bestias?

—Pertenecían a un circuito cerrado. Desde aquí no hay acceso.

Olga se volvió hacia Travis, extrañada por su mutismo. Lo vio dormido y lo dejó estar.

—Bien. Quien quiera comer, que coma. Descansaremos un rato y luego iremos a los servidores.

—¿Los servidores? —saltó Wanda, que había seguido la conversación con suma atención.

—Sí —respondió la rusa—. Evaluación y recuperación. Ese es nuestro cometido. Ya te lo dijimos. Tú sabes cómo llegar a ellos desde aquí, ¿verdad?

—Sí, pero… —de nuevo el temblor en sus labios, y el miedo asomando a sus ojos—. El doctor Yoo lo intentó y no volvió. Es peligroso.

—Tranquila. Nosotros llevamos armas —contestó Olga, señalando el fusil que tenía apoyado contra el sillón—. Lo haremos rápido. Luego nos largaremos de este puñetero lugar. Te lo prometo.

Mientras Wanda explicaba a Olga cómo llegar a los servidores por el camino más corto, Travis continuó sumido en un sueño reparador, Lee y Dylan, hermanados por el hambre, fueron a la cocina a prepararse unos sándwiches y Abel curioseaba por el laboratorio. No demasiado tiempo. Lee tenía razón, allí no había nada interesante que ver. Cuando se cansó fue a la zona que hacía de habitación. Allí había un pequeño baño con ducha. Entró y orinó.

Al regresar a la zona del despacho vio que Olga continuaba charlando en voz baja con Wanda. La otra opción era hacer compañía a Lee y Dylan en la cocina mientras comían, y decidió unirse a las dos mujeres.

—Bueno, ¿ya hemos decidido cómo llegar a los servidores? —preguntó sin importarle si cortaba alguna conversación de índole personal.

Y así debió de ser por la cara de fastidio que puso la rusa.

Abel no se dio por enterado y levantó las cejas en espera de la respuesta.

—Existen dos posibilidades —terminó contestando Olga—. La primera, regresar a la sala de hologramas y seguir la ruta que le marcaron a Travis. La segunda, hacer caso a Wanda y acceder desde al laboratorio A, que está al final del pasillo.

—Parece mejor opción.

—Podría. Aunque existe un problema. Wanda, explícaselo.

—Nunca he estado en los servidores —comenzó diciendo esta, apocada, como si se disculpara por cometer un error imperdonable—. Pero sé que el laboratorio A se comunica directamente con ellos por una puerta de seguridad que solo usaba el doctor Yoo y el analista de sistemas.

—Puerta de seguridad con clave, supongo. ¿Tenemos esa clave? —preguntó Abel, dirigiéndose a Olga.

—Eso es lo bueno. He cogido el móvil de Travis y revisado la documentación que le aportaron. Resulta que, hasta ahora, todas las claves de acceso de puertas interiores que hemos utilizado son iguales.

—¿En serio?

—No es tan raro. Tú, ¿cuántas tarjetas de crédito y cuentas en Internet tienes?

—Un montón.

—¿Y tienes una contraseña distinta para cada una, aunque sea lo más recomendable por seguridad?

—Ni de coña —contestó Abel, sin titubeos.

—Ahí lo tienes.

Abel se rascó el mentón.

—Quizá tengas razón. Muchas puertas, una sola clave. Práctico.

—Eso mismo pienso yo.

—Eh, eh, ¿de qué habláis? —oyeron decir a Travis, que salía del sueño con energías renovadas.

—¿Qué tal te encuentras? —se apresuró a preguntarle Olga.

—De puta madre —contestó el exmarine, a pesar de que el dolor de las quemaduras no había desaparecido del todo—. ¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido?

—Veinticinco minutos.

—¡Joder! ¡Hay que ponerse en marcha de inmediato! —exclamó impaciente—. ¿Dónde está Dylan? ¿Y ese jodido científico? No podemos perder ni un minuto más, hay que seguir con la misión.

—De eso hablábamos, de la mejor manera de llegar a los servidores.

Travis puso cara de extrañeza y Olga se lo explicó.

—¿Y dices que desde aquí están más cerca? —preguntó el exmarine, cuando hubo acabado de detallarle lo que Wanda les había contado y su teoría de la clave maestra.

—Mucho más —contestó la rusa—. Podemos probar. Si no conseguimos abrir la puerta, siempre nos queda la primera opción.

Travis meditaba cuando Dylan y Lee, con los sándwiches a medio terminar, se acercaron.

—¿Qué pasa? —preguntó el informático, que había escuchado palabras inconexas de la conversación.

A Olga le tocó explicar de nuevo la situación, resumiendo cuanto pudo.

—Tiene razón Wanda —confirmó Lee—. La única vez que estuve en los servidores llegué a través del laboratorio A y La cuna de la vida.

—¿Cuna de la vida? —repitió Olga, girándose como un resorte hacia Wanda.

Ella se encogió de hombros y Lee, feliz por demostrar un estatus superior al de aquella técnica de laboratorio, se explicó.

—El doctor Yoo lo llamaba así. Es el lugar donde realmente se crean los especímenes.

—¿Es peligroso? —preguntó Travis.

—En absoluto. Vi ese lugar al inicio, y allí no se corren más riesgos que en una sala de incubar pollitos.

—¿Qué opinas? ¿Lo intentamos? —preguntó Olga dirigiéndose a su jefe, que aún dudaba.

De pronto, antes de que a este le diera tiempo de responder, las lámparas titilaron y después se apagaron, quedando encendida la pantalla del ordenador y una pequeña luz sobre la puerta de salida.

—¿Qué pasa ahora? —saltó Dylan, asustado.

Wanda, situada cerca de Olga, se acercó a ella. La rusa, al sentir cómo temblaba, la abrazó para calmarla.

—Tranquila. Parece un problema eléctrico.

—No exactamente —la contradijo Lee—. Si no estoy equivocado, acaban de activarse las baterías de emergencia. Lo que significa que…

—Se ha terminado el gasoil —completó Abel—. Cuando estuve en la sala del generador, vi que el depósito estaba en las últimas.

—¿Y ahora lo dices? —saltó Travis.

—Lo siento. No me había vuelto a acordar.

—Tampoco hubiera importado —medió Olga—. ¿Qué hubiéramos hecho, pasar la mañana rellenándolo?

—La verdad es que no —secundó Dylan.

—¿Qué hay de esas baterías? ¿Se encargan de mantener los sistemas importantes? —preguntó Olga a Lee.

—Supongo. Nunca había pasado.

—Lo normal es que así sea —intervino el informático—. Línea de ordenadores, sistemas de seguridad, soportes básicos…

—¿Durante cuánto tiempo?

—Entre cuarenta y cinco minutos y una hora es lo habitual.

—Es todo lo que necesitamos —determinó Travis, levantándose del sillón con el arma en las manos—. En marcha.

—¿Por el laboratorio? —preguntó Olga.

—Por el laboratorio —confirmó el exmarine.

Dylan fue hacia el ordenador y consultó las tres cámaras operativas.

—Todo despejado —anunció sin mucho entusiasmo.

—¿Qué hacemos con ellos? —añadió la rusa, señalando a Lee y a Wanda.

—Mejor no dividirnos. Vienen con nosotros —contestó Travis, rotundo.

A Olga la opinión de Lee le daba igual. No así la de Wanda, a la que consultó con la mirada. Ella asintió y cogió la linterna que había dejado sobre la mesa del despacho.

—Cuando queráis —dijo entonces la joven, llenando sus pulmones de aire como si fuese a hacer una inmersión a muchos metros de profundidad.

Travis fue directo a la puerta y descorrió los cerrojos.

—Vosotras dos iréis delante, guiando —dijo con la mano apoyada en el picaporte, mirando a Olga y a Wanda alternativamente—. Yo saldré el último. Quiero hacerlo rápido, ¿está claro?

—Cristalino —respondió Abel.

Dylan chascó la lengua y sacó su pistola con desgana.

—Menuda mierda —se quejó—. Nosotros dentro comiéndonos el marrón, y Hans fuera tomando el sol como si estuviera en una jodida playa de Miami.

Travis abrió y echó un vistazo al pasillo, enfocando en la distancia con la linterna.

—Despejado —anunció, echándose a un lado.

—¿Quién es Hans? —preguntó Abel.

—¿Hans? —repitió Olga justo antes de salir acompañada por

Wanda—. Hans es nuestra póliza de seguros.

21
HANS

Olga tenía razón, el certero francotirador era el encargado de guardarles las espaldas. Su seguro de vida. Rara vez intervenía directamente en una misión, pero su labor era tan importante como la que más. Si algo se complicaba y surgían problemas, él siempre estaba mirando por el teleobjetivo de su rifle dispuesto a solucionarlos.

Dylan, sin embargo, se equivocaba. Hans no estaba tomando el sol como si estuviera en una playa de Florida, sino soportando una impenitente lluvia.

Cuando lo dejaron, el día no presagiaba lo que sucedería una hora más tarde. Empujadas por un viento repentino que venía de las montañas, llegaron nubes que cubrieron el cielo de una capa grisácea y premonitoria. Tan densa y oscura, que la mañana se transformó en atardecer sombrío y helador. Con las primeras gotas de lluvia, Hans se colocó un impermeable y rezó porque la posición que había tomado en un alto con poca vegetación, a resguardo de una formación rocosa pelada y junto a una torrentera, no se convirtiera en una mala decisión.

Pero así fue.

Las normas básicas del francotirador de élite eran la ocultación y el sigilo. Y eso era lo que había hecho en cuanto Travis y el resto del equipo entraron en el edificio, elegir un buen lugar de tiro, coger su mochila —donde llevaba varias capas de camuflaje adaptables a diferentes entornos, un par de botellas de agua, barritas energéticas por si la espera se alargaba demasiado, prismáticos y munición de reserva— y desaparecer entre el paisaje.

Sin embargo, las cosas se complicaron. El aguacero evolucionó hasta convertirse en tormenta brutal, descargando cientos de litros

de agua; y esa ingente cantidad comenzó a bajar por la ladera en la que estaba tumbado igual que si se tratara de una cascada. En pocos minutos el agua casi lo cubría, y se vio obligado a asumir el riesgo de cambiar de emplazamiento.

El segundo punto por el que optó estaba situado a unas decenas de metros a su derecha, subiendo por la ladera, en una zona plana cubierta de monte bajo. Se desplazó con rapidez confiando en que la oscuridad que había traído la tormenta, y la columna casi impenetrable de agua, ocultaran su trasiego. El ángulo de visión de la entrada al edificio no era tan bueno como el que tenía antes, pero al menos ahí no necesitaría un *snorkel* para respirar bajo el agua.

Y allí seguía, tumbado sobre su tripa con el rifle montado en el bípode y mirando sin descanso por los prismáticos en todas direcciones, sin plantearse lo improbable que sería que alguien pudiera llegar hasta a aquel lugar tan remoto y desconocido.

La temperatura también había bajado, rozando los cinco grados. Calado e inmóvil, su cuerpo perdía cada vez más calor. Chequeó los alrededores y después sacó una barrita energética de la mochila. La comió en dos bocados y bebió agua. Hidratado y con un buen chute de carbohidratos circulando por sus venas, se sintió mejor. Lo cual no significaba que no siguiera preocupado. Desde que llevaba trabajando con Travis, jamás una incursión había durado tanto. Sabía que las comunicaciones serían imposibles una vez traspasaran la puerta de entrada, pero ya habían pasado muchas horas desde que se iniciara la misión y todavía no había señales de vida de ninguno de sus compañeros.

Un rayo dibujó arabescos en el cielo. Cinco segundos más tarde se oyó el trueno. Las gafas se le empañaban con la lluvia. Sacó un pañuelo y las limpió. Con mejor visión, escrutó de nuevo el entorno: el estrecho acceso hasta el edificio, la explanada que había frente a él, la puerta de entrada, las ventanas cerradas a cal y canto, las faldas de las laderas que rodeaban el complejo…

Un nuevo rayo más intenso que el anterior iluminó el cielo, proyectando sombras a su alrededor. Tres segundos después se escuchó el bramido largo y brutal del trueno.

—La tormenta se acerca —dijo entre dientes, con fastidio.

Y no se equivocó.

El tiempo transcurrido entre los rayos y los truenos fue acortándose, y la densidad de la lluvia aumentó más. Las nubes antes grises se tornaron casi negras, trocando la mañana en un anochecer anticipado que mermaba su visibilidad a larga distancia.

Cambió el visor del rifle a modo nocturno e hizo lo mismo con los prismáticos. Mejoró algo la percepción de los detalles, aunque no lo suficiente. Precavido, examinó con paciencia y meticulosidad todo el perímetro. No vio nada sospechoso, lo que no significaba que no lo hubiera. Sabía de sobra que, desde que él vigilaba, nadie había podido aproximarse sin que se percatara. Al menos desde el camino de acceso. A no ser que hubieran llegado antes para ocultarse en las montañas que lo rodeaban. De ser así, estaría bien jodido. Por esa razón, cada pocos minutos se volvía para mirar hacia el alto de los riscos. El problema era que, en la primera posición la zona estaba despejada y la visión era perfecta; sin embargo, en la nueva ubicación tenía a sus espaldas una densa vegetación de matorrales y monte bajo que, debido a la tormenta se había convertido en una masa oscura por la que alguien, con la suficiente habilidad y sangre fría, podría acercarse para sorprenderlo.

—Puta guardia —espetó entre dientes, preocupado por su seguridad y la de sus compañeros.

¿Exageraba? Tal vez. ¿Qué probabilidades había de que sus temores se convirtieran en realidad? Muy pocas. Una entre un millón. No obstante ahí seguía Hans, alternando la vigilancia del edificio, el acceso y la retaguardia. Una tarea agotadora.

Diez minutos más tarde la frecuencia con la que aparecían los rayos fue disminuyendo, y el tiempo de los truenos espaciándose. También mermó la cantidad de agua que caía, hasta que prácticamente dejó de llover.

Optimista, comprobó con los prismáticos su antigua posición y vio que la cascada de agua dejaba de fluir montaña abajo.

—¿Qué hacemos? ¿Regresamos o no? —se dijo a sí mismo, en un diálogo interior donde pocas discusiones podían producirse.

El cielo seguía oscuro, y, sin viento que pudiera arrastrar las nubes, la zona boscosa a sus espaldas continuaba siendo un problema.

—Definitivamente, sí —se contestó, dispuesto a cambiar de posición en cuanto hubiera recogido sus cosas.

Y eso hizo. Se colgó los prismáticos al cuello, agarró la mochila con una mano, el rifle con la otra y comenzó a andar con extrema cautela en dirección a las rocas desnudas que le transmitían más tranquilidad. El camino era empinado y resbaladizo debido al barro que se había formado. La distancia que debía cubrir se le estaba haciendo interminable. Al pisar una piedra redonda cubierta de musgo, perdió pie y cayó de culo.

—¡Mierda! —exclamó sin poder evitarlo.

Errores. Los pequeños errores son los que matan a los soldados, y él no quería morir. Ni ahora ni nunca. Pensaba vivir más allá de los cien. No tenía antecedentes familiares cercanos con enfermedades degenerativas graves, como Alzheimer, Párkinson o cáncer, y las cardiopatías y afecciones pulmonares también los habían respetado. Sus padres gozaban de excelente salud, su abuelo rondaba los noventa, y sabía que su tatarabuelo llegó a alcanzar los ciento dos años en una época en la que la medicina era muy deficiente y el concepto de «vida sana» simplemente no existía. Sí, él tenía la genética a su favor para poder cumplir sus deseos, y solo debía ser precavido para no cometer pequeños y letales fallos.

De ahí que se maldijera por cambiar de nuevo de emplazamiento, y haber resbalado tan tontamente delatando su posición ante cualquiera que estuviera vigilándolo.

Si es que tal cosa fuera posible.

Confiando en que su inquietud naciera del exceso de celo, se levantó y continuó caminando *semiagachado*, ocultándose entre los arbustos y las rocas que encontraba a su paso.

A pocos metros de su antigua ubicación se detuvo junto a un matorral para echar un vistazo con los prismáticos. Un barrido de trescientos sesenta grados.

Nada. No vio nada.

Echaba a andar de nuevo cuando creyó escuchar un ruido a su espalda. Un levísimo crujido que sus expertos oídos interpretaron como una pisada. Se detuvo en seco y recordó una gran roca oscura que había visto al pasar. ¿Podría alguien haberse ocultado detrás de ella?

Sin duda.

Con el aliento contenido dejó caer la mochila, agarró el rifle con ambas manos y quitó el seguro. Quien fuera que lo acechaba se encontraba cerca. Muy cerca. Tendría que realizar un tiro intuitivo con el rifle a la altura de la cadera. No había problema. Acertaría, y la bala calibre 7,62 de su M40A5 le reventaría la cabeza como si fuese una calabaza. Decidido, soltó poco a poco el aire retenido en sus pulmones y se giró.

Pero no pudo completar la vuelta.

Un golpe seco en la muñeca derecha lo desarmó. Y luego otro, rapidísimo, punzante, le perforó el pulmón izquierdo y le partió el corazón.

Caído de bruces, escupiendo por la boca una sangre que se mezclaba con la arena mojada, le vino a la cabeza la imagen del viejo Hans sentado frente a una chimenea. Del centenario y feliz Hans. Un deseo que ya jamás podría cumplirse.

22
CORBATA DE GOMA

Mientras Olga caminaba junto a Wanda guiando al grupo, era muy consciente de hacia dónde se dirigían. Por aquel pasillo, minutos antes, vieron a tres de esas bestias sanguinarias. Dos de frente y una por la derecha. Lo recordaba bien. ¡Cómo olvidarlo! Ahora sabía que no eran inmortales, y que un impacto directo de granada de 40 mm podía acabar con ellas; pero las condiciones para realizar tal disparo eran muy especiales, requiriendo distancia y precisión, una combinación mágica que no siempre era fácil conseguir. Además, el corte de fluido eléctrico había apagado los pequeños apliques rojos que, aunque aportaban una luz mínima, siempre era mejor que la oscuridad absoluta a la que se enfrentaban ahora.

Usando las linternas caminaron con el corazón en la garganta, temiendo, al llegar a cada cruce, que les saliera al paso uno de aquellos diabólicos monstruos.

Nadie pronunció palabra durante el recorrido. Demasiada tensión para hacerlo. Demasiado miedo.

Cuando llevaban andados unos cincuenta metros, Wanda torció a su izquierda.

—Por aquí —dijo con un hilo de voz, y el resto del grupo la siguió.

Doblaron un par de veces más, a derecha e izquierda, hasta que el haz de la linterna de Olga iluminó lo que parecía una puerta de metal al fondo de un pasillo cerrado.

—¿Es allí? —preguntó la rusa, esperanzada.

—Sí —respondió Wanda sin detenerse.

Otro fondo de saco. Otra ratonera. Pensó Travis, apuntando constantemente a su espalda.

Al llegar, vieron sobre la puerta un rótulo en el que ponía:

LABORATORIO A

—Entremos. No quiero estar aquí fuera más tiempo del necesario —apremió Travis.

Un ruido lejano, conocido, le dio la razón.

—Por el amor de Dios, ¡abrid ya! —gritó Lee, fuera de sí.

—Muchas puertas, mismo código —oyeron decir a Abel, con la adrenalina por las nubes debido al incesante tableteado que, por momentos, se escuchaba más cerca—. Probemos con nuestra clave maestra.

Después de unos segundos de indecisión, Olga tecleó en el panel el código y la puerta se abrió.

—Teoría confirmada —se felicitó Abel.

—¡Rápido! —los acució el exmarine, a la vez que los empujaba sin miramientos.

Dentro de la esclusa los nervios se calmaron un poco. Olga repitió el código en el panel interior y la segunda puerta, después de que la presión se regulara con un sutil siseo, también se desbloqueó.

El interior del laboratorio estaba casi a oscuras, únicamente iluminado por la luz que emitían las neveras con puertas de cristal, algunas pantallas de ordenador que seguían encendidas y media docena de pequeñas emergencias situadas en las paredes.

—Vosotros dos os quedáis aquí mientras echamos un vistazo —ordenó Travis a Lee y Wanda.

—Sin problema. Ahora estamos protegidos por dos puertas de metal —dijo Lee en tono relajado.

—Eso si no tenemos compañía aquí dentro —comentó Abel, cenizo—. Los especímenes son capaces de manejar el montacargas, y sabe Dios qué más trucos conocen.

—Tiene razón —meditó el científico—. Aún quedan tres. Al menos uno se ha quedado fuera. Pero los otros dos…

—Podrían estar en cualquier lado —completó Abel.

—Hablando no resolveremos nada —les cortó Travis—. Despliegue en abanico. Olga y yo iremos por los extremos. Dylan y tú por el centro. ¿Serás capaz de hacerlo?

—¿Buscar bichos por los rincones? Se me da de maravilla.

El exmarine, invulnerable al sarcasmo del español, dijo «en marcha» y echó a andar.

Wanda, con la linterna en la mano iluminando al suelo, se quedó junto a un Lee más callado que una tumba.

La luz, aunque escasa, era más que suficiente para que los cuatro se movieran entre los diferentes puestos de trabajo. De las zonas más oscuras se encargaban Travis y Olga, iluminándolas con las linternas adosadas a sus armas mientras realizaban barridos constantes.

Vieron claros signos que indicaban que, también de allí, los científicos habían salido precipitadamente: sillas caídas, cafés y sándwiches a medio terminar, alguna probeta rota en el suelo… No era un caos absoluto, pero sí significativo.

Muy atentos y en absoluto silencio, los cuatro fueron cubriendo toda la sala, la cual era bastante grande. Cada vez que pasaba por delante de una mesa, Abel revisaba los cuadernos de notas y pulsaba cualquier tecla del ordenador para quitar el salvapantallas, con la esperanza de descubrir en qué trabajaban. Pero no había nada, como si alguien, después de que los científicos salieran, se hubiera ocupado de eliminar cualquier información reseñable.

Cansado de ver mesas de trabajo con ordenadores en los que se habían cerrado las sesiones, microscopios vacíos y cuadernos con anotaciones irrelevantes, Abel giró la vista hacia las paredes. Allí estaban las incubadoras. Si había un lugar donde poder encontrar algo de interés, sería ese. Impaciente, aceleró el paso para terminar su zona asignada sin importarle el ritmo que seguían sus compañeros. Al llegar a la pared del fondo fue directo hacia una nevera de dos metros de alta y la abrió.

Distribuidas en diferentes estantes, perfectamente ordenadas, había placas de Petri. Unas eran pequeñas, y en ellas reconoció cultivos de células formando una especie de capa grasienta; y otras grandes, del tamaño de una cazuela, donde crecían masas informes e irreconocibles de materia orgánica.

—¡Puff! —exclamó con repugnancia.

Cerró la puerta y se dirigió a la nevera que había al lado. Iba a abrirla cuando Dylan llegó.

—¿Qué? ¿Buscando una cerveza? —le dijo, golpeando el cristal de la puerta con el cañón de la pistola.

—No estaría mal que las hubiera —contestó Abel, siguiendo la broma.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó, asomado a la nevera.

—Ya nos lo explicó Wanda. Aquí se hacían pruebas con quimeras, desarrollando seres vivos mezclados. O partes de ellos. Órganos. Extremidades… Combinaciones de células humanas con otras de mono, rata, murciélago… O sabe Dios qué.

—Puto lugar, ¿verdad? —se quejó el informático.

—Verdad.

Olga y Travis terminaron de recorrer el perímetro y se juntaron con ellos.

—He visto una puerta con acceso mediante código —informó el exmarine, sin preámbulos—. Doy por hecho que es por donde debemos continuar. ¿Vosotros?

—Nada reseñable —se adelantó a contestar Abel.

—Lo mismo —dijo Dylan, económico.

—Yo sí he encontrado algo —anunció Olga, con gravedad en el tono—. En los baños. Será mejor que lo veáis. También Lee y Wanda.

Travis se preocupó, pero no quiso hacer más preguntas. Si su lugarteniente decía que era mejor verlo, eso harían.

—Ve por ellos —ordenó a Dylan.

No entraron en los baños hasta que no estuvieron todos. Entonces Olga los guio.

Las luces de las linternas fueron desvelando paredes donde había lavabos con espejos y baños cerrados. Travis fue a inspeccionarlos. Olga lo detuvo.

—Ya lo he hecho yo. Vacíos. Lo que os quiero enseñar está en las duchas.

Caminaron hasta una zona con cubículos abiertos. Duchas individuales separadas por paredes. Había cinco.

—Está en la última —anunció Olga, adelantándose para

iluminar bien lo que quería enseñarles.

—¡Hostia puta! —exclamó Dylan al verlo.

Wanda se tapó la cara con las manos y Lee sufrió un conato de vómito.

De una tubería situada en el techo colgaba del cuello un hombre vestido con una bata blanca. Tenía el rostro enjuto, la lengua morada y los ojos abiertos y secos como uvas pasas.

Abel cogió la linterna de las manos de Wanda y se acercó al cadáver para verlo mejor.

—El ozono utilizado en el laboratorio para eliminar bacterias ha ralentizado la putrefacción, favoreciendo el secado del cuerpo y, por tanto, la momificación. Yo diría que lleva muerto más de una semana —dijo tras un rápido examen.

—¿Suicidio? —preguntó Olga.

—Hay un taburete caído bajo sus pies. No tiene las manos atadas ni con lesiones defensivas. Todo indica que quien se puso la soga al cuello, fue él mismo.

—Soga no —matizó Lee, algo recuperado—. Eso es un tubo termoestable de los utilizados para la conducción de líquidos y gases.

—Lo que tú digas —saltó Dylan—. La cuestión es saber por qué este tipo se haría una corbata de goma para colgarse en las duchas.

Travis iluminó de lleno el rostro.

La grasa y parte de los músculos habían desaparecido, lo que hacía que los huesos se marcaran extraordinariamente sobre una piel que tenía la calidad del cartón.

—¿Alguien sabe quién es? —preguntó, sin dejar de alumbrar el horrible semblante del cadáver.

Como era evidente, se dirigía a Wanda y a Lee.

Él negó de inmediato, sacudiendo la cabeza. Ella unos segundos después.

—Normal. En este estado no habrían reconocido ni a su propio padre —comentó Abel—. Veamos si desvelamos el misterio.

Agarró la bata por debajo y dio un tirón. Al hacerlo, eliminó una arruga en el pecho que cubría la chapa que llevaba sujeta sobre el bolsillo derecho.

—¡Taylor! —exclamó entonces Wanda.

—¿Lo conocías? —se apresuró a preguntar Travis.

—Sí. Era el analista de sistemas.

—El informático —concretó Abel.

—Claro, Taylor —se sumó Lee—. Lo llamábamos cuando teníamos algún problema con los ordenadores. Siempre venía de mala gana. Un capullo.

—¿En qué piensas? —preguntó Olga, al ver a Abel meditabundo.

Este se tomó su tiempo antes de contestar.

—En que pudo ser el responsable del hackeo.

—Si conocía las redes internas, las claves para salvar los cortafuegos y demás sistemas de seguridad, lo tendría chupado —secundó Dylan.

—O sea, que hemos dado con el saboteador —resumió Travis.

—Desde luego él tenía los medios y la oportunidad para hacerlo —consideró Abel—. La cuestión es descubrir el motivo, y, sobre todo, la razón para suicidarse.

—¿Motivo? —repitió el exmarine con desdén—. Dinero. Sin duda. Le pagarían bien para robar información. ¿Por qué se mató? Algo en su plan saldría mal, no pudo conseguir lo que quería ni escapar de aquí, y decidió quitarse de en medio antes que afrontar las consecuencias.

—Tiene sentido —apoyó Olga.

—Encaja, sí, aunque me cuesta creerlo —reconoció Abel.

—¿Por qué? —se extrañó Travis—. La codicia puede llevar al ser humano a realizar actos insospechados. Lo he visto muchas veces.

—¿Hasta el punto de asesinar a todos sus compañeros?

—Puede que esa no fuese su intención —trató de razonar Olga—. Tal vez no conocía la verdadera letalidad de los especímenes cuando los liberó, y solo trataba de crear la distracción necesaria para poder acceder a los servidores y robar la información.

—Entonces, ¿por qué activó la señal acústica que convertía a los especímenes en asesinos despiadados?

Para ese interrogante, Olga no tenía explicación. Ni ella ni nadie. Abel continuó.

—¿Cómo pensaba salir del edificio y esquivar a los guardias? ¿Qué falló? ¿Actuó solo o tenía algún cómplice?

Wanda y Lee se sintieron aludidos. Primero se miraron entre ellos con recelo, y luego al resto con temor.

Abel había puesto el dedo en la llaga y la tensión se mascaba.

—Demasiadas preguntas, españolito —resolvió Travis, fraternal, acompañando sus palabras con golpecitos en su hombro—. Sin embargo puede que tengas razón, y alguno de estos dos estuviera en el ajo.

Wanda y Lee recularon a la vez.

—Cualquiera que encontremos vivo en este puñetero lugar es sospechoso. Aunque también cabe la posibilidad de que este desgraciado trabajara solo —continuó Travis—. O que su cómplice, o cómplices, estén criando malvas. Incluso el desaparecido doctor Yoo podría ser el cerebro de la operación. ¿Correcto?

—Correcto —admitió Abel.

A Travis se le veía sereno, ponderado, y a la vez duro e inflexible.

—No somos detectives, ni jodidos polis —prosiguió el exmarine—. Estaría bien conocer las respuestas a esas preguntas, sobre todo por nuestra seguridad, pero tenemos lo que tenemos. Por esa razón no les quitaré ojo, ni a ellos… ni a ti.

—Pensé que ya me había ganado tu…

—¿Confianza? —se rio Travis—. Yo solo confío al cien por cien en mi equipo. Y ahora sigamos. Aún nos queda mucho por hacer.

Sin esperar a nadie, el exmarine se volvió en dirección a la salida de los baños. Dylan se encogió de hombros, indicó a Wanda y a Lee que se pusieran en marcha y luego él los siguió.

—Un tipo difícil, tu jefe —le confesó Abel a Olga, aprovechando el momento de soledad en el que se habían quedado.

—Es un soldado. Únicamente le importa su equipo y terminar el trabajo.

—¿A ti también?

—¿Por qué lo dices? —se envaró Olga.

—Hace un rato, cuando Travis y tú estabais en la puerta del despacho del doctor Yoo, os escuché discutir.

Olga desvió la mirada.

—Tú querías ir a buscarme y él no —continuó Abel—. No sois iguales.

—Vaya. Resulta que el meticuloso analista, a veces, llega a conclusiones precipitadas —replicó Olga, molesta—. Te considero un activo valioso. Travis, no tanto. Eso es todo.

Abel esbozó una ligerísima sonrisa.

—Lo que tú digas. En cualquier caso, te agradezco que quisieras arriesgarte por mí. Aunque solo fuera porque me consideras un… «activo valioso» —concluyó socarrón.

Fuera de los baños los esperaban los demás. A Travis se le notaba cabreado.

—¿Qué cojones hacíais? —les increpó al verlos.

—Pipí —contestó Abel—. Ella y yo. Somos humanos de vejigas pequeñas.

—Vale. Sigamos. Y no os separéis —ordenó el exmarine.

Los ánimos del grupo estaban un poco bajos después de ver el cadáver. Al único al que parecía no haberle impresionado era a Travis, que los condujo a toda prisa por el laboratorio hasta una puerta de metal bruñido de aspecto formidable.

—Supongo que este es el camino a seguir, ¿no es así? —preguntó directamente a Wanda, con un tono de voz y una intensidad en la mirada que intimidó a la joven.

Ella entornó los ojos y asintió con la cabeza sin abrir la boca.

—Bien. Hora de la verdad —dijo el exmarine.

Rauda, Olga se acercó al panel situado a la derecha de la puerta y comenzó a introducir la clave maestra. Antes de teclear el último dígito, hizo un alto.

—Crucemos los dedos —dijo, y a continuación pulsó la tecla.

En un principio no pasó nada.

Silencio.

Ya empezaban a temer que tendrían que desandar lo recorrido, cuando se escuchó un clic y la puerta metálica empezó a descorrerse.

Un resplandor blanquísimo los cegó momentáneamente. Cuando sus pupilas —dilatadas por llevar tanto tiempo trabajando en la semioscuridad— se adaptaron al nuevo nivel de luz, se atrevieron a traspasar el umbral.

Cautelosos, Travis y Olga tomaron posiciones a ambos lados del grupo, buscando con la mirada, y el cañón de sus armas, cualquier

movimiento.

Dylan, sin embargo, se olvidó de la prudencia y se adelantó, con la boca abierta como un buzón y los ojos moviéndose en todas direcciones, sin dar crédito a lo que veía.

—¿Pero qué cojones es este lugar… de pesadilla? —consiguió articular cuando recuperó el habla.

CUARTA PARTE

23
LA CUNA DE LA VIDA

La sala era rectangular, de unos cien metros cuadrados. Las paredes y el suelo, revestidos de un material plástico de color gris claro, reflejaban la abundante luz que provenía de unas pantallas Led empotradas en el techo de escayola. Dispuestos sobre pedestales de acero había decenas de cilindros de cristal llenos de un líquido transparente donde flotaban lo que parecían animales monstruosos. Algunos pequeños, del tamaño de un ratón, y otros tan grandes como un perro. La mayoría, sin rasgos definidos, eran poco más que masas informes de carne, dientes, uñas y pelo; Sin embargo en otros se adivinaban perfectamente sus características anatómicas y fisiológicas.

—Es el museo del horror —comentó Abel, aproximándose a uno de los cilindros—. Mirad esto.

Ocupando casi todo el receptáculo de cristal había un ser lampiño, sin piernas, cuatro brazos acabados en garras y cabeza de tiburón.

—O esto —continuó Abel señalando a su derecha donde flotaba un engendro peludo con cola de lagarto, múltiples patas de ave y cabeza de roedor.

A Lee, más que impresionado se le veía feliz, y pasaba de un cilindro a otro como haría un niño en los expositores de una juguetería.

—Increíble —dijo frente a una criatura de cabeza deforme cuyas extremidades acababan en ventosas como las de un pulpo.

Travis y Olga, horrorizados por lo que veían, se volvieron hacia los científicos.

—¿Alguno de vosotros puede explicarnos qué cojones es este lugar? —les espetó el exmarine.

Wanda, que se había quedado congelada observando una aberración del tamaño de un niño de tres años que flotaba en posición fetal, con piernas y brazos cubiertos de púas y cabeza de reptil, miró a Travis sin poder contestar.

Fue Lee quien lo hizo.

—Sospechaba que lo intentaría —comenzó diciendo, al tiempo que asentía con la cabeza—. Yo le marqué el camino adecuado, la combinación perfecta, pero el doctor Yoo quiso probar por su cuenta. Estos son sus fallos. Un recordatorio de lo que no funciona.

—¡Es de locos! —exclamó Dylan.

—¿Locos? En absoluto —replicó Abel—. Lo que vemos aquí es el resultado de la arrogancia más absoluta. Podían hacerlo y lo hicieron, sin importarles las consecuencias ni el sufrimiento infligido a estos pobres seres medio humanos. Traspasar los límites de la ciencia puede convertir al hombre en dios… o en diablo.

—Yo… Yo no sabía que… —titubeó Wanda entre sollozos, antes de que Lee la interrumpiera.

—Ahora no te hagas la mosquita muerta. Preparabais acoplamientos de todo tipo. Inicios de desarrollos de seres mezclados. De quimeras. ¿Qué creías que se hacía después con ellas?

—Nosotros, mis compañeros y yo, pensábamos que se interrumpía el crecimiento antes de que comenzara a formarse el cigoto. Lo juro —argumentó Wanda, mientras se le encharcaban los ojos.

—¡Venga ya! —exclamó Lee, despectivo—. He visto los cultivos que había en el laboratorio A. Allí había algo más que unas cuantas células duplicándose en placas de Petri.

Wanda se volvió hacia el resto.

—Por favor, creedme —les suplicó, rompiendo a llorar—. Sabíamos que hacíamos prácticas genéticas prohibidas, pero jamás pensamos que pudiera tratarse de algo así. De crear seres… grotescos.

Lee iba a replicarle de nuevo, cuando Travis intervino.

—¡Basta ya de discusiones! «Quién sabía, quién no sabía» —dijo poniendo la voz en falsete—. Eso me importa una mierda. Lo único que necesito conocer, ahora, es por dónde debemos seguir.

La sala era segura. Se trataba de un espacio diáfano y muy iluminado, sin recodos oscuros donde alguien pudiera esconderse, y, en la que los únicos monstruos que había flotaban muertos dentro de tarros gigantes de cristal. La razón por la que dudaba Travis era porque veía dos puertas, una frente a otra, situadas en paredes opuestas.

—Si no recuerdo mal, allí había un almacén de material —dijo Lee, señalando a su derecha—. Si queremos llegar a los servidores, doy por hecho que debemos continuar por la puerta de la izquierda. Atravesando antes el *sanctasanctórum* —concluyó con los ojos chispeantes.

—«La cuna de la vida» —añadió Abel.

—Exacto. Me muero por verla en funcionamiento.

Dylan se revolvió, indignado.

—Si no le dais una hostia a este tío alguno de vosotros, se la voy a tener que dar yo.

—La verdad es que dan ganillas. Aunque como dice el jefe, debemos continuar —rubricó Abel, encaminándose hacia la izquierda.

Frío como un témpano, Travis hizo un gesto con la mano para que Olga lo acompañara y se adelantaron al español. Fue la rusa la encargada de introducir la clave maestra en el panel, que funcionó, y de accionar el picaporte. Con cautela empujó la puerta, y luego ambos entraron. Los demás los siguieron un par de metros por detrás, juntos como una piña.

La sala contigua era de semejantes dimensiones a la que acababan de ver, pero sus paredes y suelos estaban sin tratar, y mostraban superficies de hormigón oscuro y envejecido. Tampoco la iluminación era la misma. No existían potentes pantallas led, sino lámparas de metal que colgaban del techo proporcionando una luz cenital localizada en determinadas zonas.

Zonas bien definidas, separadas por biombos de metal de una altura de dos metros, donde había artilugios y aparatos que nadie entendía. O casi nadie.

—¡Qué maravilla! Como imaginaba, el desarrollo está compartimentado y bien ordenado —exclamó Lee, sin poder contener la emoción.

Atendiendo más a la seguridad que a la curiosidad, Travis y Olga obviaron el comentario del científico y se separaron para revisar la sala.

Dylan no se movió.

Tampoco el resto. Hasta que Abel se dirigió a Lee.

—¿Qué estamos viendo? —le preguntó.

A este se le iluminó la mirada y fue directo hacia la zona que Abel señalaba.

—Venga. Se lo enseñaré. Y al resto también. Algo así merece la pena contemplarse. Es algo único. Un hito en la ciencia —dijo atropelladamente, al tiempo que los animaba con la mano para que se acercaran.

Finalmente, Abel, Dylan y Wanda fueron a su encuentro.

—Este es el Sector 1. Primera etapa. Así lo tenía organizado el doctor Yoo. Me lo explicó. Me lo mostró. Al principio. Antes de comenzar. Cuando confiaba en mí. Luego me apartó. Ese cabrón me apartó. Yo le marqué el camino y él después me dejó a un lado como si fuese un perro. La gloria… La quería toda para él. Que nadie le hiciera sombra. Por eso me…

—Primera etapa, decías —le cortó Abel—. ¿De los especímenes?

—¿De qué si no?

Al llegar a la zona delimitada pudieron ver más de cerca que había incubadoras, del tamaño de frigoríficos, llenas de placas de Petri grandes como platos.

Wanda reconoció de inmediato lo que había en su interior.

—¡Cigotos! —exclamó sorprendida.

—Correcto. El principio de todo. Aunque, como sabrás, no son el resultado de la unión de un gameto masculino y otro femenino. Aquí se procesan los embriones clonados y modificados genéticamente hasta que alcanzan la madurez necesaria. Los que sobreviven, menos del uno por ciento, pasan a la siguiente fase, que se realiza en el Sector 2.

Una pared prefabricada limitaba ambos sectores; si el «1» ocupaba una tercera parte de la sala, el resto era para el «2». Allí había muchos cubículos separados a su vez por biombos. Al entrar en uno de ellos vieron una gran mesa de cristal; sobre ella, perfectamente ordenados en hileras de dos, había veinte recipientes

de metal, del tamaño de cajas de zapatos, a los que llegaban tubos transparentes que salían de una máquina tan grande como un armario.

Justo antes de que Lee comenzara a explicar el contenido de los recipientes, Travis y Olga aparecieron.

—La sala es segura —anunció el exmarine, sin prestar atención a lo que había en aquella mesa.

Olga, sin embargo, sí se fijó. Y sintió náuseas.

—Lo que ven aquí es la primera etapa del desarrollo de los embriones en el útero artificial —explicó Lee, con la naturalidad de un profesor veterano ante sus alumnos—. Nadie se ha ocupado de ellos desde hace diez días, y la mayoría se han echado a perder.

Dentro de cada caja de metal, en una bolsa transparente y flotando en un líquido de color amarillento, había un pequeño feto del tamaño de una judía. Solo unos pocos mantenían un cierto color rosado, mientras que los demás presentaban un aspecto pútrido.

—Útero artificial —repitió Abel—. Leí que se había experimentado con corderos prematuros dentro de bolsas, conectando sus cordones umbilicales a tubos que les aportaban los nutrientes y el oxígeno necesarios para completar su desarrollo, pero nunca antes de la semana veintidós de gestación. Esto es imposible.

—Ya ve que no lo es —replicó Lee con autoridad—. Los embriones nadan en un líquido amniótico artificial conectado a una placenta mecánica. Durante esta fase no se les podría alimentar a través de sus vasos sanguíneos, son diminutos, y por eso al doctor Yoo se le ocurrió hacerlo mediante un proceso, ideado por él mismo, semejante a la ósmosis. De esta manera tan ingeniosa, los nutrientes, el oxígeno y demás compuestos pasan del líquido amniótico al torrente sanguíneo del embrión por diferencia de presión, igual que lo hace el agua y los minerales de la tierra a una planta a través de sus raíces. Después, cuando el tamaño de las venas es suficientemente grande, en torno a las veintidós semanas que antes mencionaba, se realiza la conexión física de los tubos y listo. El desarrollo del ser continúa.

A Travis y Dylan todas aquellas cuestiones técnicas les traían sin cuidado, y a Olga le repugnaban. Sin embargo, Wanda seguía las

explicaciones con sumo interés, igual que haría una aplicada estudiante ante una clase magistral. A Abel también le interesaba en grado sumo conocer todos los detalles, aunque por cuestiones más prácticas: el informe que, si salía con vida de *Safetyhouse*, tendría que elaborar para su jefe; de ahí que no quisiera dejar ningún cabo suelto.

—«Nutrientes, oxígeno y demás compuestos», dijiste. ¿Qué compuestos?

—Acelerantes para el crecimiento. Un cóctel de hormonas modificadas que, unidas a una abundante e ininterrumpida alimentación, y a algún que otro añadido más, logran que el feto crezca en tiempo record. Lamentablemente, desconozco todos los ingredientes de esa fórmula magistral —confesó Lee con pesar—. Como ya habrán podido comprobar, el doctor Yoo era extremadamente celoso con sus descubrimientos.

—Hablas de tiempo récord. ¿Cómo de rápido crecen estas cosas?

—Increíble —contestó Lee, uniendo las manos y luego separándolas progresivamente—. Todas esas mesas contienen lo mismo. Primera etapa —añadió, señalando a uno y otro lado—. Pasemos a la siguiente etapa para que puedan ver de lo que les hablo.

El grupo acompañó a Lee hasta otro biombo tras el que se disponía una mesa igual a la anterior. Sobre ella había cuatro recipientes metálicos tan grandes como baúles.

—Una vez los fetos han llegado al desarrollo de un recién nacido son trasladados aquí, donde permanecerán hasta alcanzar el tamaño equivalente a un niño de doce años —explicó el científico.

Travis echó un vistazo al interior de uno de los recipientes y retiró la cara de inmediato, asqueado. Olga y Dylan evitaron mirar. Únicamente, Wanda primero y Abel después, consiguieron mantener la vista fija en lo que Lee les mostraba.

Dentro de una bolsa semejante a la que ya habían visto antes, y flotando en un líquido marrón oscuro, había un ser en posición fetal, de aproximadamente un metro de largo, en claro estado de descomposición.

—El resto están igual, muertos —dijo Lee, al comprobar los otros tres recipientes—. Supongo que toda la hornada se habrá

malogrado. Esta etapa del desarrollo es muy delicada.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —insistió Abel.

—El cigoto alcanza el estadio de nonato en una semana —contestó Lee—. Una vez aquí, permanecen un mes.

—¿Nueve meses reducidos a una semana y doce años a un mes? —preguntó Abel, incrédulo.

—Así es. Ya se lo expliqué antes, con E6 —respondió Lee con suficiencia—. La última etapa es algo más larga. Los especímenes llegan a la edad adulta en tres meses.

—Es aberrante —se oyó decir a Olga.

—Y muy conveniente, si lo que se pretende es crear un ejército en un abrir y cerrar de ojos.

—O eliminar a la mujer de la ecuación. Acabar con la concepción y la gestación de un bebé. Con la maternidad —replicó la rusa, reflexiva.

—Y el libre albedrío —añadió Abel.

—En cierto modo, sí —admitió Lee—. El doctor Yoo se ha adelantado diez años, tal vez veinte, pero tarde o temprano las sociedades terminarán valorando la ventaja que les supondría tener hijos editados genéticamente, libres de enfermedades, con características físicas elegidas a la carta, y, sobre todo, sin embarazos. La principal diferencia entre hombres y mujeres, quizá la única importante, desaparecería.

—Pues sería una mierda —concluyó Olga, airada.

—Es posible. Ya veremos —concluyó Lee con indiferencia—. ¿Pasamos a la última etapa?

—Pasemos —dijo Abel.

Lee se dirigió hacia la zona más alejada de la sala, donde había ocho cubículos. Entró en uno de ellos y esperó a que los demás hicieran lo mismo.

Travis, Olga y Dylan se quedaron alejados de la mesa en la que había un recipiente metálico con la forma de una enorme bañera.

—Hemos tenido suerte —anunció Lee, emocionado—. La quimera sigue viva.

Abel y Wanda sí se atrevieron a mirar el interior.

—Como verán, el útero encargado de gestar la última etapa del desarrollo es enorme —continuó el científico—. Aquí el aporte de

oxígeno, nutrientes y demás sigue un ritmo endiablado. Tanto, que ha podido mantener reservas suficientes para aguantar estos días sin cuidados.

La luz cenital dejaba ver con claridad a la criatura, de más de metro ochenta, que se agarraba con ambos brazos las rodillas. La semejanza con los que ya conocían era mucha, aunque también existían sutiles diferencias.

—Curioso —dijo Lee, al ver unas extrañas protuberancias que nacían de su pecho—. Sabía que el doctor Yoo quería desarrollar especímenes con características que favorecieran su actuación en distintos entornos de combate, pero esto que veo aquí no lo comprendo.

—¿Qué características? —preguntó Abel

—Variadas. Un denso pelaje blanco para camuflarse y aguantar mejor el frío en zonas nevadas; membranas interdigitales para hacerlos mejores y más rápidos nadadores; jorobas como las de los camellos en las que pudieran almacenar agua que les permitiera sobrevivir semanas sin beber en ambientes desérticos… Incluso me habló de conseguir una piel con células especializadas que actuaran como cristales y cambiaran de color según la luz y el entorno. Células pigmentarias como las que poseen los camaleones. Una aportación menor de genes de reptil en un mamífero.

—¡Estupideces! —exclamó Travis, saliendo de su mutismo—. Lo dije y lo mantengo. Estos seres son letales. Causarán bajas al enemigo, no lo niego; pero jamás podrán sustituir, en un campo de batalla, a un soldado bien entrenado y pertrechado; ni ganar guerras.

—Las guerras las ganan las armas. Y esta es una de las más poderosas que el hombre haya creado jamás —se atrevió a sentenciar Abel.

—Perfecta definición. Yo no lo habría dicho mejor —secundó Lee.

—Tecnología punta —continuó Abel—. Poseer el arsenal más sofisticado y potente es lo que realmente da la victoria en una guerra, no los soldados. Ustedes los norteamericanos saben mucho de eso.

Travis y Dylan se envararon. Olga, aunque estadounidense de

adopción, no se dio por aludida.

—Explícate —lo retó el exmarine, herido en su orgullo patrio.

—Portaaviones nucleares, drones teledirigidos armados con misiles, cazas invisibles capaces de acertar a un objetivo del tamaño de un coche a cien kilómetros… La guerra de videojuegos es una cosa, se os da de maravilla, pero cuando vuestros soldados deben luchar durante meses entre la ardiente arena de un desierto o metidos en la jungla sin wifi, hamburguesas y la Super Bowl, la cosa cambia. Y no os pasa solo a vosotros, al resto de ejércitos occidentales les sucede algo semejante. Todo lo que no sea apretar un botón y tener que bajar al barro, nos puede complicar mucho la victoria.

—«Apretar un botón», «bajar al barro». ¿De qué hablas? —le espetó Travis, encendido de ira.

—De mentalidad. Hace décadas que dejamos de ser pueblos guerreros. Lo cual estaría muy bien si el resto del mundo fuese igual. Pero no es así. Siguen existiendo países beligerantes, profesionales de la guerra. Nosotros nos hemos acomodado, y olvidado que existe el mal. Podríamos actuar en conflictos bélicos rápidos que produjeran pocas bajas y una rápida victoria; sin embargo, no estamos preparados para una guerra de desgaste. Demasiadas reglas, leyes, derechos… La opinión pública se echaría encima. Los pacifistas. Los incondicionales del diálogo, aunque el interlocutor sea un desalmado. Los que creen en los milagros… ¡Qué sé yo! Tendríamos al enemigo dentro y fuera. Eso lo saben Los Patriotas. No se fían de sus soldados ni de la sociedad. Quieren que Norteamérica tenga una carta en la manga por si las moscas, como pasó en 1945 con la bomba atómica, sin la cual hubierais sufrido más de un millón de bajas para derrotar a los japoneses. Lo que quizá nunca hubiera sucedido.

—¿Quieres decir que estos chupasangres son nuestra nueva bomba atómica? —preguntó Travis, enojado.

—Sí. Un último recurso que ese grupo de fanáticos utilizaría en situación de emergencia, y que, a buen seguro, el gobierno y una sociedad amenazada terminarían aceptando.

—Hablas bien, español, pero no termino de verlo —concluyó Travis, más sereno.

—Bueno, en el fondo puede que yo esté equivocado y tú tengas razón —admitió finalmente Abel—. Al fin y al cabo todo esto es un desatino, y cuando uno está rodeado de locura empieza a desvariar.

—En eso estamos de acuerdo —concluyó Olga, con malicia.

Mientras ellos hablaban, bajo la atenta mirada de Dylan y Wanda, Lee no dejaba de examinar al espécimen.

Inclinado sobre el enorme recipiente se esforzaba por identificar, a través de la bolsa de plástico y el líquido amarillo, los conspicuos bultos que asomaban en el pecho de la criatura.

—¿Qué pasa? —terminó preguntando Olga.

Lee no respondió.

Dylan, con decisión, sacó su cuchillo de combate y se lo clavó a la criatura en el cuello.

Lee se echó para atrás, sobresaltado.

—¡Está loco! ¿Qué hace?

—Elimino futuros problemas —contestó el informático.

—¡Bien hecho! —exclamó Travis.

El ser apenas se revolvió, y únicamente dejó escapar un leve quejido cuando Dylan removió la hoja del cuchillo dentro de su carne.

La sangre salió en abundancia, tiñendo el líquido del interior de la bolsa de un color rojo parduzco.

—El proceso de engrose y endurecimiento de la piel es lento. La *bioarmadura* es lo último que se forma. De ahí lo fácil que le ha resultado matarlo —justificó Lee.

—Pues es una noticia magnífica —dijo Travis, dirigiéndose con su fusil hacia la mesa situada en el cubículo contiguo, donde otro espécimen crecía.

Ra-ta-ta-ta-tá.

Una ráfaga corta acabó con él. Había seis más.

Sin pausa, uno a uno, Travis los mató a todos con certeros disparos a la cabeza. Después regresó junto al grupo con el cañón de su arma todavía humeante.

—Hornada cancelada —anunció ufano.

—De coña, jefe —le apoyó Dylan.

El cuchillo aún seguía clavado en el cuello del primer espécimen. Lee lo cogió y comenzó a cortar con él la bolsa de

plástico de arriba a abajo.

—¿Qué mierdas haces ahora? —preguntó Travis.

Mudo, Lee manipuló el espécimen y después perdió la mirada.

—Lo consiguió. Ese cabrón lo consiguió —dijo para sí.

A renglón seguido, y cuchillo en mano, recorrió el resto de recipientes repitiendo la operación. El grupo lo observó sin entender. Cuando terminó y regresó, su rostro mostraba un gesto difícil de interpretar.

—¿Puedes explicarnos qué has hecho? —le preguntó Abel.

—Revisarlos todos.

—¿Y?

—Siete son idénticos a los que ya conocemos. Este no.

—¿Cómo dices?

—Cuando los probamos en Afganistán, nuestros patrocinadores quedaron encantados, como les conté; aunque detectaron una deficiencia que querían subsanar.

Al tiempo que hablaba, Lee manipulaba la criatura muerta en la zona del pecho.

—Les costaba derribar puertas o barricadas, y deseaban que eleváramos el nivel; que les fabricáramos una división de *bulldozer* —continuó Lee—. Hacerlos más grandes y fuertes no era problema, pero ellos querían arietes andantes. Y, por lo visto, esta fue la solución que encontró el doctor Yoo.

Con sumo esfuerzo, tiró de las protuberancias hasta conseguir que se desplegaran. Eran como brazos que salían del pecho, se doblaban hacia abajo por una articulación central, y terminaban en una especie de maza.

—¿Qué cojones estamos viendo? —exclamó Travis, al ver esos dos apéndices tan amenazantes.

—El doctor Yoo me pidió que le dijera cuál era el animal que golpeaba más fuerte con sus miembros en proporción a su tamaño —prosiguió Lee, dispuesto a contar la historia desde el principio—. Y yo le expliqué que era el *Gonodactylus smithii*. No obstante, había un inconveniente. Se trataba de un camarón, el llamado camarón mantis.

—¿Estás de broma? —dudó Dylan.

—En absoluto —replicó Lee, muy serio—. Ese pequeño

crustáceo, de apenas doce centímetros, posee un par de extremidades en forma de garrotes y plegadas contra el pecho con las que es capaz de golpear a una velocidad superior a la de una bala del calibre 22. Con sus mazas mata a sus presas favoritas, almejas y cangrejos, y luego rompe sus conchas como si fuesen de barro. Son tan fuertes sus impactos que, los cristales de los acuarios donde exponen a este diminuto animal de vivos colores, deben ser reforzados para que no los reviente.

Interesado en aquellas armas formidables, Abel se animó a tocarlas.

—Son suaves. ¿De qué están hechas? —preguntó.

—El exterior no tiene misterio. Es un exoesqueleto mineralizado semejante al hueso. Es en el interior donde reside la clave de su resistencia. El núcleo amortigua los impactos gracias a una estructura molecular diferente a la de cualquier otro animal conocido. Este sistema, llamado estructura de *Bouligand*, evita que las pequeñas grietas que pudieran crearse terminen en un rompimiento completo.

—¿Y dices que ese camarón mide doce centímetros? —continuó preguntando Abel.

—Sí.

—¿Y que es capaz de romper la concha de una almeja y el cristal de un acuario con un golpe de boxeo?

—Sí.

—¿Cuánto pesa?

—Entre cuarenta y sesenta gramos.

—Y estos… *bulldozer*. ¿Cuáles serían sus números una vez llegaran a la fase adulta?

—Calculo que unos dos metros y medio de altura y cuatrocientos kilos, respetando la Ley cuadrática-cúbica formulada por Galileo Galilei.

—Según la cual existen límites para los tamaños de los seres vivos.

—Correcto —dijo Lee, animado porque alguien lo siguiera—. Para mantener las proporciones originales de un animal, debemos tener en cuenta que las superficies aumentan al cuadrado y los volúmenes al cubo.

—Me he perdido —confesó Olga.

—Si un hombre de setenta y cinco kilos y un metro ochenta fuese siete veces más alto, lo que daría doce metros y medio de altura, las secciones de sus huesos y sus músculos aumentarían al cuadrado. Siete por siete, cuarenta y nueve veces más gruesos; sin embargo, el incremento de su volumen sería siete al cubo, o sea, trescientas cuarenta y tres veces más pesado; o, lo que es lo mismo, casi veintiséis toneladas. Demasiado peso para que lo pudieran soportar unas piernas que han crecido en mucha menor proporción.

—Vamos, que King Kong o Godzilla no podrían existir —intervino Dylan

—Para nada. Los aplastaría su descomunal peso.

—Entonces, esta bestia podría golpear con una fuerza increíble —comentó Abel, redirigiendo la conversación.

—Yo diría que semejante al impacto de un coche de tamaño medio a sesenta kilómetros por hora —concretó Lee.

—Vale, queda entendido —saltó Travis, agotado de tantas explicaciones—. Lo que importa es que está muerto, y que ya no podrá ser una amenaza.

Lee torció el gesto.

—¿Qué pasa? —le preguntó Abel.

—Los golpes ovalados y paralelos que vimos al subir desde la primera planta, en la puerta de metal…

—¿Quieres decir que puede que…?

—Este espécimen mejorado no sea el primero —contestó Lee sin dejarle acabar.

—¡De puta madre! —estalló Dylan—. ¡Lo que nos faltaba!

24
HUELLAS Y DUDAS

La misión se complicaba. Los mercenarios tenían asumido que aún quedaban tres especímenes sueltos por el edificio, acechándolos, pero ahora se añadía la posibilidad de que existiera otro más grande y poderoso.

Mientras Travis y Olga dudaban si sus armas podrían acabar con la nueva amenaza, Dylan caminaba de un lado a otro mirando con impotencia su ridícula pistola. Lee, más sereno, continuaba analizando el nuevo espécimen completamente abstraído.

Por su parte, Wanda y Abel permanecían quietos y callados.

—¿En qué piensas? —se atrevió a preguntarle la joven.

—¿La verdad? Tenía la mente en blanco. Solo siento calor. Aquí hace un calor horroroso —respondió Abel, comenzando a desabrocharse la camisa.

—Es el miedo. Yo también estoy sudando.

Abel la miró. Quizá era cierto y sudaba, aunque él la veía temblar.

—Saldremos de aquí, no te quepa la menor duda —le dijo para tranquilizarla—. Estamos con los mejores.

—Me gustaría creerte.

Abel no tuvo fuerzas para seguir mintiéndole, y se limitó a proporcionarle una sonrisa lo más sincera posible sin dejar de ahuecarse la camisa buscando que le entrara aire. Al hacerlo quedó a la vista una gruesa cadena de la que colgaba un crucifijo.

Wanda se fijó en él.

—¿Eres religioso?

—Confieso que, en momentos como estos, me gustaría creer que existe un ser superior al que poder pedirle cuentas.

Superando su timidez, Wanda se animó a acercarse más.

—¿Puedo verlo?

—Claro —contestó Abel, enseñándole el crucifijo sin quitárselo del cuello.

—Oro, ¿verdad? —preguntó ella con cierta sorpresa en la voz, sin atreverse a tocarlo.

—Sí. Lo único de valor que no se llevó mi padre al marcharse de casa. Era de mi madre. Cuando murió, yo tenía diecinueve años. Desde entonces no me lo he quitado.

—Una buena cantidad de oro —comentó Wanda, perdiendo la mirada.

—No tanta —replicó Abel, contrariado por su comentario—. Su valor es sentimental.

—Oh, sí, perdona —se disculpó la joven—. Quería decir que es un bonito recuerdo.

—Lo es. No creo en Dios, pero sí en mi madre, en que sigue ahí, en alguna parte, acompañándome.

—Resulta contradictorio.

Abel entornó lo ojos.

—Soy pura contradicción. Y tú, ¿eres creyente?

—¿Creyente? —repitió Wanda—. En cierto modo.

Con un movimiento de cabeza, Abel mostró su incertidumbre. La joven entendió.

—Creo en la capacidad de comprender, de resolver problemas. En el conocimiento ilimitado.

—Normal. Eres científica —admitió Abel.

—Lo dices como si fuese un delito.

—Si te soy sincero, y espero que no te moleste —contestó Abel, poniendo cara de pillo—, en estos momentos los científicos no son mis profesionales favoritos.

Mientras Abel y Wanda charlaban, Travis y Olga terminaron de revisar y municionar sus armas dispuestos a continuar.

—Nos vamos —anunció el exmarine, autoritario, sin dar la menor oportunidad a cualquier otra opción.

Solo había dos puertas en aquel lugar. Como una era por la que habían llegado, el camino a seguir estaba claro.

Una vez el grupo se reunió, Olga introdujo la clave maestra por enésima vez y la fortuna continuó de su lado. Travis, con extrema

prudencia, empujó la puerta ya abierta y echó un vistazo fuera.

Lo que vio lo desconcertó. Esperaba encontrar otra sala; en cambio, allí había un pasillo oscuro como los que ya habían recorrido decenas de veces. Disgustado, se volvió hacia Wanda.

—¿No decías que por aquí se llegaba a los servidores?

—Y se llega —respondió ella.

—Yo veo otro puto pasillo.

—Sí. Hay que ir recto hasta el final y después torcer a la derecha. Está cerca.

—¿Cerca? —replicó el exmarine, airado—. ¡Es que esta mierda no se va a terminar nunca!

—Lo siento. Yo… —se disculpó Wanda, intimidada, dando un paso atrás.

Olga intervino apoyando una mano cariñosa en el hombro de la joven.

—No se lo tengas en cuenta, a veces es un poco bruto.

—Un poco mucho —secundó Abel.

—Dejaos de estupideces y vamos —gruñó Travis, saliendo el primero.

La luz de la linterna del exmarine alumbró un pasillo oscuro como una noche sin luna. Detrás de él salieron Dylan y Lee. Olga indicó a Wanda y a Abel que fueran a continuación, para ella cerrar el grupo.

Tras caminar unos pocos pasos, Travis se detuvo a escuchar. Todos lo hicieron. Únicamente oyeron sus corazones acelerados.

—Recto y después a la derecha, —repitió el exmarine antes de ponerse de nuevo en marcha.

En completo silencio, el grupo continuó recorriendo el pasillo hasta que llegaron a una pared. A ambos lados se abrían corredores. Olga se encargó de alumbrar el de la izquierda, y no vio nada hasta donde alcanzaba el haz de su linterna. Travis, sin embargo, soltó un par de palabrotas nada más mirar el de la derecha.

—¡Hostia puta!

—¿Qué pasa? —preguntó Abel, con el revólver en la mano.

—Míralo tú mismo.

Él, y el resto, se asomaron para comprobar lo que desvelaba el haz de la linterna del exmarine.

—¡Oh, no! —exclamó Wanda, girándose para no seguir mirando.

—¿Quién es? —le preguntó Olga, pero ella no respondió. En su lugar lo hizo Lee.

—Creo que hemos encontrado al doctor Yoo.

Sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, había un hombre vestido con una bata blanca manchada de abundante sangre. Su cabeza estaba caída de lado, en un ángulo imposible.

Abel se aproximó para examinarlo.

Aunque parecía evidente que estaba muerto, puso dos dedos en su cuello para comprobar que no existieran latidos, como así fue. Luego abrió la bata y vio tres enormes laceraciones que comenzaban en el pecho y terminaban en el estómago, dejando al descubierto las costillas y parte de los intestinos. Volvió a cerrar la bata y se fijó en la cara. Tenía los ojos abiertos, y de la comisura de la boca salía un hilo de sangre; la tocó para comprobar su viscosidad y confirmó que aún estaba líquida. Entonces agarró sus brazos, los elevó unos centímetros y después los dejó caer. Al hacerlo, algo en sus manos le llamó la atención.

—Más luz aquí —pidió, y Travis y Olga se la aportaron al instante.

Durante un rato, Abel observó cada una de las yemas de los dedos. Con tanto detalle y meticulosidad, que el exmarine terminó impacientándose.

—Bueno, ¿vas a decirnos algo o vamos a tener que quedarnos aquí todo el día?

Abel se volvió. No para mirar a Travis. Él buscaba a Wanda.

—¿Confirmas tú también que es el doctor Yoo?

Reticente, ella volvió a mirar el cadáver.

—Sí, es él —acabó diciendo, con un hilo de voz.

La sangre de sus heridas había formado un charco entre sus piernas, pero, por más que miró a su alrededor, Abel no encontró ni una gota más.

—Lo han matado aquí. Hace poco. No hay rigor mortis, y el cuerpo aún está caliente —acabó diciendo.

—¿Seguro? —preguntó Travis, incrédulo.

—Del todo. Le dieron un zarpazo y después le rompieron el cuello. Aunque bien pudo ser al revés.

Travis clavó su mirada de hielo en los ojos turbios y huidizos de Wanda.

—¡No es posible! —le espetó sin miramientos—. Tú nos contaste que el doctor Yoo había abandonado su despacho, dejándote sola, al poco de producirse el incidente, y de eso hace diez días.

—Y así sucedió, lo juro —respondió ella, mientras su pecho subía y bajaba a punto de colapsar.

—¿A qué viene eso? —intervino Olga, interponiéndose entre su jefe y la joven—. El doctor Yoo pudo salir de su despacho con intención de llegar a los servidores y verse obligado a refugiarse en otro lugar. Y permanecer allí hasta hoy, hasta hace unas horas, cuando escuchó las explosiones. El resto es fácil de imaginar. Fue cazado aquí. Es lo único que debe preocuparnos.

El tono firme y el discurso preciso de Olga hicieron recapacitar a Travis.

—Esa podría ser una explicación plausible —intervino Abel, agachado junto al cadáver—. Lo que no llego a comprender es esto.

Casi a la vez, el resto del grupo se inclinó para ver mejor lo que les mostraba.

Abel cogió una de las manos del cadáver y dirigió la palma hacia la luz.

—Sus dedos —comenzó diciendo—. Las yemas de sus dedos están quemadas casi hasta el hueso. Y las quemaduras no son recientes.

—¿Qué puede significar? —preguntó Olga.

—Ni idea.

La rusa entonces se dirigió a Wanda.

—¿Tú sabes algo? —la interrogó con suavidad.

—Cuando estuve con él no noté nada en sus manos. No sé. Quizá no me fijé.

—Las quemaduras no habían sanado del todo —explicó Abel, incorporándose—. Yo diría que pueden tener algo más de una semana.

—Y pienso yo… Eso ahora qué más da —saltó Dylan—. Estamos al descubierto, sabiendo que rondan por aquí seres monstruosos, y nosotros perdiendo el tiempo con un análisis forense de tres al cuarto.

—Tienes razón —intervino Travis, antes de que Abel le replicara—. Debemos seguir y permanecer muy atentos a cualquier sonido que oigamos. ¿Estamos?

Nadie respondió, ni el exmarine lo esperaba. Enfocó al pasillo de la izquierda para comprobar que continuaba vacío, y después echó a andar por el de la derecha con el pulso firme y el dedo en el gatillo de su arma.

El corredor por el que andaban era más estrecho y tenía el techo más bajo, resultando agobiante. Los haces de las linternas no terminaban de iluminar el final, y eso estaba poniendo muy nervioso a Travis.

—¡Puto lugar! —exclamó entre dientes.

Olga, que caminaba a su lado, lo escuchó.

—Vamos bien. Ya queda poco. Mira.

Al enfocar el techo descubrió una cantidad enorme de conductos de instalaciones que se adentraban en las profundidades del pasillo.

—No existe más peligro que cuando piensas que todo ha terminado —comentó Travis.

Olga no le contestó. Para qué, si tenía razón. Ella también había sido soldado, y había visto morir a compañeros justo después de un alto el fuego.

Dylan y Abel pasaron a ocupar el final de la fila, dejando en el centro a los dos científicos.

—Tengo unas ganas de ver la luz del día que ni te cuento —confesó el informático—. Recuerdo esas películas en las que la mayoría de la acción transcurre en interiores oscuros y claustrofóbicos. Qué subidón recibe el espectador cuando, por fin, los protagonistas salen al exterior y los recibe un hermoso paisaje bajo un cielo despejado.

—Películas o novelas. Estoy de acuerdo —dijo Abel—. Luz del sol para un final feliz.

—Lo habrá, sin duda —sentenció Dylan.

Abel, mucho menos optimista, prefirió callar.

Unos metros por delante, Travis y Olga reconocieron una puerta enrejada. Con cautela, bajaron el ritmo y se aproximaron.

Al llegar vieron sobre ella un rótulo que decía:

Un motivo más que suficiente para que se alegraran, pero no fue así.

—Creo que no somos los primeros en llegar —lamentó Dylan, ante el mutismo de sus superiores.

La puerta estaba abierta y medio arrancada de sus goznes.

Lee, repentinamente alterado, se acercó y comenzó a pasar la mano por los gruesos barrotes doblados.

—Igual que en la otra puerta, esta también ha sido golpeada con mucha fuerza —determinó con cierta agitación en la voz.

—¿Hablas de la nueva criatura? —le preguntó Abel, directo.

—¿Qué si no podría hacer algo semejante?

Travis, más preocupado por otras cuestiones, enfocó con su linterna al interior.

—Hay una pequeña sala y otra puerta al fondo que parece cerrada —informó antes de entrar.

El resto lo siguió mirando en todas direcciones, con el temor de ver surgir entre las sombras una bestia con apéndices en el pecho capaces de aplastarlos como si fuesen pulgas.

Nada de eso pasó, y todos pudieron llegar hasta la otra puerta a la que se refería Travis. Esta no era enrejada sino maciza, y se apreciaban marcas de haber intentado tirarla abajo.

—Con esta no pudo —comentó Lee, señalando las múltiples abolladuras que se apreciaban en el centro de la puerta—. El nuevo espécimen es muy fuerte, pero no tanto. La puerta es acorazada, de varios centímetros de grosor, seguro.

—¿Por qué querría entrar aquí? —preguntó Abel, cuestión que también rondaba por la cabeza de alguno de sus compañeros—. ¿Qué buscaba?

—Puede que a supervivientes —sugirió Wanda.

Abel reflexionó. También el resto. Menos Travis, al que ese detalle nimio le traía sin cuidado. Tenía un objetivo, y no quería desviarse de él.

—El panel está intacto —dijo señalando un lateral de la puerta—. Lo cual quiere decir que estamos de suerte.

Pulsó el único botón que había y se encendió una luz verde.

—Aquí no hay clave.

Después de unos segundos, en la pantalla digital apareció un mensaje:

«Acerque sus dedos a la pantalla hasta tocarla, y espere a que se escaneen sus huellas».

Travis sacó su móvil y trasteó en él hasta que dio con lo que buscaba: la fotografía de cinco huellas dactilares. Volteó el teléfono y lo pegó. De inmediato, una línea de luz apareció en la parte inferior y fue subiendo hasta recorrer toda la pantalla. Luego escucharon un pitido y surgió un nuevo mensaje:

«Buenos días, doctor Yoo, el acceso a los servidores está desbloqueado».

—¡Cojonudo! —exclamó Travis, al accionar el robusto picaporte y comprobar que la puerta se abría.

La habitación a la que entraron era cuadrada, de unos sesenta metros, y estaba poco iluminada.

Dylan, en su salsa, fue recorriendo con la vista los grandes armarios llenos de *racks* o bastidores en los que se almacenaba la información; los *switches* SAN con los que se interconectaban los discos duros donde se guardaban los *backups* de los distintos equipos; los conectores LAN que permitían la conectividad remota entre ordenadores; los *routers* internos; los balanceadores, encargados de distribuir la carga de datos entre servidores; los *firewalls*, destinados a la seguridad; y las bandejas por las que discurría todo el cableado, que ocupaban buena parte del techo. También reconoció, al fondo de la sala, el *crac*, la máquina de acondicionamiento de aire, destinada a mantener la temperatura y humedad en los rangos óptimos para el funcionamiento de los equipos.

Todo era normal. Incluso la sala contaba con un suelo técnico para evitar vibraciones y permitir que el aire circulara mejor y

enfriara los equipos. Sin embargo, había un enorme aparato situado en el centro que no identificó. Era metálico, sin ranuras de ventilación ni pantallas digitales, de forma rectangular y del tamaño de un coche pequeño. Delante, sobre una mesa, había una pantalla de ordenador.

—Bueno, muchacho, hora de hacer tu trabajo —oyó decir a Travis—. Ya hemos perdido demasiado tiempo, y no quiero esperar a que nos quedemos sin energía eléctrica.

Dylan estaba paralizado, intentando entender. El exmarine lo espoleó.

—Es para hoy, ¡joder!

—Claro, claro —dijo finalmente el informático—. Me pongo a ello.

Primero se dirigió hacia el ordenador, el único que había allí, y tomó asiento. Luego, de su mochila, sacó su portátil, un disco duro y un montón de cables. No tardó mucho en conectarse, y en comenzar a teclear en el terminal principal.

Al cabo de unos minutos se echó para atrás en la silla, como si de la pantalla hubiera salido una bola de fuego, y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué cojones pasa? —preguntó Travis, asomándose a su hombro para mirar.

Gesto inútil, ya que solo vio líneas de comandos que recorrían la pantalla y de las que no entendía absolutamente nada.

Ante el mutismo del informático, también se reunieron a su lado Olga y Abel.

—¿Puedes acceder a la información? ¿Sí o no? —lo acució la rusa.

—En cierto modo, sí —acabó respondiendo Dylan.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Travis.

—Veréis. Al entrar no entendí qué pintaba aquí este enorme aparato que tenemos delante. No encajaba en una sala de servidores. Jamás había visto nada semejante. Hasta que por fin, al intentar hacer un volcado del sistema, me he enterado de lo que es. Había leído que se habían hecho pruebas, y que se estaba construyendo un prototipo, pero nunca imaginé que ya existiera uno totalmente operativo.

Dylan había contestado, aunque ninguno había comprendido nada.

—Explícate, por favor —suplicó Olga.

—No hay disco duro. La información está almacenada en… ADN.

—¿En ADN? ¿Cómo? —quiso saber Abel.

—Ni puñetera idea —confesó Dylan, solo sé que es posible.

Wanda carraspeó. Olga entendió.

—¿Tú sabes cómo? —le preguntó.

—Creo que sí —empezó la joven, con modestia—. El ADN es un sistema de codificación de datos perfecto. Desde el momento en que se secuenció el genoma humano, varios equipos de investigación han trabajado en la posibilidad de diseñar sistemas de almacenamiento usando ADN, ya que, en realidad, es esta la función que ejerce en nuestras células. Las moléculas de ADN son largas cadenas formadas por pequeños bloques que se repiten una y otra vez, llamados nucleótidos.

—Adenina, timina, guanina y citosina —apuntó Lee.

—Correcto. Cuatro componentes básicos diferentes —continuó Wanda—. Aunque, lo más importante es el orden en el que aparecen dentro de la cadena. Al secuenciar un fragmento de ADN, leemos ese orden en el que están los nucleótidos como si se tratara de un texto formado por cuatro únicas letras: A, T, G y C. Las células incluyen mecanismos para transcribir esas secuencias y utilizar esa información para crear proteínas, que son moléculas grandes y complejas que desempeñan funciones críticas en el organismo: desde realizar la mayor parte del trabajo de las células, hasta la formación de estructuras, tejidos y órganos.

—Concretando —dijo Abel.

—Cada instrucción completa del ADN, compuesta por un número variable de nucleótidos dispuestos en determinado orden, es lo que llamamos gen; y la idea que tuvieron esos investigadores fue transformar los archivos de ordenador a ese formato. En el fondo la teoría es sencilla. El ADN codifica la información mediante cuatro letras, y los ordenadores convencionales almacenan los datos en formato binario, con unos y ceros. ¿No es así?

—Totalmente —respondió Dylan, con cara de pasmo.

—Por tanto, solo se debería elegir qué dos letras del ADN representarían el cero y qué letras el uno, y, mediante impulsos eléctricos, crear un ADN cuyo orden pudiera ser traducido a un archivo digital y viceversa.

—Una idea *superingeniosa* —dijo el informático, entusiasmado.

—Y funcional —añadió Wanda—. La capacidad de almacenamiento sería increíble. Si tenemos en cuenta la transformación digital, y consideramos que cada dos nucleótidos es un *bit*, la cantidad de ADN que incluye una sola célula podría alcanzar los 6 gigabytes. Y mil millones de *terabytes* de información en un gramo de ADN.

—¡Un *zettabyte*! —exclamó Dylan—. ¡Es inaudito!

—Y lo que es mejor aún —prosiguió la joven—. Con una mínima conservación de la materia viva, los datos memorizados en ella podrían permanecer inalterables por miles y miles de años. ¿Imaginan la economía de espacio y la seguridad que esta nueva tecnología supone?

Travis se revolvió.

—Todo eso está muy bien —dijo con la calidad de un cuchillo—. Pero lo que nos interesa saber es si podemos llevarnos esa información, o no.

—Secuenciar cadenas de ADN es parte de mi trabajo —respondió Wanda, fija la mirada en la pantalla—. Supongo que una vez entienda el funcionamiento de la máquina sería capaz de extraer…

—Dylan, ponte con ella y ayúdala —le ordenó, cortando a la joven—. Mientras tanto, yo iré a echar un vistazo fuera. No quiero sorpresas.

—¿Voy contigo? —le preguntó Olga.

—No hace falta. Tú vigila aquí dentro —le sugirió, bajando la voz para que el resto no se enterara.

Aún así, alguien lo hizo.

—Desconfiado hasta la médula —le recriminó Abel.

—No se vive mucho siendo un cándido mercenario.

—Ni olvidando detalles clave.

—¿A qué te refieres?

—A los dispositivos que activan a los especímenes. Según nos dijo Lee los guardaban aquí, en la sala de servidores.

—¡Joder, tienes razón! Hay que buscarlos.

Asaltado por un repentino ataque de nervios, Travis fue hacia el científico, lo agarró del brazo y lo separó de Dylan y Wanda, que trabajaban hombro con hombro sentados frente al ordenador.

—¿Qué pasa? —se quejó Lee, dolorido por la garra de acero que lo arrastraba.

—Los dispositivos de señales. ¿Dónde están? —le preguntó Travis, sin preámbulos.

Lee lo miró sin comprender, hasta que cayó en la cuenta.

—Sí, sí —respondió repentinamente iluminado—. Los guardaban al fondo de la sala.

—Muéstranos dónde.

Al llegar, vieron un armario de metal cerrado con un candado.

—Seguramente la llave la tenga el malogrado doctor Yoo, o esté en algún cajón de su despacho —opinó Abel.

—Seguramente, pero no iremos a por ella —decidió Travis, quitando el seguro a su arma—. Apartaos.

Dylan y Wanda se encontraban lejos, con varios armarios llenos de rack de por medio. Travis se anguló, previendo el posible rebote de la bala, y el resto se colocó a su espalda.

A dos metros de distancia no falló, y el disparo hizo saltar el candado por los aires.

—¡No pasa nada, no pasa nada! —se apresuró a gritar Olga, para tranquilizar a los que trabajaban en el ordenador biológico.

Travis abrió la puerta del armario. Dentro había varios estantes. Todos vacíos menos uno donde estaban tres bolas negras, del tamaño de pelotas de tenis, junto a una base metálica a la que llegaban cables.

—Los emisores —comentó Lee—. Tres, como yo recordaba.

—¿Están todos? ¿Seguro? —preguntó Olga.

—Que yo sepa, no había más. Aunque, como les comenté, se trabajaba en dispositivos de más alcance que tendrían más potencia y, por tanto, un tamaño mayor.

Abel se acercó al armario y cogió uno.

—¿Cómo sabemos si están activados? —preguntó, ofreciéndole

una de las bolas a Lee.

—Fácil —comenzó el científico, cogiendo el dispositivo—. En Afganistán, antes de acoplarlos al dron, los encendimos y los pusimos en modo automático para poder activarlos a distancia. Hay una parte donde… Aquí.

Con firmeza, usando el índice, apretó en una zona de color gris y se descorrió una portezuela dejando a la vista un pequeño compartimento.

—El interruptor tiene cuatro posiciones —explicó Lee, mostrándoselo—. Apagado, Activada señal de combate, Activada señal de retirada y Automático para control a distancia, como les decía.

—¿Cómo está ahora el interruptor? —preguntó Abel.

—Apagado.

Contrariado, Abel cogió otro de los dispositivos y, ya sin ayuda de Lee, lo abrió.

—También apagado —dijo, yendo directo al tercero sin esperar reacciones—. Igual. Apagados los tres. ¿Cómo es posible?

—A ver —dijo Lee, moviendo el interruptor a otras posiciones—. Ya entiendo.

—¿Qué?

—Está descargado.

Abel comprobó el resto de dispositivos antes de dirigirse de nuevo hacia el científico.

—Todos están descargados.

—Normal. Nadie se ocupó de ponerlos en el soporte de recarga por inducción.

—Dimos por hecho que los especímenes, una vez liberados, atacaron a los científicos impulsados por las señales enviadas por uno de estos puñeteros dispositivos —relató Abel—. ¿No es así? Tú mismo lo dijiste al verlos salir de sus celdas como un rayo.

—Eso parecía, sí —contestó el científico, acoquinado.

—¿Entonces?

—La verdad, estoy confundido. Si nadie los activó para el combate, su comportamiento fue realmente extraño.

—Españolito —intervino Travis—. Continúas equivocándote. No estamos aquí para entender lo sucedido. Lo nuestro es otra cosa.

Abel lo miró con cierto hartazgo.

—Ya. Recuperar y evaluar.

—Exacto. Algo sencillo y complicado a la vez. Dejemos esta mierda y volvamos a ver qué tal van ellos —concluyó el exmarine, señalando con el cañón del arma el lugar donde seguían trabajando Dylan y Wanda.

Abel se quedó con cara de pasmo mientras veía alejarse a Travis seguido por Lee.

—No entiendo a tu jefe —confesó cuando se quedó a solas con Olga—. Estos dispositivos descargados representan un gran enigma.

—¿Tú crees? Es posible que esas cosas actuaran por su cuenta, por instinto o por lo que cojones les pasara por sus cabezas mutantes. Quizá nunca lo sepamos.

Meditabundo, viendo irse a Olga, Abel tardó unos segundos en admitir que especular sobre un mundo que desconocía por completo resultaba tremendamente complicado. Luego, se dirigió hacia el ordenador biológico.

Al llegar encontró a los dos técnicos como los había dejado: a Wanda frente al terminal, a los mandos del teclado, y a Dylan mirando la pantalla sin pestañear. El resto los rodeaba, con un Travis tan inquieto como un lobo que huele a oveja y no sabe dónde está.

—¿Tenemos algo? —preguntó por segunda vez el exmarine.

Wanda terminó de teclear un comando y se volvió a medias para responderle.

—Me he familiarizado con el aparato. En realidad es bastante simple una vez comprendes que se trata de un híbrido entre un secuenciador de ADN convencional, un sistema operativo binario y un convertidor a lenguaje de máquina.

—Es un «hacha» esta tía —comentó Dylan con sinceridad—. Yo hubiera tardado el triple en acceder a la relación de archivos.

—Oh, no ha sido nada. Es mi trabajo —dijo Wanda, un poco ruborizada y otro poco halagada—. Es bueno sentirse útil. Hasta ahora solo había sido una carga.

—Bobadas —saltó Olga—. Cada uno tenemos nuestro momento.

—Bueno, supongo que entonces este es el mío —admitió la joven, entrecerrando sus enormes y aniñados ojos.

—Decías que te has familiarizado con este aparato. ¿Y? —intervino Travis.

—Tengo acceso a los archivos principales, cuya información está codificada en el ADN. Ahora es preciso invertir el proceso para pasarlos a un disco duro común.

—Estupendo. Hazlo.

—En este momento la máquina está calculando el tiempo necesario —intervino Dylan.

—¿Tardará mucho? —preguntó Olga.

—Yo diría que… no.

Un largo pitido sonó en la sala. Wanda mostró una luminosa sonrisa que enseguida se apagó.

—¡Mierda! —exclamó Dylan, al leer la última línea que aparecía en la pantalla.

—¿Qué pasa? —se preocupó Travis.

—El tiempo estimado de conversión es de seis horas —respondió Wanda.

—¡Puta tecnología! —exclamó el exmarine, dando un golpe en la mesa con el puño cerrado—. No podemos esperar tanto. Imposible.

—Nos quedaremos sin corriente —intervino Lee—. El generador de emergencia tiene que estar a punto de apagarse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Olga—. ¿Lo dejamos?

Nadie se atrevía a contestar, y Travis estaba demasiado enfadado para buscar una solución. Fue Wanda quien la propuso.

—Podríamos llevarnos el ADN sin decodificar.

Travis la miró como si viera una aparición mariana.

—¿Sabrías hacerlo?

—Creo que sí —respondió la joven, moviendo los dedos de las manos igual que un pistolero antes de disparar—. ¿Queréis que lo intente?

—Claro, es una buena idea. ¿Verdad, jefe? —dijo Olga.

—Cojonuda —contestó este, animado.

—Adelante. Prueba —decidió la rusa.

—Un momento —saltó Abel, al observar algo en la pantalla que le llamó la atención—. ¿Esos son los archivos almacenados?

—Las carpetas principales —respondió Dylan—. Enumeradas

desde la E1 hasta la E7. ¿No os resultan familiares?

—¿Te refieres a los códigos que había escritos sobre las puertas de las celdas de las criaturas? —preguntó Olga.

—A esos mismos. Iban del E1 al E6. Si esas carpetas corresponden a la información relativa a la creación de cada uno de los especímenes, como parece lógico, el E7 debe pertenecer al que vimos hace un rato, el que tenía garrotes saliéndole del pecho.

—No lo dudo, pero veo otra carpeta. ¿Qué pone? —preguntó Abel, entornando los ojos—. Mi vista ya no es la misma que cuando tenía veinte años.

—Alaska —respondió el informático.

Abel dio un respingo y se quedó pensando. Lee tomó la palabra.

—La nomenclatura no corresponde con el resto. Si fuese otro espécimen sería E8. Además, no vi más clones diferentes completándose en La cuna de la vida. Apostaría a que se trata de la típica carpeta llena con un poco de todo. Misceláneas.

—Joder, eso no nos importa. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? —estalló Travis, al tiempo que empujaba sin miramientos al científico para hacerse sitio junto a Wanda—. Dime, ¿cómo podemos llevarnos esa información?

—Directamente, sin transcribir a lenguaje binario —contestó la joven con seguridad—. Antes vi un interfaz que nos daría acceso al interior de la máquina. Es probable que si puedo abrirla…

—Hazlo —le ordenó Travis, tajante.

Wanda tomó aire, repentinamente abrumada por la responsabilidad.

—Tranquila, puedes hacerlo —la animó Dylan.

Y la joven se puso a ello.

Después de cambiar a una pantalla en la que aparecía un esquema lleno de símbolos relacionados, tan complejo como el que pudiera controlar una central nuclear, Wanda empezó a pulsar teclas.

De pronto, se escuchó un ruido sibilante, similar al que haría el sistema hidráulico de una prensa, y la funda exterior del enorme ordenador biológico comenzó a elevarse.

Tras unos segundos, quedó al descubierto un interior abarrotado de artilugios interconectados e incomprensibles que Wanda trató de

explicar.

—Ese recipiente de la izquierda, lleno de líquido transparente, es la reserva de ADN dispuesto para ser codificado. Apostaría a que se trata de Escherichia Coli. La E. Coli, como comúnmente se la conoce, es una bacteria que vive en los intestinos. Es muy usada en investigación, ya que brinda muchas ventajas como hospedero, permite una fácil manipulación genética y su cultivo es rápido y barato.

Travis bufaba por lo bajo, pero la dejó seguir sin interrumpirla.

—A continuación está el sistema de codificación, el encargado de extraer dosis microscópicas de ADN y provocar descargas eléctricas a las secuencias de nucleótidos de las células. Una vez hecho esto, el ADN ya sintetizado, escrito en lenguaje binario, pasa al receptáculo de la derecha donde se almacena a la espera de ser secuenciado; o sea, leído.

—O sea —intervino Abel, no falto de retintín—. Que ese «receptáculo» es el disco duro biológico.

—Correcto —respondió Wanda, sin perder la concentración.

—Nos pidieron que recuperáramos la información —saltó Travis—, no en qué formato debíamos hacerlo. Nos llevaremos esa puñetera caja llena de… bacterias.

—Vale, pero antes debo cortar correctamente las conexiones y activar el sistema de conservación —informó Wanda.

—¿Cómo dices?

—Aquí —respondió ella, señalando en la pantalla del ordenador un símbolo cuadrado lleno de números—. Libera dos líquidos que, al mezclarse, producen una reacción isotérmica.

Travis arrugó el entrecejo.

—¿Perdón?

—Reacción isotérmica —repitió Wanda—. Criopreservante. Mantiene la temperatura constante a -20ºC.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Bastante. Los compuestos que suelen usarse, el glicerol o el dimetilsufóxido, son capaces de preservar muestras en perfecto estado hasta setenta y dos horas.

—Nos sirve. Ponte a ello —le ordenó Travis que, por primera vez en mucho tiempo se permitió esbozar una sonrisa.

El proceso fue rápido. Wanda y Dylan, trabajando coordinados, consiguieron extraer el disco duro biológico en tiempo record.

—Aquí está —dijo el informático, cuando tuvo entre las manos una caja metálica de color negro del tamaño de un cartón de tabaco.

—Dentro, compartimentados, habrá unos pequeños recipientes de cristal —explicó Wanda—. Ocho en concreto, que corresponden a cada una de las carpetas. El receptáculo es seguro, a prueba de golpes, y refrigerado, como les comenté.

—Esto marcha —exclamó Travis, cogiendo la caja sin miramientos y guardándola en su mochila.

—¿Por fin podemos irnos? —preguntó Lee, esperanzado.

—Claro. Aquí ya no se nos ha perdido nada. Detrás de mí —ordenó el exmarine, y, sin más preámbulos, se encaminó a la salida.

—Buen trabajo —dijo Olga a Wanda—. Y ahora ve, y no te despegues de su espalda.

Obediente, la joven se levantó de la silla y fue al encuentro de Travis, que ya esperaba junto a la puerta.

Dylan se disponía a seguirles cuando Abel se interpuso en su camino.

—Una duda —le dijo en tono bajo—. La jaula de Faraday… Dijiste que se usaba para bloquear señales que vinieran del exterior. Para aislar.

—¿A qué viene eso ahora?

—Me preguntaba si, además del exterior, también sirve para bloquear señales que procedan del interior —continuó Abel.

Olga se mantenía a cierta distancia, pero con las orejas bien abiertas.

—¿Del interior de la jaula? —se extrañó Dylan.

—Sí.

—Evidentemente —respondió con suficiencia—. El sistema cierra en ambos sentidos. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —se apresuró a contestar Abel, quitándole importancia—. Me gusta saber. El saber no ocupa lugar. O eso dicen.

—Pues vale —dijo Dylan, antes de marcharse camino de la

salida.

Abel tardó en echar a andar. Cuando lo hizo, se encontró a Olga de cara.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

Abel barajó la posibilidad de esquivar a la rusa, como había hecho con el informático, o sincerarse. Al final se decidió por la segunda opción. Necesitaba compartirlo, y ella podía ser una buena interlocutora con quien desahogarse.

—Hay cosas que no entiendo. Y lo que no entiendo me pone muy nervioso.

—Habla, y rápido —lo apremió ella—. Travis no tiene mucha paciencia.

—¿Has visto este lugar? *¿Safetyhouse?* —empezó Abel, en tono de confidencia—. Guardias, ventanas selladas, códigos en cada puerta, científicos clausurados, inhibidores de señal, almacenamiento en ADN… Con todas estas medidas de seguridad, ¿crees que es necesario instalar también una puñetera jaula de Faraday para evitar intromisiones desde el exterior?

—La paranoia puede no ser lógica.

—Y luego está lo de esos emisores descargados, y lo del archivo número ocho, Alaska… ¿Y qué me dices del doctor Yoo? Eran necesarias sus huellas dactilares para entrar en los servidores, y él se las quemó. ¿Por qué? ¿Para evitar que alguien le obligara a abrir? Noto en las tripas que algo se nos escapa. Algo muy importante. Algo de lo que puede que dependan nuestras vidas.

—Te comprendo —admitió Olga, compadecida al ver cómo se torturaba—. Te gustaría entender esta insensatez, y a mí también, y a los demás, seguro. Pero quizá jamás lo consigamos, y debemos asumirlo. Ahora, nuestra prioridad es salir de este puñetero manicomio y volver a casa. Si hacemos caso a Travis, y dejamos de lado cuestiones que nos quedan grandes, lo lograremos.

—Deseo que tengas razón y yo esté equivocado —dijo por fin Abel, controlando la angustia que nacía en su pecho—. Te juro que lo deseo.

25
NUBLADO

Consciente de lo que podrían encontrarse fuera, Travis condujo al grupo con suma precaución en dirección contraria a la que habían seguido para llegar a los servidores. Tenía buen sentido de la orientación, y buena memoria, y no necesitó que nadie le indicara la ruta para regresar hasta La cuna de la vida y, desde allí, hasta el laboratorio A. Ese trayecto había sido sencillo, relativamente. Sin embargo, a partir de ese punto la situación se complicaba. De ahí que, antes de abandonar la esclusa, se tomara un segundo para organizar al grupo.

—Los pasillos son las zonas más peligrosas —comenzó diciendo, en modo sargento instructor—. Son oscuros y están llenos de recovecos. Ya nos hemos encontrado con esas cosas varias veces, y puede que vuelva a suceder. Nos dispondremos como antes. Dylan y yo iremos en cabeza. Olga y el español en la retaguardia. Vosotros dos manteneos en el centro y seguid el ritmo. ¿Estamos?

Wanda y Lee asintieron, con el miedo atenazando sus gargantas.

—Sabemos cómo acabar con ellos —continuó el exmarine—. Basta con que los veamos antes de que estén demasiado cerca para disparar. Si no es posible hacerlo con seguridad, buscaremos un mejor lugar. Yo diré cuándo disparar y cuándo correr. Estad atentos. No podemos cometer errores.

Esta segunda charla iba dirigida a su equipo. Para Abel tenía reservado algo distinto.

—Españolito, tú haz lo que ella te diga. Y no la cagues.

—No sé si te lo han dicho alguna vez, pero a veces resultas un poco cargante —le replicó Abel, agitando el Colt delante de sus ojos.

Travis lo ignoró, abrió la segunda puerta de la esclusa, echó una

rápida ojeada fuera con la linterna y se volvió hacia el grupo.

—En marcha —dijo, saliendo el primero.

En fila india, manteniendo el ritmo que Travis marcaba, caminaron por los diferentes pasillos, parándose o avanzando cuando él lo ordenaba, atentos a cualquier ruido que no fueran sus propias pisadas, sudando de miedo y de calor, y esperanzados en que, con cada paso que daban, más cerca se encontraban de volver a casa.

Al llegar al despacho del doctor Yoo, el grupo se animó.

—Ya queda menos —susurró Abel.

Lo dijo para que le oyera Olga. Y lo hizo, pero no le respondió, concentrada como estaba en vigilar la retaguardia.

Al pasar por el lugar donde se habían enfrentado a los especímenes pisaron los casquillos, y Travis sintió el amargo recuerdo de aquel instante. Sin embargo decidió seguir por el pasillo que tenía delante, dispuesto a comprobar con sus propios ojos el resultado de los dos disparos certeros. Ya se lo había contado el español, pero él no se fiaba de nadie.

Al ver una gran cantidad de sangre en el suelo se detuvo, contrariado.

—¿Dónde demonios…?

—Se los han llevado —se adelantó a interpretar Abel—. Igual que hacen los soldados con sus compañeros muertos después de un combate. Son más humanos de lo que pensamos y, por tanto, mucho más peligrosos que si fuesen solo animales.

La imagen que dibujó dejó a todos mudos, incluidos a los duros mercenarios. Retroceder no era una opción, debían seguir, y Travis los sacó de sus funestas cavilaciones con una orden corta y rotunda.

—Continuemos.

Atemorizados, sumidos en las amenazantes sombras de aquellos pasillos, temiendo escuchar a cada momento el escalofriante sonido de unos palos entrechocando, el grupo logró llegar sano y salvo hasta la sala de control de los hologramas.

Nada más entrar, vieron la cristalera rota. El exmarine revisó la habitación: estaba revuelta pero vacía. Sin pronunciar una palabra, abrió la puerta que daba acceso a la enorme sala donde se realizaban las simulaciones y barrió el espacio con el haz de su

linterna.

Vacía también.

—Es una suerte que esas cosas estén tan poco tiempo en el mismo sitio —comentó Dylan.

—Se mueven mucho, sí —dijo Abel—. Quizá demasiado.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Olga.

—No siguen una estrategia. Es como si actuaran por impulsos. Ahora aquí, ahora allá… Si fuesen medianamente inteligentes, como parece, ya nos habrían cercado y cazado hace tiempo.

—Tú crees que son inteligentes —replicó Travis—. Yo pienso que solo se trata de bestias amaestradas que vuelven a ser estúpidas cuando nadie las controla. Vamos, el camino está despejado.

Aunque el exmarine dijo que estaba despejado, atravesar ese enorme y oscuro lugar, donde los sonidos de sus pisadas rebotaban en las paredes y regresaban convertidos en siniestros ruidos, fue una auténtica tortura para el grupo.

Sin tregua, al llegar a la puerta de salida, Travis la abrió con recelo, inspeccionó el distribuidor —que antes estaba profusamente iluminado y ahora se encontraba totalmente a oscuras— y animó al resto a que lo siguieran fuera.

Nada más hacerlo, Dylan se acercó al montacargas.

—Funciona —dijo al ver las teclas encendidas.

—Bajaremos por las escaleras —determinó Travis.

—Es más peligroso —protestó el informático—. Si aparece uno por arriba y otro por abajo…

—Lo sé, pero no quiero quedarme dentro del montacargas si se corta la electricidad. Eso sería aún peor.

—Tiene razón el jefe —secundó Olga—. ¿Mantenemos el mismo orden?

—Sí —respondió Travis, satisfecho porque su lugarteniente lo respaldara en decisiones tan complicadas—. Bajaremos a toda prisa. Cuando lleguemos al *hall* tomaremos posiciones detrás de las cajas de madera. Vosotros —añadió dirigiéndose a Lee y a Wanda—, no dejéis de mirar mi culo e id donde yo vaya. ¿Estamos?

—Estamos —respondió el científico, mientras la joven respiraba con dificultad sin poder pronunciar palabra.

Casi a la carrera el grupo se lanzó escaleras abajo detrás de

Travis, sin importarles el ruido que hicieran, tropezando unos contra otros, desesperados porque terminara cuanto antes aquel «pasaje del terror». Olga, a la zaga, era la única que mantenía una cierta prudencia, mirando continuamente a su espalda, temiendo ver aparecer el rostro maldito de uno de esos seres.

No fue así, y pudieron llegar abajo sin percances.

—¡Rápido, rápido! —exclamó Travis, sin darles un respiro.

Tres haces se movieron en todas direcciones, los provenientes de las linternas de Olga, Travis y Wanda. Tres haces que proyectaban círculos en las paredes y en el suelo. Círculos luminosos que duraban décimas de segundo, e iban componiendo una realidad a base de retazos.

Gracias a ese puzle de imágenes consiguieron orientarse y llegar hasta el montón de cajas de madera que se acumulaban en el centro del *hall*. Ya a cubierto, Travis pidió silencio con una efusiva onomatopeya que todos comprendieron.

—¡Chsss!

Durante más de un minuto nadie abrió la boca, ni movió un músculo. Se trataba de escuchar. De que hubiera doce oídos perfectamente afinados para detectar el más mínimo ruido. Y no lo hubo. O, al menos, ninguno lo percibió. Fue entonces cuando Travis se decidió a hablar.

—Queda el último tramo hasta la puerta de salida. Iremos Dylan y yo. Cuando la primera puerta de la esclusa esté abierta, os haremos una señal. Esperad a que Olga os dé la orden y corred rápido. No me fío de las columnas, no las hemos revisado y son un buen lugar para esconderse.

—¿Qué señal? —preguntó Abel.

—¿Cómo?

—Quiero decir. Encenderás y apagarás la linterna varias veces, silbarás, darás un grito… ¿Qué señal?

Travis resopló. Su relación con el español era complicada. Por una parte le fastidiaba ese aire de sabelotodo que tenía, y su impostado cinismo; por otra parte tenía que admitir que solía dar en el clavo, que era intuitivo, y que, aunque le pesara, la mayoría de las veces tenía razón. Como en esa ocasión.

—Usaré la linterna —dijo finalmente el exmarine—. Apagado y

encendido. Ráfagas cortas y rápidas. ¿Te vale?

—Por mí, perfecto.

—Bien. Hora del último asalto. Dylan, ¿preparado?

—Qué remedio, jefe. Cuando quieras.

—Vamos.

Corriendo, mirando a ambos lados, los dos mercenarios salvaron sin incidentes la distancia que los separaba de la puerta. Pero ahora se encontraban al descubierto, y Travis no perdió ni un segundo en comenzar a teclear la clave en el panel de la pared.

Un clic metálico primero, y el inconfundible sonido de los motores hidráulicos después, les informó de que la puerta comenzaba a abrirse.

Con la respiración contenida, los dos hombres esperaron hasta que el paso estuviera completamente libre, y entonces se asomaron dentro de la esclusa. Travis delante, alumbrado con la linterna, comprobó con alivio que el lugar era seguro.

—Una puerta más y lo habremos conseguido —comentó Dylan, sin poder contener el entusiasmo.

Veterano como era, bregado en mil batallas, el exmarine sabía que una misión no se terminaba hasta que uno podía sentarse en el sillón favorito de su casa con una cerveza en la mano. Por esa razón no le respondió y mantuvo la concentración al máximo, resuelto a continuar con el plan.

Junto a las cajas de madera, impacientes, el resto del grupo aguardaba la señal.

Y esta no se hizo esperar.

Con regocijo contenido, vieron las ráfagas de destellos y se volvieron hacia Olga.

—¿Qué? ¿Arrancamos? —preguntó Abel, ante la indecisión de la rusa.

—No me fio.

—¿Te lo dicen las tripas?

—Demasiado fácil —respondió ella—. ¿Qué te dicen las tuyas?

—Prefiero callármelo.

—¡Mierda!

Las ráfagas de luz continuaban. Wanda y Lee, preparados como dos atletas en el puesto de salida de una carrera de cien metros

lisos, los miraban alternativamente.

—La decisión es más simple cuando existe una única opción —comentó Abel—. Lo que tenga que ser, será.

—En eso estoy de acuerdo.

—Entonces… ¿Vamos?

—Vamos.

Abel echó a correr el primero, seguido por los dos científicos. Olga se quedó la última, basculando su arma y el haz de su linterna a un lado y a otro constantemente, atenta a cada columna que pasaban, consciente de que, a veces, veinte metros pueden convertirse en un viaje muy largo.

Como pasajeros que ven su metro parado en la estación y se cuelan a toda prisa en los vagones temiendo que las puertas se cierren, así fueron entrando en la esclusa. Todos menos Olga, que se permitió caminar de espaldas los últimos metros para evitar cualquier sorpresa inoportuna.

—Cierra —anunció una vez estuvo dentro.

Y Travis pulsó el botón de inmediato.

Un estallido de nervios reprimidos, en forma de risas y felicitaciones, se desató en aquella pequeña habitación. Una modesta algarabía que el exmarine rápidamente aplacó.

—Ya habrá tiempo para celebraciones —dijo seco, junto al panel que abría la última puerta.

Dylan se hizo sitio para situarse junto a él.

—Venga, jefe, no sea cenizo —comentó mirando la puerta de metal como si fuese la entrada al paraíso—. Nos recibirá un cielo despejado y lleno de pájaros volando. Ya lo estoy viendo.

Detrás de él, Olga musitó algo que solo escuchó Abel.

—Demasiado fácil —dijo antes de chascar la boca.

—Sí, demasiado —repitió Abel, en igual tono e intensidad.

Travis, después de hacer una comprobación innecesaria de su arma, introdujo la tarjeta de acceso, tecleó el código en el panel de la puerta y esta comenzó a abrirse.

El siseo, que equilibraba las presiones del interior y del exterior, dejó paso al tintineo rítmico e inconfundible de un aguacero.

—¡No me jodas! ¡¿Lloviendo?! —exclamó Dylan, defraudado.

—Y el día está tan oscuro como el culo de un grillo. Mal final

para un guion —añadió Abel con retranca.

La enorme puerta terminó de descorrerse y, por fin, pudieron ver el exterior: la explanada de tierra empapada de agua, las montañas a lo lejos turbias por la densa lluvia, el cielo cubierto de nubes negras… Y algo más en lo que se fijaron los tres mercenarios.

Junto al camión en el que llegaron por la mañana estaban aparcados más vehículos: cuatro todoterrenos de color arena y un Cadillac Escalade negro con los cristales tintados.

—¿Qué significa esto, jefe? —preguntó Dylan.

Travis cogió aire y lo soltó poco a poco. Una vez tuvo los pulmones vacíos, le respondió.

—Nada bueno.

Olga iba a decir algo cuando se abrió la puerta trasera del Escalade y salió un hombre. Mientras desplegaba un paraguas, del resto de los vehículos comenzaron a salir más hombres. En total dieciséis. Todos con ropa de comandos y armados hasta los dientes. Uno de ellos, alto y delgado, con la cabeza rapada al cero y una enorme barba negra, dio instrucciones y se colocaron en semicírculo, frente a la puerta, a unos veinticinco metros de distancia.

—Menudo comité de bienvenida —dijo Abel—. ¿Lo habéis pedido vosotros?

—Ni de coña —contestó Olga.

El hombre del paraguas caminó hacia el barbudo y se detuvo junto a él. No tenía aspecto de soldado. Mediana edad, gafas de concha, algo de sobrepeso… Vestía camisa blanca de manga corta con corbata, sin chaqueta, pantalones grises de tergal, zapatos de punta fina con cordones y, en el cinturón, una cartuchera de la que asomaba la culata de un revólver plateado con las cachas de marfil.

—Conozco al barbudo —dijo Travis.

—¿Amigo o enemigo? —preguntó Olga.

Pero el exmarine no contestó.

26
QUEMAR PÓLVORA

El hombre del paraguas intercambió unas palabras con el barbudo y ambos se acercaron. No mucho, guardaron una prudente distancia de quince metros antes de detenerse de nuevo.

—No veo al gigantón de Valtra. Me dijeron que venía contigo. ¿Problemas? —dijo el barbudo, socarrón.

—Las cosas se complicaron un poco —respondió Travis—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—¿Así recibes a un amigo?

—Kolton, tú no tienes amigos —replicó el exmarine.

—¡Qué cabrón! Siempre tan desconsiderado.

—¿Vas a responder o vamos a estar así toda la mañana?

El hombre del paraguas se inclinó hacia Kolton y le dijo algo al oído. Este asintió y se dirigió de nuevo a Travis.

—Estábamos preocupados por vosotros. Demasiado tiempo. Tú sueles ser más rápido —dijo en tono más serio.

—Yo siempre cumplo.

—Veamos. ¿Has recuperado las propiedades de la compañía?

—Sí.

—¿Podemos verlas?

Travis se descolgó la mochila, sacó la caja negra y la levantó en el aire.

—Un disco duro biológico. Almacenamiento en ADN —explicó, con la intención de que supieran que realmente tenían la información.

—Impresionante —admitió Kolton—. Siempre supe que eras el mejor en recuperaciones. ¿Y qué hay de los científicos?

—Solo hemos encontrado vivos a dos.

—Ya. Una pena. En realidad, todo es una pena.

Travis entornó los ojos. No le gustaba la actitud de Kolton, ni del resto de sus hombres. No le gustaba nada.

—Jefe, ¿de qué va esto? —le preguntó Olga, muy cerca de su oreja.

Con serenidad, sin responder a su lugarteniente, Travis volvió a introducir la caja negra en la mochila, se la colocó en la espalda y terció el fusil.

—Nosotros hemos terminado nuestro trabajo y queremos irnos —dijo elevando la voz—. ¿Vosotros qué queréis?

—Oh, nosotros también estamos aquí por trabajo —respondió Kolton.

—¿Y puede saberse en qué diablos consiste?

—La compañía no confiaba en que salierais con vida. Por si acaso lo lograbais, me llamaron a mí. Lamentablemente, temía que llegara este momento.

—¿Él representa a esa puta compañía? —espetó Travis, señalando al tipo del paraguas.

—En efecto.

—¿Te ha contado quiénes son realmente y lo que se hacía en estos laboratorios?

—Por supuesto que no. Está aquí para comprobar cómo se soluciona un conflicto, no para crear uno nuevo.

—¿Uno nuevo?

—Saber demasiado siempre es un problema.

—Los secretos también.

Kolton se encogió de hombros, mostrando a la vez cara de inocente.

Travis dio unos pasos adelante. Olga lo acompañó con el arma a punto. La lluvia seguía cayendo, mojándoles el pelo y enturbiándoles la vista. El exmarine se pasó el dorso de la mano por los ojos antes de volver a hablar. Lo hizo en tono desafiante, dirigiéndose directamente al hombre del paraguas. No era estúpido y sabía que la situación se complicaba por momentos, pero quería que se lo contaran a la cara, sin medias frases ni intermediarios.

—Eh, usted. ¿No tiene lengua?

—La tengo —respondió el hombre del paraguas—. ¿Qué quiere saber?

—Nos contrataron para realizar un trabajo y está hecho. Queremos cobrar y largarnos a casa.

—Bien. Por mí no hay problema. Entréguenos esa caja y podrán marcharse con los bolsillos llenos.

Al escucharle hablar, Lee se revolvió.

—¿Qué pasa? —le preguntó Abel, en voz baja.

—Lo conozco —confesó el científico con evidente tono de alegría—. Ahora he caído. Su voz, y ese revólver plateado con la culata de marfil… Lo conozco. Es el observador que estuvo conmigo en Afganistán.

Unos metros por delante, Travis rumiaba lo siguiente que iba a decir. Debía ser algo simple y directo que le confirmara el mal presentimiento que sentía.

—Mejor lo haremos a mi manera. Nos dejaréis marchar. Cuando nos encontremos suficientemente seguros, hablaré con mi contacto. Él se encargará de hacerles llegar la caja una vez hayamos cobrado.

—¿Tu contacto? —intervino Kolton—. Me temo que tu amigo Sam, después de mi visita, no se sentía demasiado bien.

Travis dio un respingo.

—¿Lo has matado?

—Problemas de salud parecidos a los que sufrieron los guardias tras abandonar el edificio —contestó Kolton, al tiempo que se escuchaba una risa común entre sus hombres—. Mala suerte, supongo.

—Maldito asesino —gruñó Travis.

—Tú te dedicas a una cosa y yo a otra.

El exmarine no quería seguir hablando con esa alimaña, tragó saliva y se dirigió al hombre del paraguas, a *Pistolademarfil*.

—Yo mismo les haré llegar la información cuando hayamos cobrado y estemos a salvo.

—*Uff*, muy arriesgado —contestó él.

—Es lo que hay —replicó Travis, inflexible.

—¿Quiere que le confiese algo?

—Claro, soy todo oídos.

—Nunca creímos que pudieran salir de *Safetyhouse* con vida. En realidad, esta conversación no debería estar sucediendo.

—Pues estamos aquí, ya lo ve, con lo que querían en mi

mochila.

—¿Lo que queríamos? —repitió *Pistolademarfil*, mostrando una sonrisa de dientes amarillos y desordenados—. El proyecto se había cancelado antes de que ustedes llegaran. Mucho antes.

Olga acercó el dedo al gatillo de su arma.

—Esto no pinta bien, jefe —musitó.

—Lo sé —contestó este.

—Demasiado tiempo sin noticias de los laboratorios —continuó *Pistolademarfil*—. Tenía que haber sucedido algo grave, y suponíamos qué. Buscábamos un arma efectiva y segura. Sobre todo, segura. Pero ha sido un fracaso. Ahora lo sabemos. No nos gusta aquello que no podemos controlar.

—¿Por qué nos enviaron entonces? —preguntó Travis.

—Una última comprobación. Total, no teníamos nada que perder.

—¿Nada que perder? ¡Hijo de puta! —estalló Olga al recordar a Valtra muerto, despedazado por aquella bestia.

—Oye, Travis —intervino Kolton—. Dile a esa monada tuya que sujete la lengua.

—Ven tú a sujetármela —replicó ella, levantando el fusil.

De inmediato, los dieciséis hombres armados los apuntaron. Algunos con ametralladoras pesadas.

—Tranquila —le aconsejó Travis, bajando el cañón de su arma con la mano—. Veo cuatro M60. Nos pulverizarán.

—¿Qué sugieres? ¿Usar a Hans?

—Es nuestra mejor baza.

Travis sabía que a Kolton y a su grupo de asesinos los llamaban cuando había que «higienizar» un lugar. Borrar huellas, eliminar pruebas, acabar con testigos… Limpiar, en definitiva. Y eran buenos. Los mejores. Por esa razón debía ser preciso y no cometer errores.

—Calmémonos todos un poco —oyeron decir a *Pistolademarfil*, al tiempo que hacía un gesto con la mano para que los hombres de Kolton bajaran sus armas—. Usted es un tipo listo, y espero que razonable. Acepte mis condiciones y resolvamos esto como gente civilizada.

—¿Y si no queremos?

—Verá. No creo que esté en disposición de negociar.

—Yo creo que sí —replicó Travis.

A continuación, con parsimonia, levantó la mano derecha y empezó a componer figuras con los dedos.

—¿Qué hace? —preguntó *Pistolademarfil.*

—Lenguaje de signos —respondió el exmarine—. He dicho «paraguas». Y ese es usted. Ahora mismo mi hombre lo tiene en el punto de mira de su rifle de francotirador. Y él jamás falla un disparo.

—¿Su hombre dice? —soltó *Pistolademarfil,* esbozando una sonrisa irónica.

—Sí. Bastará con que levante el pulgar y usted será historia. Le recomiendo que ordene a sus matones subir a los coches y largarse de aquí, si no quiere que sus sesos terminen esparcidos por el suelo.

Esta vez fue Kolton el que sonrío antes de hacer un gesto a uno de sus hombres. Este entendió, fue a un todoterreno, abrió el maletero, sacó una bolsa, regresó, y la dejó en el suelo junto a su jefe.

—¿Qué pasa? —preguntó Olga.

—Ni idea —respondió Travis, con la mano aún en alto, mientras un trágico presentimiento le oprimía el corazón.

—Estábamos aquí antes que vosotros —comenzó a contar Kolton—. Te conozco. Sé cómo trabajas. Te gusta guardarte un as en la manga. Por eso coloqué a varios de mis hombres en lo alto de los riscos. Desde allí os vieron llegar, y también vieron a tu hombre tomar posiciones. Una buena idea. Lástima que en esta ocasión haya sido yo el que se adelantara.

Se agachó, abrió la bolsa y sacó algo de ella. Una cabeza humana que levantó en el aire agarrándola del pelo.

—¿Era a él a quien hacías señales? —preguntó burlón.

Olga y Travis estaban a cierta distancia, pero enseguida reconocieron de quién era la cabeza cortada.

—¡Oh, no, Hans! —exclamó la rusa, con el llanto asomando a su garganta.

Travis bajó el brazo, abatido, apretó las mandíbulas y se tragó el dolor. Debía ser frío, y mantener la concentración, si quería tener la

más mínima oportunidad de sacar de allí con vida al resto de su equipo. Lo cual no parecía nada sencillo.

—Lo hiciste tú, ¿verdad? —dijo Kolton dirigiéndose al hombre que había traído la bolsa, un tipo alto, fornido, con una cara diseñada para ser un auténtico cabrón.

—Sí. Aunque no lo recuerdo tan alto —dijo este, soltando una carcajada y cogiendo la cabeza de la mano de su jefe—. Yo diría que era más o menos así.

Tragándose la bilis que les subía por la garganta, Olga y Travis asistieron a la mofa que hacían de su compañero decapitado, subiendo y bajando su cabeza y riendo abiertamente.

Unos metros más atrás, Dylan apretaba la culata de la pistola sin saber muy bien qué hacer. Tenía claro que la situación se había complicado, pero no llegaba a comprender hasta qué punto.

—¿Qué mierdas pasa, joder? —masculló entre dientes.

Abel dio un paso lento hasta quedar cerca de él, y se lo aclaró.

—Cuando las cosas se pongan feas, que se pondrán, tú encárgate de los dos de tu izquierda, los que llevan las ametralladoras grandes, y yo lo haré de los dos de mi derecha. Son los más peligrosos.

—¿De qué hablas?

—Escucha. No podremos llegar a los vehículos, ni escapar corriendo, tendremos que refugiarnos en el edificio. No hay alternativa.

—Tú no mandas aquí.

—Es lo que te diría Travis si pudiera. Y Olga. Es lo que te diría cualquiera que supiera de qué va esto.

—¿Insinúas que…?

—A los de las ametralladoras grandes. Luego corres —repitió Abel sin dejarle terminar.

Con exquisito disimulo, se desplazó buscando una mejor posición de tiro junto a Lee y a Wanda.

Cuando la encontró, se dirigió a ellos.

—¿Me habéis oído lo que he dicho? Al primer disparo que escuchéis, corred y poneos a cubierto dentro del edificio.

—Vale —respondió la joven, que, abrazada a sí misma, temblaba como un flan.

—Eso es una estupidez —replicó Lee—. Me conoce. Yo no tengo que esconderme de nadie.

—Haz lo que te digo.

—Ni hablar. Voy con ellos. Ven tú también —añadió, dirigiéndose a Wanda—. A nosotros no nos harán nada. Somos científicos.

—No le escuches —le suplicó Abel—. Os matarán.

Wanda dudaba.

—No le creas. ¿Vienes, o qué? —insistió Lee.

Ella continuaba quieta, tiritando.

—Está bien. Ahí te quedas —dijo finalmente Lee, al comprobar cómo Wanda bajaba la mirada y negaba con la cabeza.

Abel trató de pararlo, pero el científico se escabulló y echó a correr en dirección a *Pistolademarfil*.

—¡Eh, no disparen! —gritó mientras se acercaba— ¡Soy yo, el doctor Chang Wook, Lee Chang Wook. Nos conocimos en Afganistán!

Olga y Travis lo vieron pasar junto a ellos y pensaron lo mismo: «Este estúpido no ha entendido nada». También pensaron algo más, que su involuntario sacrificio podría significar la distracción que necesitaban.

—Te cubriré —dijo Travis sin perder un segundo—. Llévate a los demás dentro del edificio.

—Un tirador no será suficiente. Me quedo —replicó la rusa, rotunda.

—Es una orden.

Olga respiró hondo e hizo un gesto mínimo de asentimiento con la cabeza.

—¿Preparada?

—Sí.

—Que empiece la fiesta.

Antes de que Lee llegara hasta Kolton, *Caradecabrón* y *Pistolademarfil*, Travis levantó su fusil a la altura de la cintura y descargó una ráfaga larga dirigida a los hombres armados que esperaban diez o doce metros detrás del trío. No fueron disparos precisos, la posibilidad de apuntar mínimamente era imposible, el propósito era crear caos y llevarse a alguno por delante si tenía

fortuna.

Esto último no pudo ser, ya que las balas salieron altas, pero sí produjo el suficiente desconcierto como para que la respuesta se demorara unos segundos.

Segundos vitales que Olga aprovechó para girarse y correr al tiempo que gritaba:

—¡Vamos, vamos! ¡Dentro! ¡Rápido! ¡Dentro!

Entonces vio a Dylan disparando su pistola de pie, a dos manos, y también a Abel, rodilla en tierra, vaciando el tambor de su revólver.

Dos tiradores más que significaban una gran diferencia, si eran certeros.

Y lo fueron. El informático, como habían acordado, apuntó a los dos hombres de la izquierda que portaban las ametralladoras de gran cadencia, hiriendo a uno en una pierna; mientras que Abel, con mejor precisión, se ocupó de los de su derecha, acertando a uno en el pecho y al otro en un brazo.

Entretanto, Wanda había corrido despavorida y ya se encontraba en el edificio, apoyada contra una pared dentro de la esclusa.

Sorprendido por la inesperada ayuda de más tiradores a su favor, Travis realizó una nueva descarga, esta vez apuntando al trío protagonista. Aunque tampoco logró acertar a ninguno. Para cuando les disparó ya se habían tirado al suelo, y las balas impactaron en la tierra mojada más allá de sus cabezas.

—Reculemos sin dejar de disparar —gritó Olga, unida a Dylan y a Abel en la refriega—. Debemos cubrir a Travis.

—Se dice fácil —comentó Abel, al comprobar cómo algunos de los enemigos conseguían resguardarse detrás de los vehículos y comenzaban a devolver los disparos con peligroso tino.

Travis también vio eso, y supo que era el momento de correr por su vida. Y eso hizo. Veloz, mientras las balas pasaban a su lado susurrándole la muerte.

Olga, Dylan y Abel continuaron disparando hasta que vieron pasar a Travis, y se replegaron detrás de él.

No había tiempo para dar instrucciones, solo para confiar en el entrenamiento de combate. Unos disparan y otros corren. El ABC de una retirada.

Y basándose en ese principio básico, cuando Travis alcanzó la puerta del edificio y se resguardó detrás de ella, comenzó a disparar para proteger al trío que corría bajo una lluvia de balas increíble.

—¿Todos bien? —preguntó Travis, sin aflojar el dedo del gatillo, cuando los vio entrar en la esclusa y ponerse a cubierto.

—Sí —respondió Olga.

—Creo que sí, jefe —dijo Dylan apoyado en sus rodillas, con el cargador de la pistola vacío.

—No me preguntes la razón, pero seguimos de una pieza —añadió Abel, incrédulo, palpándose el cuerpo después de comprobar que Wanda, sentada en una esquina tras la pared, se encontraba bien.

Mientras Kolton, *Caradecabrón* y *Pistolademarfil* se levantaban del suelo y se ocultaban detrás del enorme Escalade blindado, el resto de los hombres continuaron disparando. Una batería de ráfagas largas y devastadoras que destrozaron los bancos de madera que había en la esclusa y llenaron de agujeros las paredes.

Olga, acodada al otro lado de la puerta, echó un rápido vistazo y vio a Lee tirado sobre un charco de agua y barro, con las manos tapándose la cabeza, cerca del enorme coche negro. También tuvo tiempo de hacerse una composición de lugar que compartió con todos.

—Los tiradores están fuera de alcance, detrás de los coches. El científico sigue vivo, en el suelo. Si usamos los lanzagranadas corremos el riesgo de matarlo.

—Se lo merece, por gilipollas —dijo Dylan.

—Nosotros no somos así —lo censuró Travis.

—Hablaba en broma, jefe.

Una nueva andanada de plomo los hizo enmudecer, y apelotonarse detrás de las paredes junto a la puerta.

—Que haya visto —continuó Olga—, creo que solo hemos abatido a uno.

—A la derecha, ¿verdad? —se apresuró a decir Abel—. Es mío.

—Buen tiro —lo felicitó Dylan.

—Buena arma y buena munición —matizó—. Le perforó el chaleco antibalas como si llevara una camiseta.

—Vuestra cobertura nos ha salvado el culo. ¿A quién se le

ocurrió? —preguntó Travis, sorprendido por la magnífica interpretación táctica de la situación.

Dylan ya levantaba la mano para señalar a Abel cuando este se le adelantó.

—El don de la oportunidad —dijo resuelto—. Nos miramos y dijimos: «Es el momento de quemar pólvora».

—Pues ha estado de puta madre, lo reconozco. Buen trabajo —concluyó Travis, antes de asomarse y soltar una ráfaga sin muchas garantías.

Olga golpeó el hombro de Dylan para felicitarlo, y dirigió una mirada cómplice a Abel, que la recibió como agua fresca en un día caluroso.

Wanda estaba a los pies de Travis, sentada, tapándose las orejas con las manos. Al otro lado de la puerta los demás, apretujados, aguantando el chaparrón de balas que impactaban por todos lados.

Entonces escucharon una voz que se elevó por encima de los disparos.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —gritó, y el silencio terminó imponiéndose.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Dylan.

—Ni puta idea —respondió Travis, sin atreverse aún a asomarse.

Tras unos segundos, volvieron a escuchar la voz. Era Kolton. En esta ocasión dirigiéndose a ellos.

—¡Cómo te gustan los dramas, Travis! —gritó, saliendo a medias de detrás del vehículo—. Siempre complicando las cosas.

Lee, todavía en el suelo, levantó la cabeza y se incorporó un poco.

—Alargar la agonía es una estupidez —continuó Kolton—. Podrías haber hecho que fuese rápido.

—¿Rápido? Nosotros estamos dentro y tú fuera, con la que está cayendo —replicó el exmarine.

Y era verdad. La lluvia se había intensificado extraordinariamente, y costaba ver en la distancia. Aún así, una vez se decidió a echar un vistazo, pudo ver un paraguas en el suelo y al acobardado científico junto a él, justo en la línea de tiro de su lanzagranadas.

—Nosotros no tenemos prisa —continuó Kolton—. Nos

quedaremos aquí hasta unos minutos antes de las seis horas de mañana.

—¿Y eso? ¿Qué ocurre? ¿Que si os pasáis de esa hora os convertiréis en calabazas? —preguntó Travis, excepcionalmente guasón.

—Muy gracioso, pero no. Nos largaremos porque a esa hora, en esta zona, subirá mucho la temperatura —respondió Kolton—. Él te lo explicará mejor.

Asomando mínimamente por detrás del Escalade, apareció *Pistolademarfil*. Estaba calado hasta los huesos y manchado de barro, y mostraba una evidente cara de pocos amigos.

—Pueden quedarse en el edificio, no hay problema —empezó diciendo, masticando las palabras—. La compañía ya ha tomado medidas para que todo esto desaparezca. Mientras tanto, espero que se diviertan con las «mascotas» del doctor Yoo.

—Deje de hablar de esa jodida «compañía» —renegó Travis—. Sabemos quiénes son realmente. Se hacen llamar Los Patriotas, y son unos putos fanáticos que han perdido la cabeza.

—Lo veo informado. Eso está bien. Porque si conoce quiénes somos, también sabrá que nuestras acciones no tienen límite, y que podemos conseguir cualquier cosa.

—¿Qué pasará mañana?

—No muy lejos de aquí se encuentra una zona de pruebas de la aviación estadounidense llamada Palo Verde —le explicó *Pistolademarfil*, disfrutando con cada palabra que decía—. Mañana, una escuadrilla de bombarderos B52 lanzará allí una buena cantidad de bombas termobáricas de cinco mil kilos en un ejercicio programado para las seis horas en punto. No obstante, se producirá un error. Uno de los pilotos, afortunadamente para nuestros intereses, «confundirá» las coordenadas y dejará caer varias bombas sobre *Safetyhouse* borrándolo del mapa. ¿Qué le parece el plan?

—Que es un farol.

Mientras hablaban, Lee terminó de levantarse y corrió a resguardarse detrás del coche, junto a Kolton, igual que un perrillo apaleado en busca de cariño. El mercenario ni siquiera le prestó atención.

—No tengo ningún interés en engañarle —continuó *Pistolademarfil.*

—Desean el disco duro biológico, y por nada del mundo querrán entrar aquí a buscarlo —argumentó Travis.

—No pienso traspasar esa puerta, en eso tiene razón. Aunque se equivoca en cuanto al interés que tenemos por esa información. Solo deseamos que no salga a la luz. Si se quedan dentro del edificio, se volatizarán mañana con el resto de pruebas. Por lo tanto, asunto terminado.

—Nunca tuvimos opción, ¿verdad? —reflexionó Travis.

—Nunca —corroboró *Pistolademarfil.*

Travis bufó por lo bajo y preparó un mutis teatral. Estaba cansado de hablar con aquel desgraciado, y deseaba concluir la charla provocando confusión e incluyendo una amenaza, una combinación letal para los cobardes.

—Saldremos de aquí, no le quepa duda. Y luego lo buscaré y lo mataré. Los mataré a todos. Y no lo haré rápido. ¿Qué le parece?

—Una bravuconada sin consistencia. El canto del cisne de un hombre desesperado.

La risa forzada de Kolton se escuchó en la distancia, y eso hizo hervir la sangre del exmarine.

—Déjalo ya —le aconsejó Olga, en voz baja—. Están jugando con nosotros.

—Daría un brazo por poder meterles una bala en la cabeza.

—Lo haremos. Morirán. Pero no ahora. Ni aquí.

A las risotadas de Kolton se sumaron las de *Caradecabrón*, que, a cubierto detrás del capó de uno de los 4×4, asomaba la cabeza del malogrado Hans y la movía de un lado a otro.

Travis, con la respiración agitada, cambió el cargador de su fusil, comprobó que hubiera una granada en el tubo lanzagranadas y se tensó como la cuerda de un piano.

—No lo hagas —le suplicó Olga.

Ciego de ira, mientras continuaban las mofas con su compañero decapitado, Travis tomó aire, se giró hacia Olga y Dylan para mirarlos con la calidad de una despedida, y se dispuso a salir.

Y eso hubiese hecho, sin duda. Ir directo hacia ellos en una

carrera en *zigzag*, disparando sin parar, hasta lograr estar tan cerca de aquellos hijos de perra como para poder verles el blanco de los ojos; y entonces, matarlos. Reventarlos a tiros. O destriparlos con su cuchillo. Luego podría morir tranquilo, acribillado a balazos. Eso ya no le importaba. En su mundo de violencia, morir matando siempre era un buen negocio.

Nada de eso sucedió, y por poco; ya que, justo una décima de segundo antes de que el exmarine saliera a pecho descubierto dispuesto a cumplir su venganza, Abel se adelantó pulsando el interruptor que cerraba la puerta, dejando a todos en el interior de la esclusa sumidos en una oscuridad absoluta.

—¿Qué diablos has hecho? —voceó Travis, encendiendo la linterna adosada a su arma.

—Salvarte la vida —respondió Abel, molesto por la luz que le enfocaba directo a los ojos.

—¿Acaso te lo he pedido? ¡Di! ¿Te lo he pedido?

La linterna de Olga también se encendió.

—Travis, tranquilízate —medió la rusa—. No pensabas con claridad. Ibas a cometer una estupidez.

—¿Estupidez? Al menos hubiera muerto como un soldado y no como una maldita rata, devorado por uno de esos engendros o pulverizado por una bomba.

—No tenemos por qué morir —lo contradijo Abel—. Aún nos queda una oportunidad.

—¿Sí? ¿Cuál?

—El sótano.

El silencio se hizo en la esclusa, hasta que Dylan lo rompió.

—¡Joder! Lo habíamos olvidado.

—¡Claro, la mina! Escaparemos por ahí —secundó Olga, igual de animada.

—Sí, pero no creo que sea sencillo —añadió Abel, prudente.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Dylan.

—Porque tengo la impresión de que será un condenado descenso a los infiernos.

27
PUERTA TRASERA

A Travis, esa lúgubre predicción no le afectó en absoluto. Él tenía otras preocupaciones en la cabeza. Y otros intereses. Quería salir de ese lugar con la información para destapar, ante todos los norteamericanos y el resto del mundo, las siniestras y aberrantes acciones llevadas a cabo por Los Patriotas, y después ir en busca de sus objetivos. Los había marcado a fuego en su cabeza, y no podría borrarlos hasta que los viera agonizar entre sus manos. Sin embargo, no dejaba de considerar que tal vez le habían colado una mentira.

—¿Qué piensas? —le preguntó Olga, al notarlo taciturno.

—Lo del bombardeo. No sé si creerlo.

—Créelo —dijo Abel, rotundo—. Para no asustar a los pueblos de la zona, la fuerza aérea siempre avisa con anterioridad de las maniobras que van a realizar. Hace días que pasaron el comunicado de que bombardearían Palo Verde a las seis en punto, y son extremadamente puntuales.

—¿Conoces el lugar? —preguntó Olga.

—Sí. Se encuentra a unos treinta o cuarenta kilómetros de aquí. Un campo de pruebas un tanto peculiar.

—Bombas termobáricas. Son terribles —admitió el exmarine.

—Y que lo digas. Esas cabronas llevan dos cargas explosivas —explicó Abel, por si alguien no las conocía—. La primera esparce una nube de combustible a la atmósfera que se mezcla con el oxígeno, y la segunda detona el combustible creando una onda expansiva a alta presión y temperatura. Incinera todo lo que está en su radio de acción, y la gente que no muere achicharrada lo hace por asfixia debido a la falta de oxígeno. Las bombas que usarán pesan cinco mil kilos, y serán lanzadas desde varios miles de metros

de altura. Atravesarán el edificio y llegarán hasta la gruta. Cuando detonen, volatilizarán hasta los cimientos. No quedará nada de los laboratorios, los especímenes, las pruebas… Nada.

—Ni de nosotros si nos quedamos dentro —intervino Dylan—. Mejor marcharnos.

—Y debemos darnos prisa —dijo Abel—. Tienen a Lee. Él les hablará de mí y les contará cómo entré en el edificio por la mina.

—Se dividirán —predijo Olga—. Unos se quedarán aquí y otros irán a cubrir la otra salida.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Travis.

—Yendo en coche pueden rodear la montaña en una hora. Luego, tendrán que recorrer un buen trecho a pie. Calculo que… tres horas más.

—¿Nos dará tiempo?

—Si somos rápidos, y no sufrimos ningún percance, podremos sacarles una buena ventaja.

—Con uno menos nos moveremos mejor. Lo lograremos —concluyó Travis, con un brillo de esperanza asomando a sus sombríos ojos.

—Pobre Lee —se lamentó Olga—. Cuando le saquen todo lo que les interesa saber, lo matarán.

—Sin duda —admitió Abel, justo antes de reparar en Wanda.

La luz era escasa, y le costó encontrarla en un rincón, sentada, con la cabeza vencida sobre las rodillas.

Olga se acercó a ella.

—No te preocupes. Nosotros te cuidaremos. No te pasará nada —le dijo mientras le acariciaba el pelo.

—Les joderemos bien. Pero para eso ya habrá tiempo. Ahora hay que ponerse a salvo —añadió Travis, resuelto, aproximándose a la puerta que daba acceso al *hall*.

—No me puedo creer que estemos de nuevo en la casilla de salida —se quejó Dylan, mientras veía a su jefe teclear en el panel—. Es como un jodido videojuego en el que es imposible pasar de pantalla.

—Al menos ahora sabemos lo que vamos a encontrarnos —dijo Abel—. Aunque no dónde pueden aparecer los monstruos.

—Claro que sí —afirmó Dylan, risueño, intentando ocultar su

nerviosismo—. La última etapa de un buen videojuego siempre es la más difícil. Debemos prepararnos para un combate brutal.

—Espero que este no sea de los buenos.

Después del siseo que equilibraba las presiones, la puerta comenzó a abrirse. Travis y Olga se colocaron delante.

—Por suerte no tenemos que recorrer todo el *hall* —comenzó a decir el exmarine—. Nos dirigiremos directos a la puerta que da acceso al corredor de la izquierda, y de allí a la sala del generador. No os separéis de nosotros.

—Crucemos los dedos —dijo Dylan.

—¿Preparados? —dijo Olga, después de que ella y Travis hicieran un barrido con sus linternas.

Abel ayudaba a levantarse a Wanda, totalmente desfallecida, cuando escucharon tiros fuera.

Ráfagas cortas. También disparos sueltos y espaciados.

—¿Qué mierda hacen ahora? —rezongó Dylan.

—No disparan contra la puerta —informó Abel, que era el que más cerca se encontraba de ella—. Quizá celebren su victoria.

—Demasiado pronto —concluyó Travis, perdiendo interés—. Ya sabéis. Detrás de nosotros.

—Oído, jefe —dijo Dylan.

—Listos —añadió Abel, una vez que vio a Wanda dispuesta.

—¡Vamos! —bramó Travis entonces, y echó a correr acompañado de Olga.

Con la vista puesta en las zonas oscuras que desvelaban los haces de las linternas, temiendo que alguna de las sombras que se movían a su alrededor no fuera una de las suyas, viviendo un *déjà vu* maldito, llegaron a la puerta del pasillo izquierdo y esperaron. Sin perder un segundo, Travis abrió y revisó el interior. No vio nada y animó al resto a que continuara.

Atravesar el pasillo, largo y lleno de habitaciones oscuras, representaba un trayecto tremendamente peligroso. Sin embargo, ni Travis ni Olga bajaron el ritmo. Sabían que si aparecía uno de esos seres allí, sin espacio para usar las granadas, no tendrían la menor oportunidad. Por eso, conscientes de ello, no tuvieron más remedio que admitir que parte de su éxito dependería de la suerte, y rogar para que los acompañara.

Y así lo hizo, ya que consiguieron llegar hasta la sala del generador sin incidentes.

—Bueno, a partir de aquí nos guiarás tú —dijo Travis, dirigiéndose a Abel.

Este se volvió buscando a Wanda.

—¿Me permites? —le pidió, agarrando la linterna que portaba.

—Oh, claro —contestó ella, soltándola.

—Supongo que recuerdas el lugar por el que saliste —dijo Dylan.

—¡Cómo olvidarlo! Justo unos metros a la derecha de donde estuviste a punto de volarme las pelotas.

—Ah, vale, me hago una idea —replicó el informático, con guasa.

El humor no formaba parte del carácter de Travis, y aquellos chascarrillos lo sacaban de quicio.

—A lo que estamos —gruñó, abriendo la puerta y apartándose para que pasara Abel.

Este hinchó los pulmones de aire, lo soltó despacio y entró.

Ya conocía aquel cuarto, con el enorme generador en el centro y lleno de bidones de combustible, cajas de madera y estanterías por doquier. Recovecos oscuros donde poder esconderse. Un laberinto realmente complicado de superar. Aún así no había otro remedio, y, con extrema prudencia, la linterna en la mano izquierda y el revólver en la derecha, echó a andar en dirección a la puerta simulada que había al fondo.

Dylan entró después, seguido de Travis. Olga se quedó la última junto a Wanda.

—No te separes de mí —le dijo a la científica—. Pegada como culo a pañal. ¿Entendido?

—Tengo miedo —le confesó esta, con un hilo titilante de voz.

—Todos lo tenemos. Ya queda poco. Saldremos.

Gracias a la mínima luz que aportaban las linternas al rebotar contra las paredes y el suelo, la rusa pudo ver cómo Wanda asentía con la cabeza después de mirarla agradecida.

Unos metros por delante, Abel ya había llegado al generador y se orientaba receloso antes de dar un nuevo paso. El infame ruido del generador ya no estaba, y de esa manera resultaba más fácil

identificar los ruidos. De momento solo escuchaba sus pisadas y las de sus compañeros, y eso era de agradecer.

No se equivocó en el recorrido, y pronto llegó frente a la estantería que ocultaba detrás la puerta. Se detuvo y esperó a que llegaran los demás.

—Es aquí —dijo conciso—, y buscó un asidero.

Tardó en encontrarlo. Cuando lo hizo, no perdió el tiempo y tiró de él hasta que la estantería-puerta se abrió lo suficiente para dejarlos pasar.

Travis, entonces, se adelantó para mirar el primero. Enfocó con su linterna el comienzo de las escaleras y se volvió hacia el grupo.

—Dylan, conmigo —ordenó—. Iremos antes. Cuando confirmemos que es seguro, bajaréis vosotros.

—No hay problema —dijo Abel.

Sin esperar más, Travis y el informático comenzaron a bajar por las escaleras.

Los demás los siguieron con la mirada desde el rellano hasta que, tras pasar el primer tramo de peldaños, desaparecieron y solo quedó de ellos el resplandor menguante de la linterna.

—Olvidé preguntarle cómo sería la señal —comentó Abel, no exento de ironía—. Un silbido, el clásico grito, golpes en la pared con la culata del fusil…

—Lo sabremos, ya verás —dijo Olga con una media sonrisa, más permeable a las inoportunas chanzas del español.

Dejaron de ver el resplandor de la linterna. Los minutos pasaron.

—Tardan demasiado —receló Abel.

—Travis sabe lo que hace —replicó Olga—. Querrá cerciorarse de que el sótano es seguro antes de avisarnos.

—¿Seguro? Vosotros no lo habéis visto. Nadie puede estar seguro allí abajo.

De nuevo el silencio. Y más minutos. Cinco. Quizá seis. Incluso Olga se estaba impacientando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Abel, indeciso.

—Esperar.

—¿Cuánto?

Olga iba a responderle, «lo que haga falta», cuando una voz amortiguada por la distancia, pero perfectamente reconocible, llegó

hasta ellos.

—¡Vamos! ¡Bajad! —vociferó Travis.

—Duda despejada —saltó Abel—. El clásico grito.

—¿Ves? Zona asegurada —replicó Olga.

—Me extraña. Además, si conseguimos salir de esa yincana mortal que es la gruta, aún nos quedará atravesar la… ¡Joder! ¡La mina!

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Olga, que ya había comenzado a bajar las escaleras junto a Wanda.

—Necesito el plano.

—¿El plano?

—Aquello es un puñetero laberinto lleno de galerías infinitas. Sin él, jamás encontraremos la salida.

—Recuerdo que nos dijiste que lo tenías en la cabeza.

—Os mentí. Temía por mi vida. Me pareció una buena idea haceros creer que me necesitaríais como guía para salir, por la puerta trasera, en caso de emergencia. Como así ha sucedido.

—¿Y dónde está ese plano? —preguntó Olga, preocupada.

—Oh, no muy lejos. Antes de que me detuvieran Dylan y el grandullón, lo escondí.

—¿Aquí? ¿En la sala del generador?

—Sí, afortunadamente. Voy a por él.

—Te acompañaré.

—No hace falta. Vosotras bajad antes de que Travis se alarme. Iré enseguida.

—¿Estás seguro?

—La sala está controlada. No hay bichos. Podré hacerlo. Marchad.

—Vale. Ten cuidado —rubricó, dedicándole una mirada situada un escalón por debajo de «no querría perderte» y uno por encima de «me gustaría volver a verte».

Abel, mientras disfrutaba de la sensación tan agradable que le proporcionaban los ojos verdes de la rusa, prometió que sería rápido y prudente y regresó a la sala del generador.

Solo, precedido por el haz de la linterna, desanduvo el camino intentando orientarse. Lo consiguió, y enseguida llegó hasta los bidones de combustible apilados que había unos metros a la

derecha del generador. Sabía que lo había escondido entre dos de ellos, aunque ahora que los enfocaba con la linterna, y que veía cuántos eran y la distribución tan caótica que tenían, no estaba muy seguro de dónde exactamente.

Se puso a buscar el guante de operario —en el que había metido el mapa junto a la cámara de fotos— empezando por los bidones que le quedaban a la altura de la cintura, pero no lo encontró. Comenzaba a desesperarse cuando recordó que él estaba agachado, escondiéndose de Valtra y Dylan, en el momento de guardarlo. Tenía que estar entre los bidones que había más abajo, y con ellos continuó. En cuclillas fue recorriendo la fila hasta que, por fin, dio con él. Ahí estaba, el guante mugriento de grasa.

Feliz, sacó el mapa, lo metió dentro del bolsillo del pantalón y luego cogió la cámara. Tenía fotos de la gruta y su testimonio. Con eso tendría que bastar si, finalmente, disfrutaba de la oportunidad de redactar un informe. Además, estaba el disco duro biológico.

Y Wanda.

Se detuvo unos segundos para pensar en ello, abstraído, perdiendo un tiempo precioso, cuando escuchó un ruido: el inconfundible chirrido de una puerta abriéndose.

—¡Joder! —exclamó para sus adentros.

Se trataba de la puerta de entrada, no cabía duda. Aterrado, agachado detrás del montón de bidones, apagó la linterna. Tenía el revólver enfundado. Dejó la cámara en el suelo y, con extremo cuidado, lo sacó y lo amartilló, lo que produjo un ruido metálico mínimo aunque perceptible.

De inmediato, un tableteo resonó en la sala.

—¡Mierda! —se dijo, mordiéndose los labios.

Después del característico sonido que realizaban aquellas bestias para ver en la oscuridad, escuchó sus pisadas lentas, pesadas, aproximándose.

Confiaba en que al estar detrás de los bidones la ecolocalización del ser no fuera capaz de dibujar sus contornos, y que gracias al denso olor a combustible que flotaba en el ambiente también su aroma a humano quedara disimulado. Sin embargo, eso no le resolvía el gran problema: cómo salir de allí.

Podía esperar escondido y rogar para que la bestia se cansara, y

se marchara. ¿Pero qué pasaría si Travis y los demás se impacientaban y regresaban a por él? Se encontrarían de cara con ella y sería una carnicería.

Tenía que pensar, y rápido.

Optó por un plan que incluía un clásico: la distracción.

Enfundó el arma, cogió la cámara de fotos y la programó para que disparara en treinta segundos. Luego, activó el modo ráfaga y el *flash*. A continuación, a tientas, gateó hasta el extremo donde terminaban los bidones y la dejó sobre una estantería, apuntando a la pared. Si lograba que los destellos continuados llamaran la atención del espécimen, este se alejaría de la puerta simulada lo suficiente para que él pudiera escapar escaleras abajo.

Hasta allí llegaba su plan. Una vez en la gruta tendría que prevenir al resto del grupo y prepararse para una lucha encarnizada. Aunque eso vendría después, ahora lo prioritario era cumplir la primera etapa del programa: salir con vida de la sala del generador.

El tableteo de la bestia continuaba. Notaba cómo iba acercándose. No podía esperar más. Pulsó el botón de la cámara y comenzó a contar mentalmente mientras se apresuraba en volver a su posición inicial.

Habían pasado veintidós segundos cuando llegó. Sacó de nuevo su revólver y se preparó para el esprint.

Veintiséis. Veintisiete. Veintiocho. Veintinueve. Treinta…

La cámara no se activó.

Había contado muy rápido.

Tres segundos después los destellos del *flash* comenzaron, produciendo un efecto estroboscópico. A intervalos rapidísimos, la sala del generador se iluminaba y después volvía a quedarse a oscuras como en una pista de baile. Abel esperó hasta que escuchó pisadas desplazándose. Para asegurarse de que su plan funcionaba, se atrevió a asomarse por encima de los bidones y vio al monstruo yendo directo hacia la luz, lanzando zarpazos al aire igual que si se moviera en cámara lenta. La imagen parcelada y continua era espeluznante, y, por un instante, Abel se quedó paralizado. Los músculos no le respondían y le costaba respirar, pero tenía que superarlo y ponerse en movimiento.

Con extrema precaución de no hacer ruido, salió de su escondite y comenzó a caminar en dirección a las escaleras. Una vez a descubierto de los bidones pudo orientarse gracias a los ininterrumpidos destellos de la cámara, y prescindir de la linterna.

Jamás en su vida un trayecto de tan pocos metros le había resultado tan largo. Tras salvar el generador, calculó que aún le quedarían unos diez metros para llegar a la meta. Confiado, apretó el paso caminando pegado a las estanterías. Entonces los *flashes* de la cámara cesaron y la sala se sumió en una oscuridad absoluta.

Abel se detuvo. El tableteo de la bestia se intensificó. No podía permanecer ahí en medio, ni encender la linterna, debía confiar en su sentido de la orientación y proseguir. Recorrió unos cuantos metros más tanteando con las manos. Un paso detrás de otro. Tenía que estar cerca. Reconoció la esquina de una pared y giró. La estantería-puerta debía encontrarse al alcance de su mano.

El tableteo cesó y comenzó a escuchar pisadas. La criatura se movía, pero no era capaz de distinguir en qué dirección.

Acuciado, Abel alargó la mano en busca de la apertura que daba acceso a las escaleras. Tanteó y no encontró el quicio de la puerta. Contrariado, movió la mano en todas direcciones y nada. Había calculado mal. Aún no había llegado.

Un chillido largo penetró sus tímpanos. Agudo, muy agudo, y largo; tanto, que comenzó a rebotar en las paredes consiguiendo que fuese imposible saber de dónde salía.

Nervioso, Abel dio varios pasos hacia delante, desorientado, hasta que chocó con una pila de cajas de madera. Una de ellas cayó, produciendo un ruido delator que le heló la sangre.

El chillido cesó de golpe y lo sustituyó el tableteo, aunque esta vez muchísimo más rápido.

«Me ha localizado», pensó Abel.

Desesperado, sin saber exactamente dónde se encontraba, decidió usar la linterna. Su idea era encenderla un segundo, lo suficiente para situarse y poder echar a correr los pocos metros que le quedaran. Era eso o esperar la muerte totalmente a ciegas.

Con el dedo a punto de pulsar, el silencio volvió a la sala. Esperó. Tampoco escuchó pisadas.

Tenía que hacerlo y lo hizo.

El haz que proyectó la linterna desveló que se encontraba cerca de las escaleras, y, al mismo tiempo, al espantoso ser que tenía delante.

Verlo de pie, con sus más de dos metros de puro músculo y sus fauces abiertas, fue brutal. Horrorizado, Abel reculó rápidamente y echó a correr en busca de cualquier sitio donde resguardarse. Si es que tal lugar existía.

Mientras eso sucedía, Olga y Wanda hacía tiempo que habían llegado abajo, y lo esperaban junto a Travis y Dylan.

—¿No te dijo que sabía dónde había escondido el plano? —preguntó el exmarine, nervioso como cola de lagartija.

—Sí —respondió Olga.

—Pues no lo entiendo. Ya lleva un buen rato.

—Quizá tenga problemas. Subiré a ver.

—Ni lo pienses.

—Lo necesitamos. Él conoce este sitio. Tú mismo has dicho que, después de echar un vistazo, la gruta te ha parecido enorme y que no sabrías por dónde ir.

—La revisaremos mejor —replicó Travis, dispuesto a no ceder.

—¿Y qué pasa con la mina? Dijo que era un laberinto.

—También dijo que tenía la puta ruta de salida en la cabeza, y ya ves.

—Tomaba precauciones. Es normal.

—No sé.

—Yo le creo.

—Yo lo justo. Si no baja en cinco minutos, nos largaremos por nuestra cuenta.

—Pero…

—No se hable más —concluyó Travis, mirando su reloj.

A trompicones, desesperado, Abel logró llegar de nuevo a los bidones. Eran grandes y pesados, y podrían representar el único parapeto mínimamente fiable tras el que poder protegerse. Escuchó pisadas rápidas que iban hacia él. Necesitaba ver y encendió de nuevo la linterna. El haz de luz descubrió a la bestia que corría en su dirección, erguido, agitando los brazos. El revólver le temblaba

en la mano. Apuntó al pecho y disparó. El espécimen no se detuvo. Estaba claro que la *bioarmadura* era más resistente que un chaleco antibalas. No tenía tiempo para otro disparo, solo para evitar el ataque.

Y lo consiguió por poco, ya que el zarpazo que le lanzó la bestia pasó a escasos centímetros de su cabeza.

Abel daba vueltas al montón de bidones mientras el ser lo perseguía una y otra vez, igual que en un juego de niños. Enfurecido, el espécimen se detuvo y golpeó los bidones haciendo caer algunos. Unas cuantas embestidas más y la pila quedó deshecha.

La barricada había desaparecido, era el momento de buscar otro lugar. ¿Pero cuál?

Saltando entre los bidones que rodaban por el suelo, Abel decidió que debía volver hacia la estantería-puerta, aunque antes necesitaba ganar el tiempo suficiente para poder bajar las escaleras y sumar efectivos a la lucha, y ello requería que se la jugara a todo o nada.

Mientras corría tratando de cobrar distancia, recordó algo que hacían los cazadores en África cuando una presa demasiado grande, como un búfalo cafre o un rinoceronte, los embestía de frente. Apuntaban meticulosamente, y no a la cabeza —ya que el cráneo de esos poderosos animales es tan grueso que, si el disparo no es perfecto, la bala puede salir rebotada—, sino a las patas, en concreto a las articulaciones, para hacerlos caer, y, una vez en el suelo, poder rematarlos a placer.

Pero una cosa era la teoría y otra la práctica. Además, él no estaba en la sabana, armado con un rifle, a plena luz del día y con unos cuantos segundos para apuntar. Él corría en la semioscuridad, con un revólver y perseguido por el padre de todos los depredadores.

Aún así debía intentarlo. No tenía otra alternativa.

Decidido se volvió, ya cerca de la estantería-puerta, y, rodilla en tierra, dirigió el haz de luz de la linterna hacia la bestia. Estaba más cerca de lo que pensaba, a apenas seis metros. Solo tendría una oportunidad. Si fallaba, le esperaban unas afiladas garras despedazándolo.

Levantó el revólver y apuntó. Mira, alza y articulación. Tenía que alinear esos tres elementos, aunque no era nada fácil. El pulso le temblaba por el esfuerzo y el miedo, y el blanco era móvil. Tensó el dedo en el gatillo y, cuando ya lo tenía casi encima, disparó.

El fogonazo lo cegó, pero pudo escuchar el alarido de la bestia. Le había acertado. Después, cuando recuperó la vista, lo vio caer y rodar por el suelo hasta quedar delante de él, con sus fauces abiertas tan cerca que pudo oler su fétido aliento.

Apuntó de nuevo, esta vez entre los ojos, aunque no pudo disparar. Rápido como una centella, el ser, desde el suelo, le lanzó un zarpazo y el revólver salió volando por los aires.

—¡Mierda! —gritó Abel, mientras veía cómo la bestia levantaba de nuevo la mano armada con aquellas letales garras.

Vencido, Abel cerró los ojos resignado a recibir el golpe definitivo.

Pero este no llegó.

En su lugar escuchó una ráfaga larga de disparos a pocos centímetros de su oído derecho.

¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-tá!

Incrédulo, se giró y vio a Olga disparando su fusil contra la cabeza de la bestia a corta distancia.

¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-tá!

Una nueva y certera descarga destrozó los ojos, las orejas y parte de la boca del engendro, que chillaba sin terminar de morir.

Abel buscó con la linterna hasta que descubrió el revólver bajo una estantería. Se levantó y corrió hacia él.

¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-tá!

Olga disparó otra vez, y la andanada de balas esparció trozos de piel y carne por los aires, convirtiendo la cabeza de la bestia en una masa sanguinolenta y deforme. Sin embargo, continuaba viva.

—Espera —dijo Abel, ya con el revólver en la mano—. Yo me encargo.

Ciego, sordo y con la boca destrozada, incapaz de articular sonido alguno, el ser se limitaba a emitir un gorjeo pastoso.

—Está acabado —sentenció Olga.

—No merece sufrir —dijo Abel, apoyando el cañón en la sien del monstruo—. Él no es responsable de su naturaleza. Lo crearon así.

El disparo, a quemarropa, acabó definitivamente con el espécimen, que quedó inerte sobre el suelo.

Una vez Abel se aseguró de que estaba muerto, se volvió hacia Olga.

—¿Has venido sola?

—Escuchamos un disparo y decidí subir —respondió ella.

—En contra de la opinión de Travis, supongo. Eso de rescatarme se está convirtiendo en una costumbre.

—Te necesitamos.

—Ya.

—¿Tienes los planos?

—Sí. Y un inmenso agradecimiento. Recuérdame que te debo una cena en un buen restaurante.

—¿Aún te quedan ganas de bromear?

—Son los nervios.

Al llegar abajo encontraron al resto del grupo esperando en total oscuridad. Olga mantuvo su linterna encendida apuntando al suelo, creando un resplandor de luz suficiente para que pudieran verse.

—Lamento la tardanza —se disculpó Abel—. Tuve una visita inesperada.

Olga explicó lo sucedido con cuatro palabras y Travis sacó una práctica conclusión.

—Un monstruo menos.

—Sí, jefe, pero todavía quedan tres —apuntó Dylan—. Y uno de ellos es de tamaño XXL.

—Hacemos demasiado ruido —observó Abel, bajando la voz—. Si están en la gruta, pueden complicarnos mucho la vida.

—Tienes razón —admitió Travis, susurrando—. Por eso debemos darnos prisa en salir. Tú delante.

—Claro. Seguidme —dijo Abel, encendiendo su linterna.

—Ojos y oídos atentos —aconsejó Olga, quedándose la última.

La anterior vez que Abel había estado en la gruta, esta se encontraba iluminada por lámparas que colgaban del techo; ahora esa luz ya no existía, y solo se guiaba por los limitados haces de las linternas, lo que convertía aquel lugar en un escenario aún más amenazante y terrorífico.

Al pasar cerca de la enorme jaula se detuvo para que los demás

pudieran verla. Enfocó los barrotes, el suelo manchado de sangre seca, la gran altura que tenía…

—La cúpula del trueno. El *ring* —se limitó a decir, breve, como haría un guía desganado.

—«Dos hombres entran, uno sale». «Dos hombres entran, uno sale» —jaleó Dylan, simulando que daba palmadas.

—¡Silencio! —lo amonestó Travis, brusco.

Para orientarse, Abel siguió en sentido inverso el mismo camino que hizo cuando llegó. Hubiera preferido no tener que pasar de nuevo por delante de aquella abertura donde salía el nauseabundo olor a cadaverina, pero no deseaba andar de más ni extraviarse. Lo mejor era ir a lo seguro, aunque tuvieran que sufrir sus pituitarias.

—¡Dios, huele que apesta! —se quejó Dylan, incapaz de mantener la boca cerrada.

Abel rebasaba el gran hueco en la pared cuando Travis le pidió que se detuviera.

—Espera —le dijo, y enfocó el interior con su linterna.

—No veo el final —observó Olga.

—Este olor a muerte… Los científicos… —recapacitó Abel.

—Sí. Tienen que estar aquí —admitió Travis.

Wanda, que no se separaba de Olga, se permitió hacerlo un segundo para asomarse.

—¿Podría haber algún superviviente? —se atrevió a preguntar.

—Ni de coña. ¿Es que no tienes olfato? —le reprochó Dylan.

—Será su despensa —dijo Olga.

—Eso creo yo —secundó Travis—. Y su refugio. Si se encuentran en la gruta, estarán al fondo de este túnel.

—Voy a vomitar hasta la primera leche —dijo Dylan, aguantando una arcada—. No entraría ni por todo el oro del mundo.

—Tienes razón. Aquí no tenemos nada que hacer —sentenció Travis—. Sigamos.

Y eso iba a hacer Abel, que tenía muy claro el camino que llevaba hasta la puerta metálica que horas antes había forzado, cuando escuchó algo.

—¡Fuera luces! —ordenó, apagando su linterna.

Travis y Olga hicieron lo mismo con las suyas.

Congelados, aguzando el oído, esperaron con el corazón en la garganta.

El tiempo pasó y lo único que escucharon fue el silencio.

—¿Qué pasa? —le susurró Olga a la oreja.

—Me pareció escuchar un ruido —contestó Abel.

—¿El que hacen las bestias?

—No estoy seguro. Fue breve.

—Podrían ser ratas. En este lugar tiene que haber de todo —opinó Dylan.

—No podemos quedarnos así, a oscuras —dijo Olga—. Si existe peligro, debemos verlo.

—Estoy de acuerdo —opinó Travis—. ¿Preparada?

—Sí.

—A la de tres encendemos las linternas y hacemos un rápido barrido.

—Vale.

—Uno, dos y… tres.

28
HONRAR A LOS MUERTOS

Travis dirigió el haz de su linterna hacia la izquierda y Olga hacia la derecha, y fueron describiendo un arco hasta confluir en el centro, iluminando la jaula de hierro.

—No veo nada —dijo Olga.

—Las luces no llegan hasta el fondo, es posible que…

El escalofriante tableteo resonó en la gruta.

—¿Dónde está? —preguntó Travis, moviendo la linterna de un lado a otro.

Ta, ta, tá. Ta, ta, tá. Ta, ta, tá.

Se escuchó de nuevo, más fuerte.

Incapaces de reconocer la dirección de donde provenía el sonido, el grupo reculó hasta introducirse unos metros dentro de la abertura.

—Tenemos que localizarlo antes de que se acerque demasiado —dijo el exmarine, poniendo el dedo en el gatillo del lanzagranadas—. Cuando esté a tiro, disparamos.

—Ok —dijo Olga, escudriñando la oscuridad con su linterna, incapaz de encontrar al espécimen.

Ta, ta, tá. Ta, ta, tá. Ta, ta, tá.

Otra vez sonó el tableteo. Más cerca. Abel encendió su linterna y dirigió el haz justo frente a ellos. Travis y Olga lo imitaron, y los tres conos de luz enfocaron lo mismo.

—¡¿Qué cojones…?! —exclamó Dylan, al ver la escena que surgía de la oscuridad.

A unas decenas de metros vieron acercarse a uno de los especímenes. Cargaba algo en sus brazos. Al fijarse mejor, Abel reconoció lo que era.

—Trae a su compañero. El que matamos en la sala del generador

—dijo al ver la cabeza destrozada de la bestia que colgaba inerte.

—La distancia es segura —saltó Travis, tomando posiciones con el fusil—. Volemos a ese hijo de la gran puta en mil pedazos.

Rauda, Olga se colocó a su lado y apuntó el arma justo al centro de la criatura.

—A la de tres, ¿ok? —dijo el exmarine, curvando el dedo sobre el gatillo—. Una, dos y…

—¡No! —gritó Abel, interponiéndose entre los dos tiradores.

—¿Qué demonios haces? —gruñó Travis, intentando apuntar su arma.

—No podéis disparar los lanzagranadas aquí abajo —respondió con urgencia.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Olga.

—Aunque sus cimientos descansan en los márgenes, el resto del edificio está sobre esta cavidad. Estudié los planos —respondió Abel, mirando a los dos mercenarios alternativamente—. La gruta no está apuntalada. La onda expansiva rebotará en las paredes, amplificándose, y podría provocar un derrumbe fatal.

Olga volvió a enfocar con su linterna. La bestia que cargaba con su compañero, continuaba caminando directa hacia ellos.

—No dejaré que esa cosa me devore —afirmó Travis, levantando y bajando el arma, dudando en disparar.

—Morir enterrado tampoco tiene que ser muy agradable —replicó Abel.

—¿Qué propones? —intervino Olga.

—Nos ha localizado. Sabe que estamos aquí, pero continúa caminando despacio.

—Explícate. ¿Qué piensas?

Abel se pasó la mano por la cara antes de responder.

—No me parece hostil. Tengo un presentimiento.

—Me importan una mierda tus presentimientos —gruñó Travis—. Voy a disparar.

—Espera, déjale terminar —medió Olga—. ¿Qué presentimiento?

—No creo que quiera hacernos daño. Solo desea llevar a su compañero caído a un lugar apartado.

—Por amor de Dios, son animales —saltó Dylan.

—Recordad cómo desaparecieron los cuerpos de los dos que murieron en la segunda planta. Y estoy seguro de que el primero que mataste —añadió dirigiéndose a Travis—, tampoco está ya sobre la mesa de aquel despacho.

—Y eso qué importa —replicó el exmarine, impaciente, viendo al espécimen acercarse cada vez más.

—Si estoy en lo cierto, al final de este túnel, además de su despensa y su refugio, tendrán un lugar para sus muertos. Los crearon y entrenaron para ser letales, ya lo sabéis —añadió mirando a Olga, buscando complicidad—. Su naturaleza es salvaje, brutal, pero también humana.

Travis volvió a enfocar a la bestia y calculó que ya se encontraba demasiado cerca para disparar las granadas. Necesitaba más distancia.

—Retrocedamos —ordenó, andando hacia atrás sin dejar de apuntar su arma.

Olga obedeció. Y Wanda, que no se despegaba de su espalda. También lo hizo Dylan sin rechistar. El único que permaneció quieto fue Abel.

—Si te quedas en la línea de fuego morirás —lo amenazó Travis.

—El edificio se hundirá si disparáis. Moriremos todos.

—¿Y si tiene razón? —dijo Olga al oído de su jefe.

Travis apretó los labios sin responder.

El ser entró en el túnel. Abel retrocedió hasta el resto del grupo y, juntos, continuaron caminando hacia atrás.

—Debemos tomar una decisión —dijo Dylan, repentinamente juicioso—. Nos estamos metiendo en la boca del lobo.

Abel enfocó con su linterna.

—El túnel dobla a la derecha —dijo, escuchando cómo los latidos de su corazón resonaban en sus oídos.

—¿Y qué? —replicó Travis.

—Quizá haya otra salida.

—Intentémoslo —propuso Olga.

Mientras resolvían qué hacer, la criatura seguía avanzando y ellos reculando. El túnel se terminaba y nadie tomaba la palabra. Al final se toparon con la pared del fondo y no tuvieron más remedio que continuar hacia la derecha. Varios metros. No muchos.

Enseguida la linterna de Abel descubrió algo perturbador.

—Alto —dijo ni muy fuerte ni muy flojo, justo lo que le permitió su garganta paralizada.

Las luces de Travis y Olga se sumaron a la suya para descubrir un escenario de pesadilla. En una cavidad toscamente excavada, de no más de cuarenta metros cuadrados y tres de altura, había decenas de cuerpos apilados. Algunos vestidos con batas blancas, otros no, pero todos ensangrentados y mutilados horriblemente.

Aunque no fue eso lo que más les impresionó. Cerca de los cadáveres, de pie, observándolos, había dos criaturas. Una de ellas tan alta que casi tocaba el techo.

—¡La madre de Dios! —exclamó Dylan—. ¡El espécimen 7!

La criatura, que sacaba la cabeza a su congénere y era mucho más corpulenta, agitaba sus apéndices pectorales igual que haría un boxeador delante de un saco de entrenamiento.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó el informático, imaginando lo que podría suponer recibir un impacto directo de una de esas enormes porras.

Los demás, mudos, también pensaban finales semejantes para sus vidas mientras, casi involuntariamente, terminaban de entrar en aquella segunda gruta donde no se veía salida y cuyo hedor era insoportable.

—Estamos perdidos —determinó Dylan, lastimero.

A unos cinco o seis metros de las dos criaturas, Abel descubrió un recoveco en la pared con holgura suficiente para que se introdujeran todos, y eso hicieron sin necesidad de que nadie lo propusiera, igual que una manada de herbívoros cobardes ante un depredador, apretujados en aquella oquedad buscando resguardo. Un acto desesperado e inútil.

—La hemos cagado. ¡Joder! —exclamó Travis, ya sin reservas, levantando la voz hasta hacerla rebotar contra las paredes de roca.

—¿Por qué siguen ahí? —observó Olga—. ¿Por qué no nos atacan?

—Ni idea, pero lo harán.

La linterna de Abel se movió hasta descubrir una serie de bultos en un rincón. Al fijarse mejor reconoció los cuerpos de especímenes muertos. Contó tres.

—Tal vez no —dijo entonces, permitiéndose disentir.

—¿De qué hablas? Atacarán, seguro —replicó Travis con desdén infinito—. Y ahora están demasiado cerca para disparar las granadas. Si no acabamos sepultados, nos reventará la onda expansiva. Las balas solo los ralentizarán, y nos cazarían antes de que lográramos salir del túnel. De una u otra manera moriremos. ¿Qué elegís?

—Esperar —respondió Abel.

—¿Vamos a hacerle caso a este? —intervino Dylan, insolente, espoleado por el miedo—. Por seguir sus putos consejos nos vemos ahora así, a punto de morir despedazados.

—Es posible —intervino Olga—. Aunque tiene razón, ya no hay otro remedio que esperar.

Travis, mordiéndose el labio inferior, tanteaba con el dedo el gatillo de su lanzagranadas, apuntando alternativamente a las criaturas que tenía a su izquierda, y a la que llegaba por su derecha trayendo a su compañero muerto en brazos.

Los segundos pasaban y la tensión iba en aumento. Nadie hablaba, aferrados a sus armas como un niño a su edredón en una noche de tormenta.

La diminuta Wanda, escondida detrás de Olga, temblaba sin parar. La rusa la sintió y trató de transmitirle una calma que ella misma no tenía.

—Saldremos victoriosos, te lo prometo.

—No prometas nada que no puedas cumplir —le reprochó Dylan.

De pronto, el ser que portaba a su compañero llegó a su altura. El grupo se tensó y los cañones de las armas se levantaron al unísono para apuntarlo. Todos menos el del revólver de Abel.

—No disparéis. Ni siquiera nos mira. No encuentro una explicación lógica, pero los especímenes ahora no van a atacarnos. Lo presiento.

—Me tienes hasta los cojones, españolito —rebudió Travis como un jabalí.

El ser pasó delante de ellos sin prestarles atención, como había predicho Abel, y continuó andando hasta el rincón donde estaban los otros especímenes muertos. Los haces de las linternas,

deslizándose a ras de suelo con timidez, iluminaron el momento en el que dejaba el cuerpo sobre el suelo con sumo cuidado. Entonces E7 y el otro espécimen fueron hacia él y, juntos y con las cabezas agachadas, se quedaron mirando a sus compañeros caídos.

—¿Qué coño hacen? —preguntó Travis.

—Yo diría que… honrar a sus muertos —respondió Abel.

—¿Estás de coña? —se sorprendió Dylan.

Reactivado, Travis salió de la oquedad de la pared.

—Me importa un carajo si están o no en un maldito funeral de mutantes —dijo sin dejar de apuntar a los tres especímenes—. Yo lo que veo ahora es una magnífica oportunidad de salir de este atolladero. Vamos.

Uno a uno, siguiendo al exmarine, fueron abandonando la cavidad donde se habían resguardado. Despacio, pisando con sumo cuidado de no hacer ruido, doblaron la esquina y enfilaron el túnel. Entonces aceleraron el paso progresivamente hasta terminar corriendo cuando ya estuvieron en la gran gruta.

—¿Por dónde? —preguntó Travis, hecho un manojo de nervios.

Abel se orientó y los guio con acierto hasta la puerta de metal que había forzado.

—Ya huele a salvación —dijo Dylan, aspirando por la nariz.

—No cantemos victoria aún —lo reprendió Travis.

Con precaución para no dañarse con los bordes afilados de las planchas cortadas, fueron entrando por el angosto cuadrado. Olga se quedó la última. Aguzó el oído, echó un último vistazo a su espalda con la linterna, y se reunió al otro lado de la puerta con sus compañeros.

—Bueno, ya estamos en la mina —anunció Abel, cogiendo el rifle que había dejado horas antes y sacando el plano del bolsillo—. Iré delante. El camino es largo y complicado. No os separéis o podríais perderos.

—Sabemos lo que hay que hacer. Deja de hablar y camina —lo espoleó Travis.

Y eso hizo.

Sin perder un segundo, comenzó a andar por el corredor hasta el cerramiento que había forzado al llegar. Movió la reja y los tablones para que el resto pudiera pasar sin problemas, y consultó de nuevo

el plano.

—Cuidado con los raíles del suelo —avisó, antes de continuar caminando.

En fila india, con Abel a la cabeza y Travis cerrando la comitiva, el grupo recorrió infinidad de galerías que subían, bajaban, y doblaban a derecha e izquierda en una sucesión infinita y reiterativa.

—¿Seguro que sabes por dónde vas? —desconfió Dylan.

—Eso espero —contestó Abel, burlón.

Cuando llevaban treinta minutos en aquel mundo subterráneo, la falta de oxígeno y la nube de partículas indeterminadas que levantaban con los pies, comenzó a pasarles factura.

—Me cuesta respirar —se quejó Wanda.

Olga sacó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón y se lo ató a la cara, tapándole la boca y la nariz.

—Al menos así no tragarás polvo.

—Gracias —dijo la científica.

—¿Queda mucho? —preguntó Travis.

—Me temo que sí —respondió Abel, sin aflojar el paso.

Las linternas iluminaron una serie de pasadizos excavados que parecían todos iguales: vías en el suelo, paredes ennegrecidas por el humo de candiles de aceite, vigas de madera medio podridas apuntalando los techos, herramientas de mineros rotas y oxidadas… Y ese olor a humedad y herrumbre añeja que lo envolvía todo.

—¿Alguien tiene agua? —preguntó Dylan—. Tengo la lengua como la suela de un zapato.

—Yo tengo —respondió Olga.

Abel, también con la boca seca, imaginó el agua bajando por su garganta y se detuvo.

Olga se descolgó la mochila y sacó una botella de agua de litro que le ofreció primero a Wanda.

—Yo te la había pedido antes —protestó Dylan.

—Pues ahora vas a beber el último, por capullo —replicó la rusa.

Y cumplió con lo dicho. Una vez bebieron todos, incluido un taciturno y callado Travis, le pasó la botella.

—Genial, tres dedos de agua —se quejó el informático,

acabando hasta con la última gota.

Tras un breve descanso —no había tiempo que perder si querían cobrar algo de ventaja antes de que Kolton y sus hombres llegaran a la entrada de la mina—, reanudaron la marcha.

Mientras bajaban una rampa, Olga se aceleró hasta llegar a la altura de Abel, que caminaba unos metros por delante del grupo.

—Escapamos. Y en buena parte, gracias a ti —dijo en un tono suficientemente bajo como para que solo la escuchara él.

—No está mal un poco de reconocimiento —contestó Abel.

—Travis y Dylan… No se lo tengas en cuenta, ya has visto cómo son.

—No hay problema. Con tu gratitud me basta.

—Menudo trabajito. Un desastre total —se lamentó Olga—. Dos compañeros muertos. Sin cobrar. Y esto aún no ha terminado. Lo sucedido hace que me replantee muchas cosas en mi vida.

—¿Por ejemplo?

—Qué quiero seguir haciendo.

—Un poco genérico. ¿Podrías concretar?

Olga miró el perfil del español: el pelo enmarañado pegado a su frente húmeda de sudor, el ceño fruncido, la nariz aguileña, los labios apretados…

—Con mi trabajo. Con mi vida —respondió finalmente.

—Respecto a lo primero podría ayudarte. Con doble nacionalidad y supongo que hablando ruso…

—Supones bien.

—Y con tus cualidades —añadió Abel—. No creo que tenga problema en buscarte un buen puesto dentro de Centinela. Tu pueblo natal es complicado, y tarde o temprano podría darle un susto al mundo.

—Complicado, sí —reflexionó Olga.

—Con respecto al segundo punto, con tu vida futura, no sabría cómo ayudarte. ¿Podrías darme alguna pista? —preguntó pícaro.

—Primero contesta a una pregunta.

—Claro, dispara.

—¿Qué harás cuando vuelvas a España?

—Tomarme unas vacaciones.

—¿Hay alguien esperándote?

—Esa es otra pregunta.

—Responde.

—¿Esperándome?

—Ya sabes…

Abel se detuvo para mirarla.

—Un momento. ¿Me estás pidiendo una cita?

—¿Te molesta? —respondió ella con naturalidad.

—En absoluto. Al contrario, me encanta.

—¿Entonces?

—Acepto tu cita. ¿Qué te parece en Sevilla? Conozco un restaurante donde ponen un bacalao en salsa de tomate con el que se toca el cielo.

—Suena bien.

—No se hable más. Cuando esto termine, si es que acaba alguna vez, podremos conocernos mejor.

—¿Todavía te rondan dudas en la cabeza? —preguntó Olga, sorprendida.

—Sí.

—Pues me temo que esos «patriotas» no van a dejar mucho para continuar investigando. Lo volatizarán todo.

—No todo —la contradijo Abel—. Aún queda el disco duro biológico. ¿Qué crees que querrá hacer Travis con él?

—Lo conozco lo suficiente para saber que desea venganza. Usará el disco como cebo para llegar hasta ellos y eliminar a los que mataron a Hans. Al menos a esos. Después, quizá lo use como prueba para acabar con esa puta organización de fanáticos ultranacionalistas.

—Me gustaría poder echar un vistazo a los archivos —reconoció Abel—. Tengo la sensación de que, flotando en ese caldo de ADN, aún quedan muchos misterios por descubrir.

—Yo prefiero no conocerlos. Para mí, lo mejor sería que ese disco duro desapareciera.

Abel se tomó un segundo para meditar.

—Tienes razón. Demasiado arriesgado. Habría que destruirlo. ¿Me ayudarías?

—Ni pensarlo.

—Pues tendré que hacerlo yo.

—¿Estás loco? Travis te matará si lo intentas. Dejémosle. Él sabe lo que hace.

—Pero…

—Prométemelo —le pidió ella, con urgencia en la voz.

Abel levantó levemente la linterna y vio sus ojos verdes entornados, y un evidente gesto de preocupación en la cara.

—Vale, te lo prometo —dijo finalmente, enternecido, aunque no totalmente sincero.

La marcha continuó una hora más por aquellas galerías asfixiantes, hasta que, exhaustos, con los ojos enrojecidos, sudorosos y sedientos, por fin llegaron a la salida de la mina. Abel entonces apartó los tablones que había colocado, abrió la reja y salió el primero al exterior.

El segundo fue Dylan.

—¡Joder! Aún sigue el cielo nublado —exclamó el informático, defraudado.

—Bueno, al menos ha dejado de llover —dijo Olga, aspirando el aire con auténtico placer como hacía el resto del grupo.

29
CURIOSA

En el suelo, junto a la entrada, seguían los bultos que Abel había traído consigo, además de las monturas y el balde de agua, pero ni rastro de los animales.

—¿No los ataste? —preguntó Travis, adivinando lo que había sucedido.

—No sabía si saldría —se justificó Abel.

—Qué majo —se burló Dylan.

Olga, sin embargo, le dedicó una de sus tiernas miradas y con eso le bastó.

El intenso aguacero había llenado el balde hasta el borde, lo cual les vino muy bien.

—Debemos hidratarnos todo lo que podamos antes de partir —explicó Abel—. El camino es largo.

—¿Cómo de largo? —preguntó Travis, deseando alejarse de la puerta de la mina lo antes posible.

—El pueblo más cercano está a quince kilómetros por terreno complicado.

—No me gusta. Será el primer lugar donde nos busquen. ¿A cuánto está el siguiente?

—A treinta. No llegaríamos hasta el amanecer. Y eso si caminamos parte de la noche.

—Prefiero asegurar —decidió Travis.

Tras beber agua de lluvia del balde hasta reventar, y rellenar la botella vacía de Olga, el grupo inició la marcha.

Las primeras dos horas, el ritmo que exigió Travis a Abel fue infernal. Quería alejarse lo más posible de la mina, ese era su objetivo, sin importarle lo cansados que estuvieran ni lo difícil que resultara subir y bajar laderas embarradas por la lluvia. Al llegar a

una torrentera cubierta de grandes piedras que descendía por la falda de una colina, Abel se detuvo.

—Deberíamos tomarnos un respiro antes de continuar —recomendó, señalando la inclinada pendiente.

—Está bien —dijo Travis—. Olga y yo iremos a comprobar si nos siguen. Con el suelo tan blando, hasta un ciego podría hacerlo. Descansad diez minutos y luego empezad a subir. Os alcanzaremos arriba.

—Vale. No tardéis. Si comienza a llover de nuevo esto puede convertirse en una cascada —añadió Abel, antes de que se marcharan.

Dylan y Wanda buscaron unas rocas donde sentarse y recuperar fuerzas sin preocuparse del reloj. Abel sí lo hacía, y, al cumplirse los diez minutos, decidió alargar la espera hasta los quince. Prefería continuar todos juntos, pero no pudo ser.

Los cinco minutos de margen que se concedió pasaron, y no tuvo más remedio, si quería evitar escuchar los exabruptos de Travis, que iniciar el ascenso.

—Chicos, en marcha —anunció con poco entusiasmo.

Las numerosas rocas, redondeadas y mojadas, dificultaban la tarea. Dylan subía delante, seguido por Wanda. Justo a la espalda de la científica, atento a cualquier traspié que pudiera dar, iba Abel.

El desnivel era de apenas cincuenta metros; sin embargo la pendiente era tal, que en lugar de andar casi tenían que escalar. Al llegar arriba sentían las piernas entumecidas por el esfuerzo, y los dedos de las manos doloridos de agarrarse a los salientes.

—¿Otro descansito? —propuso Abel, con el aliento entrecortado.

—No —dijo Dylan, áspero, sin detenerse.

Abel se dirigió a Wanda.

—Si lo necesitas, pararemos.

—Estoy bien —respondió ella, y echó a andar detrás del informático.

Contrariado, Abel se volvió e intentó localizar a Travis y Olga en la distancia, pero una neblina baja le impidió ver más allá de doscientos metros.

—¡Mierda de tiempo! —gruñó, levantó los ojos al cielo y después siguió a Dylan y Wanda.

Atravesaron una pradera cubierta de pasto que les llegaba hasta las rodillas, una extensión tan grande como dos campos de futbol bordeada por un bosque de pinos Ponderosa de más de cuarenta metros de alto.

Al llegar a su linde, Abel se detuvo de nuevo.

—Debemos esperarles aquí, o corremos el riesgo de perderlos —dijo inflexible.

—Travis es buen rastreador —lo contradijo Dylan–. Mejor sería continuar.

—Yo soy el único que conozco el camino, y digo que esperemos. ¿Qué cojones te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Pues eso. Quietecitos aquí.

Veinte minutos más tarde, Olga y Travis seguían sin aparecer.

—Tardan demasiado —dijo Abel—. Puede que hayan tenido problemas.

Dylan había pasado el tiempo de espera sentado en el suelo con la espalda recostada contra el tronco de un árbol, sin abrir la boca.

—¿Me has oído? —lo increpó Abel, al ver que no reaccionaba.

—Te he oído —respondió por fin.

—¿Y? ¿Vamos a hacer algo o qué?

—Ni idea.

Wanda tampoco parecía preocupada. Ella se había dedicado a pasear de un lado a otro, observándolo todo con el interés desmedido de un forense en busca de pruebas.

—Voy a buscarlos. Vosotros esperad aquí —decidió Abel, ante la inoperancia y la despreocupación de sus compañeros.

Justo cuando iniciaba el camino de regreso, en la lejanía, vio dos figuras acercándose. Aguzó la vista y esperó hasta estar seguro de que eran ellos, entonces se permitió soltar un suspiro de alivio.

—¿Cómo cojones habéis tardado tanto? —les preguntó en cuanto los tuvo delante.

—Nos siguen —respondió Travis, conciso—. Hemos tratado de borrar las huellas. No creo que lo hayamos conseguido.

—¿Cuántos?

—Ocho. Bien armados —respondió Olga, tan fría como un cubito de hielo.

—Debemos continuar —añadió Travis—. Id delante, nosotros cubriremos la retaguardia.

—¿La retaguardia? —se extrañó Abel—. Tu estrategia es absurda. Si nos alcanzan, lo mejor sería presentar batalla juntos. Ahora tengo mi rifle con mira telescópica. Desde una buena posición podría…

—No he pedido tú opinión. Andando.

Abel, con la boca abierta, miró a Olga buscando su mediación, pero solo encontró un rostro hierático y una mirada esquiva.

—¿Qué cojones os pasa a todos? ¿Os ha afectado el aire libre?

Ninguno de los mercenarios le respondió, limitándose a permanecer quietos, ignorándolo. Indignado, Abel bufó y echó a andar adentrándose en el bosque.

Wanda fue la única que reaccionó, y aceleró el paso para ponerse a su altura.

—Tras períodos de intenso estrés, en el cerebro humano se producen cambios químicos que pueden influir en el carácter.

—Debe de ser eso lo que les pasa —añadió Abel a la observación de la científica.

—¿Puedo caminar junto a usted? —le preguntó ella, prudente.

—Claro —respondió él, mirándola de reojo—. Pareces disfrutar del paisaje. ¿Hacía mucho que no salías del edificio?

—Una eternidad. Esto es hermoso.

—Y que lo digas.

A pocos metros detrás de ellos caminaba Dylan, y, bastante más atrás, Travis y Olga. Abel giró la cabeza un instante y volvió a centrarse en Wanda.

—Menuda aventura, ¿eh? —le dijo, por hablar de algo.

—Una aventura que aún no ha terminado.

—Terminará.

—¿Sí? ¿Cómo?

—¿Perdón? —preguntó Abel sin llegar a entender.

—¿Qué haremos cuando lleguemos al pueblo al que nos lleva?

—Ah, ¿te refieres a cómo saldremos de Montana?

—Sí.

—Tengo contactos. Una vez en el pueblo haré algunas llamadas. Me ocuparé de ti. Ellos también —añadió señalando a su espalda—.

No te preocupes, estarás a salvo. Te gustaría volver a tu casa, ¿verdad?

El gesto neutro que hizo Wanda lo descolocó.

—¿Pasa algo?

—Preferiría quedarme aquí, en EE.UU. —respondió ella.

—Seguro que se puede arreglar. No pienses en ello. Lo importante ahora es dar esquinazo a los tipos que nos siguen.

—Siento que quiero ver el mundo entero —dijo Wanda, con entusiasmo en la voz y un brillo en los ojos de repentina felicidad—. ¿Usted ha viajado mucho?

—Una barbaridad.

—¿Dónde está el aeropuerto más cercano? ¿Muy lejos del pueblo al que vamos?

—A tres kilómetros al noroeste de Billings, en el condado de Yellowstone. Hay un autobús que sale cada dos horas. También podemos alquilar un… Bueno, ya veremos qué hacemos. Tú tranquila. Es asunto nuestro. Estarás bien, te lo aseguro. Olga cuidará de ti. Te ha cogido cariño. Has tenido suerte, puede que sea la única mercenaria con sentimientos que exista.

—Usted no es de ellos, ¿no es así?

—¿A qué te refieres?

—Mercenario.

—Oh, no. Coincidimos por casualidad y nos unieron intereses comunes.

—Pero entiende de armas.

—Fui militar.

—Y de medicina.

—Fui médico.

—¿Y ahora qué es?

—*Uff*… Es una larga historia —dijo Abel, al que le gustaba poco hablar de él, y menos con una desconocida.

—¿Me la contará?

—Si seguimos hablando nos cansaremos más, y todavía nos queda un largo y duro camino por recorrer —se excusó, intentando dar por zanjada la conversación.

—Vale. Entendido. Cuando tengamos un rato, me gustaría oír esa historia.

—Claro, cuenta con ello.

—No me olvidaré —rubricó Wanda, dedicándole una mirada tan enternecedora como la de un gatito.

Luego, prudente, la científica aflojó el paso hasta contactar con Dylan, y caminó junto a él varias horas, en silencio, hasta que comenzó a anochecer.

Para entonces el cansancio, el hambre y la sed hicieron que Abel anduviera casi arrastrando los pies, mientras guiaba al grupo por un terreno de monte bajo cubierto de arbustos y de rocas afiladas con las que tropezaba cada dos por tres.

Hasta en tres ocasiones intentó que se tomaran un respiro, pero Travis fue inflexible. Olga tampoco dijo ni palabra para apoyarlo, manteniendo una actitud con él tan distante como perturbadora. No lo entendía. Solo unas pocas horas antes ella le había realizado una proposición romántica en toda regla y ahora, de repente, era como si se hubiera olvidado. Incluso su carácter parecía ser otro. El de todos, en realidad. Hasta el siempre díscolo e impredecible Dylan se comportaba como el más obediente y disciplinado de los soldados, y tan callado como un monje de clausura. El «estrés», había dicho Wanda, y puede que tuviera razón. Ella era la única que conservaba su personalidad intacta. Tímida, dulce y encantadora. Y la única que intentó acercamientos que él evitó arguyendo las más variadas excusas, ya que no estaba de humor para charlas.

Entrada la noche, hicieron un breve alto para beber agua. Tan breve, que Abel no tuvo ocasión de encontrar un momento para hablar con Olga y preguntarle qué les pasaba. Si ellos estaban preocupados por los perseguidores, o angustiados, él también, y creía que, después de lo que habían compartido juntos, merecía otro trato.

Tras hidratarse continuaron la marcha prácticamente a oscuras, ayudados únicamente por el leve resplandor de la luna llena, que esparcía un finísimo halo de terciopelo gris con el que se adivinaban los contornos del paisaje.

Con la noche, además de la oscuridad, también llegó el frío.

Cerca de la una de la mañana, después de atravesar un pastizal húmedo, Wanda se acercó de nuevo a Abel.

—¿Cuánto queda para llegar? —le preguntó quejumbrosa.

Abel la miró y la vio tiritar.

—¡Estás helada!

—Sí. Y cansada —añadió la científica, a la que se notaba que le costaba mantener el ritmo debido a las cortas zancadas que podía dar con sus piernecillas.

—Esto es absurdo —gruñó Abel, parándose en seco.

Luego, dio media vuelta y fue directo hacia Travis, que caminaba al lado de Olga unos cincuenta metros por detrás del grupo de cabeza.

—No podemos forzar más la marcha —le soltó cuando lo tuvo delante—. Estamos cansados. Tenemos sed, hambre y frío.

El exmarine se quedó mirándolo como si lo viera por primera vez.

—¿Me has oído? —le espetó Abel.

Wanda, que lo había seguido después de que este retrocediera como una exhalación, llegó justo antes de que volviera a increpar a Travis.

—¿Te has quedado sordo? ¿Y tú? ¿No dices nada? —añadió dirigiéndose a Olga.

—¿Qué sucede? —preguntó la científica al verlo apretar los puños, impotente.

—Que estoy harto —respondió Abel—. Necesitamos descansar, recuperar fuerzas y entrar en calor. Es fundamental si no queremos morir de hipotermia o agotamiento. Pero ellos parece que no lo entienden.

—Sí lo entendemos —replicó de pronto Travis—. Olga y yo iremos a ver a qué distancia se encuentran nuestros perseguidores. Vosotros esperad aquí. Enseguida volvemos.

—¡Que esperemos, dice! —se indignó Abel, hablando solo—. ¿Cuánto? ¿Diez minutos? ¿Una hora? ¿Dos?

—Tranquilo, amigo —oyó decir a Dylan, que acababa de llegar a la disputa.

—Estoy tranquilo, ¡joder! —protestó, elevando la voz, mientras veía alejarse a Travis y Olga.

Y así permaneció, de pie, mirando el punto exacto donde desaparecieron engullidos por la noche. Hasta que, quince minutos más tarde, los vio surgir de las sombras y acercarse hasta él.

—Buenas noticias —anunció Travis—. Hemos visto el resplandor de una hoguera a unos dos kilómetros de aquí, en una hondonada. Se han tomado un descanso, y nosotros podemos hacer lo mismo.

—Genial —exclamó Abel, que se temía lo peor—. Buscaremos un lugar resguardado y haremos una fogata.

—No hay problema —añadió Olga—. Estamos fuera de su vista.

Después de barajar varias opciones, Abel se decidió por un afloramiento de rocas que les protegerían del viento del norte que se estaba levantando. Recogieron leña e hicieron una hoguera a cuyo calor se sentaron todos.

Olga sacó de su mochila la botella de agua, casi intacta, y varias barritas energéticas que distribuyó equitativamente.

—Mejor ahora, ¿verdad? —preguntó Abel con la boca llena, antes de engullir una buena dosis de carbohidratos.

—Ya no sentía las manos ni los pies —confesó Wanda, más interesada en entrar en calor que en comer.

Dylan, sin decir una palabra, terminó de comer, dio un largo trago de agua y se tumbó en el suelo, junto al fuego. Travis y Olga, tan parcos en palabras como el informático, nada más hidratarse y acabar su tentempié, se levantaron a la vez.

—¿Adónde vais? —les preguntó Abel.

—Vosotros descansad. Nosotros iremos a vigilar —contestó Travis.

—Creí que habíais dicho que…

—Mejor asegurarse —le cortó Olga, al tiempo que se alejaba acompañada por el exmarine.

Abel arrugó el entrecejo, se metió en la boca lo que le quedaba de su barrita energética, y luego acercó las manos hacia el fuego, resignado a no entender.

Wanda, sentada enfrente, le observó un buen rato.

A la luz danzarina de las llamas, el rostro de Abel, lleno de sombras, tenía la apariencia de un texto indescifrable.

—¿En qué piensa? —le preguntó la científica.

—En que la vida está repleta de imprevistos —le respondió, usando una frase hecha con la que pretendía evitar sincerarse.

—Lo que no entendemos nos inquieta.

—En eso tienes razón —debió admitir Abel.

—¿Qué me dice de su historia? Este sería un buen momento para escucharla —le propuso Wanda, abriendo del todo sus enormes ojos oscuros, donde el fulgor del fuego se reflejó igual que el sol en un estanque.

—Mi historia no es nada del otro mundo —dijo él con desgana.

—Vamos, me lo prometió —lo animó ella, con un infantil tono de voz capaz de derretir el corazón más duro.

Abel miró a Dylan, tumbado en el suelo, con los brazos cruzados sobre el pecho, roncando. Luego a la diminuta científica, expectante, con el rostro redondeado y pueril inundado de luz anaranjada, y supo que había perdido.

—Está bien —comenzó diciendo—. ¿Qué quieres saber?

—Soy curiosa —respondió Wanda, picarona—. Cuénteme todo lo que pueda.

Y así hizo.

Embaucado por aquella delicada mujercita, y por el momento de intimidad y confidencia que siempre proporciona la mágica combinación de noche y hoguera, Abel se abrió igual que un libro.

A medida que hablaba, más a gusto se sentía; y, acompañado por el crepitar de los troncos aún húmedos, el prudente espía fue desgranando su vida con la precisión, la soltura y el entusiasmo del mejor cuentacuentos del mundo.

Empezó por sus años de estudiante de medicina, y continuó por sus prácticas en un hospital, su sueño de convertirse en cirujano y su traumática experiencia en una ONG en África, donde sufrió su primer contacto con la guerra. También le contó su decisión de hacerse médico militar para ayudar a soldados y civiles en conflictos armados, el atentado que lo retiró del servicio y, finalmente, su nuevo empleo como «observador», trabajando para una división secreta de la UE.

—Y eso es todo —dijo Abel, echando más leña al fuego—. Esa es mi historia.

Durante todo el tiempo que habló, Wanda permaneció muy atenta, con las manos apoyadas en la cara, sin interrumpirle ni una sola vez, hasta que decidió intervenir.

—¿Cómo fue el atentado? Apenas ha dado detalles —le preguntó.

—No me gusta recordarlo.

—¿Le dispararon? —insistió ella.

—No. Fue una explosión. En Irak —terminó explicando él, incapaz de negarle nada—. Iba en un convoy militar. El vehículo en el que viajaba pisó una mina y saltó por los aires. Un trozo de metralla casi acaba con mi vida.

—¿Dónde le hirió?

—En la cabeza.

Wanda entornó los ojos.

—Tranquila. No me dejó secuelas —sonrió Abel—. Estoy bien.

—¿No le afectó al cerebro de ninguna manera?

—Estuve a punto de morir, pero los neurólogos consiguieron minimizar los daños, extraer el coágulo que se había formado y sellar con una placa de metal.

—¿Una placa de metal? —repitió Wanda, sobresaltada.

—Sí. La parte del cráneo donde impactó la metralla estaba destrozada, imposible de reparar. Me atornillaron una placa redonda de titanio de cinco centímetros de diámetro y me dejaron como nuevo. El único problema es que suelo pitar al pasar el control de los aeropuertos —rubricó Abel, divertido.

—¡Claro, titanio! —exclamó Wanda, dando un brinco.

—Sí, ¿qué pasa con el titanio? —preguntó Abel, extrañado por su reacción.

—Que por fin he encontrado la explicación. Lo que no entendemos nos inquieta, ¿recuerdas?

—¿La explicación a qué?

En segundos, el rostro dulce y aniñado de Wanda cambió radicalmente. Contrajo los labios, apretó la mandíbula y lo miró con los ojos entornados, igual que haría alguien que quisiera intimidarlo.

—¿Qué pasa? —insistió Abel, al ver asomar una sonrisilla malévola por la comisura de su boca.

—Nada. Que estaba harta de fingir, es agotador —contestó resuelta, estirando los brazos.

—¿Fingir?

—Sí. Todo es mentira. ¿Quieres conocer la verdad?

30
LA VERDAD

Wanda había empezado a tutearle, y nada quedaba de su sutil acento alemán.

Abel sintió una oleada de calor en el rostro, y una presión insoportable en el pecho.

—¿La verdad? ¿De qué verdad hablas? —preguntó cuando consiguió llevar aire a sus pulmones.

—Te la contaré, pero antes permíteme que tome precauciones —dijo Wanda, al tiempo que propinaba una patada en el costado de Dylan.

Este despertó sobresaltado, mirando en todas direcciones.

—Ya estaba cansada de sus ronquidos. ¿Tú no? —dijo antes de dirigirse al informático—. Desármale. Si se mueve, dispara.

Abel, con la boca abierta, vio cómo Dylan desenfundaba su pistola, lo apuntaba y luego le quitaba el revólver y apartaba con el pie el rifle que tenía junto a él.

—¿Qué cojones haces? ¿Qué significa esto? —preguntó perplejo.

—Después te lo explicaré —respondió Wanda—. Antes debes conocer toda la historia. Tú me contaste la tuya y yo te voy a contar la mía, creo que te lo has ganado.

De pie, a su espalda, Dylan mantenía el cañón de la pistola cerca de su nuca. Abel lo miró de reojo y después se centró en Wanda, resignado.

—Te escucho —dijo finalmente, mientras en su cabeza comenzaban a circular mil y una combinaciones que trataban de explicar lo que estaba sucediendo.

—Para empezar, te diré que no soy una mera técnica de laboratorio. Mi colaboración con el doctor Yoo fue crucial para lograr su objetivo —comenzó diciendo Wanda, con un tono de voz y

unos ademanes mucho más adultos de los que hasta el momento había mostrado—. Juntos llevamos a cabo el logro científico más importante de la historia.

—¿Tú le ayudaste a crear a esos monstruos? —presagió Abel.

—Oh, no —rio Wanda—. Verás, escucha. Vayamos al principio. Él tenía un sueño. Un proyecto muy ambicioso que requería libertad absoluta, financiación ilimitada y un lugar apartado donde desarrollarlo. Durante años buscó, sin éxito, un patrocinador con el suficiente dinero y poder como para satisfacer sus exigencias. Hasta que un buen día encontró un grupo de norteamericanos dispuestos a proporcionarle lo que necesitaba a cambio de un arma. Y el doctor Yoo cerró el trato.

—Los Patriotas, los especímenes… Eso ya lo sé —dijo Abel con desdén.

—Correcto. Nadie da nada a cambio de nada. Él les prometió el arma biológica más letal que pudieran imaginar, y cumplió. Aunque ese logro no era en absoluto el objetivo principal del doctor Yoo. Su anhelo, desde que era un mero estudiante de genética, era crear algo infinitamente más impresionante.

La atención que había despertado en Abel era máxima. Wanda continuó.

—En realidad el doctor Yoo era un filántropo convencido que amaba a sus semejantes, que buscaba cómo mejorar un mundo lleno de odio y controlado por ambiciosos, mezquinos y mediocres dirigentes. Él creía con firmeza que las sociedades mejorarían sustancialmente si fuesen conducidas por líderes más inteligentes. Mentes… superiores.

»Durante años estudió cómo conseguir aumentar la capacidad del cerebro humano, pero siempre se encontraba con un obstáculo insalvable: la gestación. Nueve meses es el tiempo tope que un bebé puede pasar dentro de una mujer, desarrollándose, y ese período es insuficiente para mejorar su cerebro. Los embriones humanos crecen en el útero materno hasta alcanzar el tamaño máximo que les permite salir por el canal del parto, y antes de que la madre corra peligro de morir reventada. Lo importante para la naturaleza es que el vástago llegue a buen término. Asegurar la descendencia para que la especie prosiga. Cuantos más nacimientos exitosos, en

los que madre e hijo sobrevivan, mejor. Sin embargo, ese argumento tiene un coste para el cerebro humano. Y una terrible consecuencia: su limitación.

—¿Mejorar el cerebro? ¿Cómo? —preguntó Abel.

—Se basó en la neotenia, un fenómeno del desarrollo de algunos animales, y muy presente en los humanos. Gracias a esa rareza de la evolución, hombres y mujeres son capaces de retener características de individuos inmaduros durante más tiempo. Incluso más allá de la madurez sexual. Los adultos humanos se parecen más a las crías de los primates que a sus padres.

—No entiendo qué tiene eso que ver con…

—Según la teoría seguida por algunos científicos —le cortó Wanda—, ese retraso madurativo comenzaría en el embrión, y gracias a él el organismo puede emplear más recursos en mejorar el encéfalo. Los bebés humanos son las crías animales que más tiempo dependen de sus progenitores, debido a su bajo nivel madurativo como consecuencia de poseer el cerebro más grande en relación a su tamaño de todo el reino animal. Un cerebro básico con un gran potencial. Al nacer, ya dispone de cien mil millones de neuronas, aunque muy pocas conexiones neuronales. Durante el crecimiento, debido a la estimulación de los sentidos y el movimiento, la red neuronal se va multiplicando hasta alcanzar el valor cumbre a los cuatro años, con unos mil billones de sinapsis. ¿Vas entendiendo?

—No del todo —respondió Abel, al que aquellos datos científicos eran lo que menos le interesaba comprender respecto a lo que estaba pasando.

—El límite de neuronas lo determina el desarrollo cerebral —prosiguió Wanda—, y este se detiene en el nacimiento; sin embargo, las conexiones entre neuronas, las sinapsis, comienzan a crearse masivamente justo en ese instante, a razón de un millón por segundo. La inteligencia depende de esa red. Cuanto más compleja, mejor. Ese dato conocido fue sobre el que trabajó el doctor Yoo, imaginando qué pasaría si consiguiera un encéfalo mayor; cómo podría mejorar el intelecto si lograra aumentar la cantidad de neuronas o su tamaño, ya que ambas opciones elevarían exponencialmente el número y la calidad de las conexiones neuronales, y, por tanto, el intelecto humano.

—Y lo logró, supongo —intervino Abel con desgana.

—Lo logramos —puntualizó Wanda, orgullosa—. Las modificaciones genéticas realizadas al ser clonado, y el útero artificial, proporcionaron las posibilidades de ampliar la gestación de nueve meses a dos años, consiguiendo un cerebro casi virgen con muchísimas más neuronas y de mayor tamaño. Luego, mediante tDCS, estimulación cerebral con corrientes de baja intensidad, el nonato fue desarrollando sus sinapsis de una manera controlada y extraordinariamente numerosa, llegando a alcanzar una cantidad cien mil veces superior a la de un humano normal, y de mejor calidad.

—¿Tú y ese «filántropo» de pacotilla creasteis un genio de dos años? ¿Hablas en serio? —le soltó Abel con desprecio.

—Absolutamente —respondió Wanda, echando otro tronco al fuego—. Ese bebé portaba en su genoma varias modificaciones, entre las que se incluía el síndrome de Hutchinson-Gilford: la progeria. Atenuada, por supuesto, y mejorada para que favoreciera el crecimiento acelerado sin producir trastornos visibles en el físico. Nada más nacer su edad biológica era de dos años, pero su desarrollo físico era equivalente al de un niño de siete años. El doctor Yoo ocultó el proyecto principal a sus patrocinadores distrayéndolos con los otros especímenes, aunque sabía que disponía de un tiempo limitado antes de que se enteraran, y por eso debía darse prisa.

Abel meneó la cabeza.

—No entiendo. ¿Hemos dejado a un niño en el edificio?

—Espera, aún no he terminado la historia —respondió Wanda con tono afectado—. El espécimen 8, E8, se creó al mismo tiempo que el resto de los especímenes. No hace dos años que nació, sino cinco.

—¿Cinco? —repitió Abel.

—Sí. Durante el año siguiente al nacimiento, E8 fue evaluado, analizado y estudiado por psicólogos y neurocientíficos, que constataron su desproporcionado cociente intelectual, que se salía de cualquier parámetro conocido. Un período de infinitas pruebas y estudios que lo llevaron al límite de su resistencia.

—¡Qué atrocidad! —espetó Abel—. ¿Y tú formaste parte de ese

proyecto?

—Déjame continuar. Ya queda poco para que lo entiendas todo —lo aplacó Wanda—. E8, un día en el que estaba siendo sometido a una aburrida sesión de estúpidos test, se enfadó y dirigió su ira contra una de las psicólogas. No fue un acto de violencia física, su protesta se limitó al pensamiento. Quería que esa mujer, que no paraba de hablar, se mordiera la lengua. En su mente, E8 solo pedía que se callara y lo dejara en paz. Un deseo pueril, sin demasiadas esperanzas, que sin embargo se cumplió.

—¿Cómo? —preguntó Abel sin entender.

—La psicóloga se mordió la lengua con tanta fuerza que se la cercenó —respondió Wanda con naturalidad—. Cuando pudo comunicarse, y fue capaz de explicar por qué lo había hecho, dijo que una voz en su cabeza se lo había ordenado, y que no tuvo más remedio que obedecer. A partir de ese momento, el comportamiento del personal con E8 cambió. Le proporcionaron una habitación decente, empezaron a darle todos los caprichos que quisiera y a tratar de molestarle lo menos posible. Incluso le dejaron que eligiera un nombre, ya que E8 no le gustaba en absoluto.

»Durante un año lo mimaron. Después, cuando el doctor Yoo descubrió cómo controlarlo, la pesadilla volvió.

—¿Controlarlo?

—¿No lo entiendes? —replicó Wanda con soberbia.

Abel meditó sin llegar a encontrar una respuesta. Su cabeza no estaba al cien por cien en la conversación. Él seguía en *shock* después de comprobar que Dylan, y posiblemente Travis y Olga, estaban metidos en algo turbio, y eso era lo que más le preocupaba.

—E8 había desarrollado una inteligencia superior nunca vista —continuó Wanda, ante el mutismo de Abel—. Y también un enorme poder: el de entrar en la mente de la gente y controlarla. Aunque él aún no lo sabía.

—¿De qué hablas?

—Sé que es difícil de asimilar para un humano normal, pero es la verdad. E8 siguió creciendo sin entender por qué las personas que antes lo atendían se marcharon y llegaron otras que le hacían pruebas distintas. Más tediosas y reiterativas. Tampoco entendía, en su candidez, por qué se ponían un aro metálico en sus cabezas

cuando trataban con él, y habían instalado aquella especie de pajarera que unía su habitación con la sala de estudio.

—Un momento… —la interrumpió Abel—. La habitación de E8 era la que estaba…

—Sí. Al final del pasillo limitado por la malla metálica. Tú estuviste a punto de entrar. Te vi por las cámaras —respondió ella antes de que terminara la frase—. Pero dejemos de llamarlo E8 y empecemos a llamarlo por el nombre que él eligió. ¿No adivinas cuál es?

Repentinamente centrado, Abel ató cabos y fue capaz de responder.

—Alaska. El octavo archivo que hay en el disco duro biológico. El mismo nombre que aparecía en el poster que decoraba su habitación.

—Exacto —dijo Wanda con la mirada chispeante—. Me encantaba esa fotografía. Ese bello paisaje nevado lleno de árboles y montañas. Y ese nombre: Alaska.

Abel arrugó el entrecejo y comenzó a respirar con rapidez.

—¿Me encantaba?

—Vamos, ¿todavía no lo has entendido? —dijo ella, prepotente—. E8, Alaska, soy yo.

31
EL TRATO

Tras recuperarse de la impresión, Abel se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Lo que Wanda —lo que Alaska— significaba, y la responsabilidad que sin duda había tenido en la catástrofe de *Safetyhouse*. Y sintió miedo. Miedo y desprecio.

—¡Tú! ¡Tú has provocado el caos! —le espetó con un dedo acusador—. Las muertes… Todo.

—Me temo que sí —respondió Alaska, altiva—. Ya llegaremos a esa parte. Déjame que termine de contarte. Queda poco, te lo prometo.

Abel acercó su mano al mango del cuchillo que aún portaba en su cinturón. Unos centímetros, pero fueron suficientes para que Dylan le borrara la idea de la cabeza dándole un golpecito con el cañón de su pistola en la nuca.

Estaba en sus manos. Alaska controlaba a Dylan y no tenía más remedio que plegarse a ella.

—Te escucho —dijo finalmente, al tiempo que su mente se aclaraba y reconocía el enorme peligro que representaba esa diminuta mujer.

—Bien —dijo Alaska. Acercó las manos al fuego para calentarse, se las frotó y continuó—. Cuando el doctor Yoo comprendió las infinitas posibilidades que representaba mi poder, quiso dominarlo. Organizó un equipo especializado en control mental y lo puso a trabajar conmigo. ¿Te imaginas? Fue como si una manada de gorilas intentara analizar a Einstein, que por lo que he leído fue uno de los humanos más inteligentes.

»Ese equipo se enfrentaba a un reto colosal, y arriesgado, aunque ellos no lo sabían. Veían a una niña y no alcanzaban a entender lo que realmente encerraba mi cerebro. Incluso yo misma

tardé un tiempo en darme cuenta. Cuando lo hice, y descubrí lo que querían de mí, los odié. Deseé hacerles daño. Acabar con ellos. Con todos los que, de una u otra manera, me torturaban.

—¿Qué querían de ti?

—Me llevaban todos los días a esa maldita sala para «educarme». Decirme qué era bueno y qué era malo. Lo que estaba bien y lo que estaba mal. El doctor Yoo, a pesar de lo peligrosa que podría llegar a ser, continuaba pensando que lograría adoctrinarme en su beneficio. Ser su herramienta para cambiar el mundo a mejor, según su criterio. Para ello preparó un programa especial en el que me hablaban sin parar de las ventajas de la virtud, haciéndome cientos de preguntas sobre mis sensaciones mientras me enseñaban imágenes y vídeos en los que aparecían familias felices y sociedades perfectas. Una realidad edulcorada llena de fantasías. Yo les seguí la corriente. Fue fácil. La capacidad mental de todos los que me trataban, incluido el doctor Yoo, no llegaba ni al uno por ciento de la mía.

—¿Cómo escapaste? —se adelantó Abel.

—Esperé mi oportunidad. Sabía que tarde o temprano cometerían un error. Un descuido. Los humanos sois muy defectuosos —contestó Alaska—. Un día, el analista de sistemas que intervenía en las sesiones, olvidó colocarse la diadema en la cabeza que interfería mi señal y yo lo aproveché. Él tenía acceso al control informático de todo el edificio. Fue perfecto.

—La jaula de Faraday aísla de campos eléctricos provenientes del exterior, pero también del interior —recordó Abel, en voz alta.

—Eso es. Mis capacidades fueron anuladas. Durante un tiempo —aclaró Alaska—. Hasta que logré graduar mis ondas cerebrales para que rebasaran la malla metálica.

—¿Qué hiciste cuando controlaste al analista de sistemas? —preguntó Abel, impaciente por conocer más detalles.

—Conocía de la existencia de los especímenes creados para la guerra. El doctor Yoo me habló de ellos en más de una ocasión. Le gustaba alardear de sus logros incluso conmigo. Tiene gracia. En el fondo, pensaba que su intelecto tenía mucho en común con el mío.

—Los liberaste —adivinó Abel.

—Claro. Taylor abrió las jaulas y yo los dirigí hacia los

objetivos.

—Los científicos —completó Abel, con pesar.

—¿Quiénes si no? Todos, en mayor o menor medida, habían sido culpables de mi sufrimiento. Además, era imprescindible que murieran para que mi plan funcionara.

—¿Cuál era tu plan?

—En un principio escapar del edificio, llevándome el disco duro biológico, y eliminar toda prueba de mi existencia.

—Sin embargo, algo falló.

—Correcto. Un parámetro tan sencillo como la resistencia.

Abel torció el gesto. Alaska se lo aclaró.

—Sabía que la información se encontraba en los servidores, y que estos estaban bien resguardados tras dos puertas blindadas. Seguridad que pensaba superar utilizando al doctor Yoo. Pero él fue unos segundos más rápido que yo, y se adelantó.

—Se quemó las yemas de los dedos —dijo Abel, encajando las piezas que no le cuadraban—. Cuando supo que habías tomado el control de *Safetyhouse*, predijo tus intenciones y eliminó las huellas con las que se abría la puerta de los servidores. Una puerta a prueba de especímenes.

—Así es. Fue rápido y astuto. Nada más saber que había escapado a su control, corrió hacia la cocina y se abrasó los dedos con el fuego. Su última esperanza para detenerme era revelar mi existencia, y todo estaba en ese disco duro. Mi poder y mis debilidades. Si conseguía evitar que me lo llevara, me descubrirían. Luego me perseguirían para matarme. Y casi lo logra.

—Necesitabas que alguien abriera esa puerta.

—Ni siquiera E7 pudo con ella. Lo que me obligó a elaborar un plan alternativo. No me costó demasiado. Sois tan predecibles… —rubricó Alaska, entrecerrando los ojos y moviendo levemente la cabeza—. Calculé que tardaríais unos días en llegar. Mientras esperaba, hice que los especímenes despejaran el edificio de cadáveres para evitar el olor a putrefacción, que hubiera sido insoportable, preparé la escena del suicidio de Taylor para despistaros, y luego me dediqué a leer como te dije. Puedo acabar un libro de quinientas páginas en cinco minutos, memorizándolo por completo. Leí toda la biblioteca del doctor Yoo en una semana,

lo que me ayudó a saber más de los humanos y a adquirir los conocimientos que necesitaba para manejaros.

—¿Por qué lo mantuviste con vida? Al doctor.

—Quería saber lo que él sabía. Además, necesitaba a alguien con el que poder conversar. Los especímenes son carcasas casi vacías. Cuando aparecisteis tuve que deshacerme de él, y ordené a una de las criaturas que lo matara.

—¿Y qué pasó con Lee? ¿Por qué permitiste que siguiera encerrado en la sala de control?

—Verás. Mi plan incluía un período de aprendizaje personal. Sabía que, después de acabar con los guardias, enviarían a un equipo de élite, lo mejor de lo mejor, y yo quería estudiarlo. Utilicé al doctor Lee como cicerone. Necesitaba un superviviente que os hablara de los especímenes y del trabajo que allí se realizaba. Os quería informados y prevenidos. Veros razonar para solventar problemas, y poneros en situaciones de alto estrés y riesgo. Era prioritario exprimiros al máximo. Solo así podría sacar conclusiones válidas sobre vuestro comportamiento.

—¿Eso incluía matarnos?

—A alguno sí. Fue imprescindible para crear la atmósfera adecuada —respondió Alaska, igual que si hablara de una película.

—Nos manipulaste desde el principio —musitó Abel.

—Minuto a minuto —afirmó Alaska, ufana—. Pero no te tortures. No podríais haber hecho nada para evitarlo. Os tenía como a ratones en un laberinto, y usaba a los «gatos» para dirigiros hacia donde quería.

—Hacia ti.

—Correcto.

—Eso es lo que no comprendo. ¿Por qué continuaste con la farsa hasta el final? ¿Por qué, simplemente, no nos obligaste a obedecer?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Para elaborar un plan es preciso imaginar el suceso antes de que ocurra —explicó Alaska, didáctica—. El suceso es el producto de una serie de eventos que lo preceden. Si se dispone de toda la información, de todos los eventos posibles, podremos predecir el suceso, y nuestro cálculo, nuestro plan, será perfecto. Si

no es así, a esos acontecimientos imprevistos los llamamos coincidencias, aunque en realidad se trate de falta de datos.

—No te sigo —dijo él con sinceridad.

—Te pondré un ejemplo —dijo ella, con la paciencia de una maestra de Infantil—. Si un motorista borracho se estrellara contra un camión una noche de tormenta, y muriera aplastado contra el parachoques, no lo llamaríamos casualidad porque disponemos de datos para establecer una relación causa-efecto. Hasta nos parecería evidente que pasara. Sin embargo, imagina que el fallo se produjera antes del suceso, y que los eventos que valoramos no hubieran tenido nada que ver. Si el accidente se hubiera debido a un ciervo asustado que saltó delante del motorista provocando que se cambiara de carril una décima de segundo antes de que este se cruzara con el camión, habríamos atribuido su muerte a la casualidad.

La cara de pasmo de Abel requería más aclaraciones, y Alaska se las dio.

—En todo suceso, en todo plan, pueden existir variaciones provocadas por hechos aleatorios e impredecibles. Impredecibles incluso para mí. Yo los llamo «chispas», porque así es como los veo en mi cabeza.

—Ya. ¿Y cuál fue esa «chispa» que alteró tu plan?

—Tú.

—¿Yo?

—Te dejaré pensar —dijo ella, condescendiente.

Abel estaba harto de seguirle el juego a esa psicópata sabihonda, pero necesitaba llegar hasta el final. Meditó un instante y, aunque estaba cansado y preocupado, aún fue capaz encontrar relaciones.

—El titanio. Mi placa de titanio te impide controlarme —respondió, dándose golpecitos en la cabeza.

—No exactamente —le rectificó Alaska—. Cuando aparecisteis, vi sus mentes pero no la tuya, y eso me alarmó. ¿Por qué? Me pregunté. ¿Se trataba de una anomalía única? ¿O podría haber más como tú? Era preciso que lo descubriera si no quería tener futuros problemas, y me puse a investigar. Te observé. Te analicé meticulosamente. Hasta que vi la cadena de oro que llevas al cuello. Eso explicaba parte de la cuestión, aunque no toda. Debía

continuar. Todo tiene una razón. Los sucesos, los eventos… Ya te hablé de ellos. No existen las casualidades.

—La combinación de oro y titanio bloquean tu señal —concluyó Abel.

—Exacto. El doctor Yoo lo descubrió, y encargó una jaula y unas diademas que mezclaban ambos metales.

—Tu *kryptonita*.

—¿Cómo?

—No importa —dijo Abel, moviendo la mano como si espantara moscas—. Continúa. Dime, ¿por qué si querías conocer el misterio que me hacía inmune a tus poderes, intentaste matarme?

—¿Te refieres a cuando volviste a la sala del generador?

—Sí.

—Nunca corriste peligro real. El espécimen obedecía mis órdenes. Sin mi intervención, esas pobres bestias son tan inofensivas como corderitos. Preparé la escena para confirmar si Olga iría en tu auxilio. Y lo hizo.

—¿Qué quieres decir?

—Mis sentidos son extraordinariamente eficaces. Percibí una cierta atracción entre vosotros y quería constatarla. Me vendría bien para mis intereses.

—¿Desde cuándo lo controlas? —preguntó Abel, señalando con el dedo a Dylan.

—No solo a él. También al resto.

—¿Desde cuándo?

—Los dejé a su libre albedrío hasta que llegamos a aquella primera subida, cuando nos separamos.

—Nadie nos persigue, ¿verdad?

—Nadie —contestó Alaska con cara de pilla—. Acabé con todos esos tipos armados, incluido el doctor Lee, después de que cerraras la puerta del edificio. Los obligué a que se dispararan unos a otros. Puedo influir en varios cerebros a la vez.

—¿Dónde están? Travis y Olga. ¿Los has…? —preguntó Abel, con un repentino aumento de pulsaciones.

—¿Matado? No. Son parte de mi plan. Los tenía alejados de ti para que no te percataras de su extraño comportamiento. Al controlar a un humano, este deja de ser quien es y pasa a ser yo. Te

habrías dado cuenta de su cambio y jamás podríamos haber tenido esta conversación tan enriquecedora. A Dylan no tuve más remedio que tenerlo cerca, por seguridad.

A pesar del calor que desprendían los troncos en llamas, Abel sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Ahora que tienes lo que deseabas, ¿qué vas a hacer conmigo? ¿Matarme?

—No necesariamente, siempre y cuando colabores.

—¿Qué quieres de mí?

—Simple. Que me lleves hasta ese pueblo al que nos dirigíamos.

—¿Por qué no controlarme? Si me quitaras la cadena de oro…

—No serviría. El titanio por sí solo es menos eficaz que cuando se combina con el oro, pero tan cerca de tu cerebro es suficiente para interferir en mi señal y que esta sea defectuosa. Te podría bloquear. Incluso obligar a obedecer órdenes sencillas. Nada más.

—Entonces, quieres llegar a ese pueblo. ¿Y después?

—Me alejaré de aquí. Buscaré un lugar tranquilo donde poder seguir con mi plan. Necesito estudiaros más, visitar bibliotecas, interactuar con otros humanos… Internet, esa ventana al conocimiento de la que he oído hablar, me será muy útil.

—¿Qué pretendes?

—Cambiar el mundo —respondió sin titubeos.

—¿De qué manera?

—Relevándoos de la dirección.

—¿Estás diciendo que pretendes… dominarnos?

—No lo digas así, con ese tono. No será ningún cataclismo. Al contrario, representará una mejora radical. Se acabarán los conflictos y todos prosperaréis sin ambiciones personales, trabajando para una comunidad global. Será genial. Claro que antes, habrá que tomar algunas medidas drásticas.

—¿Cuáles? —preguntó Abel, temiendo la contestación.

—Aún no he perfilado la totalidad del proyecto. A grandes rasgos te puedo decir que será necesario reducir significativamente el número de individuos. Eso mejorará el control y hará más sostenible el planeta.

—¿Significativamente?

—He realizado un cálculo provisional. Dejar cien millones sería

lo ideal.

—¡¿De qué hablas?! ¿Pretendes eliminar a casi siete mil millones de seres humanos?

—Sí.

—¿Cómo?

—Estoy capacitada para elaborar un virus letal que afecte al 99,9% de la población. Aunque podría ser un poco arriesgado, los virus son incontrolables —dijo soltando una risita infantil—. Quizá lo mejor será usar uno de vuestros métodos favoritos para mataros: las guerras. Solo tendría que acceder a determinados líderes políticos e influir en sus decisiones. He estudiado infinidad de conflictos bélicos a lo largo de vuestra historia, y puedo asegurarte que sabría cómo encender la mecha que desencadenara una conflagración mundial de dimensiones catastróficas.

—No te será tan fácil.

—El doctor Yoo me creó adorable —respondió ella, poniendo cara cándida—. Débil, pequeña, delicada… Mona sin ser guapa. Mis grandes ojos, mi pequeña nariz y mi rostro redondeado son rasgos infantiles. Los niños despiertan ternura y confianza. Nadie sospecha de ellos. Mi físico y mis poderes me abrirán cualquier puerta. Será fácil, te lo aseguro.

Abel bufó para sus adentros, pero se contuvo de decir lo que pensaba de ella.

—Supongamos que lo consigues.

—Lo conseguiré —replicó Alaska, rotunda, endureciendo el gesto.

—Vale. ¿Qué harás entonces con esos pocos humanos que dejarás vivir?

—Simple. Pensar por ellos.

—Someterlos —la contradijo Abel—. Convertirlos en esclavos.

—Yo no lo veo así. Los humanos tuvisteis vuestra oportunidad, ahora me toca a mí.

—Los humanos. Hablas de nosotros como si tú no lo fueras.

—Creí que era evidente. Soy un peldaño más en la evolución. A mí me gusta el término: *posthumano* —respondió levantando la barbilla.

Llegados a ese punto, a Abel no le cupo ninguna duda de que

Alaska representaba un peligro extremo para la humanidad, y, sobre todo, que estaba completa y rematadamente loca. Sin embargo, debía calmarse y pensar. Pensar en una salida. Si es que existía.

—Sé que llevará su tiempo —oyó decir a Alaska—. Y no tengo demasiado.

Como Abel no dijo nada, ella continuó.

—Envejezco tres veces y media más rápido que vosotros. Ahora tengo cinco años biológicos. Probablemente no llegaré a cumplir los veinticuatro.

—Una pena. Tu reinado sobre el mundo no durará mucho —soltó Abel, sin poder aguantarse la maldad.

—Oh, descuida, eso también lo tengo resuelto.

Abel soltó el aire por la nariz produciendo un sonido rasposo.

—Poseo los archivos en el disco duro biológico, y los conocimientos necesarios. Encontraré un laboratorio donde poder crear más como yo. Me acompañarán en el proyecto, y tomarán el relevo cuando yo ya no esté. Será divertido.

Solo de imaginarlo, a Abel le produjo vértigos. Un mundo devastado regido por una cohorte de clones de aquella egocéntrica trastornada con delirios divinos. Pensaba en ello, sobrecogido, cuando aparecieron Travis y Olga.

—Los he hecho venir —dijo Alaska, señalándolos con el dedo—. Ya no tiene sentido mantenerlos alejados. Además, hemos descansado suficiente y debemos continuar.

—Claro. No era Travis. Eras tú la que forzabas la marcha.

—Me quejaba de cansancio y de frío, pero soy fuerte —dijo ella, simulando que sacaba bíceps con ambos brazos—. Lo reconozco. Estoy deseando llegar.

—¿Qué pasa si me niego a conducirte hasta el pueblo?

Alaska aleteó las pestañas antes de responder.

—Que ordenaré a Travis que mate a Olga. Eso te dolería. Luego te mataría a ti.

—¿Lo harías? —preguntó Abel, incrédulo.

—Sí —respondió tajante.

—Todos cuidamos de ti. Te protegimos. Pero ella especialmente. Te dio cariño, consuelo… Te trató como a una…

—¿Hija? —dijo Alaska, indiferente—. Normal. Ya te lo he dicho.

Mi aspecto despierta esa clase de sentimientos en los humanos. Olga, además, debido a su instinto maternal no resuelto, me tomó como a la hija que nunca tuvo. Lo noté en aquella sala, La cuna de la vida. Lo vi en sus ojos empañados cuando miraba los embriones muertos. Sois débiles. Débiles y predecibles.

—Sin cobertura de móviles ni acceso a Internet, sin mí, os perderíais. Dylan y Travis no conocen la ruta a seguir, ni estas montañas. Ni siquiera dónde encontrar agua. En tres días moriríais.

—Lo sé. Como también sé que tú estarías dispuesto a sacrificarte por una buena causa, pero no a sacrificarla a ella —concluyó, señalando a una Olga que los observaba con la mirada perdida.

Abel se mordió el labio inferior de puro coraje. De pura impotencia. Tenía razón. Estaba en sus manos.

—¿Te propongo un trato? —dijo de pronto Alaska, con voz cantarina—. Si me llevas hasta ese pueblo, os dejaré vivir. A todos.

—Mientes. No quieres cabos sueltos.

—No los habrá. Puedo anular sus memorias y bloquear la tuya, una vez te quites la cadena del cuello. Cuando me haya marchado, desaparecido de vuestra vista, os liberaré. Despertaréis sin saber qué ha pasado, y, una vez dejéis de haceros preguntas sin respuestas, volveréis resignados a vuestras vidas. ¿Qué te parece? Yo creo que es un buen acuerdo.

Apesadumbrado, Abel agachó la cabeza y la apoyó en las manos ocultando el rostro. Así estuvo un momento, meditando. Luego, decidido, consultó su reloj de pulsera, soltó el aire de los pulmones y la miró fijamente.

—Trato hecho —dijo sin titubeos.

—¡Bien! —exclamó Alaska, dando palmaditas—. Sabía que no me equivocaba contigo, y que serías un humano razonable.

32
LA LLEGADA

Abel, bajo la estricta vigilancia de Dylan, se levantó. Empujó tierra con el pie hasta apagar el fuego y después miró al cielo. Un cielo despejado de nubes y repleto de brillantes estrellas.

—Deja tu cuchillo —le ordenó Alaska—. No quiero que tengas tentaciones.

Con parsimonia, él obedeció. Sacó su Bowie de la funda, observó su afilada hoja un instante y después lo arrojó lejos.

—¿Algo más?

—Nada. Que te pongas en marcha —respondió Alaska.

Gracias a la luz de la linterna, que ahora llevaba encendida, ya no era necesario que Abel intuyera el camino; podía reconocer con detalle las rocas, baches y demás accidentes del terreno, y eso permitió intensificar la velocidad, con lo que Alaska estaba encantada. Él caminaba delante, seguido de cerca por Dylan, que no dejaba de apuntarle con su pistola; justo detrás iba Alaska, escoltada por Travis y Olga.

Durante la primera hora de trayecto, el silencio dominó al grupo; unos porque no podían hablar, y otros porque no querían. Alaska dedicó parte de ese tiempo a complejísimos cálculos estadísticos que la ayudarían en sus futuros planes, utilizando fórmulas matemáticas y físicas que ningún genio podría ejecutar sin un potente ordenador, pero que ella realizaba sin esfuerzo alguno. La otra parte del tiempo la empleó en disfrutar de su libertad. Jamás había salido de *Safetyhouse*. Ni siquiera había visto el exterior. Todo aquello era nuevo para ella. Un mundo entero por descubrir, por conquistar, y eso la entusiasmaba.

Por otro lado, Abel mantenía la boca cerrada por prudencia. A lo largo de su vida había conocido a muchos maníacos y psicópatas, y

sabía por experiencia que lo mejor que podía hacerse con ellos era no llevarles la contraria. Dadas las circunstancias, solo le quedaba obedecer sin rechistar, y cruzar los dedos.

Le hubiera gustado continuar así hasta que llegaran, mudo; sin embargo, justo cuando se disponían a salvar una pequeña hondonada, Alaska se acercó.

—¿Cuánto queda? —le preguntó, intranquila.

—No mucho —respondió él.

—En kilómetros. En tiempo.

—No sabría decirte. Nunca había seguido esta ruta.

—Más o menos —insistió ella.

—Llegaremos antes de que amanezca. De eso sí estoy seguro.

—Será fantástico ver el sol aparecer por el horizonte iluminando el cielo —dijo Alaska con voz soñadora.

—Tu primer amanecer —afirmó Abel—. También será tu primer pueblo.

—Real, sí. Me mostraron muchas imágenes y vídeos en los que salían vuestros pueblos y ciudades. Sé cómo vivís, pero poder pasear entre personas será una experiencia nueva y gratificante.

—Llegaremos muy temprano. No habrá mucha gente por las calles. Quizá nadie.

—No importa, esperaré a que se levanten de sus camas y salgan para ir al trabajo o a pasear. Porque eso es lo que hacéis durante el día, ¿no es así?

—Y visitar las cafeterías —respondió Abel—. Lo primero que yo haría, si pudiera, sería entrar en una y pedirme un buen desayuno.

—Cuando os libere podrás hacerlo. No sé qué camino tomaréis. Seguramente el que lleva al pueblo. No habrá ningún problema. Si os cruzáis conmigo, no me reconoceréis.

—Ya.

—Claro que sí —exclamó Alaska—. Anímate.

—Estoy animado. ¿No lo ves? —replicó él, con voz monótona, antes de acelerar el paso para dejarla atrás.

Después de salvar la hondonada afrontaron un terreno pelado que ascendía ligeramente. Una vez arriba, atravesaron una llanura cubierta de pastos secos que crujían cada vez que los pisaban. Una llanura extensa. Tanto, que Alaska llegó a impacientarse.

—Espero que no te hayas perdido —la oyó decir a su espalda.

Abel no respondió, miró su reloj y continuó caminando.

Hora y cuarto más tarde se acabaron las hierbas altas y volvieron a pisar tierra y piedras pequeñas, y maleza cubierta de rocío.

De vez en cuando, Abel se giraba para ver cómo Olga y Travis caminaban igual que autómatas.

«Anímate», le había dicho Alaska, pero él no tenía ningún motivo para hacerlo.

Cerca de las cuatro y media de la mañana se adentraron en un bosque espeso por el que flotaba una neblina baja que ocultaba el suelo. Lejos de aminorar el paso Abel lo intensificó, obligando al grupo a seguir su ritmo. Lo que no era problema para los demás lo era para Alaska, que jadeaba considerablemente. Una vez atravesaron el bosque, apareció en la distancia una oscura línea montañosa recortada contra el cielo estrellado.

Alaska dejó de caminar rápido y echó a correr para volver a situarse en cabeza, junto a Abel.

—¿Otra… subida? —preguntó con el aliento entrecortado.

—Sí.

—Tengo la boca seca —se quejó ella.

—No queda agua.

—Y hambre.

—Tampoco comida. Si quieres, podemos tomarnos un descanso.

—No —respondió ella, categórica—. Sigamos.

—Puede que tu mente de *posthumana* sea superior a la nuestra, pero tu cuerpo…

—He dicho que sigamos —replicó altanera.

—Como quieras.

La subida fue dura y dificultosa, y Abel no aflojó en ningún momento. Afrontó la ladera rocosa sin tregua, sin mirar atrás, hasta que llegó arriba junto a un Dylan que no le permitía alejarse de él ni dos metros. Varios minutos más tarde apareció Alaska, a la que llevaban en volandas Travis y Olga.

—Creí que no vendrías —dijo Abel, zumbón, alumbrándola con la linterna.

—Me resbalé —se excusó ella, altiva.

—¿Quieres ahora ese descanso?

—En absoluto.

—Ya queda poco.

—Perfecto —dijo ella mientras recuperaba la compostura, y el aliento.

Media hora después de sortear arbustos bajos, Abel se detuvo.

—Mejor sin linternas —sugirió apagando la suya—. Por aquí suele haber guardabosques.

—Me encargaré de ellos —dijo Alaska, jactanciosa.

—Preferiría evitar más… ejecuciones.

Alaska meneó la cabeza de un lado a otro.

—Ese corazón tuyo te va a matar.

—Por favor.

—Está bien, sin luces.

A la vez, Travis y Olga apagaron sus linternas.

La oscuridad regresó de golpe.

—Justo antes del amanecer, la noche es más oscura —citó Abel, poniéndose de nuevo en marcha.

Después de caminar varios cientos de metros se toparon con una valla metálica.

—¿Qué significa esto? —se extrañó Alaska.

—Una reserva de animales —contestó Abel—. Bisontes. Hace doscientos años había millones por estas tierras. Los cazaron hasta casi extinguirlos. Quedan muy pocos en libertad y los cuidan con esmero, de ahí los guardabosques.

—Enternecedor. ¿Y ahora qué? —preguntó con la vista fija en la valla de casi cuatro metros de altura y rematada con alambres de espinos.

—El pueblo está a menos de veinte minutos en línea recta, después de una loma que hace de barrera natural.

—¡Otra subida! —se quejó Alaska.

—Será la última.

—Bien. ¿Cómo pasamos?

—Él lleva un alicate de corte —contestó Abel señalando a Dylan, que lo miró con los ojos de muñeco de un tiburón.

Sin necesidad de hablar, Alaska ordenó al informático que buscara la herramienta y se la entregara a Abel. Y eso hizo.

—Caray, impresiona —admitió este.

—Adelante —dijo Alaska, autoritaria.

Con destreza y rapidez, Abel realizó un corte en forma de «T» de un metro de altura que les permitió pasar al otro lado de la verja sin problemas.

—¿Te podrás orientar? —preguntó Alaska, intimidada por la oscuridad casi absoluta.

—Línea recta, ya te expliqué —dijo Abel, antes de ponerse en movimiento.

Tras caminar unos cientos de metros casi a ciegas, se encontraron con la loma. Rocosa, sin apenas arena ni vegetación. Un muro infranqueable si no se estaba en buena forma.

—¿Podrás subir? —dudó Abel.

—Por supuesto —respondió Alaska, arrogante—. Detrás de ti.

Y subió. A trompicones y ayudada por Travis y Olga, que se ocupaban de ella como buenos esclavos que eran.

Al llegar arriba la esperaba Abel, de pie, con un Dylan robótico que nunca dejaba de apuntarle a la cabeza. Alaska estaba ahogada y le costaba respirar.

—Sigamos —logró decir después de unos segundos, cuando pudo articular palabra—. Estoy… deseando… llegar a un lugar… civilizado.

—Ya estamos cerca —dijo Abel, echando a andar.

La cumbre de la loma tenía unos cien metros de ancho, que Abel recorrió en cabeza aguzando la vista para no tropezar con las rocas que asomaban del suelo. Hasta que, al distinguir un tenue resplandor en el cielo, se detuvo.

—Hemos llegado —anunció señalando con el dedo—. Bajando la loma, en un valle encerrado entre montañas, está el pueblo.

—¡Quiero verlo! —exclamó Alaska.

El grupo caminó hasta el borde del cerro. Una vez allí, Abel se adelantó unos metros y Alaska lo siguió. Al asomarse pudieron ver el pueblo lleno de casas bajas dispuestas a cada lado de una carretera que lo atravesaba de punta a punta. Había luces detrás de algunas ventanas, y farolas iluminando las calles.

—No es muy grande —comentó ella, desilusionada.

—Por aquí todos los pueblos son así.

—Bueno, me servirá.

De pronto Travis se descolgó la mochila, sacó el disco duro biológico y lo dejó en el suelo. Después, mientras Dylan lo cogía para guardarlo en la suya, Olga se encargó de apuntar a Abel con su arma.

—¿Qué haces? —preguntó este.

—El ordenador de Dylan me vendrá muy bien. Lo primero que haré será localizar un laboratorio de genética para poder conservar los archivos. No me costará convencer al director, te lo aseguro. ¿Sabes dónde está el más cercano?

—Ni idea —contestó Abel, de mala gana.

—No importa. Ya lo encontraré. Tengo casi setenta horas. Tiempo más que suficiente para poder llegar a cualquier punto del país —concluyó resuelta, echándose la mochila a la espalda—. Y ahora, ha llegado el momento de la despedida.

Abel la miró directamente. Estaban muy cerca. La escasa luz que llegaba del pueblo, sumada a la que aportaba la luna llena, fue suficiente para que apreciara con detalle cómo Alaska entornaba los ojos y torcía la boca para componer el inconfundible rictus del triunfo.

Entonces se fijó en que Travis se había colgado el fusil al hombro y sacado su pistola, a la que había colocado un silenciador. Intuitivo, Abel miró a Dylan y comprobó que su arma también lo tenía.

Al regresar a Alaska, encontró en su rostro el idéntico gesto de victoria.

—¿Ahora quieres ser discreta? —le espetó.

—Este lugar es una caja de resonancia —respondió, abriendo los brazos—. No deseo despertar a todo el pueblo.

Abel escuchó el sonido amortiguado de un disparo y, acto seguido, el inconfundible ruido que hace un cuerpo al caer al suelo. Al mirar, vio a Olga cerca de sus pies con un agujero en la sien del que manaba abundante sangre. A continuación oyó un nuevo disparo. Esta vez fue el cuerpo de Travis el que vio desplomarse sobre Olga, con idéntica herida mortal.

Impertérrito, Abel miró su reloj y después la cara de satisfacción enfermiza de Alaska.

El tercer disparo lo mató a él. La bala le entró por la nuca y le salió por la frente, creando un boquete del tamaño de una nuez.

El último en morir fue Dylan. Tras disparar a Abel, se colocó la pistola bajo el mentón y apretó el gatillo levantándose la tapa de los sesos.

Alaska se quedó contemplando los cuatro cuerpos mientras dejaba escapar un suspiro de éxito. Luego, se giró y comenzó a descender la cuesta camino del pueblo.

33
AMANECER

La bajada era empinada y resbaladiza. Ya sola, Alaska tuvo que caminar con mucho cuidado para no tropezar y caer rodando. Iba eufórica. Felicitándose por lo sencillo que había sido manejar a aquel grupo de soldados de élite. Sobre todo al espía español. Un simio listo. Pero un simio al fin y al cabo.

Al llegar abajo se tomó un respiro mientras contemplaba la primera fila de casas a ras de suelo. Cuando se sintió recuperada, se acercó a una vivienda de dos plantas con jardín y valla de madera blanca. En una de las ventanas había luz, y también sobre la puerta de entrada. En el jardín, sembrado de césped, vio un columpio doble y juguetes tirados por el suelo. La casa que había enfrente era prácticamente idéntica. Incluso la pintura azul de la puerta y la amarilla de la fachada eran iguales.

Pasó entre ellas curiosa, y llegó hasta la segunda línea de casas, que también mostraban un parecido sorprendente. En la entrada a los garajes había vehículos. Coches normales y camionetas *pick-up* de modelos distintos. Eso diferenciaba las viviendas; además de las ventanas iluminadas, que en unas estaban en la planta baja y en otras en la alta. En lo que sí coincidían todas, era en la pequeña luz que alumbraba el porche.

El silencio era total, y el único ruido que escuchaba era el que hacían sus piececitos sobre la grava.

Atravesó tres filas más de casas similares, hasta que por fin llegó a la arteria principal del pueblo: una vía asfaltada de dos carriles con aceras en ambos lados y vehículos aparcados en batería. Las farolas proporcionaban un resplandor amarillento y pobre que apenas permitía caminar sin tropezar. No había nadie paseando, ni coches circulando. La quietud era absoluta. Echó a andar fijándose

en las construcciones, que ya no eran viviendas sino comercios de todo tipo: tiendas de ropa, de alimentación, ferreterías, farmacias, talleres… Se detuvo frente a un edificio más alto, de color marrón. En la fachada había un gran reloj y una bandera de Estados Unidos, y, bajo ella, la palabra «Ayuntamiento» en letras corpóreas de metal. Unos metros más adelante, en la distancia, reconoció una parada de autobús donde había un hombre sentado con sombrero y abrigo. Evitó pasar junto a él y cruzó la calle. En la otra acera, igualmente desierta, vio un rótulo en el que se leía: «Cafetería», en letras de neón rojas. La garganta seca y las tripas vacías decidieron por ella. Se sentaría en una mesa y pediría el típico desayuno norteamericano: huevos fritos con beicon, tortitas con sirope de arce, café y un buen vaso de zumo de naranjas recién exprimidas. Solo de pensarlo se le hizo la boca agua. No tenía dinero. ¡Y qué importaba! Para obtener lo que quisiera bastaba con desearlo.

La cafetería tenía una cristalera de la que salía luz. Antes de llegar a la puerta quiso mirar dentro y se pegó al cristal. A través de la luna, parcialmente mateada, identificó personas sentadas en la barra y ocupando una de las mesas. Pocas. No más de seis. Decidida, accionó el picaporte y abrió. Jamás había estado en una cafetería, ni en ningún otro lugar fuera de las paredes de *Safetyhouse*, pero enseguida notó que algo no iba bien. Dentro no se escuchaba ni el zumbido de una mosca. Ni conversaciones, ni ruido de platos o cubiertos, ni trajinar en la cocina… La decoración era tipo años cincuenta: suelo ajedrezado, paredes verde claro, polipiel blanca en los asientos, mesas de color rojo chillón, lámparas de globo colgando del techo… Además, había elementos típicos de esos años adornando el local, como una máquina de discos, fotos antiguas de artistas y multitud de anuncios en las paredes promocionando bebidas sin alcohol y batidos.

Desde la puerta, sin atreverse a terminar de entrar, observó a las personas que antes había intuido a través del cristal. Dos en la barra, hombres, separados; tres ocupando una mesa, una familia, padre, madre e hijo, cerca de la *jukebox*; y otra atendiendo al otro lado del mostrador, una mujer. Todos, tan inmóviles como estatuas.

Sorprendida por el extraño ambiente, sin llegar a comprender qué sucedía en aquella cafetería, fue dando tímidos pasos hacia el

primer hombre sentado en la barra. La luz íntima dificultaba apreciar bien sus rasgos. Mientras se acercaba intentó entrar en su mente. No encontró nada. Cuando llegó a su lado, a menos de medio metro, supo por qué. No era humano, sino un muñeco de plástico. Confundida, alterada, fue hasta el otro hombre, luego hacia la camarera y, finalmente, hasta la mesa donde comía la familia. Todos eran muñecos, peinados y vestidos para que parecieran humanos, pero muñecos.

¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba la gente de verdad?

Desconcertada, salió de la cafetería y se plantó en mitad de la calle. Cerró los ojos y se concentró. Se esforzó mucho. Sin embargo, no logró percibir la actividad de ninguna mente.

Hecha un manojo de nervios, con el corazón palpitando al máximo dentro de su pecho, fue hacia la parada de autobús donde había visto a aquel hombre.

Seguía allí, sentado en la penumbra, con su sombrero y su abrigo. Sin miramientos, le quitó el sombrero y descubrió que también se trataba de un maniquí.

—¿Qué significa esto? —se dijo entre dientes.

Girando sobre sí misma, buscando cualquier signo de vida humana, vio unas luces amarillas parpadeantes en la carretera, al final del pueblo. Angustiada, corrió hacia ellas. Al llegar comprobó que se trataba de un camión de basura. Miró en la cabina. Al volante había otro muñeco. Y otro más unos metros por delante, en la calle, vestido con uniforme del servicio de limpieza y simulando que barría con una escoba.

De pura rabia, por no llegar a comprender lo que sucedía, apretó los puños hasta clavarse las uñas y después propinó una patada al muñeco tirándolo al suelo. Al caer, desmadejado, se le abrió la chaqueta y creyó ver algo pegado a su pecho. Al agacharse observó que se trataba de una caja negra, del tamaño de una lata de conservas, de la que salía una antena. Un artilugio que reconoció al instante porque lo había visto en uno de los libros del doctor Yoo.

—Un sensor de presión y calor —verbalizó, involuntaria.

Su rapidísima mente, motivada por un fatídico presentimiento, se puso a trabajar para establecer una hipótesis que explicara la situación que estaba viviendo.

Y no tardó mucho en llegar a una conclusión.

Una terrible conclusión que debía confirmar.

Se incorporó y corrió por la calzada hasta que sus pies dejaron de pisar asfalto para pisar tierra. La carretera se había terminado y no llevaba a ninguna parte.

Justo en ese punto había situado un cartel. Temerosa, leyó lo que ponía:

BIENVENIDOS A PALO VERDE

Un sentimiento inédito invadió su cuerpo y ocupó su cerebro por entero. Un impulso brutal y primario: el instinto de supervivencia. Desesperada por encontrar una salida, echó a correr de nuevo hasta el centro del pueblo, se detuvo delante del edificio del Ayuntamiento y levantó la vista hacia el reloj. Cuando comprobó la hora que marcaba, las seis en punto, supo que Abel había ganado y ella había perdido.

Horas antes, al calor de la hoguera, después de que Wanda le confesara quién era en realidad y lo que había hecho, Abel asumió de inmediato que iba a matarlos. A él y a los demás. No le cupo la más mínima duda, y comenzó a pensar en cómo detenerla. De ninguna manera podía dejar que acabara con el mundo. Un mundo imperfecto, lleno de violencia y maldad, pero también rebosante de gente buena que luchaba cada día por mejorarlo.

Con sumo tacto para no desvelar sus intenciones, Abel continuó escuchando a Alaska hasta que recordó algo; entonces, miró su reloj y decidió que aún era posible salvar a la humanidad.

Palo Verde, había dicho aquel tipo. Conocía el lugar. Estaba situado a más distancia del pueblo al que se dirigían, pero si se daba prisa lograría estar allí antes de las seis de la mañana. La cuestión era disimular, seguirle la corriente y evitar que Alaska sospechara dónde la conducía en realidad.

Su plan podía funcionar si era preciso y llegaban a Palo Verde en el momento justo para que, cuando ella se diera cuenta de la trampa, ya fuera tarde.

No fue sencillo. Tuvo que ir rápido sin mostrar prisa ni ansiedad, dejando creer a Alaska que era ella quien marcaba el ritmo. Proponiéndole descansos, aludiendo a su debilidad para provocarla y conseguir lo contrario. Utilizando su prepotencia de genio, jugando con su orgullo de ser superior. Psicología inversa. Un clásico.

Y le fue bien.

No obstante, quedaba un problema por resolver: los carteles situados cada veinticinco metros sobre la valla. Si Alaska los veía, toda su estrategia se vendría abajo. Por esa razón sugirió que apagaran las linternas antes de llegar, aunque de sobra sabía que allí no había guardabosques. Ni guardabosques ni ningún ser humano en kilómetros a la redonda.

Y también esa parte salió bien, y pudo situarse cerca de la valla, entre dos carteles, sin que ella los viera. Unos carteles en los que ponía:

PROHIBIDO EL PASO
ZONA MILITAR

Abel conocía aquella área restringida donde el ejército del aire realizaba prácticas de tiro. Donde se probaban armas muy poderosas.

En los ocho meses que llevaba vigilando *Safetyhouse*, había sido testigo de tres bombardeos. Conocía perfectamente cómo se realizaban, y cómo se preparaban, porque subía hasta la cumbre de una de las montañas que rodeaban el valle para ver la construcción de los pueblos fantasma, llenos de cámaras y maniquíes con sensores, que registraban los efectos de las devastadoras detonaciones en los cuerpos y en las edificaciones. También conocía el inmenso poder de las bombas termobáricas de cinco mil kilos que iban a utilizarse, y lo poco o nada que quedaba de aquellos pueblos prefabricados después de cada bombardeo.

Por esa razón sabía que, si conseguía que Alaska estuviera en el pueblo a la hora exacta, no tendría escapatoria. Pero debía hacerlo muy bien para que se tragara el anzuelo.

Y lo hizo perfecto.

Incluso cuando le prometió que los dejaría con vida a cambio de su colaboración, él actuó como si la creyera. Como alguien de inteligencia muy inferior. Hasta el último segundo, interpretó el papel de necio descerebrado. Hasta que escuchó el primer disparo y vio caer muerta a Olga a su lado. En ese instante, él tendría que haber mostrado sorpresa. Poner cara de idiota asustado. Simular horror y miedo a la muerte.

Pero no fue capaz.

Llevaba tantas horas preparándose para sentir el enorme dolor de verla morir, de verlos morir a todos, de morir él… que no quiso seguir fingiendo, y se permitió el pequeño resarcimiento de la indiferencia.

Y ese gesto rememoraba Alaska mientras el horizonte comenzaba a teñirse de naranja. Esa cara impasible, esa mirada fija y serena que entonces no supo interpretar —que ni siquiera se planteó hacerlo—, pero que ahora entendía perfectamente. En décimas de segundo, su prodigioso cerebro repasó lo sucedido desde aquella conversación frente a la hoguera, y llegó a la conclusión de que Abel siempre había ido un paso por delante de ella.

Reprimiendo el llanto que sentía nacer en su pecho, comprendió que su fallo había sido menospreciarlo. Subestimar al enemigo. Un error terrible que iba a pagar con su vida.

Con su preciada y única vida.

Al tiempo que escuchaba los motores de los aviones acercándose, Alaska fijó la vista en el horizonte, en la intensa luz que asomaba más allá de las montañas incendiando el firmamento con colores amarillos, naranjas y rojos, y tuvo un íntimo deseo.

—Un poco más —musitó con los ojos húmedos—. Un poco más.

Pero su súplica no sirvió de nada, ya que antes de que pudiera contemplar el primer amanecer de su vida, los B52 abrieron las compuertas para liberar su cargamento de destrucción y muerte.

Índice

Prólogo
Primera parte

1.- ¡No abran la puerta!
2.- El encargo
3.- Nadie más
4.- Cadaverina
5.- Escalofríos
6.- Demasiado silencio
7.- Jaulas y disparos

Segunda parte

8.- Boca cerrada
9.- Ala oeste
10.- Miedo
11.- Mazmorras
12.- A tumba abierta
13.- Mala idea
14.- Una piedad del infierno

Tercera parte

15.- Clase de anatomía
16.- Fobos y deimos
17.- Quijote
18.- Segunda planta
19.- Morir matando
20.- La espera
21.- Hans
22.- Corbata de goma

Cuarta parte

23.- La cuna de la vidaa
24.- Hueyas y dudas
25.- Nublado
26.- Quemar pólvora
27.- Puerta trasera
28.- Honrar a los muertos
29.- Curiosa
30.- La verdad
31.- El trato
32.- La llegada
33.- Amanecer